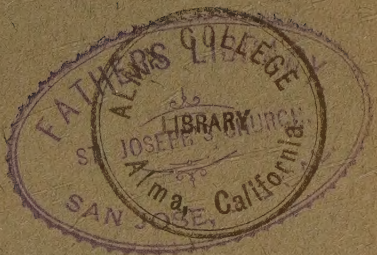
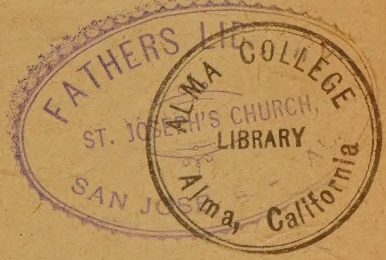
P. Garzón

Meditaciones Espirituales


FATHERS COLLEGE
ALMA
LIBRARY
Alma, California
SAN JOSE

MEDITACIONES ESPIRITUALES



MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO. S. EN C.
SAN JOSE EL REAL Nº 4.
MEXICO.

MEDITACIONES ESPIRITUALES

SACADAS EN PARTE DE LAS DEL

V. P. LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y ACOMODADAS

Á TODOS LOS DÍAS Y FESTIVIDADES DEL AÑO

POR EL

P. FRANCISCO DE P. GARZÓN

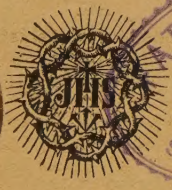
DE LA MISMA COMPAÑÍA

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO II

Contiene desde el Domingo de Carnaval hasta el Domingo de Pascua de Resurrección.

ALMA COLLEGE
246.71
LIBRARY
G199
Alma, California



ALMA LIBRARY
LIBRARY
Alma, California

MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14—Plaza de Santo Domingo—14

1905

44971

Imprimatur

Matriti 1 Januarii 1905.

JOSEPHUS MARIA PAGASARTUNDUA

Praepositus Provinciae Toletanae.

ES PROPIEDAD

Con licencia eclesiástica.

Tipografía del Sagrado Corazón.—Leganitos, 54.

ST. JOSEPH'S CHURCH
LIBRARY
Alma, California

MEDITACIONES

PARA EL TIEMPO DE LA

SANTA CUARESMA

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA [1]

(Triduo de carnaval.)

El espíritu cristiano y los escándalos del mundo en los días de carnaval.

Preludios.—Mira una verdadera imagen del infierno en el mundo loco y desatentado, durante estos días de desenfreno y toda suerte de pecados, y pide al Señor odio del mundo, de sus torpes placeres y vicios, y espíritu de fervor y sacrificio para desagraviarle por tanto como se le ofende en estos días.

PUNTO I

Horrible contradicción entre el espíritu cristiano y el espíritu del mundo en los días de carnaval.

Considera que nada hay más opuesto al espíritu cristiano que lo que se llaman diversiones del carnaval, no sólo porque son un res-

1 Hemos puesto meditaciones completas para todo el mes de Febrero, á pesar de que casi siempre la Dominica de Quincuagésima cae antes del fin de dicho mes. En lo sucesivo, y hasta terminar el tiempo pascual seguiremos, no el orden de meses y días, cosa imposible dado lo variable del día santo de Pascua, al que se sujetan todas las fiestas movibles del año, sino el orden de los diversos tiempos, misterios y festividades que celebra la Iglesia, nuestra Madre, desde Quincuagésima hasta terminar el tiempo pascual, ó sea hasta la fiesta de la Santísima Trinidad.

to del paganisno, sino también porque nada hay más contrario al espíritu de Jesucristo, á las máximas del Evangelio, á la moral cristiana y á la misma razón natural. Ya se considere su origen y el fin de esta escandalosa licencia de costumbres, ya se reflexione sobre sus perniciosas consecuencias, nada se encontrará que no deba contristar á un buen cristiano y llenar su corazón de desconsuelo al ver tan ofendida y arrastrada por el lodo la honra y la majestad de Dios. El mes de Enero era profanado por los paganos con regocijos infames y disolutos en honor de Baco y de otras falsas divinidades. He aquí el origen de estas fiestas escandalosísimas. No habiendo podido el demonio impedir la destrucción del paganismo, ha tratado de hacerle sobrevivir en las abominables costumbres de los paganos, y muchos cristianos, condenando y aborreciendo la idolatría, se han familiarizado poco á poco con las costumbres gentiles más sucias y abominables. He aquí el principio de esa licencia de costumbres, de esas comidas propias de epulones, de esos bailes que son el oprobio de la Religión, de esas diversiones de carnaval, origen funesto de la pérdida de tantas almas.

¿Te atreverás, después de esto, á preguntar qué mal hay en tomar parte en estas fiestas escandalosas? ¿No debería más bien preguntarse si es posible ni siquiera presenciarlas, tales como hoy se practican, sin encender la cólera de Dios sobre nosotros? ¡Qué monstruosa contradicción entre nuestra fe y nuestra conducta! Creer todo lo que nuestra Religión nos propone sobre las terribles verdades que han formado tantos penitentes y tantos mártires; sobre los

peligros de perder la inocencia en el mundo, principalmente en estos días; sobre la necesidad indispensable y universal de mortificarse continuamente, de macerar la carne, de hacer penitencia para salvarse, en fin, sobre el alejamiento de las ocasiones de pecar y carácter de la vida cristiana; creer todo esto y gustar de las diversiones del carnaval, y tomar parte en estas diversiones, en que no se sabe qué es peor, si el escándalo ó la desvergüenza; en que parece que el frenesí de la pasión vuelve, más que gentiles, locos á la mayor parte de los que creen divertirse, profanándolo todo, la fe, la moral cristiana y hasta la simple razón del hombre, ¿no es la mayor de las contradicciones?

Considera luego la indignidad extravagante de los motivos que sirven de pretexto para los excesos escandalosos de las diversiones del carnaval. Se acerca el ayuno y la penitencia de cuaresma, luego es preciso prepararse á él con la crápula y la orgía; hay que hacer penitencia de los pecados durante el santo tiempo de cuaresma, luego hay que prevenirse cometiendo toda suerte de crímenes y de excesos; hay que exponer la inocencia á todos los peligros, manchar el alma con mil pecados, conceder á los sentidos todo género de libertades, abrazar todos los placeres criminales antes de hacer verdadera penitencia. Se debe hacer una vida cristiana durante la cuaresma, luego preciso es prevenir este tiempo de salvación con una vida toda pagana; será necesario guardar los mandamientos de Dios por todo este santo tiempo, luego también lo será el violarlos en los días que le preceden; ha-

brán de humillarse nuestras cabezas bajo la ceniza el primer día de cuaresma, hágase, pues, ostentación de un lujo fastuoso durante el carnaval; se deberá, en fin, asistir al sermón en este tiempo de penitencia, saciémonos, pues, con los bailes y con espectáculos antes de los días del arrepentimiento. Dios pide un culto particular durante la cuaresma, preciso es darle al demonio, durante el carnaval, el que él exigía en otro tiempo de los paganos. Y he aquí las razones en que se pretende apoyar la licencia que se toma en estos días de disolución; he aquí con lo que se trata de autorizar un uso que el Evangelio proscribe, reprueba y condena. ¡Qué error, qué extraña ceguera la de los cristianos de nuestros días, el no ver la indignidad, la irreligión, la impiedad de una conducta tan escandalosa! ¿Y nos quejamos, después de esto, de los azotes continuos con que Dios nos castiga? ¿Extrañamos ver que la fe se entibia todos los días? ¿Que crezca la inmoralidad y la relajación de costumbres?

¡Ah Señor! ¡Cuán grande es la ceguera del mundo, siempre enemigo vuestro! ¿Pudo darse jamás una locura más grande, ni más criminal? Ilustrad, Señor, los entendimientos entenebrecidos por las pasiones; trocad los corazones para hacerlos volver de su extravío; dadme vuestra gracia, Dios de misericordia, porque estoy resuelto á reparar con mi conducta y con mis desagravios cuanto pueda de las infinitas ofensas que os hacen hoy los pecadores locos y endurecidos.

Punto II

Jesucristo N. S. gravísimamente ultrajado por los escándalos del carnaval.

Considera que si es verdad que el pecador crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, y lo hace un objeto de irrisión cuantas veces peca mortalmente, este crimen, sobre todo, lo comete en las disoluciones del carnaval. La licencia, que reina singularmente en este tiempo de escándalos; la desenfrenada libertad con que se entregan sin vergüenza muchos que se dicen cristianos, á infames excesos; el frenesí con que se cree todo permitido en estos días de disolución, puede reputarse como una locura de relajación, de impiedad y de libertinaje, de que se escandalizarían los gentiles. ¿Qué agravio no hacen estos indignos cristianos á una religión tan santa como la nuestra? ¿Con qué impudencia no hacen de la religión, del evangelio, de Jesucristo mismo y de las santas ceremonias de la Iglesia un objeto de irrisión y de burla? ¿No es esto renovar públicamente todas las ignominias, todas las befas, todos los oprobios de la pasión del Salvador? ¿No es convertir en burla las verdades más terribles de nuestra Religión, los preceptos de Jesucristo y las máximas más santas del Evangelio? El mundo, enemigo declarado del Hijo de Dios, quiere triunfar en estos días, de Jesús mismo. ¿Y no podría decirse que hay en ellos una especie de apostasía pública? A lo menos hay un desprecio, al parecer, formal de cuanto hay de más puro, de más severo, de más santo en

la moral del Hijo de Dios. ¿No se crucifica despiadadamente á Jesucristo en los bailes impúdicos de estos días por los crímenes que se cometen en ellos? ¿No se ultraja á Jesucristo en los espectáculos profanos, por las públicas lecciones que en ellos se dan de la liviandad y de la licencia más opuesta al espíritu del Evangelio? ¿No es mil veces preferido Barrabás al Salvador en esas reuniones mundanas, en esas juntas de viciosos, en esas academias de toda suerte de pecados? En fin, ¿no puede decirse con el Apóstol que el Hijo de Dios es crucificado en esos banquetes, de donde está desterrada la decencia, en esas diversiones tan poco cristianas, escollo necesario de la inocencia, en esas mascaradas escandalosas, en esos hombres que hasta en el exterior dejan de parecerlo, que no parecen tener ojos ni lengua más que para la obscenidad y la blasfemia? ¿Y esto pasa en pueblos católicos, y más aún y con más escándalo que en aquellos que no conocen á Jesucristo?

¡Ah Señor! ¿Y cómo no llueve fuego del cielo sobre pueblos y ciudades que recuerdan los pecados y los crímenes de la Pentápolis? ¿Y qué extraño es que la mano de tu justicia se deje sentir con tan tremendos castigos sobre las naciones que, llamándose católicas, permiten semejante abominación y desenfreno? ¡Perdón, Señor y Dios mío! Perdona á tu pueblo; no lo castigues según se merece, sino ten misericordia de él; ábrele los ojos, para que vea el horrible precipicio adonde camina.

Punto III

Conducta del buen católico en los días de Carnaval.

Considera lo que son esos días para los hijos del siglo. Días de disipación, de alegría loca y de rebelión contra el cielo. Se diría que todas las potencias del abismo se han desencadenado, y que toda carne, como en los tiempos del diluvio, ha corrompido sus caminos. La razón, el buen sentido, el pundonor y la vergüenza han desaparecido juntamente con la fe. ¡Qué fascinación! ¡Qué ceguera universal! Jesús nos habla en el Evangelio de este día de los oprobios y sufrimientos de que va á ser blanco en Jerusalén. Allí ha de ser entregado á los gentiles, escarnecido, azotado, escupido, ultrajado y condenado á muerte. He aquí lo que el divino Maestro anuncia á sus discípulos, y ahora para estos días nos anuncia á nosotros. ¿Le responden los cristianos en general con gemidos y con lágrimas? Nada de eso. Le contestan con cantos libidinosos, con carcajadas insolentes, con toda clase de invitaciones á la disolución y á la orgía. El amor á los placeres corrompe muchas almas y exalta muchas imaginaciones. Muchos que son cristianos el resto del año, dan ocasión á que se crea que no lo son en estos días de escándalo y de vicio. ¿Es así como se demuestra la fidelidad á Jesús? ¿Es, crucificándole de nuevo en su propio corazón, como se preparan las criaturas á honrar el misterio de su muerte?

El buen cristiano debe evitar con cuidado en estos días todo lo que indique relación con los usos mundanos. ¡Qué escándalo si autorizase

con su ejemplo algo de lo que el Evangelio condena! Por el contrario, ¡cuánto bien puede hacer con su buen ejemplo si se retira del bullicio del mundo en la medida que le sea posible, para hacer más asiduamente la corte al divino Rey, á quien tantos abandonan, para no ser testigo de los desórdenes, que no puede evitar!

Somos los amigos de Jesús, que se complace en darnos este nombre tan dulce. Pero ¿seremos dignos de llevarlo, si no demostramos celo por su honor? ¿Tendremos ese celo si no sentimos vivamente los ultrajes que se le hacen? La amistad todo lo hace común entre los corazones que une. Acudamos con la mayor frecuencia que podamos á los pies del altar, y consolemos á nuestro adorable amigo Jesús. Estemos á su lado, á sernos dable, constantemente, participando de sus amarguras y de sus dolores, si queremos que nos diga algún día: Estuvisteis conmigo en la hora de la tentación; por eso quiero que lo estéis ahora y por toda una eternidad en el reino de los cielos.

No nos contentemos con eso. La Iglesia, el templo, se convierten hoy en una imagen del Calvario. Al pie de la cruz, las almas fieles que aman á Jesús y le desagravian ¡qué pocas son! A veces tan pocas como las que estuvieron al pie de la cruz. Lejos, la muchedumbre que pasa por el templo y blasfema y escarnece á Nuestro Señor, los fariseos y los escribas que se burlan de El, los Pilatos y Herodes que entregan el Santo al poder y á la befa del pueblo. Las dos ciudades, la de Dios y la de Satanás siempre confundidas, hoy parecen separarse. Los buenos á orar al templo y pedir

perdón por los pecadores, los malos á reproducir en pueblos bautizados y redimidos por Cristo, los escándalos de los gentiles. El mayor consuelo que Jesús espera de sus fieles amigos, es que vuelen en socorro de esos ciegos, que al ofenderle, corren á su perdición eterna. Mientras más abunde el pecado, más debe animarse el buen católico á combatirlo; jamás su inercia es tan criminal como en estos días en que tantas almas están, más que nunca, expuestas á perderse. ¿Acaso estos días no caen á millones en el infierno como las hojas en medio de las tempestades del otoño? Redoblemos nuestra caridad, ya que el demonio redobla su furor. Consejos, exhortaciones, fiestas de desagravios, no omitamos nada para excitar el fervor de nuestros hermanos y para detener el devastador torrente del vicio ó disminuir sus estragos.

Coloquio.—¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús! Aquí me presento ante el acatamiento de vuestra soberana Majestad, traspasado de dolor al considerar los horribles pecados, las infames injurias con que hoy muchos cristianos responden á vuestro amor. Quisiera poder lavar con mis lágrimas y mi sangre tantas afrentas y tantos crímenes; amaros por tantos como os ofenden, llorar por tantos como ríen, orar por tantos como blasfeman. Perdonadlos, Dios mío, que no saben lo que hacen; iluminad sus entendimientos para que os conozcan y amen, y no vuelvan jamás á ofender á un Señor tan amable y tan bueno como Vos.

Propósitos.—Pide perdón á Jesús de todas las abominaciones que desde lo alto del trono, que ha elevado su amor, presencia en estos desdichados días. Unete á las almas piadosas que le visitan con frecuencia durante las Cuarenta horas, y ofrécele todos los sentimientos de adoración, de gratitud y de amor tierno y generoso que su presencia eucarística inspiró á los santos.

LUNES DE CARNAVAL

De los placeres del mundo en oposición con los goces de la virtud.

Preludios.—Oye á Cristo N. S., que dice: "¡Ay de vosotros los que gozáis y reís, porque llegará un tiempo en que os afligiréis y lloraréis„ [1]; y pide al Señor odio entrañable á todo lo que sea mundo, con sus placeres, pompas y vanidades.

Punto I

De la falsedad y peligros de los placeres mundanos.

Considera que si todo es falso en un mundo engañador, nada lo es tanto como sus placeres. Ni llenan ni pueden llenar el corazón del hombre nacido para Dios y para una felicidad eterna, de la cual sólo puede ser como preparación y anuncio la felicidad de la virtud. La verdadera felicidad del alma trae consigo la paz, la satisfacción, la caridad con el prójimo, un conjunto de toda suerte de bienes. Mira si son esos los efectos que producen en el corazón de los mundanos los torpes y locos placeres á que se entregan con frenesí todo el año, pero sobre todo en estos tristísimos días de carnaval. Los placeres mundanales, en vez de paz, producen en el alma una agitación constante, un vértigo interior que no le deja un momento de reposo. Por eso dice la Sagrada Escritura que no puede haber paz para el impío. Arrebatados los pobres mundanos por una especie de torbellino que los arrastra del sarao al teatro, de la reunión al juego, de la fiesta al banquete; más que vivir, aquello es una fiebre constante que no les

1 Luc., VI, 25.

deja un momento de sosiego, pues todo es poco para pensar en la fiesta que pasó y en los preparativos de la que se acerca ya.

¿Y qué satisfacción puede traer al corazón lo que es tan contrario á cuanto lo llena de tranquilidad y de paz? Mira, si no, y juzga, mas no por el exterior que miente dichas que no se experimentan, sino por el interior, lo que ocurre en el corazón de los hijos de este mundo, de sus pompas y vanidades. ¿Sabes lo que sacan, en general, de sus placeres? Envidias que los devoran porque no han sido los primeros en lucir y brillar; porque ha habido quien con mayor lujo ha atraído más los ojos y la atención de los adoradores é idólatras de la moda y del capricho; derroches de fortunas que se van al abismo devoradas por un lujo escandaloso é insostenible; remordimientos, si queda algún resto de conciencia, de mil faltas y pecados que allí se cometen en críticas sangrientas, en vengativas murmuraciones, en escandalosas calumnias, en pláticas libidinosas y todo linaje de desarreglos, y á veces hasta de crímenes. Eso sin contar con el hastío que deja todo lo prohibido, y que es la hiel que en el fondo de su dorada copa encuentran siempre, con lo amargo del remordimiento, los que abusan de los goces del mundo. Por eso no encontrarás nunca un libertino satisfecho, y todos, después de pisar, como los del Libro de la Sabiduría, todos los jardines del placer, y saborear todas las copas de la iniquidad, tienen que exclamar que sólo han hallado desengaños y amarguras. ¡Qué dichoso eres si no has experimentado semejante desengaño! ¡Qué feliz si siempre has vivido lejos

del mundo! Pero si alguna vez has bebido en la copa de sus placeres, ¡bien sabes qué dejos tan amargos tiene! Da gracias al Señor por haberte hecho aborrecer sus vanidades y locuras, y pídele que haga que todos los hombres, desengañados de lo falso y engañador que es el mundo, solamente amen y sirvan á Cristo N. S., única paz, dicha y satisfacción del corazón humano.

Punto II

De los peligros de los placeres mundanos.

Considera primeramente las palabras de nuestro divino Salvador, que se leen en el capítulo XVI del Evangelio de San Juan: *En verdad os digo, que vosotros lloraréis y estaréis en la aflicción, y el mundo se regocijará.* Jesucristo es quien lo dice, El es quien pronuncia en dos palabras dos juicios completamente distintos; el uno en favor de los elegidos, cuya aflicción presente se convertirá en júbilo eterno; el otro contra el mundo, cuyos vanos y locos regocijos se tornarán en lágrimas y tristezas sin fin. Porque también el Señor lo ha dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;* y suyas son igualmente estas terribles sentencias que se leen en el capítulo VI de San Lucas: *¡Ay de vosotros los que buscáis los placeres de este mundo! ¡Ay de vosotros los que buscáis vuestro consuelo en la tierra!*

No quiere decir esto que todas las diversiones del mundo sean pecaminosas; las hay, seguramente, inocentes y honestas, ¡pero cuán pocas son las que reunen estas condiciones! Para convencernos de esta verdad contenté-

monos con examinar algunas de las más generalizadas, y fácilmente veremos que son, ó malas en sí mismas, ó peligrosísimas por su naturaleza. Fijémonos primero en los teatros, tales y como hoy existen, no como deberían ser.

Muchos consideran el teatro, y otros espectáculos parecidos, como diversiones puramente inocentes. Pues siguiendo la doctrina de los santos y de la moral cristiana, se debe asegurar que son diversiones contrarias al espíritu del cristianismo, peligrosas para todo el mundo, principalmente para la juventud, y para muchos ciertamente pecaminosas. ¿El cristiano no renunció en el bautismo las pompas y vanidades del siglo? ¿Pues adónde reinan éstas en mayor grado que en este género de espectáculos? ¿Qué tienes que ver con las pompas del demonio, decía Tertuliano, á las cuales tan solemnemente renunciaste en el sacramento de tu fe? ¿Cómo puedes divertirte en ver representar acciones y argumentos que escandalizan la inocencia y que tu religión condena? ¿Dramas y comedias donde, casi sin excepción, se aprueban y defienden pecados de todo linaje, libertades y máximas que debes mirar con horror? ¿Cómo puede ser lícito presenciar y aplaudir casi siempre, ó dichos inverecundos, ó chistes inmorales, ó bailes desvergonzados, ó músicas que sólo excitan el ardor de las pasiones, y el que entre por los ojos y por todos los sentidos el mundo con todos sus escándalos, el demonio con todas sus tentaciones y la carne con todas sus concupiscencias?

El espíritu del cristianismo es espíritu de pureza, de humildad, de penitencia y mortifi-

cación. ¿Qué puede haber más opuesto á este espíritu que lo que se representa en los teatros de hoy, levantados, al parecer, para destruir toda doctrina seria, toda idea sensata y toda virtud austera? Renuncia la calidad de cristiano si no tienes su espíritu, y es cierto que no lo tienes si asistes á esos espectáculos en que se te enseñan opiniones contrarias á la moral, á la ley y á la doctrina de Cristo.

¿Cómo no han de ser peligrosos los teatros de hoy cuando en ellos, de ordinario, se ve la honradez, la pureza y la modestia, y en general las virtudes todas ridiculizadas, y, al contrario, los mayores delitos defendidos y ensalzados? ¿Quién verá al placer sensual adornado de todos sus atractivos y desnudo de todo lo que podía causar horror, que no caiga en los lazos que allí se tienden á la virtud? Las virtudes más sólidas no se juzgaron seguras en el retiro, pues ¿qué será en medio de tantos peligros, tanto más dignos de temerse, cuanto más buscados?

A los peligros del teatro, tentación de las ciudades sobre todo, hay que juntar los bailes, tentación general y peligrosísima para todo el mundo. Los bailes se presentan en la sociedad cristiana con dos caracteres que los distinguen de otras diversiones. Ceguedad sobre sus peligros. Ciegan, porque es increíble la ilusión que muchos se forjan acerca de ellos. No ven, no quieren ver peligro en los bailes mundanos, mezcla de impúdica libertad de verlo todo, de tocarlo todo, de estrechar entre tus brazos objetos que no pueden menos de encender las pasiones, y mezcla además de todo género de liviandades en las conversaciones, en los vesti-

dos, en el lujo y en cuanto puede acabar con la paz del alma y del hogar cristiano. Dominan además el corazón, porque todo se acaba por sacrificarlo á un placer que tiene la propiedad de robar la paz, el tiempo, la salud, el respeto al propio decoro, al decoro de la inocencia, de la juventud y aun de la niñez.

Y luego las perversas lecturas, tentación común á todas las edades, y que es otro de los placeres que el mundo brinda á los suyos. Novelas, la mayor parte, infames que explotan lo más bajo de nuestra naturaleza, que acaban con todo candor y toda virtud, y que no tienen otro objeto sino ensalzar el crimen y perseguir la inocencia y la honradez. Y aunque no sean de esas inmundas producciones que manchan cuanto tocan, son siempre frívolas y vanas, destruyen toda idea seria, fomentan la imaginación y la exagerada y falsa sensibilidad, dominan la razón y el juicio, roban el tiempo y el gusto para todo libro formal y piadoso, para todo lo que es mortificación, cruz de Cristo y devoción sólida, y acaban por causar hastío de todo ejercicio verdaderamente cristiano.

Así son todos los placeres mundanos, pues como ves, no hay uno que no sea enemigo de Dios y de la paz y tranquilidad del corazón.

Punto III

De los goces de la virtud.

Considera en contraposición á la falsedad de los placeres del mundo, que no hay goces verdaderos y sólidos, más que los de la virtud y los que se buscan en Dios. Dios, en efecto,

como única verdad que nunca pasa ni muere, es el único que puede saciar nuestro entendimiento, y como bien infinito, el único que puede llenar nuestros corazones. Todo en el mundo es falso, sus riquezas, títulos, honores, todo es sombra, humo, vanidad y nada. En Dios y en la virtud, aun aquello que más nos duela y cueste, la humildad, la mortificación, el dolor, todo es verdad, todo nos lleva á algo que satisface plenamente el corazón y los afectos más nobles del alma, todo trae y produce en el corazón la paz verdadera, que es la que engendra la tranquilidad y dicha inefable que ignoran los pecadores y los mundanos. Sino mira ¡qué felices son los que sirven á Dios! Tienen siempre el corazón contento y gozan de una paz inefable. Tratan con un Señor que no les pide cosa alguna que no sea justa y razonable, y cuanto les manda, redunda en provecho de ellos, para que vivan en paz y seguridad. Conténtase con su buena voluntad, cuando otra cosa no pueden, los mira como á hijos suyos, los hace comer á su mesa, no deja que les falte nada, los conserva con una vigilancia paternal, los defiende en sus combates, los instruye en sus dudas, los consuela en sus aflicciones, los asiste en sus necesidades, y los ama tan tiernamente, que, dando la vida por ellos, los admite por compañeros en su bienaventuranza.

Además, los goces de la virtud son los únicos duraderos; todo pasa, menos Dios y la eternidad. Los placeres mundanos y pecaminosos, mientras más intensos menos duran; pasan como un relámpago, no dejando en pos de sí sino hiel y amargura. En cambio, los

dulces y tranquilos goces de la santidad son para el alma perpetuo banquete y un como prenuncio de la gloria de la eternidad. Compara con el corazón de un santo, de un hombre verdaderamente virtuoso, el de un mundano: el primero, aun en la cruz encuentra dulzuras; el segundo, hasta en los más violentos placeres hallará agitación, hastío ó remordimiento.

Por último, considera que los placeres del mundo son, en general, tan viles y sucios que rebajan, manchan y envilecen el corazón, y á veces tan insensatos é irracionales, que aun á los ojos del buen sentido son indignos de hombres, y más propios ó de bestias, ó de demonios, ó de locos. Los goces de la virtud, al contrario, elevan, engrandecen y purifican el alma, le hacen pensar en lo que la fortalece y alienta para todo lo noble, la asemejan y unen á su Creador, y la hacen, por el trato con su Dios y por el desprecio de lo deleznable y pasajero, igual á los ángeles. Si es triste ó no esa vida, pregúntalo, no á los enloquecidos por los placeres de la carne, sino á las almas endiosadas por los dulces goces del espíritu.

Coloquio.—¡Oh Jesús y Señor mío! Jamás reconoceré á otro Señor más que á Vos; Vos seréis siempre el rey de mi corazón y el objeto de todos mis afectos. Clamen los ambiciosos, que no quieren por rey sino al César; los avaros, que no tienen otro dios sino al dinero; los voluptuosos, que no adoran otra divinidad sino á la carne. Yo diré constantemente que Jesús es mi Rey, mi Dios y mi Dueño; que El es y será siempre mi único Señor, y que quiero ser siempre suyo.

Propósitos.—Resuélvete, si quieres ser feliz, á romper con cuantos lazos te aten al mundo y sus placeres, y date más y más á Dios y á la virtud.

MARTES DE CARNAVAL

De los escándalos del mundo, sobre todo en los días de carnaval.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. rodeado de niños y que dice á las turbas: "Al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos, le sería mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar„, y pide al Señor no ser nunca piedra de escándalo con tus malos ejemplos.

Punto I

¡Ay del mundo por sus escándalos!

Considera que esta exclamación de Cristo N. S. nunca tiene tanto lugar como en estos días, en que el infierno se aprovecha de toda suerte de medios y de los hombres más escandalosos para hacer el mal, perder las almas, escarnecer á Cristo y su Iglesia y acabar con la inocencia, y con la virtud. Antes había dicho Jesucristo: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! ¿Por qué? Porque el escandaloso es homicida, á los ojos de Dios, de todas las almas de los que hace pecar con su mal ejemplo. Por eso el mundo en estos días de escándalos y profanaciones comete un pecado monstruoso, pecado diabólico, pecado contra el Espíritu Santo, pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo, cuya sangre profana y pisotea, como lo harían los demonios del infierno.

El escándalo es un pecado monstruoso, pues nada hay más horrible que causar la muerte de un alma, regada con la sangre de Cristo, infinitamente preciosa á los ojos de Dios y á la que el escándalo quita la vida sobrenatural

y divina. Es pecado diabólico, porque el carácter particular del demonio consiste en haber sido homicida de las almas y quererlas perder desde los principios del mundo. Es pecado contra el Espíritu Santo, porque ataca directamente á la caridad. Piensa, pues, que si es pecado contra la caridad quitar á un hombre sus bienes y su crédito, es mayor pecado quitarle la gracia de Dios. Es pecado esencialmente opuesto á la redención de Jesucristo, porque hace perecer lo que Jesucristo ha venido á salvar. Es pecado que puedes cometer todo los días sin tener intención directa y formal de cometerle, porque no es necesario para hacerte criminal en este punto, tener propósito deliberado de escandalizar á tu hermano, basta con que hagas lo que le escandaliza y que lo adviertas. Considera, además, que el autor del escándalo es reo delante de Dios de todos los pecados de los que ha escandalizado. Contempla la profundidad de ese abismo y tiembla al pensar cuán grande puede ser el número de pecados de que el mundo se hace reo en estos días de abominaciones y sacrilegios.

A la vista de estas verdades, cobra profundo odio á un mundo que siempre, pero sobre todo en estos días, sólo vive de los pecados más horribles, de la muerte y de la perdición de las almas. Llora sobre tantos infelices como se pierden miserablemente, sobre tantos desgraciados como se olvidan de que han nacido para salvarse y de que están regados con la sangre de Jesucristo, y pide al Señor los ilumine para que retrocedan en el camino del pecado y de la maldad.

Punto II

De la obligación del buen ejemplo.

Considera que todos nos debemos buen ejemplo los unos á los otros. Estamos en una sociedad espiritual, que es la Iglesia, para santificarnos y ayudarnos con la mutua edificación: para que cada uno sea espejo en que puedan mirarse los demás: por eso no hay cosa que más sirva para moverse á la virtud, que el buen ejemplo y santidad de los que la practican. Pero, además de esta obligación general, hay otras que nacen del estado ó de la posición de cada uno en particular. Si eres padre de familia piensa en la obligación que tienes de dar buen ejemplo en todo absolutamente á tus hijos, y cuán enorme es el pecado que cometes dando mal ejemplo á los que debiendo educar para Dios y para el bien, los educas, tal vez, para el mal. Qué terrible cuenta darán á Dios N. S. algunas desdichadas madres mundanas que infiltran en sus hijas el espíritu mundano con sus consejos y su conducta, llevándolas á teatros y reuniones peligrosas, permitiéndoles lecturas profanas y envenenadas, sin perjuicio de hacer gala luego de amor á la virtud, conduciéndolas también al templo y al ejercicio piadoso.

Si eres amo, considera que comete un pecado horrendo todo aquel que hace cómplices á sus criados de sus propios pecados, ó no dándoles buenos consejos y ejemplos, ó, lo que es más horrible, haciéndoles servir de instrumentos para su iniquidad. San Pablo califica de apóstata al amo poco vigilante que no se

cuida de la salvación de los suyos; ¿qué diría de un amo escandaloso? Piensa tú, ¡oh mujer mundana! que tu casa debe ser para tu familia una escuela de honestidad, y no un lugar donde se aprenda á perder el pudor. Y aun sin ir tan lejos, considera el influjo que ejerces sobre cuantos te rodean con tus acciones y palabras, y que de las almas de todos pediráte Dios cuenta estrechísima.

Piensa también, si haces profesión de piedad y de virtud, el pecado de escándalo en que incurres dejando ver en ti pecados, pasiones inmortificadas, egoísmo, vanidad y tantas miserias de las que desacreditan la piedad y la devoción. El mundo es el primero en escandalizarse de ti, y, aunque comúnmente lo hace con injusticia, porque hay que convenir en que cuando se trata de las personas piadosas es un censor severo, tan severo con los demás como ancho consigo, mientras más severo sea, debes tú ser más exacto en el cumplimiento de tus deberes, para que no se diga, con razón, que tu piedad es sólo exterior y de apariencia.

Considera, por último, que el mal ejemplo es un maestro muy pernicioso, que enseña el mal á los que no lo conocen, lo persuade á los que lo miraban con horror, lo hace amar á los que antes lo aborrecían, lo presenta como honroso cuando viene de arriba, necesario á los pequeños, lícito, por decirlo así, á los buenos, y agradable á todos. El mal ejemplo envía al infierno más almas, que han enviado al paraíso los más celosos predicadores. El ignorar el vicio es una parte de la inocencia, y uno de los mejores preservativos para conservar la virtud. Apenas se haría el mal si no se

viera hacer á otros, y nos causaría horror si no lo viésemos cometer; por eso se tiene vergüenza de ser bueno entre los malos y bueno entre los culpados, y por eso contraen espantosa responsabilidad ante Dios y su conciencia los que con palabras ó acciones enseñan el mal á los que lo ignoraban.

Examínate, pues, y mira despacio si das mal ejemplo en algo á tu prójimo, si es tu vida escandalosa, si haces guerra á la inocencia, si te burlas de las personas piadosas, si las apartas de la devoción. ¿Cuántas almas habrás, quizá, perdido? ¿Cuántos pecados les habrás hecho cometer? ¿Cuántas personas habrás pervertido y precipitado, tal vez, en el infierno con tus consejos y malos ejemplos? ¿Y qué bien has hecho para reparar tanto mal? ¿Qué bien puedes hacer que llegue á igualar á la pérdida de un alma? ¿Qué satisfacción darás á nuestro divino Salvador, á quien le has robado, tal vez, muchas almas, haciendo inútil su sangre, su muerte y su dolorosa pasión? Llora todo esto en la amargura de tu alma, procurando con tu buen ejemplo reparar el mal que hayas hecho.

Punto III

Debemos preservarnos del escándalo propio, y evitar darlo nosotros.

Considera que Jesucristo te ha dado la regla para precaverte del escándalo propio. Si tu ojo ó tu mano te escandalizan, ha dicho el Señor, debes arrancarte la lengua y cortarte la mano antes que el escándalo que te dan esos miembros produzca en ti sus perniciosos

efectos. De aquí se sigue la obligación en que estás de hacerte violencia, cueste lo que cueste, separándote de lo que más amas, antes que perder tu alma á causa del escándalo, exponiéndote á pecar. Así es que todas tus amistades peligrosas, todos tus afectos y hasta los seres más queridos para ti, habrás de dejarlos forzosamente á la hora de la muerte, y vale más que los dejes ahora, si han de ser causa de tu condenación, teniendo en cuenta que, según el Evangelio, más vale entrar manco ó tuerto en el reino de los cielos que ir á parar á las profundidades del infierno con todos los miembros completos.

Guárdate también de empujar á otros en el camino de la perdición, porque su pérdida acarreará la tuya, y serás tantas veces condenado cuántas hayas hecho con tus escándalos que otros se condenen. Tu condición de cristiano te impone un deber estrechísimo de edificar con tu conducta al mundo y mientras más elevada sea tu posición, más estrecha será todavía esa obligación, porque el ejemplo de los grandes ejerce mayor influencia que el de los pequeños en el ánimo de las gentes.

Acuérdate de estas palabras de Jesucristo: «Así ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras». No olvides que mientras más grande seas, más obligación tienes de librar al mundo de los escándalos que en él reinan y que Dios no te ha concedido autoridad sobre tus hijos, sobre tus criados, ó sobre tus inferiores, sino para que les des buen ejemplo y los guíes en el camino de la salvación.

Acuérdate, por último, de que lo que prime-

ramente han de hacer los ángeles el día del Juicio, es juntar y arrojar del reino de Dios á los hombres escandalosos.

No lo seas tú y piensa que en ello te va el más grande de tus intereses, el que debes tener por tu salvación y gloria eterna.

Coloquio.—¡Oh Dios mío y Señor mío! perdonadme mis pecados, y no me imputéis los ajenos. Si tengo que dar cuenta del mal que he cometido, y del que he hecho cometer, ¡en cuánto peligro está mi salvación! Bien sé, Señor, que no he nacido tan sólo para mí, sino también para mi prójimo, y que á todos debo edificar con mis buenos ejemplos. Perdonadme, Jesús mío, que en adelante os prometo con mis buenas palabras y acciones ganar muchas almas, para que os conozcan y alaben.

Propósitos.—No hacer ni decir nada que pueda servir de escándalo á mi prójimo.

MIÉRCOLES DE CENIZA

De la memoria de la muerte y del polvo en que nos hemos de convertir.

Preludios.—Haz con la imaginación una visita al cementerio y ve allí la verdad de las palabras que dice hoy el sacerdote al imponer la ceniza en la frente de ricos y pobres, reyes y mendigos, y pide al Señor verdadero desprecio de la vanidad humana.

Punto I

«*Memento homo*».—*Acuérdate, hombre.*

Considera el espíritu que está encerrado en las palabras de que usa la Iglesia el día de hoy. La Iglesia no dice: Acuérdate que fuiste polvo, sino acuérdate que lo eres de presente. Esa sentencia significa que de mi naturaleza corrompida soy tierra y polvo, porque soy inclinado á todo lo bajo y deleznable, á rique-

zas, honras y regalos de la carne, y como polvo, soy instable y movedizo, dejándome mover de los vientos de cualquier tentación, especialmente de vanidad; y si no me refreno, me convertiré en tierra y polvo, siguiendo mis inclinaciones y convirtiéndome en hombre terreno, ambicioso, sensual y vano. Por lo cual me tengo de humillar grandemente, y temblar de mi flaqueza y del peligro en que vivo. Porque soy polvo; polvo que á lo mejor se levanta con el viento de la soberbia; pero siempre, levantado ó abatido, polvo y nada más, aunque otra cosa me digan mis pasiones y los que me adulen.

Luego ponderaré cómo de estos daños me podré librar con la divina gracia acordándome, que así yo, como las cosas terrenas que amo, se han de acabar y convertir en polvo. Y con este espíritu, cuando viere un hombre rico y poderoso, cuyas riquezas y grandeza me llevan los ojos tras sí, para que no me derribe la avaricia y ambición, me acordaré que también él es polvo, y su oro y plata es tierra, y todo se convertirá en ella. Y si veo alguna persona hermosa, para que no me tiente y venza la pasión, también me acordaré que ella y su hermosura es polvo, porque en esto ha de parar. Y con este espíritu aplicaré estas palabras á todas las cosas de la tierra, diciendome á mí mismo: Acuérdate que esto que ves y codicias es polvo, y se ha de convertir en polvo y ceniza; y si lo amas desordenadamente, serás polvo y tierra como ello es. Por tanto, ama sólo á Dios y los bienes celestiales, para que en virtud de su gracia pueda decirse de ti: Cielo eres y en cielo te convertirás,

transformándote con el amor en el cielo que amas.

Considera también, cómo Dios N. S. me dice cada dia por medio de la muerte que por todas partes me cerca, estas mismas palabras: Acuérdate que eres polvo y que te has de convertir en polvo, y que polvo es toda carne y toda humana grandeza. Y así en viendo algún difunto ó calaveras y huesos de muertos, he de imaginar que me dicen: Acuérdate que donde tú te ves, me vi; y donde me veo te has de ver. Ayer se acabó mi vida, hoy quizá se acabará la tuya. Ayer me convertí en polvo, hoy comenzará para ti lo mismo. Acuérdate hombre y no lo olvides, porque de esta memoria pende tu salvación; oye las voces que te da la muerte, atiende á la lección que te leen esos huesos secos. Mira bien el juicio que pasó por ellos, pues tal ha de ser el tuyo. Vive, como ellos quisieran haber vivido; prepárate para morir, como quisieran ellos haberse preparado; pasea en vida muchas veces esta carrera; visita esa biblioteca del cementario, la más sabia que existe, y lee en el libro de la calavera la ciencia única que te importa; pasa por donde pasaron, para que cuando llegue tu hora la corras de tal manera, que alcances la vida eterna.

Punto II

«*Pulvis es*».—*Polvo eres.*

Considera en primer lugar, que aunque Dios pudiera criar el cuerpo de Adán de la nada, como crió su alma, no quiso sino hacerlo de una materia, por una parte vilisíma y gro-

sera, y por otra parte visible y palpable, que es el polvo y lodo de la tierra, para que viendo cada día con sus ojos esta tierra y este lodo, se acordase continuamente de su origen y principio. Pretendió el Señor con esto que el hombre se humillase profundamente y entendiese que de suyo merece ser despreciado, pisado y hollado como lodo que es, y que no tiene por qué envanecerse, aunque tenga grandes bienes, pues todos se fundan en el polvo y en la nada. Además, pretendió Dios que se moviese á amar y servir á un Criador tan amoroso y bueno, que de tan vil polvo le levantó á tanta alteza, como es ser hombre, con la imagen y semejanza del mismo Dios.

De suerte que el polvo y lodo han de servir de despertadores que me traigan á la memoria mi origen y la materia de que fuí formado, imaginando, cuando los viere, que me dan voces y me dicen: Acuérdate que eres polvo, humíllate como polvo: ama, sirve y obedece al Criador, que te sacó del polvo. Y cuando me envanezco con los dones que tengo, he de imaginar que me dan voces reprimiendo mi vanidad, diciéndome: ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿Por qué te engríes, vaso de barro? Escarmienta en el olvidadizo Adán, que, olvidado de que era polvo, presumió ser como Dios y se rebeló contra su Hacedor. De todo esto se sigue que la humildad es la única verdad, y que cuanto yo más me abata y rebaje más estoy en mi lugar, que es el polvo; y que la soberbia que me grita *¡sube!* es la mentira, pues me saca de mi sitio. Polvo y ceniza soy, y todo lo que no sea Dios y mi alma, todo es polvo y nada más.

¡Oh Hacedor omnipotente! No permitas que yo me olvide de lo que soy, porque no caiga en la mentira. Esclarece mis ojos para que mire con espíritu de fe y humildad el lodo de que fuí formado, y abre mis oídos para que oiga sus clamores, imprimiéndolos en mi corazón para que nunca me olvide de ellos.

Punto III

«In pulverem reverteris».— Y en polvo te has de convertir.

Considera después, cómo Dios, viendo el olvido de Adán, y su desobediencia y soberbia, lo condenó á muerte y á que se convirtiese en el polvo de que fué formado. En esto principalmente pretendió tres fines, para bien suyo y bien nuestro. El primero, castigar con esto su pecado, y que todos echásemos de ver cuán grave mal es la culpa, pues basta para destruir y convertir en polvo una fábrica tan hermosa y rica como es el hombre, y por el pecado el cuerpo se desmorona y convierte en menudo polvo y en algo todavía más asqueroso y despreciable que el polvo.

El segundo fin fué, para que la memoria de la muerte, y de que nos hemos de convertir en polvo, fuese medicina más eficaz de nuestra soberbia, pues no bastó para humillarnos habernos hecho de polvo. De modo que el polvo y lodo de la tierra, que veo y palpo, no solamente es despertador que me trae á la memoria el origen de donde comencé, sino el fin en que tengo de parar, y cuando le miro, he de imaginar que me está dando voces, diciéndome: Acuérdate que te has de convertir en

tierra y polvo, y que has de ser pisado y hollado como yo. Pues ¿de qué te ensoberbeces? Hoy eres carne, presto serás polvo; ¿de qué te engríes?

El tercer fin fué, para que el temor de este castigo y de este polvo, en que ha de parar la carne, sea aguijón de nuestra tibieza, para hacer penitencia por los pecados cometidos, y freno de nuestros bríos sensuales, para enfrenar nuestras pasiones. De modo que si no bastare para enfrenarnos la memoria del soberano beneficio que Dios nos hizo en sacarnos del polvo de la tierra, baste siquiera la memoria de que, cuando menos pensáremos, hemos de convertirnos en polvo, y así recabe el temor lo que no recaba el amor. Por tanto, toma el consejo del Profeta, que dice: En la casa del polvo, cúbrete de polvo; y pues vives en carne, que es de polvo, y has de morar presto en la casa del polvo, que es la sepultura, cúbrete de ceniza y polvo, haciendo penitencia de tus pecados, y con la memoria de este polvo, polvorea las cosas de esta vida para que no te lleven tras sí á la muerte eterna.

Coloquio.—¡Oh Padre de misericordias! Gracias te doy, porque del castigo de mi culpa hiciste medicina de mi soberbia Concédeme que no sea sordo á estas voces que me da el polvo, para que el castigo de Padre piadoso no se convierta en castigo de Juez severo. Que no me olvide, Señor, de mi origen y de mi fin, que aprenda con la memoria de la muerte que está ya muy cerca de mí, á despreciar todo lo terreno, que es como yo polvo y ceniza, y á no amar más que á ti que nunca pasas ni mueres.

Propósitos.—Acordarse con frecuencia del pensamiento y hora de la muerte.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA

De los engaños y males gravísimos que trae el olvido de la muerte.

Preludios.—Mira á aquel hombre rico, del que nos habla el Evangelio, el cual, hablando con su alma, le decía: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y date á los placeres. Y luego le dijo Dios: Necio, esta noche te pedirán el alma; las cosas que allegaste, ¿de quién serán?, y pide no olvidar nunca el pensamiento de la muerte.

Punto I

De tres grandes engaños que trae el olvido de la muerte.

Consideraré que el primero es prometerme muchos años de vida, y echar trazas de lo que tengo de hacer en ellos, como si esto dependiera solamente de mi voluntad, y no de la de Dios, el cual quizá tiene trazado de quitarme la vida en la misma noche ó día en que pensaba yo que sería muy larga, y con esto deshace mis trazas. Por lo cual me reprenderé con las palabras de Santiago Apóstol, diciéndome: «¿Cómo te atreves á decir, mañana iré á tal ciudad, y estaré allí un año, negociaré y saldré con ganancia, y no sabes lo que será de ti mañana? Porque tu vida es un vapor que presto se deshace».

El segundo engaño es prometerme, no solamente larga vida, sino asegurarme que tendré salud, fuerzas y contento con los bienes que poseo, y que ellos también durarán tanto como yo. De donde procede, que con la obra exhorto á mi alma y la digo: Descansa, come, bebe, date á banquetes y placeres, que nada

te faltará. Lo cual es gravísimo engaño, porque todo esto depende de Dios, el cual me puede quitar los bienes antes que se me acabe la vida; y cuando no los quite, me puede quitar la salud y fuerzas, de modo que no goce de ellos.

El tercer engaño es olvidarme de proveer lo necesario para la otra vida, como si no hubiera más que esta presente; y esta fué la más calificada necedad de este rico, porque habiendo proveido á su alma de tantos bienes para pasar esta vida temporal, totalmente se olvidó de proveerla de los bienes necesarios para la vida eterna; por lo cual es forzoso que la desventurada alma, que en esta miserable vida comía, bebía y banqueteaba, después padeciese perpetua hambre y sed y eterna miseria.

Ponderando estos tres engaños, examinaré si está mi alma engañada con ellos, y la exhortaré á lo contrario de este rico, diciéndole: Alma mía, no te prometas largos años, porque quizá no acabarás el presente: no te glories del día de mañana, porque no sabes lo que te traerá el día que está por venir. No te des al descanso, sino al trabajo; no á comidas y banquetes, sino á ayunos y lágrimas. Ten cuidado de la vida eterna que te espera, porque después de la muerte no hay lugar de merecer el descanso y hartura que ha de durar. ¡Oh Dios eterno! líbrame, por tu infinita bondad, de estos miserables engaños antes que la muerte me coja en ellos. Exhorta Tú á mi alma á las obras que te agradan, para que de hoy más se aparte de todas las cosas que te ofenden.

Punto II

De los graves males que padecen en la muerte los que han tenido esos tres engaños.

Considera que el primer daño es morir en la misma necedad del rico del Evangelio, sin caer en la cuenta de ella, hasta que no tiene remedio; porque tarde ó temprano, buenos y malos, vendrán á desengañarse, pero en diferente manera; porque los malos duran en su engaño hasta la muerte, y entonces con la experiencia de sus tormentos y miserias caen en la cuenta de que vivieron engañados, y se llaman á sí mismos en la Sagrada Escritura, hombres sin seso y sin juicio. Mas los buenos desengáñanse en vida con la lumbre de la fe, y apercíbense para la muerte antes de verse en ella. Por tanto, alma mía, toma por maestra de tus desengaños esta lumbre divina, si no quieres que lo sea la experiencia de la miseria eterna y escarmienta en cabeza ajena antes que venga este daño por la tuya.

El segundo daño es morir de noche, esto es, con muerte repentina y apresurada; porque muchas veces, cuando están sanos y contentos, como este miserable rico, les intima Dios la sentencia de muerte, y juntamente la ejecuta, pasando de la noche temporal á la eterna, y de las tinieblas interiores del corazón á las exteriores del infierno. Con este temor pediré muy de veras á Nuestro Señor me avise de tal manera el peligro de mi muerte, que me dé lugar para disponerme á ella, como avisó al rey Ezequías por medio del profeta Isaías, diciéndole: «Ordena tu casa, porque

morirás». Mas para esto no he de esperar revelaciones del cielo, sino la inspiración de Dios, la experiencia de las muertes de otros, la enfermedad que me saltea y el aviso del médico cuando me dice que tengo peligro. Y generalmente, pues no tengo un día cierto de vida, y cada día puedo esperar la muerte, cordura es imaginar que hoy me dice Dios: Ordena hoy tu alma, porque quizá morirás mañana, y hacerlo luego así.

El tercer daño es morir por fuerza y con violencia pidiéndoles y arrancándoles el alma á su pesar. En lo cual ponderaré la diferencia que hay entre los justos desengañados y entre los pecadores engañados; porque los justos ofrécense de su voluntad á la muerte, cuando Dios quiere que mueran. Y aunque la naturaleza la rehusa, prevalece contra ella la gracia, y en pidiéndoles Dios el alma, se la dan con gran resignación; pero los malos aborrecen la muerte y llévanla con impaciencia.

Mira si tú padeces alguno de esos tres engaños, y procura salir de ellos para que la muerte jamás te coja desprevenido.

Punto III

De la terrible pregunta que hace Dios N. S. al rico del Evangelio.

Considera en tercer lugar, la pregunta que hizo Dios al rico del Evangelio: Las cosas que allegaste, ¿cúyas serán? En la cual se representa el último daño de los que viven olvidados de la muerte al modo dicho, que es dejar de repente con gran pena los bienes que tenían, sin gozarlos ni disponer de ellos, ni sa-

ber á quién vendrán; esto es, decirles: Los bienes que allegaste, ¿cúyos serán? ¿Cúya será la casa en que vives y la cama en que duermes? ¿Los ricos vestidos con que te atavías? ¿Y los tesoros de oro y plata que tienes en tus arcas? ¿Cúyos serán los criados que ahora te sirven, y los amigos que ahora te entretienen, y el oficio y dignidad por la cual todos te honran? ¡Oh miserable de ti, que atesorabas sin saber para quién allegabas tus tesoros; porque tu desventurada alma, para quien los recogías, ya no podrá más gozar de ellos!

Pero si son bienes espirituales de virtudes y buenas obras, tuyos serán, porque éstos acompañan á los que mueren en el Señor, y no los desamparan hasta ponerlos en el trono de su gloria. Por tanto, alma mía, trabaja por atesorar bienes que en vida y en muerte siempre sean tuyos, sin que nadie pueda privarte de ellos.

A semejanza de esta pregunta haré también otra á mí mismo, diciéndome: Esta alma que tienes ahora en tu cuerpo, ¿cúya será? ¿Por ventura será de Dios, ó del demonio? ¿Será de Cristo, que la redimió, ó de Satanás, á quien ella se sujetó? Si estoy en pecado mortal y muero en él, sin duda será del demonio; él vendrá á pedírmela, y la arrebatará porque es suya por la culpa; pero si estoy en gracia de Dios, y en ella persevero, será de Dios, y El vendrá por ella para llevarla consigo. Por tanto, haz luego penitencia de tus pecados; porque si viniere hoy el príncipe de las tinieblas, no halle en tu alma cosa suya y así la deje. ¡Oh Rey del cielo y de la tierra! Tuyo soy, sálvame; tuya es mi alma, porque la

criaste, y tuya porque la redimiste; sea también tuya, santificándola con tu gracia, para que sea perpetuamente tuya, coronándola con el premio de la gloria.

Por conclusión de lo que se ha dicho, considerarás un terrible ejemplo de ello en el rey Baltasar, el cual, estando en un festín, vió de repente los dedos de una mano que escribían en una pared estas palabras: *Contó, pesó, dividió.* Las cuales declaró Daniel en esta forma: Contó Dios tu reino, y llegó su fin. Te pesó en su peso, y te halló falto. Dividió tu reino, y entrególe á los Medos y Persas. Y así sucedió aquella misma noche, siendo muerto miserablemente.

Aplicando esto á mí mismo, si vivo en semejante olvido, he de imaginar que de repente llegará un día ó una noche en la cual Dios N. S., y con los dedos de su justicia, escribirá en la pared de mi conciencia estas tres palabras.

La primera, Dios ha contado los días de tu vida y ya están cumplidos, y este día de hoy será el postrero.

La segunda, te ha pesado en su peso, examinando tus obras, y halló que estaban faltas, y que no eran obras llenas, porque no habías cumplido con todas tus obligaciones.

La tercera, Dios ha dividido y apartado de ti tu reino, tu hacienda y dignidad y los bienes que tenías, y los ha entregado á tus enemigos, ó á los extraños, y á otros que gocen de ellos. También ha dividido tu cuerpo y alma, y el cuerpo ha entregado á los gusanos para que lo coman, y el alma será juzgada para recibir pena ó castigo según sus obras.

Coloquio.—¡Dios mío! Acuérdate de mí por tu misericordia, y estampá en mi alma la memoria de estas tres sentencias, de modo que me acuerde siempre de la cuenta que has hecho de mis días y del postrero, que ha de ser fin de ellos, para que viva con tanto cuidado que el día del juicio, cuando me pusieres en tu peso, no me halles defectuoso, sino entero y lleno en todas mis obras; y aunque dividas de mí el reino de la tierra, no me excluyas del reino de tu cielo.

Propósitos.—Obrar siempre como si aquel fuese el último día de mi vida.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA

Sobre la huida y abominación del mundo.

Preludios.—Oye á Cristo N. S. que dice á sus discípulos, "Vosotros no sois del mundo„, y pídele separarte cada día más, por las máximas y las obras, de un mundo mil veces anatematizado por el Señor.

Punto I

Es necesario, para salvarse, el separarse del mundo á lo menos con el corazón y con el espíritu.

Considera que es imposible salvarse sin desasirse del mundo, y que es muy difícil desasirse sin separarse de él. Salid de en medio del mundo corrompido, dice San Pablo, y separaos si queréis ser hijos de Dios, esto es, verdaderos cristianos [1]. La gracia, pues, que nos hace cristianos, es una gracia de separación del mundo, y así, cuando recibimos el carácter de cristianos en el bautismo, nos obligamos al mismo tiempo á renunciar al mundo y separarnos de él. Por eso San Pablo llama su vocación á la ley de Cristo, *separación*. La predestinación es una separación que Dios hace

1 II Cor., 6.

de la masa de perdición. Lo que distingue á los verdaderos cristianos, según San Agustín, es el apartarse del mundo corrompido, y esto mismo es lo que constituye á los verdaderos penitentes. El primer movimiento que la gracia inspira al pecador penitente, es el deseo de separarse del mundo lleno de peligros, el cual ha sido ocasión de sus tropiezos y caídas. Si la gracia de ser cristiano es una gracia de separación de todo lo malo, no podemos corresponder á ella sino apartándonos del mundo. Hay, para luchar, gracias á las cuales se corresponde luchando; gracias de precaución, á las que se corresponde temiendo; pero á la gracia de separación no se puede corresponder sino huyendo.

Esta separación, al menos con el espíritu, es, además, necesaria por los mil peligros que el mundo encierra. Si el aire del mundo es contagioso, ¿cómo se puede estar mucho tiempo en él sin inficionarse? Es también muy difícil estar en el mundo sin apegarse á él. Todos los objetos que vemos, todos los discursos que oímos, todos los ejemplos que presenciamos, conspiran á amarrarnos más á él. Porque todos los bienes que el mundo nos propone son sensibles, y por eso hacen vivísima impresión en nuestros sentidos, fomentan nuestras pasiones y ganan nuestro corazón.

La separación del mundo, según esto, es necesaria á todo cristiano, pero difícil, y más á una persona colocada en el gran mundo por su nacimiento ó por su posición, porque ésta no puede evitar del todo el trato con el mundo, pero es necesario absolutamente apartarse lo primero, del mundo corrompido; lo se-

gundo, del mundo peligroso, y lo tercero, del mundo vano y frívolo, ya que esta separación tiene sus grados. Es menester romper enteramente con el mundo corrompido, esto es, con las personas de vida desarreglada cuyas conversaciones deshonestas, máximas impías é ideas criminales, son ocasión de envenenar los corazones y perder las almas.

El escándalo de este siglo no es que todas las personas sean malas y corrompidas, es que se transige con ellas, se las atiende y agasaja, y el que se llama fervoroso cristiano y persona devota no tiene valor para negar su trato, su casa y su conversación al libertino, al adúltero, al impío, á aquel á quien no debia ni saludar si realmente tuviese fe viva y celo por la gloria de un Dios ofendido. Es menester evitar todo lo posible el mundo peligroso, esto es, todo género de espectáculos adonde se ven reinar las pompas del siglo, que se renunciaron en el bautismo, las fiestas peligrosas y los teatros del día, las diversiones y los concursos y conversaciones, que sólo se fundan en murmuraciones y galanterías. Es menester moderar y esquivar el trato con un mundo vano y frívolo, evitando tantas visitas inútiles, para emplear el tiempo que se pierde, en cumplir las obligaciones piadosas y de nuestro estado, y para retirarse al pie de los altares á pensar en la salvación. ¿Es este el modo como vives? ¿No te remuerde nada la conciencia en esta materia?

Punto II

Motivos de aborrecimiento del mundo.

Considera que debemos despreciar el mundo, porque el mundo siempre nos engaña; pro-

mete mucho y no cumple su promesa. Sus deleites no son verdaderos, ni puros, ni pueden contentar el corazón; se nos escapan cuando queremos disfrutarlos. ¡Que hastío dejan en el alma! ¡Qué aflicción en el espíritu! ¡Qué remordimientos en la conciencia! ¿Has tenido sosiego mientras has seguido al mundo? ¿En qué vendrán á parar esas diversiones, esos excesos de carnaval? En la ceniza de la muerte, y en una eterna penitencia que habrá de hacer el pecador en el infierno.

Debemos, además, aborrecer el mundo, porque es enemigo de Jesucristo, esclavo y partidario del demonio, tirano de la virtud, señor, padre y protector de todos los vicios. El que ama el mundo cree en las máximas del mundo, y no lo amaría si creyese en las del Evangelio, que le es contrario, y así, aunque cristiano de nombre, es infiel de corazón. Los demonios creen en Dios, y esta creencia los hace estremecer; pero no creen en Dios debidamente, porque no hacen su voluntad, y esto los hace miserables. El mundano cree en Dios lo mismo que cree el demonio, pero no cree en Dios de modo que obedezca sus divinos mandamientos, y en esto es peor que el demonio; porque Satanás cree y tiembla, como dice Santiago, mas el mundano cree en Dios y se burla de El; en una palabra, el que es amigo del mundo se declara enemigo de Dios. ¿Qué partido tomas? ¿Quieres ser enemigo de Jesucristo ó del demonio?

Es necesario, pues, huir del mundo con el espíritu, con el corazón, y si es posible con el cuerpo. Su compañía es peligrosa, sus máximas detestables, sus costumbres corrompidísi-

mas, sus ejemplos escandalosos, su comunicación contagiosa, y sus partidarios soberbios, avaros, sensuales, llenos de vicios y enemigos de Dios. El mundo está ya juzgado, condenado, maldecido y excomulgado por Jesucristo; preciso es, pues, apartarse de su compañía, y no amarla bajo ningún pretexto. Más vale ser aborrecido que amado por el mundo, porque dice Nuestro Señor: «Si eres del mundo, morirás en tu pecado».

¿Por qué quieres amar al mundo? ¿Es el mundo quien te ha criado, quien te ha redimido, y quien te ha de salvar? Jesús dice que no es de este mundo, y tú dices que eres de este mundo; luego no eres discípulo de Jesucristo: ¿no has renunciado ya al mundo en el bautismo? ¿Le renunciaste antes del uso de la razón, y ahora le amas? ¿Le renunciaste cuando no tenías todavía el uso del libre albedrío, y ahora que le posees de lleno le amas con tanta afición? Por cierto que das á entender con eso que, si hubieras tenido entonces la luz de la razón y el libre albedrío, no hubieras querido recibir el bautismo.

Así, pues, saca de todo esto que la primera virtud del cristiano, es despreciar al mundo, y que el mundo le desprecie. Di, pues, con los Santos, pero más con las obras que con las palabras: yo no soy del mundo, he aprendido á despreciarle, y no á adorarle; más quiero ser humilde con Jesús, que grande á los ojos del mundo: más bien quiero llorar con Jesús, que alegrarme con el mundo; y estimo más ser pobre y que todo me falte estando con Jesús, que poseerlo todo en compañía del mun

Punto III

Sobre la condenación del mundo por Jesucristo.

Considera estas terribles palabras del Redentor: «Cuando viniere el divino Espíritu argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio». Mucho hay que reprender en el mundo; cométense pecados sin número, y se vive bajo el dominio del demonio que es su príncipe y su tirano, y que ya está juzgado y condenado.

¡Cuántos pecados se cometen en el mundo! Vive sólo en el mal y por el mal; lo compone la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Todas sus opiniones son falsas; todas sus máximas contrarias á las del Evangelio; impiedad todas sus costumbres; injusticias sus leyes; crímenes sus deseos, y escándalos sus acciones. ¿Y tú amas á este mundo? ¿Y quieres ser de este mundo?

No se hace ningún bien espiritual en el mundo; no se adora á Dios en espíritu y en verdad; sólo se habla de Dios para blasfemarle; se desprecia su palabra, profánanse sus templos, se oprime á los pobres en lugar de aliviarlos, sólo se mira con respeto y consideración á los ricos, aunque sean como el epulón del Evangelio; no se mortifica la carne, ni se combaten las pasiones; no se hace penitencia, y sólo se piensa en el placer, aunque esté prohibido por Dios y por su Iglesia. La Religión pasa por una superstición; la piedad por una insensatez; el Evangelio por una locura; se tiene por necedad la inocencia, y por cobardía la humil-

dad y mansedumbre. Están desacreditadas todas las virtudes y canonizados todos los vicios. ¿Y tú amas á este mundo? ¿Y tú quieres ser de este mundo?

El mundo está ya juzgado y condenado porque lo está Lucifer, que es su príncipe. Jesús por su misma boca ha maldecido al mundo, y lo ha separado de su Iglesia, no dándole lugar en sus oraciones; se ha declarado su enemigo, y amenaza á los que siguen al mundo con una muerte de reprobación y una pena eterna. ¿Y con todo, aún amas al mundo, y quieres ser suyo?

No es posible que así sea, si te glorías de ser cristiano y no enemigo de Jesucristo. Sino, entra dentro de ti y piensa en el retiro de tu corazón. ¿Para qué fin estoy en el mundo? ¿Qué quietud se puede tener sirviendo al mundo? ¿Qué querré yo haber hecho en la hora de mi muerte? ¿Me tiene cuenta condenarme por los bienes y deleites mundanales? Si pierdo mi alma, ¿de qué me servirá haber ganado todo el mundo? Sin embargo, sólo pienso y me afano por las cosas de este mundo, anhelo y busco desalentado sus vanidades y placeres, y hago todo lo contrario de lo que me ha mandado Dios que haga en este mundo.

Coloquio.—¡Jesús y Señor mío! ¡Cuántos adoradores tiene el mundo, y Vos cuán pocos siervos tenéis! El mundo engaña á los que le sirven, y todos se afanan por servirle; Vos sois fiel, y no podéis engañar á nadie, ¡y hay tan pocos que se consagren á vuestro servicio! ¿Qué ganaré yo sirviendo al mundo? ¿Qué recompensa puedo yo esperar? ¿Me consolará en la muerte? ¡Ah! Me abandonará en mi más grande necesidad y me dejará en poder de mis enemigos. Sólo Vos, Señor, sois amigo fiel y digno de ser amado y servido, y por eso os prometo em-

pezar á ser vuestro de veras y no abandonaros jamás.

Propósitos.—Resuelve desasirte absolutamente del mundo, y separarte de él todo lo que te fuere posible.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA

Sobre no dilatar nuestra conversión.

Preludios.—Mira al hijo pródigo que en un arranque de amor y de contrición dice aquellas palabras que tú debes de decir para entrar con verdadero espíritu cristiano en el santo tiempo de cuaresma: "Me levantaré é iré á mi Padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti„ y pide decir esas palabras con el fervor y el fruto conque las dijo el pródigo del Evangelio.

Punto I

Temeridad del pecador que difiere su conversión pensando que tendrá tiempo de hacer penitencia.

Considera que nada está menos en la mano del hombre que el tiempo futuro, y que contar con lo que no está en tu poder, es una insigne locura. Para más penetrarte de esta verdad, piensa que de las tres divisiones del tiempo, lo pasado, lo presente y lo por venir, sólo puedes disponer de lo presente, pues lo pasado ya no te pertenece y lo futuro no lo tienes todavía, ni sabes si lo tendrás. Por esta razón el Apóstol decía á los hebreos que se exhortaran los unos á los otros, mientras durase ese tiempo que la Sagrada Escritura llama *hoy*, á fin de que te persuadas que ese *hoy* es el tiempo de las misericordias del Señor.

Considera, por lo tanto, que el pecador que difiere su conversión, además de la injuria que hace á Dios, trabaja contra su propio interés y se contradice á sí mismo, porque no quiere

convertirse en el tiempo en que puede hacerlo, y quiere hacerlo en un tiempo en que no sabe si podrá llevar á cabo su propósito. ¡Ay hermano mío! decía San Jerónimo, ¡qué mal tomas tus medidas al querer hacer en un tiempo incierto una penitencia cierta! ¿Me respondéis, exclama á su vez San Agustín, que Dios ha prometido al pecador penitente la remisión de su pecado? Convengo en ello. ¿Pero se la ha prometido al pecador que aguarde al día de mañana para hacer penitencia? ¿En qué profeta habéis leído que porque Dios es Dios de las misericordias, debe prolongar vuestra vida? Dios ha considerado en el mundo dos clases de pecadores; los unos débiles y pusilánimes; los otros vanos y temerarios. A los primeros les dice: No temáis, porque por grandes que sean vuestros pecados, desde el momento en que los lloréis, os los perdonaré. Pero dice en cambio á los segundos: ¡Temblad!, pues por auténtica que sea mi promesa, no se extiende hasta responderos de lo futuro.

Piensa que nada hay de cierto en lo que está por venir, porque lo futuro es la incertidumbre misma, y sólo sabemos que seremos sorprendidos por la muerte. El Salvador del mundo nos lo ha dicho en términos formales: «No sabéis la hora». ¿Puedes, después de una palabra tan positiva, añadir al desorden del pecado, el desorden de la más criminal é insensata temeridad?

Cuando eres atacado por una enfermedad, no aguardas al día de mañana para curarte; ¿cómo, pues, cuando se trata de las enfermedades de tu alma, te atreves á decir: tengo tiempo, ya arreglaré mi conciencia el día de

mañana? Acuérdate de lo que el Salvador de los hombres dijo llorando sobre Jerusalén: Porque no has conocido la visita del Señor, porque no te has aprovechado de este día señalado para ti, yo te abandonaré. Piensa que el tiempo de la visita del Señor es este momento en que vives, esta inspiración que sientes, esta voz interior que oyes, y aprovéchalas, no sea la última vez que el Señor te llame á sí, y pídele perdón de tantas gracias desaprovechadas é inútiles para tu salvación.

Punto II

Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con la gracia.

Considera que Dios es fiel, y porque es fiel, podemos confiar en El y en su gracia; pero no se sigue de aquí que podamos confiar en El y en su gracia en perjuicio suyo; y contar con El y con su gracia para continuar viviendo en el pecado, es: 1.° Querer que Dios sea fiel á quien le desprecia. 2.° Querer que sea fiel á costa de todos sus intereses, y combatirle con el más amable de sus atributos, que es su misericordia. 3.° Querer que su fidelidad le convierta, á pesar de ser Dios, en cómplice y fautor de nuestra iniquidad.

Considera, en efecto, que esto es querer que Dios sea fiel á quien le desprecia, porque no otra cosa es sino despreciarle, resistir actualmente á su gracia. Pero ¡ay de vosotros los que me despreciáis, dice el Señor, porque vosotros seréis despreciados! Piensa que al diferir tu salvación, lo que realmente quieres es no convertirte hasta que el mundo te des-

eche, ó hasta que tú quieras desechar al mundo; mas ¿crees acaso que es tratar á Dios, como Dios se merece, darle los desechos del mundo y un corazón corrompido por los vicios y las pasiones? No debes creerlo; sino pensar, por el contrario, que por el honor de su gracia, de la que es tan celoso, castigará el desprecio con que ahora le tratas y te rechazará, diciéndote lo que el Señor dijo á los judíos, de quienes se habla en el cap. I de Isaías: Retiraos; no os conozco ya, y estoy harto de vuestros sacrificios.

Considera después, que es combatir á Dios con sus mismas armas servirse del más amable de sus atributos, que es su misericordia, para seguir ofendiéndole, pues si el pecador no contara con la misericordia de Dios, si supiera que Dios era un Señor tan pronto como terrible en sus venganzas, no tardaría en convertirse. ¿De qué proviene que no se convierta? De que el pecador cuenta con la misericordia de Dios y con su paciencia, y con que siempre estará dispuesto á concederle su gracia. Increíble abuso de la bondad de Dios, y que El no puede dejar sin castigo, porque equivale á que nosotros seamos más malos, prevaliéndonos de que Dios es sumamente bueno y misericordioso.

Diferir la conversión es también querer convertir á Dios en cómplice y fautor de nuestra iniquidad, porque lo sería evidentemente si soportase á los pecadores con esa paciencia que toca en la insensibilidad, y si, á pesar de la rebeldía del pecador, su gracia le fuera siempre concedida. Saca de esas terribles verdades el no jugar más tiempo con la gra-

cia de Dios, y considera que el infierno está lleno de esos propósitos de futuras conversiones que tú alimentas en tu corazón. No digas, *mañana, mañana,* como San Agustín, sino ahora mismo me levantaré, como el hijo pródigo, é iré á arrojarme á los pies de mi Padre celestial.

Punto III

Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con su voluntad.

Considera que de las cosas de este mundo de que menos puedes responder, es de tu propia voluntad; porque si bien por ser tuya puedes disponer de ella, eso mismo debe hacerte temer, pues si Dios te hubiera quitado ese poder, haciéndose dueño de tu voluntad, estarías seguro; pero como ha querido que dependa de ti, que eres la fragilidad y la inconstancia misma, nada más insensato que fundar en esa tu voluntad movediza las únicas esperanzas de tu salvación. En vano, pues, te prometes que dentro de algunos años tendrá tu voluntad el suficiente imperio sobre tu corazón para arrancarlo de la esclavitud del pecado, desde el punto y hora en que tú mismo reconoces que tu voluntad es ahora impotente para sacarte del miserable estado en que te encuentras, incurres en una contradicción evidente, pues confiesas, por una parte, que eres demasiado débil para romper las ligaduras que te aprisionan, y te prometes, por otra, que las romperás, andando el tiempo.

Desconfía de que puedas llevar á buen término esa penitencia futura, teniendo en cuen-

ta que los pecadores que difieren su conversión, lo hacen así hasta el fin de su vida, y muchas veces la aplazan hasta el mismo día de su muerte. ¿Crees tú, acaso, que entonces te hallarás en estado de hacer una buena confesión? ¿Tendrás, siquiera, suficiente voluntad y espíritu para pensar en ello? ¿Serás bastante dueño de ti para mudar de repente de sentimientos y llegar á ser en un momento lo que no has podido ser en toda tu vida?

No lo pienses siquiera y sigue, por el contrario, el saludable consejo del Apóstol, y la recomendación que nos hace de no recibir en vano el don de Dios, que hoy se nos ofrece. El tiempo es favorable, la gracia abundante, la misma disposición de nuestros entendimientos y de nuestros corazones, ventajosa. Porque el tiempo santo de cuaresma es un tiempo de renovación para todos los cristianos, un tiempo que despierta á los más soñolientos, que enciende á los más fríos, un tiempo en que hasta los más endurecidos tienen vergüenza de no dar siquiera alguna muestra de religión, un tiempo en que la piedad pública triunfa del respeto humano, en que el libertinaje se hace detestable y odioso; un tiempo en que las almas tímidas pueden declarar sus sentimientos, pues ni aun el mundo se admira de las conversiones: tan naturales las encuentra en estos días. Tiempo de bendiciones y gracias, en que la fe casi extinguida se reanima y revive, y obra las mayores maravillas.

Piensa, por último, que quizá sea la próxima cuaresma la última para ti, porque ¡quién sabe si Dios querrá hacerte en otra los mis-

mos llamamientos! Aprovéchate, pues, de estos momentos tan preciosos y di á Dios con David: Señor, estoy resuelto; desde hoy comenzaré de veras á convertirme. O di con San Agustín: ¡Ah Señor! yo empiezo muy tarde á amaros; pero ¿qué sería si lo difiriese más todavía? ¿Es acaso demasiado el daros los pocos días que quizá me quedan de vida, para merecer vivir con Vos una eternidad en la gloria?

Coloquio.—Vuestras son, Dios mío, las inspiraciones que siento dentro del corazón. Quiero corresponder á ellas saliendo, ó del pecado, ó de mi tibieza, y empezando á serviros como Vos, Señor, merecéis. Que este santo tiempo sea para mí de satisfacción y de salud, y deje en mi alma verdaderos frutos de salvación.

Propósitos.—Abstenerse durante la cuaresma de todas las diversiones impropias de este tiempo de penitencia y de santificación.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

Las tentaciones de Cristo N. S. en el desierto.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. venciendo á Satanás, y pide á tu divino Capitán, Jesús, no ser nunca engañado ni vencido por el enemigo de tu alma.

Punto I

Tentaciones y victorias de Cristo.

Considera cómo se atrevió el demonio á tentar al Salvador del mundo, para que no te desconsueles si te hallares tentado, y para animarte con su ejemplo á sufrir y guerrear hasta vencer al enemigo, que no cesa de combatirnos mientras estamos en esta vida. Mira

las prevenciones que hizo Cristo para entrar en la batalla con el tentador, retirándose al desierto, ayunando con tan grande rigor, dándose al silencio, mortificación y oración, para enseñarte que esas son las armas con que se alcanza la victoria de este enemigo. Ve si en los peligros las usas tú, y pídelas al Señor, porque sin ellas no podrás salir triunfante de las tentaciones.

La primera tentación de Cristo fué de hambre. Considera que en mostrando Cristo hambre, le acometió Satanás con la tentación de gula, como el capitán que bate la fortaleza por la parte que ve flaquear el muro; y así, mostrando tú hambre de los bienes temporales ó hambre por satisfacer cualquier pasión desordenada, en seguida por ahí te acometerá Satanás. Mete la mano en tu pecho y mira si flaquea tu corazón por alguna parte, y pídele al Señor que te fortalezca para que no seas vencido. Advierte cómo guerrea el demonio con Cristo, tentándole, como al primer Adán, con la gula, porque esas tentaciones de cosas bajas y groseras son las que primeramente tienen que vencer los que empiezan el camino de la virtud, y mira cómo Cristo las vence con la confianza en Dios, que empeñó su palabra de no desamparar á los suyos en las necesidades; confía en su bondad que no te dejará en las tuyas; pero tú con el ayuno y la mortificación refrena la gula y todos tus groseros apetitos, si quieres vencer al enemigo de tu salvación.

La segunda tentación fué de presunción. Considera cómo llevó el demonio á Cristo al pináculo del templo y allí le persuadió que se

arrojase desde él, confiando en la providencia divina con vana temeridad de que enviaría á sus ángeles para que le llevasen en palmas y no se hiciese mal. Aprende las astucias del demonio y no te dejes engañar de sus lazos, huye como Cristo la vanagloria y presunción con verdadera humildad, si quieres salir vencedor de las tentaciones, que se vencen con la humildad y la confianza en Dios, y nunca lo serás, si presumes de ti con temeridad ó te pones en los peligros de alma y cuerpo contra la voluntad de Dios.

La tercera tentación, fué de soberbia. Considera cómo desde el templo llevó el demonio á Cristo á un monte levantado y le ofreció, si le adoraba, todas las honras y riquezas del mundo, las cuales despreció el Salvador, y venciendo al demonio llegaron los ángeles á coronarle como á vencedor. Contempla aquí la importunidad del demonio en tentar á Cristo, pues vencido dos veces no desistió de su intento, y le acometió la tercera con mayor furia, para enseñarte que siempre estés sobre aviso, pues el demonio nunca se da por vencido, y que siempre debes estar pronto para resistirle. Considera, además, cuán fuerte arma es la codicia de los bienes temporales y el afán de los honores, pues confía en ellos el demonio de poderle vencer, no habiendo podido con las otras tentaciones, y guarda tu corazón libre de su afición, porque no caigas en sus lazos. Mira cómo las despreció Cristo con tan grande valor, y llora tu flaqueza y tu malicia, que tantas veces has hincado la rodilla delante del demonio por intereses humanos de ninguna estimación. Contempla cómo con la hu-

mildad de Cristo huyó el demonio corrido, porque Satanás huye de quien le vence; resístele tú con valor y huirá de ti y vendrán los ángeles enviados de Dios y te coronarán con la victoria; gózate de ver á tu capitán coronado de este modo, y alégrate de su dicha y aprende á vencer, si quieres alcanzar la corona que el Salvador alcanzó. Pídele gracia y fortaleza para jamás doblar la rodilla ante ningún ídolo, y ser sólo esclavo de Dios y nunca del demonio, del mundo, ni de la carne.

Punto II

Sobre la causa de las tentaciones.

Considera que Cristo N. S. quiso ser tentado, en primer lugar, para vencer á nuestro enemigo y enseñarnos á combatirle; en segundo lugar, para merecernos la fuerza de vencerle y animarnos al combate con su ejemplo, y últimamente para humillar al demonio que había triunfado del primer hombre, reparando así el pecado de nuestros primeros padres, y para levantarlos de su caída haciendo á sus descendientes vencedores del demonio.

No son esas, muchas veces, las causas de tus tentaciones. Tú eres tentado ó porque eres un soberbio, y Dios quiere que te humilles, ó porque no tienes vigilancia sobre tus sentidos y tu corazón, y principalmente sobre tus ojos y tus oídos, ó porque tienes hábitos viciosos, que están en inteligencia con el demonio, y tal vez porque tienes el corazón aficionado á alguna criatura y no te atreves á romper con lazos, que ponen en peligro tu salvación, ó á lo menos tu perfección. Eres tentado, finalmente,

porque eres hombre, y un hombre, siendo libre, no está fijo en el bien; y siendo además como eres, cristiano, tienes que ser soldado, esto es, debes pelear siempre para recibir la corona de la pelea.

Añade que el demonio te tienta sin cansarse jamás, porque aborrece en ti la imagen de Dios y envidia al hombre que ha de ocupar su puesto en el paraíso, y por eso quiere hacerle su esclavo y compañero en sus penas. Trabaja Satanás por entrar en tu corazón, que es el trono de Dios, para allí ser adorado, quiere profanar su templo y santuario, quiere sacar á Jesucristo de su reino, que está en ti, y crucificarle en tu corazón, renovando las ignominias de su Pasión dolorosa. ¿Contribuirás tú, dejándote vencer como soldado cobarde, á que logre sus designios?¿Contentarás su ambición? Pues eso haces cuando consientes en la tentación, cuando te rindes á sus sugestiones.

Considera, por último, por qué permite Dios que seas tentado, y verás que en eso, como en todo, busca su gloria y tu provecho. Quiere conocer si le amas, ó más bien quiere que tú lo conozcas y que sientas tu debilidad, obligándote á que recurras á El; quiere probar y acrisolar tu virtud, despertarte y animarte al combate, sacudiendo tu pereza y desprendiéndote de las criaturas; quiere, por último, hacerte merecer el paraíso, que es premio y corona de los que se hacen fuerza á sí mismos. Anímate á luchar con estas consideraciones, á imitación de Cristo N. S., y á ser buen soldado de la cruz.

Punto III

Remedios contra las tentaciones.

Considera que cuando te sientas tentado, no debes perder el ánimo, Dios quiere probar tu virtud, ejercitarla y coronarla. El Santo de los santos quiso ser tentado en el desierto; ¿de qué nos debemos admirar, si nosotros, que somos pecadores, padecemos tentaciones en una vida que es una batalla? Su ejemplo debe servirte de consolación y de auxilio. Dios N. S. pone en tus manos tres remedios, entre otros, para que puedas siempre salir vencedor de la lucha, y la tentación que Dios permite, nunca es mayor que la gracia que te da para vencerla, El primer remedio, sobre todo en las tentaciones contra la pureza, es la huída de la ocasión. ¿Eres tentado? Huye, que no es indecoroso el huir en este caso, porque no es cobardía, sino prudencia y valor. Mucho debemos á Dios, pues hizo consistir esta victoria, no tanto en el combate y en la resistencia, como en la precaución y en la huída. No pueden todos pelear; pero, ¿quién es el que no puede huir? Como somos débiles y flacos, si fuera menester salir al encuentro siempre para vencer, ¿qué haríamos? Las más veces seríamos vencidos, porque son muchos y muy poderosos los enemigos que nos hacen la guerra; pero, por poderosos que sean, nada podrán contra un hombre que sabe huir. Si no huyes, es señal de que no quieres ni luchar ni vencer.

Segundo remedio. Lo dió Cristo N. S. á los Apóstoles: «Velad y orad, para que no entréis en la tentación». Los Apóstoles experimenta-

ron este daño, por no haber practicado el precepto de Cristo cuando estaban con su Maestro en el monte de las Olivas; en lugar de velar y orar, se durmieron, y porque fueron negligentes en robustecerse con la oración, como flacos y cobardes, abandonaron á su Maestro. Todo nuestro esfuerzo en la tentación no puede venir sino del socorro de Dios, y éste no le podemos alcanzar sin la oración. ¿Qué es lo que nos hace tan flacos en las tentaciones? ¿Cuál es el motivo de que caigamos en ellas tantas veces? El que no tenemos oración, ni acudimos á Dios en los peligros. De la gracia depende toda nuestra fuerza para resistir al mundo, al demonio y á la carne, y sólo la oración nos puede alcanzar y asegurar esta gracia del Señor.

Tercer remedio. Si á pesar de la oración la tentación continúa, es menester seguir luchando sin descansar. San Pablo oró y pidió hasta tres veces á Dios que le librase de la tentación, y no fué oído, quería la paz de su alma, pero Dios no quería que llegase á conseguirla sino por la guerra y los combates. Por flaco que seas, por poderosos que sean tus enemigos, no pierdas nunca el ánimo; Dios está presente á tu combate, te ofrece su socorro para sostenerte y te presenta la corona para animarte. Considera por último, que Jesús, por medio de su gracia, combate en ti, por ti y contigo, y si Jesús está de tu parte, ¿qué puedes temer? Si el Señor está por mí, dice san Pablo, ¿qué podrán contra mí todos mis enemigos? Está seguro de la victoria, si cumples con todas tus obligaciones; en este combate, nadie es vencido si no quiere; mientras

se lucha se puede triunfar, y el precio de esta victoria es una corona inmortal. ¿Quién dejará de pelear á este precio?

Coloquios.—¡Oh Jesús Salvador de mi alma! no me admiro que sea yo tan tentado, cuando Vos lo habéis sido también. Bueno es que os conozca, y que me conozca á mi mismo; la tentación me es útil y aun necesaria, porque me hace humilde y me preserva de la presunción. Probadme pues, Dios mío, y purificadme, como el oro, en el crisol de la tentación. Con vuestro ejemplo y vuestra gracia me creo fuerte, á pesar de mi flaqueza, para resistir á los asaltos del demonio. Luchad Vos en mí y á favor mío, y nada temeré de los enemigos de mi salvación.

Propósitos.—Pide muchas veces á Dios, como Jesucristo nos lo ha enseñado, no el no ser tentado, sino el no caer en la tentación y huir siempre de las ocasiones.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA [1]

Meditación sobre las disposiciones con que el alma ha de meditar en la Pasión de Cristo nuestro Señor.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. enclavado en la cruz, póstrate de hinojos á los pies de ella con gran reverencia, amor y fe, y pide gracia para meditar con fruto los misterios de la Pasión y muerte de Cristo N. S.

Punto I

El deseo de participar de los dolores y de la cruz, primera disposición para meditar con fruto la Pasión de Cristo.

Considera que para entender y gustar los misterios de la cruz de Cristo, hacen falta almas crucificadas, amantes del padecer y que

1 Dedicamos esta semana á seis meditaciones, como preparatorias á las de los misterios de la Pasión de Cristo N. S.

sepan penetrar en el interior de Cristo, N. S. en los momentos supremos de su Pasión y muerte. Los santos más abnegados y muertos á sí mismos, los más semejantes al divino modelo crucificado por amor nuestro, han sido, en general, los más devotos de la Pasión y los que han pasado su vida entera al pie de la cruz, estudiando aquellos sublimes y divinos misterios y trasladándolos á su corazón hasta transformarse, como el seráfico Francisco de Asís, en una imagen viviente de Cristo crucificado. Otros no han sabido leer en otro libro más que en el divino de la cruz, y allí lo han aprendido todo, pero para poder penetrar en esa altísima sabiduría han empezado por morir ellos á todo lo humano, y por vivir, como Cristo, enclavados en la cruz, porque ese libro, que es el de los siete sellos para las almas regaladas y sensuales, enemigas de la mortificación, sólo se abre para los amadores y participantes de la Pasión del Salvador.

Así, pues, para meditar con fruto en la Pasión de Nuestro Señor, debes, ante todo, excitar en tu corazón un ardiente deseo de unirte á El y á su cruz divina lo más estrechamente que puedas; primeramente para purificar tu alma y hacerla digna de la presencia de su divino Esposo, y luego para merecer que Dios te descubra los misterios de la cruz, que sólo se descubren, no á los sabios y prudentes del mundo, sino á los que saben y estudian, como el Apóstol, á Cristo crucificado.

En segundo lugar, te debes llegar á la cruz con deseo vivísimo de participar de los dolores de Cristo para aliviarle á El de los suyos

y hacer que encuentre el consolador que busca y no halla en parte alguna, según que El se queja cuando dice: *Busqué quien me consolara* y *no lo encontré*. Participar, pues, de las penas de Cristo, amar su cruz, es amar á Cristo N. S. como El desea ser amado, con amor de desprendimiento y de sacrificio y de sincera amistad hacia El.

En tercer lugar, participando de la cruz de Cristo, en ella lo hallarás todo, no sólo la ciencia de la perfección, sino el remedio de todas tus necesidades espirituales. Pero para eso hace falta que te llegues á la cruz á meditar sus misterios con gran deseo de ver en Cristo crucificado, no sólo á tu Salvador, sino al modelo de todas las virtudes y á la fuente inagotable de todas las gracias.

Ese deseo lo colmará el Señor haciéndote ver las riquezas infinitas, no sólo de dolor, sino de purísimos consuelos que se encierran en la cruz de Cristo y de los que participan los que en la cruz de Cristo lo buscan todo. Jesucristo en su cruz es generosísimo, pues aquella es el trono de sus gracias, y á los que allí se acercan distribuye esas gracias con soberana largueza. Mas considera que Jesucristo distribuye esas riquezas espirituales según el mayor ó menor deseo de participarlas, de la misma manera que el maná, que de los tesoros de su bondad paternal sacaba en otros tiempos para mantener á su pueblo, cambiaba de sabor según el deseo de quien lo comía.

¿Deseas, por ejemplo, adquirir la humildad? Pues la vista de su anonadamiento te inspirará el desprecio del mundo y hará morir en ti

el orgullo. ¿Quieres obtener la pureza? Lo acerbo de sus dolores te quitará el gusto de los placeres terrenos, y su sangre, cayendo poco á poco sobre ti, extinguirá el fuego de la concupiscencia que amenaza abrasarte. Y lo mismo puede decirse de las demás virtudes que deseos adquirir, pues todas ellas se encuentran en los dolores y en la cruz de Cristo.

Pero has de ir á ella, según enseñan los maestros de la vida espiritual, como el hambriento á la mesa, como el ciervo sediento á la fuente, como el avariento á su tesoro, y suspirar, como suspiraban los santos, por la presencia de Jesucristo, diciendo con toda tu alma: «Venid, amado mío, no tardéis en venir á mí; venid cuanto antes, mi Señor Jesús». «¿Hasta cuándo haré resonar mis gritos sin ser escuchado?» Pues esos ardientes deseos son otros tantos dardos que traspasan el corazón del Hijo de Dios, las cadenas que le sujetan y los encantos que le atraen á morar en las almas sin que pueda resistirse.

Punto II

La fe vivísima en los misterios de la cruz, segunda disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo N. S.

Considera que para meditar con fruto en la Pasión de N. S. Jesucristo, debes reanimar dentro de ti una llama vivísima que es la llave de este misterio, pues sin ella tu entendimiento permanecerá obscurecido y como cerrado y no podrá recibir la luz que brota de las llagas de Cristo crucificado.

Es preciso, pues, que con los ojos de la fe

contemples, como si la tuvieras presente, la divina escena del Calvario, que asistas á ella, que te pongas al pie de la cruz recogiendo la sangre divina que de ella gotea y cae sobre el mundo, que te representes á ese amable y lastimoso Cordero sufriendo actualmente todos los dolores y todos los oprobios de la cruz. Y esto has de considerarlo, no como cosa pasada, sino como presente á tu fe y á tu amor, y excitándote al dolor de tus culpas, como si realmente vieras á Cristo padecer y morir por ti y ante ti.

No de otro modo procedieron los Profetas y los Patriarcas, que aun cuando vivieron muchos años antes de la Pasión, la consideraron como un acontecimiento que ellos mismos presenciaban. «Abraham—dice Nuestro Señor en el Evangelio—tuvo un deseo extremo de ver el día de mi venida. Y lo vió y se estremeció de alegría», á causa de la gloria que debia dar á Dios y del bien que debía reportar de ella el género humano.

Y esto mismo es lo que la Iglesia practica en la celebración de los divinos misterios, cuando habla de ellos como de un hecho que pasase ante su vista. Hoy—dice—ha subido el Salvador; hoy se ha aparecido la estrella á los Magos; hoy ha subido Jesucristo á los cielos; hoy ha sido entregado por nuestros pecados. ¿Y cómo puede decir, con verdad, que hoy se realizan esos Misterios, cuando hace tantos siglos que se cumplieron, sino porque los hace presentes con la fe, por la memoria que de ellos hace y por la utilidad que de ellos reporta?

Esta es la razón por la que puedes decir

con San Bernardo, cuando celebraba el Viernes Santo: hoy muere el amado de mi corazón, hoy es el mundo redimido, hoy se eclipsa el sol, hoy los corazones y las piedras más duras se parten, hoy los sepulcros de las conciencias se abren, y los que han muerto por el pecado, resucitan por la penitencia.

En segundo lugar, has de mirar la Pasión de Jesucristo con los ojos de una vivísima fe, como si Jesucristo no sufriera más que por ti. Y la razón de esto es que, siendo la naturaleza de suyo grosera, nos parece que aquel que hace un favor á todo el mundo, no obliga particularmente á ninguno con los vínculos de la gratitud, al paso que cuando nuestro interés particular entra en juego, estimamos más á aquellos que mejor nos pueden servir. «Jesucristo—decía San Pablo—me amó á mí y se entregó á la muerte por mí». ¿Acaso se imaginaba este Apóstol que sólo por él había muerto el Hijo de Dios? De ningún modo; pero lo sentía como si sólo por él hubiera muerto, porque gozaba de los beneficios de la cruz tan abundantemente como si Jesucristo se hubiera abrazado á ella para salvarle á él solo, y porque si yo sólo existiera en el mundo, por mí se hubiera entregado el Salvador.

Entra también con los ojos de la fe dentro del Corazón de Jesús, para descubrir en él el exceso del amor con que ha sufrido por ti, para que sientas los tormentos de su Pasión, como si tú los hubieras experimentado. Allí verás cómo se abrasaba en un celo tan ardiente por la salud de tu alma que, si hubiera sido necesario, habría permanecido gustoso en la cruz hasta el fin del mundo. ¿Qué más podría

haber hecho por ti y no lo ha hecho? ¿Qué más sufrir que no lo haya sufrido? ¿Y cuánto más no ha deseado sufrir? ¿Y tú qué haces por servirle? Toma con la fe, pero fe vivísima y amorosa, su corona de espinas; húndela en tu cabeza como Santa Catalina de Sena, y mira los dolores que le ha causado; gusta la hiel que le dieron para apagar su sed y siente en los tuyos la punta de los clavos que taladraron sus pies y sus manos. Compara después sus sentimientos con los tuyos, su paciencia con tu cobardía, su amor con tu frialdad, su liberalidad con tu ingratitud. ¡Oh prodigio! El Maestro sufre por el esclavo, y el esclavo no piensa más que en sus placeres. ¡Jesucristo sufre por ti los desprecios, las afrentas y la muerte, y tú, no contento con huir de sus penas, que son las que tú debes, redoblas las injurias, los desprecios y las afrentas, sobre esa víctima inocente, sin que te enternezca siquiera la dulzura con que se inmola por ti!

Punto III

La profunda humildad de corazón, tercera disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo.

Considera que para meditar en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, necesitas profundísima humildad. El Hijo de Dios te dió de ello ejemplo, pues jamás rogó á su Padre con tantas muestras de sumisión, de humildad y de reverencia, como en el monte de las Olivas, donde empezó por su oración, agonía y sudor de sangre, el sangriento sacrificio de la cruz que consumó en el monte Calvario. ¿Qué

necesidad tenía de rogar á su Padre, cosida la faz á la tierra, con tan profundo anonadamiento de su grandeza? El deseo de perdonar un día como juez es lo que le hace tomar la apariencia de pecador y el de olvidar la gloria que le es natural, para cubrirse con la confusión de nuestros crímenes. Pero si el Santo de los santos se humilla de esta manera para pedir á Dios el perdón de tus culpas, ¿tú que eres el criminal, qué debes hacer cuando te presentas á El, para ser regado y lavado con la sangre de su amado Hijo?

Debes humillarte además, porque no hay nada que haga resaltar más el esplendor de la majestad infinita de Dios, como la satisfacción que exige de su Hijo para la expiación de nuestros pecados. Reconoce que ese acto de justicia excede á toda humana comprensión. Jesús, el Unigénito de Dios, igual en todas las cosas al Padre, ¡dando su vida en un patíbulo y muriendo como un malhechor! ¿No es esto bastante para hacerte enmudecer de asombro, estremecerte de temor y caer en el más completo anonadamiento y en la humillación más profunda, por lo que merecías por tus culpas?

Pero aún hay más: nada es tan á propósito para que conozcas tu indignidad y tu miseria delante de Dios, como la Pasión de Cristo, porque el solo pensamiento de que tú eres la causa de los tormentos y de la muerte del Hijo de Dios, de tu Salvador, debe confundirte y humillarte profundamente en su presencia.

¡Dios, esa majestad infinita, ante la que tiemblan las virtudes del cielo, desciende de su trono hasta el polvo de la tierra, toma

carne mortal y pasible y se deja clavar de pies y manos en un patíbulo! ¿Y por qué un Señor de tan infinita grandeza consiente en ser así maltratado? Por las culpas de un vil esclavo, que es la causa de su muerte.

¿Puede haber algo que te haga conocer más la enormidad de tus pecados? Fija la vista en las llagas de tu Salvador, considera sus manos atravesadas, sus pies desgarrados, su rostro moribundo. ¡Mírate en ese espejo, y juzga cómo serán las llagas de tu alma, por las que ves en ese cuerpo inocente, que las sufre para servirte de remedio!

Coloquio.—¡Oh mi amabilísimo Redentor! ¿Es posible que me atreva á presentarme ante Vos después de haberos causado la muerte y teniendo todavía las manos como ensangrentadas por las culpas que os han llevado á la cruz? ¡Oh, cuánta es la confusión que experimento por haberos puesto en ese estado! ¿Qué reverencia, qué honor puedo tributaros en testimonio de la gratitud que os debo, por la bondad con que habéis cargado con la infamia de mis culpas? Confieso, Señor, que soy indigno de tan gran misericordia, y más incapaz todavía de bendeciros y alabaros como á ello estoy obligado. Aun cuando tuviera todas las lenguas y todos los corazones de los bienaventurados y los empleara por toda una eternidad, á fin de satisfacer lo que os debo, no bastaría para pagar mi deuda. Permitidme, pues, que me abisme en mi nada, que mi silencio sirva de sacrificio y que adore vuestras santísimas llagas por los siglos de los siglos.

Propósitos.—Excitar en nosotros el amor á la cruz, la fe viva y la humildad de corazón para sacar fruto de la meditación de la Pasión de Cristo Nuestro Señor.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA

De los afectos que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Primer afecto: amor tiernísimo, á quien tanto sufre por mí.

Considera, en primer lugar, quién es el que ha querido ser entregado á la muerte para rescatarte y, si no eres más duro que las peñas, difícil te será no quedar prisionero de su amor. La sola idea de que es un Dios el que muere por ti, hará nacer en tu alma sentimientos de gratitud, de estimación y de amor tiernísimo hacia Jesús, á menos que no seas completamente insensible á todo sentimiento noble y delicado. Con sólo que se hubiera contentado Jesús para salvarte con valerse del ministerio de un ángel, aún deberías estarle muy agradecido, pero tu salvación le ha sido tan cara, que no quiso confiarla á otro, sino que se ha encargado de ella El mismo, y por temor de que tu corazón no se dividiera entre tu Criador y tu Salvador, ha reunido maravillosamente ambas cualidades en su persona; ¡mira, pues, á cuanto amor te obliga el agradecimiento!

Considera también, quién eres tú, que tan amado eres por Dios, y no podrás menos de reconocer que eres una vilísima criatura, un esclavo, un hombre lleno de pecados, un enemigo de tu Criador. Apenas, dice San Pablo, se hallará alguno que quiera morir por un

amigo inocente; pero Jesucristo prodiga su vida y la pierde gustoso por sus enemigos, por los pecadores y muere á mano de pecadores, á fin de convertirnos de enemigos en amigos suyos, de pecadores en justos, de siervos en amigos, de cautivos en sus herederos, y de desterrados en reyes. ¿Quién no amará á tan gran bienhechor? ¿Qué debes hacer con Jesucristo, que no solamente se ha ofrecido á morir para salvar tu alma, sino que ha muerto por ti, miserable pecador? ¿Cómo puedes dejarle de amar sobre todas las cosas un solo momento? ¿Cómo puedes dedicar tu corazón á las criaturas, apartándolas de tu Criador y Salvador? Si tu alma es cosa suya, porque la creó, la redimió y la lavó con su sangre, ¿cómo puedes olvidar á este divino Redentor que la ha sacado de la más profunda bajeza para elevarla hasta su trono? Si es su esclava, ¿cómo puede olvidarse de tan buen Señor?

Considera igualmente, de qué abismo de males te ha sacado Jesús, á saber: del pecado, de la muerte eterna y del infierno. Si hubieras estado en un cadalso, á punto de recibir la muerte, y un amigo te hubiera libertado con peligro de su propia vida, arrancándote del poder de tus enemigos, ¿qué no serías capaz de hacer por tu libertador? ¿A qué extremos de amor hacia él no te entregarías?

Piensa, pues, que mucho mayor que el que á ese amigo profesaras, debe ser el amor que has de tener á Jesucristo, al que debes estar infinitamente más agradecido. Porque estabas al borde del abismo, cargado con la maldición del Eterno Padre y con el peso de tus culpas, y á punto de caer en las llamas eter-

nas, sin que ninguna criatura pudiera auxiliarte, y Jesús para librarte de ese peligro, ocupó tu lugar y te rescató, no con dinero, sino con su sangre preciosísima. ¿No merece esto que le ames? Si el último de los hombres te hubiera hecho la mínima parte del bien que de El has recibido, ¿cómo no amarías á tal bienhechor? ¿Por qué, pues, no has de amar á Jesucristo, cuyos títulos á tu amor son infinitos?

Considera, por último, cuánto ha costado tu salvación al Hijo de Dios, que no solamente ha empleado para lograrla sus oraciones y sus lágrimas, sino sus trabajos, su sangre y su vida. Para salvarte desciende del cielo hasta hacerse carne, desterrándose de la gloria, padeciendo innumerables dolores, combatiendo generosamente contra tus enemigos, hasta morir sobre el campo de batalla, cubierto de heridas y de sangre y sufriendo las afrentas más ignominiosas. Después de esto, ¿puedes dudar de su amor? ¿Puedes tampoco negarle el tuyo? Exclama, pues, con el profeta: ¡Sí, Señor mío, yo quiero amaros porque sois mi fuerza, mi refugio y mi libertador! Mi amor más puro, todo mi corazón será para Ti, de aquí en adelante.

Punto II

Segundo afecto: admiración por tan altísimos misterios.

Considera que entre todos cuantos objetos sorprenden al hombre, sumiéndole en el más profundo arrobamiento, no hay ninguno tan admirable como la Pasión del Hijo de Dios, ya se considere la grandeza, ó la novedad del espectáculo. Porque ¿qué hay más grande que

un Dios? ¿Y qué espectáculo puede haber más extraordinario que un Dios muriendo en una cruz? Nada hay en El que no sorprenda á los mismos entendimientos angélicos. Porque, ¿á quién no admirará el exceso de un amor, que le obliga á morir por los mismos que le dan la muerte y que tan indignos eran de todo bien? ¿Quién no se asombrará de su paciencia para sufrir tan crueles tormentos, que jamás hombre mortal sufrió otros semejantes? ¿Quién no quedará extático al considerar la indignidad con que es tratado por viles criaturas el Dios de la gloria? ¿Y quién, por último, podrá sin asombro concebir la alianza prodigiosa de estos dos términos: un Hombre-Dios, y un Varón de dolores, un Dios en las alturas adorado por todos los espíritus celestiales y aquí abajo escupido, azotado, ultrajado y crucificado por esclavos? ¿En el cielo elevado sobre el trono de su infinita grandeza y en la tierra sobre un infame patíbulo? ¿Allá arriba abismado en un mar infinito de delicias y aquí abajo en un diluvio de sangre y de lágrimas? ¡Oh Pasión! ¡oh Muerte admirable! exclama tú con San Buenaventura.

No; no es la creación del mundo, ni la obra de los milagros, ni la resurrección de los muertos, lo que debe causar mi admiración. Todo esto conviene á la grandeza del Creador. Lo que me sorprende y me pasma, lo que debe llenarme de espanto y sacarme fuera de mí mismo, es la Pasión de un Dios.

En este profundo asombro debes quedar sumido al meditar en los sufrimientos de Jesucristo. Así es como la Bienaventurada Virgen contemplaba á su Hijo en el Calvario. «Esta-

ba—dice San Cayetano—como abismada en el asombro que le producía una muerte tan extraordinaria y un anonadamiento tan prodigioso de la majestad de Dios». Así es como los santos consideran en la oración la Pasión de Cristo, con una fe tan viva y tan penetrante que llega hasta el arrobamiento, pues mientras más santos son, más quedan fuera de sí á la vista de este misterio.

Ejercítate, imitando su ejemplo, en esta manera de orar que es de mucha excelencia, y procura que tu espíritu no se acostumbre á la larga, por una especie de insensibilidad, á considerar la Pasión, como cosa ya sabida y meditada, sino que sea para ti nueva, como si en realidad estuvieras presente hoy mismo á la muerte de tu divino Salvador. Para esto, procura despertar tu fe y tu amor y elevar tu espíritu por vía de oposición, exclamando dentro de ti: ¡Oh maravilla! ¡Lo inmortal convertido en mortal y lo impasible en pasible! ¡El poder mudado en debilidad y la eternidad teniendo fin!

Otras veces procederás por vía de comparación, diciendo por ejemplo: ¡Oh Señor! ¿Quién sois vos y quién soy yo? ¿Es posible que mi Criador muera por la criatura, el señor por el esclavo, el todo por la nada? ¡Oh cielos, asombraos de la hermosura de mi Dios! ¡Oh grandeza incomprensible, á qué extremo ha llegado vuestro anonadamiento! ¡Oh Jesús! ¿qué amor es el vuestro que os ha conducido á tal extremo de dolores? ¡Señor! ¡grandes é impenetrables son vuestros designios! ¡Ningún entendimiento puede comprenderlos; no hay lengua que pueda alabarlos ni explicarlos,

sólo me queda el silencio de la oración y la admiración profundísima para adorarlos! ¡Tu cruz será siempre para mí mucho más admirable y adorable que todas las demás manifestaciones de tu grandeza y de tu amor!

Punto III

El tercer afecto que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión, debe ser tierna compasión por lo que sufre por nosotros.

Considera, en primer lugar, el número y condiciones de los instrumentos que sirvieron para la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo; la lanza que le atravesó el corazón; los cordeles con que le azotaron, hasta desgarrarle las carnes; la corona de espinas; los clavos con que taladraron sus manos y sus pies, y, en suma, todas las demás circunstancias del cruento sacrificio que ofreció á su Eterno Padre para tu rescate. Que si atentamente las consideras sacarás de ello grandes motivos de compasión, á los que te obliga el agradecimiento, porque habiendo sufrido todo eso por ti, lo menos que puedes hacer es compadecerte de sus dolores.

Fija después tu vista en la multitud de sus llagas; contempla los arroyos de sangre que de ellas brotan; el lodo y las salivas que desfiguran su hermosísimo rostro; prueba la hiel y vinagre que le dieron á beber para apagar su sed, y escucha, por último, esta amorosa queja que eleva al cielo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?» Acuérdate, además, de que quien sufre tan horribles tormentos es inocente; es el Hijo de Dios; el Dios de la gloria, y juzga luego si, á menos de haber per-

dido toda sensibilidad, puedes permanecer indiferente ante tamaña desdicha.

A estos motivos de dolor, capaces por sí solos de ablandar á las más duras piedras, has de unir la consideración de que todos los suplicios que padeció Cristo N. S., no sólo los sufrió por ti, sino que tú mismo, como si realmente hubieras esgrimido los instrumentos de su Pasión, se los hiciste padecer, porque además de ser el motivo de su Pasión, fuiste también la causa, pues tus pecados, como los de los demás hombres, crucificaron á Cristo, y es artículo de fe que nuestras iniquidades, según el dicho del Profeta, son las que le cubrieron de llagas, y nuestros pecados los que armaron contra El la rabia de sus enemigos y la justicia de su Padre.

Para convencerte más de esto has de pensar que Jesucristo, infinitamente hermoso, era el objeto de la eterna complacencia de su Eterno Padre; infinitamente santo era también inaccesible al pecado; infinitamente dichoso era incapaz de padecer; pero como fué el fiador de todos los hombres, se encargó de pagar la pena que todos los hombres habíamos merecido, y llevó todo el peso de la culpa, siendo el Jacob disfrazado con los vestidos de Esaú, no conocido de su Padre, no para usurparle su bendición, sino para ser objeto del castigo del pecado. ¿Podrás, después de esto, dejar de compadecer á un Dios que, á pesar del horror infinito que tiene á tus pecados, cargó con ellos para librarte de la pena que por ellos habías merecido? ¿Podrás, en adelante, amar al pecado, que ha reducido á tu Salvador á un estado tan lastimoso y digno de toda tu compasión?

Coloquio.—Lleno de amor, de admiración y de compasión por tan incomprensibles misterios, me postro, Señor, á los pies de tu cruz para bañarme y purificarme con tu sangre preciosísima. Aquí me quiero estar, dulce Jesús mío, que según es tu amor, deseas que tu sangre caiga sobre mí, pues la derramas para lavar y sanar pecadores. Caiga sobre mí ese riego divino que me haga cada día amarte más, Jesús amantísimo, pues mueres por mí, admirar más tu Pasión y acompañarte y compadecerte en tus dolores.

Propósitos.—Toma la resolución de no quedarte sólo en sentimientos de una tierna compasión, sino pasar á un sincero y eficaz horror de tus pecados.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA

Del fruto que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de las meditaciones anteriores.)

PUNTO I

El primer fruto, la contrición de nuestros pecados.

Considera que nada te dice tanto de la gravedad infinita de tus pecados, ni del odio que Dios les tiene, ni de las penas eternas que por ellos merecías, ni por consiguiente, que nada te debe mover á llorarlos con lágrimas del corazón y de sangre tan amargas, como la contemplación de Cristo crucificado.

Estando un día Santa Matilde ante una imagen de nuestro adorable Redentor, vió con los ojos del espíritu á la caridad, bajo la figura de una virgen, humedeciendo repetidas veces un diamante en el Corazón de Jesús, como para demostrar que no hay corazón, por duro é impenitente que sea, que no se ablande por la

frecuente meditación de las llagas de nuestro Salvador. Abísmate con frecuencia en ese amoroso Corazón, y aun cuando el tuyo sea tan duro como un diamante, á fuerza de humedecerle en la sangre de ese celestial Cordero, es imposible que no se ablande y que no conciba un invencible horror á todo pecado.

Para mejor excitar en ti esos afectos, has de considerar, desde luego, que tú eres la causa de la muerte de tu Dios; más aún, tú eres el que has dado muerte á tu Padre, á tu Rey, á tu Dios, á tu Redentor y á tu mejor amigo. ¿Qué más necesitas para que tu dolor sea tan intenso que mueras de él? Mira al dulce Jesús en el huerto de las Olivas, temblando de pavor, sufriendo infinitos dolores en el alma y en espantosa agonía; míralo sudando sangre por todo su cuerpo; contémplalo luego, en la más completa desnudez, atado á la columna y azotado por los crueles verdugos que desgarran sin piedad aquellas virginales y delicadas carnes; contémplalo, por fin, en el Calvario, pendiente de una cruz, entre dos ladrones, y dando su espíritu en medio de los más atroces tormentos, que la mente puede imaginar. Y después que lo hayas así contemplado, pregunta al profeta Isaías quién ha puesto á tu Dios en ese tan lastimoso estado, y él te responderá que han sido tus pecados. Preguntáselo también á su Eterno Padre, y El te responderá que por tu culpa lo ha herido tan cruelmente. Pregúntaselo á El mismo: «¡Oh Señor mío! ¿Quién os ha hecho esas llagas, que traspasan vuestras manos?» Jesús te responderá que tú eres la causa de sus dolores, y mostrándote todas sus heridas, te dirá también: Tú eres quien así me

ha maltratado; tú, á quien tanto he amado; tú, que tanta obligación tenías de amarme.

Has de considerar también, que sin motivo y sólo por un extremo de ingratitud, has hecho sufrir á tu Salvador todos esos ultrajes. Porque ¿qué es lo que te ha hecho para que le trates de esa manera? ¿Qué quejas tienes que darle ni qué reconvenciones que hacerle? ¿Acaso porque te ha sacado de la nada y porque además de haber creado todo el mundo para que de él te aproveches, te ha hecho heredero de su gloria? ¿Son estos favores los que han armado tu brazo para herirle? ¡Oh hijo mío! te dice Jesús, desde lo alto de la cruz, ¿qué te he hecho para que me trates de una manera tan cruel é inhumana? Te he amado con un amor eterno é infinito, he abierto los ojos para mirarte con piedad, tengo abierto el corazón y los brazos para estrecharte amorosamente en ellos; todas las delicias del cielo y de la tierra son para ti; te he dado todos los dones de la naturaleza y de la gracia y te preparo los de la gloria; ¿y para vengarte de estos favores me azotas, me coronas de espinas y me clavas en una cruz? ¿Qué puedes responder á estas justas y amorosas quejas? ¿Qué otra defensa te queda sino los suspiros y las lágrimas y un dolor profundo de tus pecados que han abismado á tu Redentor en este mar de dolores?

Considera, por último, que la muerte dolorosa de tu Salvador, que debía poner fin á tus pecados, si hubieras conservado en tu corazón un átomo de gratitud, lejos de detener el curso de tus culpas, ha hecho que las multipliques hasta lo infinito, crucificando á Jesu-

cristo tantas veces cuantas has pecado. Tú sabes bien que un solo pecado le aflige más y es para El una cruz más pesada que la que llevó al Calvario, pues ésta la sufrió por inclinación y por amor, y la que tú pecando le haces sufrir, la soporta con repugnancia y disgusto. Piensa, pues, cuán grande es tu malicia, al renovar la Pasión de Cristo cuantas veces te entregas á tus pasiones pecaminosas. Imita á Santa Catalina de Sena, que habiéndosele aparecido Nuestro Señor, llevando la cruz á cuestas y anegado en sangre, al ver á su Dios en un estado tan lamentable y considerando que ella tenía la culpa, prorrumpió en sollozos y fuera de sí no cesaba de exclamar: ¡Oh amor! ¡Nunca más pecar, nunca más pecar!

¡Dejadme llorar, criaturas enemigas de mi bien! debes decir con San Agustín, ¡no me importunéis, vanos objetos de la tierra! Porque ¿cómo queréis que ponga fin á mis lágrimas, siendo mis miserias infinitas?

Punto II

El segundo fruto de la meditación de la Pasión debe ser suma confianza en la sangre de Cristo N. S.

Considera que tú, lo mismo que los demás hombres, eras deudor á la justicia de Dios de diez mil talentos, esto es, de deudas inmensas contraídas por tus pecados, y que de ningún modo podías satisfacer, porque el pecado es, en cierto modo, infinito, pues va contra Dios, cuya Majestad es infinita, y como una ofensa infinita no puede ser satisfecha sino por una persona infinita, fué necesario que un Hombre-Dios, como Jesucristo, se prestase á ello

saliendo por tu fiador y derramando toda su sangre.

De aquí has de deducir que, siendo la satisfacción de Jesucristo infinita, no sólo iguala, sino que excede á todos tus pecados, y á los de todos los hombres, por graves que esos pecados sean, y que es mayor la gloria que recibe Dios por el más mínimo de los dolores que sufrió Jesucristo, que no la ofensa que se le ha inferido y se le infiere por todos los pecados del mundo; lo que debe ser para ti y para todos los hombres un gran motivo de confianza. Por esto has de considerar, que aunque estuvieras cargado con todos los pecados de los hombres, y aun los de los mismos demonios, tiene sobrada virtud una sola gota de la sangre de Jesucristo para borrarlos, y que aun en el caso de que hubieras merecido mil veces el infierno, una sola de las lágrimas de Jesucristo sobraba para librarte de sus tormentos. ¡Qué mayor motivo de confianza para ti!

Tal vez acudirá á tu mente el pensamiento de que si el amor que Cristo te ha demostrado, muriendo por ti, debe ser para ti motivo de gran confianza, tus infidelidades y frecuentes recaídas, unidas á la tibieza que te hace insensible, pueden haber sido causa de que, olvidándose de ti, te haya abandonado á la cólera de su Padre. Desecha, si lo tienes, ese temor, porque ¿cómo puede olvidarse de ti, cuando te ha grabado en sus manos y en su corazón para no perder jamás el recuerdo de una cosa que le ha costado tan cara? ¿Ni cómo puede el Eterno Padre mirarte con cólera, cuando te ve por las llagas de su Hijo, todo cubierto de sangre?

Pídele, pues, que no deje de mirarte por entre las llagas de tu Salvador, en las que debes refugiarte; porque la sangre de esas llagas es más elocuente y clama más alto á tu favor, que la voz de tus culpas en contra tuya, y tiene más fuerza, para ganarte, la gracia de Dios, que la que tienen tus pecados para hacer que caiga sobre ti la cólera divina.

Debes, por último, para fortalecerte en esta confianza, considerar que por mucho que debas, y debes realmente penas enormes por tus culpas, á la justicia de Dios, pagas más de lo que debes, cuando le ofreces la sangre derramada y la satisfacción dada por el Salvador de los hombres. Tus delitos, por muchos y grandes que sean, no son absolutamente infinitos y la satisfacción de Jesucristo es de infinito valor. Refúgiate, pues, en el Corazón adorable de Jesús, como en un asilo inaccesible á la indignación divina, y tendrás más motivos para confiar en la misericordia infinita de Dios, á la vista de la satisfacción dada por su preciosísimo Hijo, que para temer á su justicia á la vista de tus pecados.

Punto III

El tercer fruto debe ser la imitación de Cristo N. S.

Considera que si Jesucristo padeció por nosotros, fué, según las palabras del Apóstol, para darnos ejemplo. Con éste de su pasión te ha dado un gran motivo para animarte á padecer, pues padeciendo te conquistó Jesucristo la gracia para que con ella te ayudases. El Padre Eterno dice á cada cristiano, mostrándole á su Hijo en el monte Calvario, lo que

dijo á Moisés: «Mira el modelo que te propongo sobre esta montaña y procura imitarle». No puedes ser predestinado, si no eres copia de este divino original; si no eres parecido á Jesucristo, y sobre todo, á Jesucristo crucificado, porque principalmente en la cruz fué donde mereció tu predestinación. Alguna cosa falta, dice San Pablo, á la Pasión de Cristo, y es menester que tú la completes; porque lo que te falta es su aplicación, pues su Pasión no te puede servir, si no se te aplica, y no se te aplicará, si no te unes á Jesucristo que padece por ti, si no te clavas con El en la cruz. Mira cómo lo estás en medio de los regalos, delicadezas y sensualidades.

Piensa, también, que lo que más debes imitar en la Pasión de Jesucristo, es el espíritu de sacrificio, con el que consagró todas las cosas á la mayor gloria de su Padre. Los hombres simples, ciegos y encantados con su amor propio, no conciben lo que es Dios, lo que su divina Majestad merece y lo que se debe hacer por su gloria. Ha sido necesario que un Hombre-Dios se lo enseñase, sacrificándose El mismo á la gloria de su Padre con un sacrificio continuo, que empezó con su vida para no acabar sino con su muerte; con un sacrificio universal, pues sacrificó sus bienes, honra, gloria y vida; con un sacrificio perfecto, pues sacrificó sus bienes hasta morir desnudo en una cruz; sacrificó sus goces, para sujetarse á los más vivos dolores y á los tormentos más crueles; sacrificó su gloria, para exponerse á los oprobios y ultrajes más sangrientos; sacrificó su vida para morir en un suplicio. ¿Podía hacer sacrificio mayor? Un Hombre-Dios sa-

crificado hasta ese extremo por la gloria de Dios, ¿no es verdad que te hace concebir cuán grande es Dios, lo que su divina Majestad merece y lo que te debes sacrificar por su gloria?

Debes considerar, por último, que estás obligado á imitar á Cristo crucificado, si quieres llegar á Cristo. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame». Esto ha dicho el mismo Salvador de los hombres, mostrando que no hay otro camino para seguirle mas que el camino real de la santa Cruz. ¿Por cuánto tiempo? Todos los días de tu vida. ¿Por qué camino? Ya lo has oído, por el de la cruz, esto es, por el de los sufrimientos. Así es como quiere Jesús que lo sigas. San Jerónimo lo ha dicho: «Si quieres tener parte en la gloria de Jesucristo, es necesario que vivas según el ejemplo de Jesucristo. ¿Quieres imitarle? Pues deja esas bajas complacencias contigo mismo, que te hacen huir de la cruz; porque has de tener en cuenta que no puedes agradarte á ti mismo sin desagradar al Hijo de Dios, que es tu Señor. Piensa que estás obligado á hacer por El lo que El ha hecho por ti, que si quieres gozar con El y no sufrir con El, no eres digno de tenerle por Maestro. Debes morir con Cristo si quieres reinar con Cristo, y esta es la resolución que debes tomar á los pies de Cristo crucificado, acordándote de que si vas en pos de El bajo la bandera de la cruz y de que estando todavía en la mitad de la batalla, no debes aún buscar el placer de la victoria.

Espera, pues, hasta el fin, sufre con paciencia, mientras peleas con tus enemigos y el

júbilo sucederá al trabajo, pues teniendo parte en la Cruz de Cristo, puedes estar seguro de tenerla también en su corona.

Coloquio.—¡Oh Salvador mío, cuán grande es mi dolor al veros tan afligido, y por culpa mía! ¡Vos estáis en la Cruz satisfaciendo á la divina justicia, y yo he sido el que he pecado! Yo, quien debía estar atado, azotado, coronado de espinas y cubierto de toda clase de oprobios. ¡Tomad venganza de mí, oh Dios mío, y perdonad á mi Salvador, porque yo soy el criminal y El es el Santo de los santos! Pero para desagraviaros también por mi parte, desde hoy formo la firme resolución de sólo amar é imitar á Jesucristo, puesto en la cruz por mi amor.

Propósitos.—Toma la santa resolución de jamás volver á crucificar por el pecado á Cristo N. S. en tu corazón, y piensa que la crucifixión del Hijo de Dios es el efecto de tus pecados, y llóralos sin cesar, sin poner límites á tu dolor, pues el motivo que te obliga á ello, no los tiene tampoco.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA

Primera meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S. [1]

Preludios.—Represéntate á Jesucristo N. S., ó clavado en la cruz, ó padeciendo en aquel paso que más devoción te inspirare, y pide conocimiento interno de Cristo N. S., y dolor y sentimiento y confusión, porque por tus pecados padece el Señor tantas afrentas y dolores.

1 Ponemos aquí, extractándolas del V. P. Lapuente, dos meditaciones fundamentales acerca de la sagrada Pasión de Cristo N. S. Los puntos de ellas, verdaderos é inagotables tesoros de pensamientos y de afectos tiernísimos, se pueden luego aplicar particularmente á cada uno de los misterios de toda la Pasión, y así en todos hallaremos materia sobradísima que meditar. Añadimos otra meditación preparatoria sobre la grandeza de los misterios de la Pasión, antes de empezar las de cada uno de los pasos en particular.

Punto I

De la persona que padece.

Considera primeramente la inocencia y santidad infinitas de Cristo N. S., el cual estaba lleno de todas las gracias y virtudes; como que en El se encerraban las riquezas todas de la sabiduría de Dios. De aquí se deduce que cuanto padecía era sin culpa suya, y sólo por pecados ajenos. Y ¿cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, y de verlo padecer por mí? Si el centurión y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario herían sus pechos de dolor viendo padecer al que tenían por justo, ¿cómo no hiero yo el mío considerando que padece, no cualquier justo, sino el Justo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos trabajos? ¡Oh corazón mío, más duro que las piedras! ¿cómo no te partes de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de toda santidad?

Luego consideraré la omnipotencia y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, porque toda la vida se ocupó en hacer bien y curar á tódos los oprimidos del demonio; daba vista á los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos Y además de esto hacía bien á las mismas almas perdonando los pecados, librándolas del infierno, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad con el resplandor de todas las virtudes. Pues ¿cómo, alma mía, no te deshaces de pena viendo padecer á este

Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual, haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos?

Además, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos, ponderando cómo es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventuranza, Esposo de mi alma, Dios mío, y todas mis cosas. Y poco antes de su Pasión se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos como míos, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran míos, pues tan mío es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la muerte de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo no lloraré yo la Pasión y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo?

Punto II

De la muchedumnbre y gravedad de los tormentos que Cristo N. S. padeció en su Pasión.

Discurre por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo N. S. Llegó á padecer tanta pobreza, que murió desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios. En la fama muchos falsos testimonios; de suerte que en materia de virtud y santidad, fué despreciado y tenido por pecador, endemoniado y por hombre reprobado de Dios. Fué, además, despreciado y tenido por idiota, por imprudente

y necio, por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebú y Satanás. En su propio cuerpo padeció gravísimos dolores, ya porque eran penosísimos, como porque su complexión era delicadísima. Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: parte, porque los más le desampararon; parte, porque teniéndolos presentes, sentía el dolor y afrenta que ellos padecían, especialmente su Madre santísima. ¡Oh liberalísimo Redentor, cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, sensualidad y soberbia, queréis padecer en todas pobreza, tormento y humillación! ¡Oh alma mía, compara las excelencias de esta divina Persona, con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes á padecer por imitarle!

Lo segundo, se puede discurrir por los cinco sentidos de Cristo N. S., ponderando lo mucho que padeció en cada uno de ellos. Porque primeramente sus ojos fueron afligidos viendo los escarnios y mofas de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados con las salivas y gotas de sangre que corrían de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos se vertían. Sus oídos padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios y terribles acusaciones de sus enemigos. El olfato padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario donde fué crucificado. El gusto padeció terrible sed, y en ella fué no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. El tacto padeció gravísimos dolores

de azotes, espinas y clavos que traspasaron su cuerpo. ¡Oh sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, cómo estáis afligidos con todas las cosas amargas y penosas de esta vida! ¡Oh, si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

Lo tercero, considera los dolores exteriores de todo su cuerpo sacratísimo; cómo la cabeza fué punzada con espinas; los cabellos y barbas arrancados; los brazos descoyuntados, de modo que se podían contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y pies agujereados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo, acribillado con azotes muy crueles; y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. ¡Oh cuerpo delicadísimo, con cuánta razón se puede decir de Ti que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no tenías parte sana! ¡Oh, cuánta mayor razón había para que mi cuerpo fuera atormentado en todas partes y sentidos, pues con todas y de todas han manado innumerables pecados! Sana, oh buen Jesús, con las llagas de tu cuerpo las llagas de mi alma, y por tus dolores corporales me libra de mis males espirituales.

Lo cuarto, se han de considerar los dolores interiores de Cristo N.S., los cuales fueron también muchos y muy graves, como fueron desamparos de la divinidad, suspensión de los consuelos sensibles del corazón, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacían á Dios y por la perdición de los hombres, temores, tedios y agonías terribles, de

las cuales fué testimonio el sudor de sangre. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanta quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. ¡Oh dulce Redentor, ahora veo con cuánta razón te llama Isaías varón de dolores, pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones. Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso y por dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á Ti en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden, y queden limpios de todas sus manchas.

Punto III

De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo N. S. en su Pasión.

Considera la muchedumbre de las personas que se conjuraron contra Cristo N.S. para atormentarle en su Pasión, ponderando cómo concurrieron reyes, jueces. gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados gentiles, y judíos; en una palabra, todos los hombres ponen en El las manos ó la lengua. El rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilatos le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la ca-

nalla del pueblo da voces contra El, pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega y todos le desamparan, y eso que todos le estaban obligados con innumerables beneficios para que le amasen, honrasen y sirviesen.

Mira cómo se trocaron contra su Redentor, atormentando y matando á quien tanto bien les había hecho. ¡Oh dulce Jesús, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, sumo Pontífice y supremo sacerdote! ¿cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¿qué diré viéndote perseguido de los que te conocían y por mil títulos estaban obligados á servirte? ¡Oh, quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga más con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores, porque, como eran soberbios, eran también enemigos de la verdad y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseídos de la pasión del odio, porque Cristo les reprendía sus vicios, y así deseaban matarle, unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por pasión de temor, por no perder la gracia del César ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quién era; otros por falso celo de la religión y del bien público, el cual celo, cuando se junta con

envidia, atiza la crueldad y la hace más terrible que de fieras.

Lo tercero, pondera cómo los principales perseguidores de Cristo N. S. fueron los demonios, los cuales sumamente le aborrecían, y así, por vengarse de El, atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. A Judas, instigó Satanás que le vendiese; á los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron; en los judíos encendía el fuego de ira con que ardían, y no se contentó sino con quitarle la vida con terribles tormentos.

Coloquio.—¡Oh amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados! ¡Oh sapientísimo Jesús! Vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor, sin entibiarse por esto vuestro amor; porque más lleno está vuestro corazón de amor con vuestros enemigos para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vuestra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia.

Propósitos.—Ofrece al Señor alguna mortificación ó penitencia exterior para tomar alguna parte en los dolores de su Pasión.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA

Segunda meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

De las personas por cuyo bien padece Cristo N. S., y de las causas por qué padece.

Considera primeramente, cómo Cristo nuestro Salvador padeció por los pecados de todos

los hombres, pagando las deudas de todos con el precio de su sangre. Saca de ahí algunas causas particulares de esta soberana Pasión: Volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, aplacar la justa indignación que tenía contra los hombres, reconciliándolos con El, y merecerles y alcanzarles la gracia con los medios necesarios y convenientes para su justificación. Y, finalmente, abrirles la puerta del cielo para que entren en la gloria y vida eterna.

De aquí es que, como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padeciera estos dolores; y aunque cualquier dolor de Cristo N. S. bastara para esto, por ser de persona infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos para que su redención fuese mas copiosa y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados. ¡Oh, cuán graves son las llagas por las cuales fué necesario que Cristo fuese llagado! Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano llagado de pies á cabeza, y para curarlo quiere que su cuerpo sea llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estáis, Señor, desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos sois escarnecido como pecador; por la hinchazón de los poderosos sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos pa-

gan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es aheleada con hiel y vinagre por nuestras glotonerías; vuestras manos y pies son agujereados con clavos en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. ¡Oh Redentor liberalísimo, cuya redención es tan copiosa que bastara para redimir infinitos mundos si los hubiera! Aplicad esta redención á mi alma para que goce de ella y me salve.

Lo segundo, pondera cómo Cristo N. S. padecía todos estos tormentos por sus mismos enemigos, y derramaba su sangre para pagar los pecados de sus perseguidores. Es tan inmensa su caridad, que ofrece su Pasión por los que le aborrecen, por dar honra á los que le deshonran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen, y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. ¡Bendita sea, Salvador mío, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia!

Lo tercero, considera cómo Cristo N. S. padecía todos estos desprecios y dolores y los ofrecía por cada uno de los hombres, como si él sólo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazón, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo que yo puedo decir por mí lo que san Pablo dijo de sí hablando de Cristo N. S.: *El cual me amó, y se entregó á la muerte*

por mí. ¡Oh alma mía, si te vieras en el corazón de tu dulce Jesús y entendieras el amor con que los ofrecía por tus pecados, sin duda te deshicieras de dolor por ser causa de sus dolores, y te abrasaras en amor por verte tan amada en medio de ellos! Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por ti tanto padeció y como si por ti sola los padeciera.

Punto II

Del amor y afecto con que Cristo N. S. padecía.

Considera la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecía todos sus tormentos, porque no los padecía por necesidad y fuerza sino por su voluntad y por dar gusto á su Padre Eterno y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad, misericordia y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedía, que, como amaba tanto á su Eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecía todo lo que padeció por ellos, aceptándolo todo con grande gusto y consuelo. ¡Oh, quién pudiera rastrear la longitud y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesús! ¡Oh, quién entrara en su encendido corazón y viera el horno de fuego infinito que en él ardía, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor, por quien padece con tanto amor! De este amor interior nacían tales señales y muestras exteriores, que bastan para

derretir el corazón más helado que el mismo hielo y más duro que el peñasco.

Porque señal de amor á los trabajos es desear que vengan presto, hablar con gusto de ellos y refrescar á menudo su memoria. Todo esto hacía nuestro dulce Jesús, como verdadero enamorado del padecer. Por razón de lo cual dijo á sus discípulos: «Con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh, cómo me aflijo hasta que esté acabado!»

Esta hambre de padecer y buscar dolores descubrió Cristo N. S. en su Pasión, porque El voluntariamente se fué al huerto donde le habían de prender; dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro á las bofetadas y su cuerpo á los azotes; no quiso hacer milagros para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa para que Pilatos lo soltase. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy más enclavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan penosos, antes con ellas se encendía mucho más! Abrasadme, Salvador mío, con este fuego, y encendedme con este amor.

Pero más adelante pasó el amor de Jesús, pues no se hartó con padecer lo que padeció, sino que deseó padecer infinitamente más. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle, y dilatando más su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino

estaba dispuesto á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso de sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario para nuestro bien. ¡Oh fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta! ¿con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho que por mí padeciste; pero mucho más te debo, por lo mucho más que deseaste padecer si fuera necesario para nuestra redención. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenías para recibir otros cinco mil millares más crueles. Si tu cabeza fué traspasada con sesenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Más deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte, y más amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh, quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor!

Punto III

De las heroicas virtudes que Cristo N. S. ejercitó en su Pasión.

Considera primeramente cómo Cristo N. S. ejercitó en su Pasión todas las virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho más cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: La primera, porque había venido á ser Maestro de

las virtudes; y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo. La segunda, porque con su Pasión nos había de merecer y ganar todas las virtudes: y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio de ellas. La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caídas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. La cuarta, para dejarnos por testamento las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermón: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como yo os amé», así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy: que os humilléis, como yo me humillé, y que obedezcáis y sufráis como yo obedecí y sufrí. ¡Oh dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo también os imite en practicarlas.

Lo segundo, pondera la muchedumbre de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos que Cristo N. S. en el sermón del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su Pasión con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta quedar desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, hollando las vanas honras del mundo, y abrazando todo género de desprecios. Ejercitó la mansedumbre heroicamente en medio de tantas fieras que le despedazaban, como cordero, sin hablar ni defenderse.

Lloró amargamente por nuestros pecados, hasta derramar, no solamente lágrimas por

sus ojos, sino sangre por todos los poros de su cuerpo. Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes y de padecer males por justificarnos y darnos ejemplos de santidad. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenía, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer su sed. Tuvo limpieza de corazón eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fué excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su Eterno Padre y ganándonos la verdadera paz. Finalmente, fué por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido.

Coloquio.—¡Oh Maestro soberano! quién te oyera hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes, y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas; el mismo eras y el mismo fin tenías en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste, y para que el fruto de tu redención y de tu sangre preciosa no sea perdido para mí.

Propósitos.—En todas las tribulaciones y trabajos, acudir por ayuda y consuelo á la Pasión del Señor.

SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA

La Pasión de Cristo manifestación suprema de los atributos de Dios.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

La Pasión de Cristo manifestación suprema de la omnipotencia de Dios.

Considera en primer lugar, que si nada tiene de extraño que Dios poderosísimo haga prodigios y toda suerte de maravillas, el que padezca y muera en una cruz es cosa que causa espanto á los ángeles y á los hombres. Pero esta muerte y Pasión de un Dios por el hombre, lejos de hacer que flaquee tu fe, ha de servirte para confirmarte más en ella. Medita, en efecto, que si Cristo N. S. murió, murió como convenía á un Dios, que se entregaba voluntariamente á la cruz por la salvación de todo el mundo y que en un santo madero vence al mundo y al demonio y hace ostentación de su poder infinito sobre la muerte y el pecado.

Jesucristo, en efecto, murió después de haber pronosticado todas las circunstancias de su muerte, de modo que, al oirle hablar de su sagrada Pasión mucho antes de suceder, no parecía sino que hablaba de una cosa que ya había acaecido: tan exactamente declaraba los pasos todos de ella.

Jesucristo, en segundo lugar, murió haciendo milagros y manifestando su omnipotencia en la cruz. En su muerte hace temblar la tierra, se abren de par en par los sepulcros, resucitan los muertos, se rasga el velo del tem-

plo y se obscurece el sol. Todos estos milagros prueban que moría el soberano Criador y Hacedor de la naturaleza. ¿Y qué cosa puede demostrar mejor la omnipotencia de un Dios que muere, que morir salvando á unos y reprobando á otros, convirtiendo á unos por su misericordia, y dejando que otros se pierdan por su endurecimiento, en lo cual se ostentan los atributos más esenciales de Dios hasta en la muerte? Un milagro sólo no quiso hacer Jesucristo en su Pasión, y fué librarse de la cruz á sí mismo; pero fué porque este milagro habría destruído todos los demás con detrimento de nuestra salvación eterna, que era lo que su amantísimo corazón ansiaba.

Además, la muerte de Jesucristo fué el mayor de todos sus milagros, porque así como los demás hombres mueren por su natural flaqueza. El murió por un efecto de su poder absoluto. Para convencerte de ello basta que consideres, que estando exento de toda culpa y siendo impecable, era, naturalmente inmortal, y siendo además sumo Pontífice de la ley nueva, ninguno más que El podía ofrecer al Eterno Padre el sacrificio de la redención del mundo y consagrarle la víctima que para ello estaba destinada. Murió, por último, dando una gran voz hacia el cielo, lo que prueba que no murió por desfallecimiento de la naturaleza: milagro estupendo, y que obligó al Centurión á confesar que era Dios. Es más, si en la muerte tuvo sus flaquezas, fueron otros tantos milagros. Así, si sudó en el huerto, fué con sudor de sangre, y si después de su muerte le abren el costado, sale de él un raudal de sangre y agua, y todas las circunstancias de su muerte fueron

otras tantas manifestaciones de su omnipotencia infinita.

Jesucristo, por último, por la infamia de su muerte, llegó á la gloria más alta, y expirando en la cruz triunfó, por la misma cruz, del demonio y del mundo; pues al nombre de Jesucristo todas las criaturas doblan la rodilla, y su cruz, de instrumento infamante de suplicio, pasó á ser la redención del mundo y el más preciado ornamento de las coronas de los reyes. Con ella venció á la idolatría y destruyó el culto de los dioses falsos; todo ello según lo había profetizado antes el Salvador del mundo. ¿Acaso puede haber señales más claras de la omnipotencia de un Dios, que escoge siempre las cosas débiles para confundir las fuertes?

Adora, pecho por tierra, misterios tan altos; estudia y profundiza cada día más en el misterio de Cristo crucificado, y di con el Apóstol, que no quieres tener otra ciencia más que la ciencia divina de la cruz.

Punto II

La Pasión de Cristo manifestación suprema de la sabiduría de Dios.

Considera que distando tanto como el cielo y la tierra los pensamientos de Dios y los del hombre, no hay que admirarse de que el hombre ingrato é ignorante se haya atrevido á censurar las obras de su Criador. Pero lo que asombra es, que haya tomado ocasión para escandalizarse de Dios, precisamente por los beneficios que de El ha recibido. La Pasión de Cristo es, en efecto, á los ojos de los munda-

nos una necedad; pero es porque ignoran que es, por excelencia, según el dicho del Apóstol, el misterio, la suma y compendio de toda la sabiduría de Dios.

En efecto, considera que dos cosas eran necesarias para nuestra salvación: la primera, satisfacer á Dios infinitamente ofendido; la segunda, corregir al hombre pervertido por el pecado, y ambos fines quedaron completamente realizados con la Pasión y muerte de Cristo N. S.

Un Dios ofendido infinitamente por el pecado, no podía quedar satisfecho sino por los méritos infinitos de un Hombre-Dios. ¿Y de qué modo? El hombre había ofendido á Dios queriendo ser como El, y para borrar esta ofensa, el Hombre-Dios quiso humillarse infinitamente y ponerse debajo de todos los hombres. El hombre se había rebelado contra Dios, y Jesucristo quiso ser obediente á Dios hasta la muerte, y muerte de cruz. El hombre, movido por una pasión insensata, había satisfecho su loco apetito, y el Hombre-Dios llevó la mortificación de su cuerpo sacratísimo hasta convertirse en varón de dolores y oprobio de las gentes. Pero hay todavía más. El Salvador de los hombres nos enseñó por medio de su Pasión las tres cosas en que consiste la salvación del hombre, y cuyo conocimiento era inseparable de su Pasión y muerte, á saber: lo que es el pecado, lo que es Dios y lo que vale la salvación del alma. Para conocer la infinita malicia del pecado, considera que fué necesario, para borrarlo, el que Jesucristo muriera la muerte más afrentosa é ignominiosa, cual es la muerte de cruz; para comprender lo que es

Dios y su justicia, considera que sólo podía ésta quedar satisfecha convirtiéndose Jesucristo, Hombre-Dios, en blanco de las iras del Eterno Padre, y satisfaciendo, por el derramamiento de su sangre, su honra ofendida; y para que entendiese el hombre, qué es la salvación y lo que vale el alma, basta meditar que es un bien que costó la vida á todo un Dios. El libro, pues, que contiene todos los secretos de la ciencia de Dios es su divino Hijo crucificado. *Escrito por dentro y por fuera*, nos dice cuánto amó Dios al mundo y cuánto odia al pecado, lo infinito de nuestra ingratitud, lo que es el cielo, lo que vale la eternidad y la gracia de Dios, de que son fuentes inagotables sus llagas sacratísimas, en una palabra, ese libro divino abierto á todos los siglos, es el compendio de lo que es Dios y el hombre, el tiempo y la eternidad, el cielo y la tierra, el infierno y el paraíso.

Considera, además, que la misma sabiduría divina no pudo excogitar medio, ni más infalible, ni más eficaz que la Pasión de Cristo para reformar al hombre, porque, según el evangelista San Juan, tres son las raíces de la culpa: la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida. Piensa, pues, qué remedios te trajo del cielo el Hijo de Dios para curar tan graves males, y verás qué dignos fueron de la infinita sabiduría de Dios. Al amor de las riquezas, en que consiste la concupiscencia de los ojos, opone la falta de todas las cosas y la desnudez de su cruz; á la sensualidad, que es lo que constituye la concupiscencia de la carne, opone los indecibles tormentos que padece hasta morir

en un patíbulo afrentoso, y á la soberbia de la vida, las humillaciones de todo género que soporta, hasta ser crucificado entre dos ladrones.

Bendita sea tu sabiduría infinita, Dios mío, que con ella y con tu cruz curas así las llagas de nuestra sensualidad y soberbia. Te reconozco como á mi Dios en ese santo madero, pues sólo un Dios, con su sabiduría, podia convertir un patíbulo en altar en que te sacrificas, y en un trono desde el que reinas sobre el mundo.

Punto III

La Pasión de Cristo manifestación suprema del amor de Dios.

Considera aquí que Jesucristo, Dios y hombre, padece y muere por el hombre, y piensa, ante todo, para aquilatar los grados de un amor infinito é incomprensible, lo que es Dios y lo que es el hombre. Dios es la grandeza, el poder y la soberanía misma; el hombre es la bajeza, la debilidad y la dependencia; y Dios, al morir por el hombre, sacrifica su soberanía, su omnipotencia y su grandeza por la bajeza, debilidad y dependencia humanas. ¿Puede darse mayor prueba de amor?

El mismo Dios no ha podido dar al hombre otra, ni más afectuosa ni más sublime muestra de amor, que morir por él. Las llagas de su cuerpo sacratísimo son, dice San Bernardo, otras tantas bocas abiertas que nos gritan sin cesar: Mira la grandeza de mi amor hacia ti, léelo en lo más íntimo de mi Corazón abierto para manifestarte mi amor. Mira, ¡oh hombre¡

el estado á que tu amor me ha reducido y lee en mi cuerpo, si es verdad que te amo más que á mi vida.

Un Dios, en efecto, que padece y muere por el hombre, es el objeto de la admiración y éxtasis de los ángeles en el cielo; un Dios que padece y muere por sus mismos enemigos, es lo que causa la confusión y desesperación de los condenados en el infierno, pues cada uno de ellos dirá: Dios murió por mí, por mí derramó su sangre, y, no obstante, me encuentro en este lugar. No puedo dudar de la misericordia con que me miraba, ni de la voluntad eficaz que tuvo de salvarme, pues murió por mí, y, ante esa prueba de inmenso amor, sólo puedo quejarme de mí mismo. Pensando en este misterio de amor, aunque tengas dificultad en concebir la eternidad de las penas del infierno, si bien lo meditas, comprenderás que nada menos ha podido hacer la Justicia divina, que encender las llamas eternas del infierno, para aquellos que no han querido encenderse en las llamas de su infinito amor.

Pero si Dios-Hombre, muerto por los hombres, es el mayor motivo para la admiración y el amor, un Dios que muere por los mismos que lo crucifican excede los límites de nuestra comprensión, porque Jesucristo mismo nos asegura que la mayor prueba que puede dar el hombre de su amor, es morir por su amigo; pero su amor y misericordia hacia los hombres es mayor aún, pues muere por sus enemigos. ¡Y qué enemigos! Los más viles é insolentes, los más ingratos y crueles que ha habido en el mundo.

Y todavía da una prueba mayor de su amor

á los hombres, y es que, pudiendo redimirlos con sólo derramar una gota de sangre, ó con verter una sola lágrima, no se contentó sino con padecer la más ignominiosa y cruel de las muertes.

Abísmate en la profundidad de tal exceso de amor, que llegó á los límites del verdadero amor, que es el sacrificio de la cruz, á la sublime locura del amor de un Dios enamorado del hombre, de un amor que es el mayor de todos los misterios de la fe, pues todos se fundan en el amor y sólo por el amor se explican. Si no tienes el pecho de diamante, y más duro que las peñas que se hendían en la muerte de tu amantísimo Redentor, considera que á lo que menos puede obligarte tu divino Salvador, es á corresponder á ese inmenso amor que llevó á Cristo á sufrir tan grandes dolores, para que si la facilidad con que crió al hombre pudo servir de pretexto á tu ingratitud, la dificultad que ha tenido para redimirte, te obligue indispensablemente á entregarle por completo tu corazón.

Coloquio.—¡Señor y Dios mío! Hasta que he meditado en tu Pasión y en tu muerte, no he conocido cuánto me amas. Esas llagas me dicen cuánto me has amado, que en cierto modo me has amado más que á ti, pues has muerto por darme vida. ¡Qué locura de amor! ¡Qué amor tan digno de un Dios! ¿Y no te amaré yo, Dios mío? ¿No sabré vivir y morir por ti? Sí, Dios amantísimo de mi alma. En adelante sólo viviré para amarte y para padecer contigo, viviendo siempre al pie de tu cruz.

Propósitos.—Llevar con paciencia, y aun con alegría, las tribulaciones.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

De la Transfiguración del Señor.

Preludios.—Represéntate á Cristo N. S. en toda la majestad de su gloria, transfigurado en el monte Tabor, y pídele humildemente que te conceda la gracia suprema de verlo y gozarlo así por los siglos de los siglos.

PUNTO I

Motivos de este soberano misterio.

Considera los motivos que tuvo Cristo N. S. para transfigurarse y mostrarse glorioso á sus Apóstoles; es á saber, para darles algún testimonio de la gloria que tenía encubierta bajo su humanidad, y de la que tendrían los que le sirviesen cuando con El reinasen: para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que también en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria á sus almas escogidas. Con lo cual confirma que la vida del que le sigue, de tal manera es cruz, que es cruz endulzada con los regalos del espíritu, que hacen suave su yugo y su carga ligera. De todo lo cual tengo de sacar grandes deseos de servir á este Señor tan glorioso, con esperanza de que le gozaré en su gloria, y quizá me dará en esta vida á gustar algo de ella, si le soy fiel como debo.

Medita también el tiempo y lugar que escogió para este misterio. El tiempo fué en medio de su predicación, y seis días después que predicó á todos que llevasen su cruz, haciendo la promesa de que algunos le verían en su reino, la cual cumplió en el octavo día para ense-

ñarnos que no dilata Dios sus promesas mucho y el premiar nuestras buenas obras. El lugar fué un monte alto y apartado, muy acomodado para oración, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en público, y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos y levantadas á vida de gran perfección; con lo cual me animaré á buscar esta soledad y el retiro, y á huir cuanto pueda del mundo.

Los compañeros de Cristo en este divino misterio fueron tres Apóstoles, los más fervorosos y más queridos, los mismos que le acompañaron luego al huerto de Getsemaní; porque aunque Dios N. S. quiere y ama á todos los justos, á los más fervorosos les hace mayores regalos; por donde echaré de ver cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo.

Pondera que estos tres Apóstoles representan tres virtudes principales que acompañan á la oración levantada, donde se hace la transfiguración del alma: fe viva y fervorosa, figurada por Pedro; esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oración, figurada por Santiago, y caridad muy encendida y afectuooa, figurada por Juan.

El ejercicio en que Cristo se ocupaba en el monte, era, como dice san Lucas, orar, para enseñarnos cómo en la oración se dan los regalos y favores del cielo; y en la oración se alcanza la transfiguración del alma, trocando y mudando la vida, de terrestre en celestial y de humana en divina; en la oración el alma se levanta sobre sí misma; el rostro se

pone resplandeciente por la luz de las verdades y por el resplandor de las virtudes, que allí se le comunica, echando rayos de amorosos afectos y blanqueando las vestiduras, que son las obras, con purísimas intenciones. Finalmente, allí queda el alma transformada en Dios y endiosada, conforme á lo que de ella dice san Pablo.

¡Oh dulcísimo Jesús! Concédeme que de tal manera medite y contemple la gloria de tus virtudes, que quede transformado en ellas. Enséñame á orar con tanto espíritu, que sea transfigurado en la imagen de tu gloria.

Punto II

Cómo se transfiguró el Señor en el Tabor.

Considera el modo cómo se transfiguró Cristo N. S. que fué dando licencia para que la gloria del alma, que estaba represada sin derivarse al cuerpo, saliese á fuera y se le comunicase, y así quedó resplandeciente como el sol, y aun mucho más, pues que no hubo cosa más resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. ¡Qué hermosísimo quedaría aquel rostro divino, y cómo arrobaría la vista de los ángeles y de los apóstoles! ¡Cómo quedarían éstos arrobados en la contemplación de aquella hermosura soberana, y cómo, en un momento, el Tabor se transformó en un cielo! ¿Qué es toda la gloria y toda la grandeza humana en comparación de aquella gloria y de aquella grandeza? Pues

eso no fué más que una chispa y una gotita de aquel sol y de aquel mar de felicidad que alumbra y que invade á los santos en el cielo por toda una eternidad.

Sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo N. S. por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y también porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra redención. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dais en este dia á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la milagrosa resurrección, antes que pase por los dolores y afrentas de la Pasión. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privasteis á vuestro santísimo cuerpo tantos años de tan grande gloria, para que pudiese ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh, quién pudiese renunciar todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor! Más querría, Salvador mío, hallarme ahora con Vos en el monte Calvario padeciendo, que en el monte Tabor gozando; ahora escojo el padecer, y cuando Vos fuereis servido vendrá el gozar.

Punto III

Lo que ocurrió en el monte Tabor después de la transfiguración de Cristo S. N.

Considera cómo estando así Cristo transfigurado, se aparecieron Moisés y Elías, y hablaban con El, del *exceso* que había de cumplir

en Jerusalén. Escogió Cristo N. S. á estos dos profetas, entre otros muchos, porque éstos eran los más señalados y conocidos por la grandeza de su santidad.

Pondera cómo vinieron estos santos con grande resplandor y majestad. Oye lo que hablaban con Cristo N. S., diciéndole *el exceso* que había de cumplir en Jerusalén; esto es, de su Pasión y muerte, la cual fué exceso de dolores y de ignominias, y exceso de satisfacción por nuestros pecados, pues todo fué excesivo y mucho más de lo que nosotros merecíamos, y más de lo que era necesario para nuestro remedio.

De aquí sacaré, cómo Cristo N. S., mientras vivió, no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajos, para enseñarnos que el gozar en esta vida es para padecer, y también para que entendamos que quien ama con exceso, gusta platicar de lo que ama; y como El amaba la Pasión, gustaba oir pláticas de ella.

Oye también á Pedro que dice: Señor, bueno es estarnos aquí; hagamos aquí tres tabernáculos, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías.

Pondera la inmensidad del gozo que habrá en la gloria, pues una sola gota que gustó San Pedro viendo el Cuerpo de Cristo glorificado, le hartó tanto, que quisiera quedarse allí para siempre, y le pesaba de ver que Moisés y Elías se querían ir, ofreciéndose á edificar tres tabernáculos en que morasen, olvidándose de sí y de sus compañeros, como si no estuvieran en el mundo ni tuvieran necesidad de semejantes tabernáculos en que morar; porque la her-

mosura y suavidad de las cosas del cielo hace olvidar todas las cosas de la tierra.

También ha de ponderar cómo San Pedro no sabía lo que se decia, parte por estar embriagado con la dulzura que sentía en su alma, y parte por el horror que tenía á la Pasión y muerte de Cristo. Por lo cual Cristo N. S. le dijo *que no sabía las cosas que son de Dios, sino de los hombres.* Y como ahora oyese que Moisés y Elías confirmaban lo que Cristo había dicho de su muerte, quisiera estorbarlo, y así con aquel su fervor dijo que se quedasen allí para siempre. Pero también ahora no sabía lo que se decía, porque esta vida no es para gozar, sino para padecer, y los consuelos de la oración no son para quedarse en ellos, sino para alentarse para los trabajos de la Pasión. Y porque es grande ignorancia no gustar de las pláticas de que gusta Cristo, y con titulo de estar en su compañía, huir de cumplir su voluntad. ¡Oh dulce Jesús! concédeme que ame lo que Tú amas y guste de lo que Tú gustas, y que mi gusto sea con las dulzuras que me dieres en el monte Tabor, animarme á estar contigo en el monte Calvario.

Estando Pedro diciendo las palabras referidas, una nube muy resplandeciente les cercó, y de la nube salió una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he agradado, oidle. Con las cuales palabras ratificó lo que había dicho en el bautismo; y juntamente nos avisa que el estado de los hijos de Dios comienza en esta vida por el bautismo y se perfecciona en la gloria, donde reciben la herencia. Los Apóstoles, atónitos con la majestad de esta voz, cayeron en tierra y temieron

grandemente. Pero luego acudió Cristo N. S., y tocándoles con su mano, les dijo: *Levantaos y no queráis temer.* Levantáronse los Apóstoles y no vieron sino sólo á Jesús, para que entendiesen que por El solo se había dicho aquella voz, y que El solo les bastaba, sin tener necesidad de Moisés ni de Elías. Finalmente, les dijo Cristo N. S: *No digáis esto que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos,* deseando que se encubriese esta gloria, porque no fuese ocasión de estorbar su Pasión y muerte.

Coloquio.—¡Oh humildad profunda! ¡Oh caridad ardiente del Redentor! Para manifestar tu gloria escoges un monte y lugar secreto, y pocos testigos, y á esos pones perpetuo silencio mientras vives, y para morir con ignominia escoges un monte y lugar público, queriendo confundir mi soberbia con tan raros ejemplos de humildad y alentarme á padecer con tan insignes obras de caridad; concédeme, Señor, que te imite en estas virtudes, pues por este fin me diste ejemplo de ellas, y dame á gustar los deleites de la gloria, para que me empiecen á amargar los goces del mundo.

Propositos.—Piensa con frecuencia en las eternas delicias del cielo, y así aprenderás á despreciar, como basura, los placeres y riquezas de la tierra.

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre la oración del Huerto.

(Primera parte.)

Preludios.—Contempla á Jesús postrado en tierra, bañado su sacratísimo rostro en sudor de sangre divina y diciendo en su agonía, con voz que penetra el alma: *Padre, si posible es, pase de mí este cáliz,* y pide conocimiento interno de aquel angustiado corazón y fuerzas para acompañarle en los misterios de su Pasión y muerte.

Punto I

Agonía de Jesús en Getsemaní.

Considera cómo Cristo N. S. quiso dar principio á los trabajos de su Pasión privándose voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que cerró la puerta á todo consuelo y dió licencia para que brotasen estos afectos penosísimos de temor y tristeza. Como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, tomólos con grandísima fuerza, para que su Pasión fuese más amarga, porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires, mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy más gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulación, puramente por amor de Dios.

Considera luego la muchedumbre de estas aflicciones interiores que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible que tenía cercana, el cual suele á veces atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que después diremos. El tedio fué un hastío mortal no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo; con lo cual pagaba los tedios que yo tengo de las obras de virtud y perfección.

La tristeza fué un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, y como los trabajos eran muchos y muy terri-

bles, y la aprehensión de todos ellos muy viva, y los aprehendía como inevitables, supuesta la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. ¡Oh alegría de los ángeles! ¿por qué te sujetas á tantas tristezas? ¿Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos? Alábente los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para Ti la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima, ni la tristeza me consuma.

Considera, después, las causas de esta tristeza y aflicción interior.

La primera, fué la memoria de los pecados de todos los hombres, los cuales tenía presentísimos, y pesaba tres cosas que hay en ellos: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos al infierno.

Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazón de Cristo N. S. y ver cómo está mirando todos mis pecados y tibiezas, y cómo con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible; por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas, es á saber: su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecía, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideración á causar en Cristo tal tristeza.

La segunda causa de esta tristeza fué la consideración del poco provecho que había de

hacer en muchos hombres su Pasión y muerte, y en todo esto ponderaba su terrible ingratitud su ceguedad, dureza y rebeldía. Y también le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrían en aprovecharse de estos medios tan eficaces para su salvación y perfección. Y tengo de imaginar que yo soy uno de los que afligían á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debía de su Pasión y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con El, suplicándole que me perdone todo lo que tal tristeza le causaba.

La tercera razón de esta tristeza fué la consideración de todos los trabajos que habían de padecer sus escogidos por su causa, los cuales sentía como si El mismo los padeciera, porque los tenía unidos consigo, con entrañable amor y caridad. Allí sentía las aflicciones de los Apóstoles y mártires, las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenía también presentes mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí, se entristecía por ellas, queriendo por este afecto de compasión padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo, con el mismo afecto de compasión, padezca lo que El padeció.

Punto II

Oración divina de Cristo en Getsemaní.

Considera cómo Cristo N. S., con palabras y ejemplo, nos enseña que el remedio de nuestras tristezas no es enternecerse con los

hombres, sino hablar con Dios en la oración. De este ejemplo he de aprender, en mis tristezas, á no esperar consuelo de hombres, sino en acudir á Dios y esperarle de El únicamente.

Lo segundo, también nos avisa que la oración es único remedio para no caer en las tentaciones y no perecer en los peligros. Y no dice Cristo, orad para que no seáis tentados, sino, orad para que no entréis en la tentación y os aneguéis en ella, porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oración sirve para que no caigamos, ó si cayéremos, para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello.

Lo tercero, tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo,* esto es, en mi compañía, y como yo velo, imitándome á Mí; en lo cual nos da á entender que El mismo vela con los que velan, y ora con los que oran, y los que velan y oran hacen esto con El, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, ¿cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesús, para que siempre vele con Vos, gastando los días en trabajar y las noches en orar, y días y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

Llegado Cristo N. S. al lugar de su oración, hincó ambas rodillas y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así, dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que quiero, sino lo que Vos queréis.*

Cuatro cosas señaladas hubo en esta oración, las cuales tengo de ponderar para mi

provecho. Lo primero, fué oración retirada para hablar á solas con Dios.

Lo segundo, fué con profunda reverencia, nacida de la grandísima estima que Cristo N. S. tenía de la divina Majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad, en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba; y así oró humildísimamente de rodillas, postrado y cosido con la tierra.

Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mío. Otras veces llámale solamente Padre; pero esta vez añadió, Padre mío, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopción, sino por naturaleza.

Lo cuarto, fué con grande abnegación de la propia voluntad, y con grande resignación en la divina; porque los trabajos eran terribles, la inclinación natural de huir de ellos era grande, y la congoja interior muy crecida; y así resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinación, fué acto de heroica virtud. Considerando todo esto, he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo N. S. me las comunique, y cuando me viere en algún trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta misma oración, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. ¡Oh Padre celestial, si es posible pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres!

Punto III

Los Apóstoles en Getsemaní.

Considera cómo acabada esta primera oración, Cristo N. S. volvió á sus Apóstoles, para ver si velaban como les había mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos y, con blandura, les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de más fervoroso: *¿Así no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entréis en tentación; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.*

Pondera la gran caridad, solicitud y cuidado que Cristo tenía de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oración por visitarlos y alentarlos, y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les había dicho: que orasen para no caer en la tentación, pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oración, será vencida.

Lo segundo, pondera en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvación, tomándolos Cristo N. S. tan de veras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen me consideraré á mí mismo, que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo N. S. me reprende dulcemente como á los Apóstoles.

Volvióse Cristo N. S. segunda vez á la oración, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diría las que pone San Marcos: «Padre, Padre, todas

las cosas te son posibles; traspasa de Mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres».

Acabada la segunda oración, volvió Cristo N. S. segunda vez á sus Apóstoles con la misma caridad que la primera, y hallándolos también durmiendo, compadeciéndose de su flaqueza, dejólos y volvióse la tercera vez á la oración repitiendo las mismas palabras: *Padre, si quieres, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.* Y esta oración también fué larga y prolija; porque, como dice el mismo evangelista: «Puesto en agonía y congoja grande, oraba más prolijamente, prolongando más su oración».

Pondera cómo Cristo N. S., aunque sabía que sus discípulos dormían, quiso venir á visitarlos para descubrir el cuidado que de ellos tenía; pero, en especial, pondera la grande soledad que sintió el Salvador en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo y el tiempo obscuro, los discípulos estaban oprimidos del sueño, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacía el sordo y no le respondía; su divinidad y la parte superior de su alma dejaban padecer á la inferior, cumpliéndose lo que dijo David: Busqué quien me consolase y no le hallé.

De aquí procedió la perseverancia de Cristo en su oración, sin quejarse de no ser oído, ni dejar por eso de orar y repetir lo mismo una, dos y tres veces, creciendo en el fervor, para enseñarme que tengo de orar con perseverancia, sin quejarme de Dios, porque dilata el oirme, porque si á Cristo, mi Señor, que merecía ser oído á la primera palabra, no le dan la

respuesta hasta que ora tercera vez, ¿qué mucho que me la dilaten, no mereciendo yo ser oído? Y si esta dilación no fué para su daño, tampoco será para el mío, y si persevero, sin duda seré oído á su tiempo en lo que me conviniere, ya que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno.

Finalmente, ponderaré cómo el Padre Eterno dilató tanto el oir la oración de Cristo nuestro Señor, para darnos á entender la grande necesidad que nosotros teníamos de la Pasión y muerte de su Hijo, pues se detenía en responderle cuando le pedía, que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho á amarle, pues tanto estima mi bien.

Coloquio.— ¡Oh Padre soberano! ¿por qué amáis tanto á los esclavos, que queréis por su causa afligir á vuestro Hijo? ¿Por qué os hacéis el sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo, por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si hacéis la voluntad de los que os temen, y oís su ruego con presteza, ¿cómo no hacéis la voluntad de quien tanto os ama, y en clamando le decís: *Aquí estoy,* qué me quieres? Vuestra caridad, Dios mío, y la de vuestro Hijo, es causa de esto; porque en el modo que Vos queréis no oirle, El también quiere no ser oído, estimando en más nuestra salvación que su vida. Concededme, Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenáredes, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, por el grande amor que tenéis á vuestro Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Propósitos.—Consolar á Cristo N. S. en su agonía. Esto lo puedes hacer siendo muy fervoroso y velando y orando para no caer en la tentación.

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre la oración del Huerto.

(Segunda parte.)

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Un ángel se aparece á Cristo N. S., y le conforta en su agonía.

Considera cómo el Padre Eterno, viendo á su Hijo en tanta aflicción y desamparo, y que todavía perseveraba en su oración, para que se echase de ver que tenía providencia y cuidado de El, y que no despreciaba su oración, envió del cielo un mensajero que, en su nombre, le consolase; así como en el desierto, cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer; con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algún ángel invisible, que es su santa inspiración; y si dilata esto, no es sino para enviárselo al tiempo que más les conviene. ¡Oh Padre celestial! gracias te doy por el cuidado que tuviste de enviar quien confortase á tu desconsolado Hijo; por El te suplico que no me desampares en mis trabajos, sino que á su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

El ángel que vino es de creer que fué San Gabriel, á quien estaba encargado el servicio del Verbo encarnado, no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecía al misterio de la reden-

ción; y aunque no vino sino un ángel sólo, porque éste bastaba para el fin que se pretendía de confortar á Cristo, si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oración para alcanzarlos de su Padre, como El mismo lo dijo poco después. En lo cual se nos representa cómo el oficio de los ángeles es asistir á los que oran para consolarlos y animarlos, y para presentar á Dios sus oraciones y traer el despacho de ellas; y con la oración les provocamos á que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

Llegado, pues, el ángel en forma visible, habló á Cristo N. S. con gran reverencia y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podían consolarle y confortarle en su aflicción, es á saber: que era voluntad y decreto del Padre Eterno que muriese y bebiese aquel cáliz, que era necesario para remedio del mundo, para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías; y que los trabajos pasarían presto, y luego se seguiría la gloria de la resurrección y el descanso perpetuo de su carne. Estas y otras razones le diría el ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oía, mostrándose en cuanto hombre necesitado del consuelo de sus criaturas; y aunque sabía muy bien todo lo que el ángel podía decirle, gustaba de oírselo y se confortaba con ello. ¡Oh Salvador mío! ¿Cómo siendo Tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias y te suplico me ayudes,

para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como Tú, que eres ángel del gran consejo.

También de este ejemplo sacaré aviso para sujetarme con humildad á recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea mēnos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me pueda decir; porque muchas veces, por medio del menor, consuela Dios al mayor y le da nuevo sentimiento de las verdades que antes sabia, y tomaré aviso para sacar razones más divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos y oir también las que el Espíritu Santo consolador suele inspirar al corazón para su consuelo.

Punto II

Sudor de sangre en Getsemaní.

Considera sobre este paso tan lastimoso las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la aflicción interior, que padecía el alma santísima de este Señor, ponderando cómo dentro de ella se levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte, y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por otra. La imaginación, con la viva aprensión de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razón superior, con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenían, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la san-

gre por sudor de todo el cuerpo en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra. ¡Oh luchador fortísimo! ¿Qué necesidad tenéis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ¿Ó es pasear la carrera de vuestra Pasión antes de veros en ella? ¿Ó es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengáis con vuestra gracia para que luche con grande fortaleza.

El modo de luchar contra mis pasiones, á imitación de lo que aquí hizo Cristo N. S., ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algún dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvación, vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones.

Considera luego la inmensidad del amor de Cristo N. S. y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad, porque Cristo N. S. no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginación y su santo celo sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que había

de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que después había de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado y coronado de espinas, crucificado, aheleado y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese que más ganas tenía El de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela para hacerle mal.

La tercera causa de este sudor fué para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenía de nuestros pecados, y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la medicina del dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que no sólo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo, como gotas de sangre, que bañaron la tierra.

La cuarta causa fué, para mostrar el sentimiento grande que tenía de las aflicciones y tormentos que había de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasión de ellos derramó sangre; y, como dice San Lorenzo Justiniano, allí fué espiritualmente apedreado con San Esteban, crucificado con San Pedro, aspado con San Andrés, desollado con San Bartolomé asado en parrillas con San Lorenzo, despeda-

zado de bestias con San Ignacio, y en resolución, padeció con el espíritu lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, oh Salvador de los hombres, de que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostraste. ¡Oh, quién me diese que sintiese yo tanto tus dolores, que sólo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razón es también que los miembros sientan el dolor de su cabeza!

Finalmente, pondera cuán debilitado quedaría nuestro dulce Jesús de este sudor, y cuán solo estaba, sin tener con qué enjugarse, ni quien le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta estrañeza, le confortaría de nuevo, hasta que fué tiempo de partirse. ¡Oh afligido Jesús, quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh, quién pudiera daros su alma y corazón, para enjugar vuestro sudor con algún alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasión lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

Punto III

Frutos de la oración de Cristo N. S. en el Huerto.

Considera cómo acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo N. S. se levantó de la oración, y volvió tercera vez á sus discípulos; y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya; levantaos y vamos de aquí, porque se acerca el que me ha de entregar.*

Pondera, lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo N. S. sacó de la oración para acometer los trabajos de la Pasión, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oración, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía.

Pondera, lo segundo, la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos no se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* ¡Oh buen Jesús, cuánta mayor necesidad teníades Vos de dormir y descansar! Pero como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descansa, y tomáis para Vos el trabajo.

De ahí á un rato, los despertó y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor.* Como quien los reprendía amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son más diligentes en perseguir y ofender á Cristo y á su Iglesia que yo en servirlos y defenderlos; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos, y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

Coloquio.—¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh, quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame ¡oh buen Jesús! con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y ¿qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues, ¿por qué, Salvador mío, derramas tantas? ¡Oh amor sin medida, quién te ama-

se sin medida! ¡Oh, si todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

Propósitos.—No dormirte nunca en la defensa de Cristo, sino luchar denodadamente por defenderlo á El y á la iglesia en contra de sus enemigos y de tantos pérfidos Judas como les hacen traición y los venden.

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA

Aplicación de los sentidos interiores del alma cerca de la oración del huerto, y sangre que Cristo N. S. derramó en él [1].

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior).

PUNTO PRIMERO.—Lo primero, con la vista interior del alma miraré la sangre que vierte Cristo N. S., ponderando quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto, es á saber: cómo la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y cómo sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiración, amor, agradecimiento y de imitación, en esta forma. Qué, ¿es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo? ¡Y que tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mí, pecador! ¡Oh, bendita sea bondad tan sin medida! ¿Qué alabanzas te daré, Señor,

1 Ponemos esta meditación, que puede servir como modelo para el método de meditar que llama San Ignacio *aplicación de sentidos*, y de que tanto uso hace el Santo y quiere que haga el ejercitante en los santos ejercicios.

por tanta merced? ¿Cómo te amaré de todo mi corazón? ¿Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes? Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo, oiré con los oídos del alma las palabras, voces y clamores que suenan con el derramamiento de esta sangre y con el ejercicio de tantas virtudes. *a*) Lo primero, oiré cómo esta sangre clama y da voces al Padre Eterno, no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdón para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre Eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza para pedir por esta sangre perdón de mis culpas. *b)* Lo segundo, oiré las voces que me da Cristo con esta sangre, diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola, si fuere menester, por no hacerle. *c)* Lo tercero, también oiré las palabras que el Salvador diría á su Eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh, cuán bien las recibiría su Padre aceptando la oferta y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! *d)* Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertía, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran míos, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

PUNTO TERCERO.—Lo tercero, se ha de percibir espiritualmente: *a)* La fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al Eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é

indignación mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales, que Noé le ofreció. ¡Oh, cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor, ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice San Pablo, á sí mismo por oblación y sacrificio en olor de suavidad! *b)* También ponderaré su dulce fragancia, cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la Misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. *c)* También he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazón para imitarlas corriendo tras Cristo para darle un alcance en ellas; ponderando que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre Eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma: *a)* La suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al Eterno Padre, y para nuestro remedio. *b)* Item, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. *c)* Gustar también la dulzura inmensa que tiene para endulzar todas las cosas amargas de esta vida,

mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillación, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. *d)* También he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo San Pablo: «Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús». ¡Oh dulcísimo Jesús, quién pudiera sentir lo que sentías, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por Ti, para mí será muy dulce.

PUNTO QUINTO.—Lo quinto, con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este Cordero sin mancilla. ¡Oh, quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡Oh, si mi corazón fuera relicario en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesús, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡Oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! ¡Oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho! yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos.

Coloquio.—¡Oh Jesús, verdadero varón de dolores del cuerpo y del alma! Tu sangre, que es prenda de salvación, arras de gloria, precio de la redención, no caiga más sobre la tierra fría, sino sobre mi alma. Esa sangre que tú sudas, y de que está cubierto todo tu cuerpo, y que rompe por todos los poros;

esa sangre divina que te arranca parte el temor de la muerte, parte el amor de nuestra salvación, caiga sobre mi corazón para que te ame, y sobre mis ojos para que vea y te conozca, y sobre mi alma para que la redimas y la salves.

Propósitos.—Odio implacable al pecado que puso á tu divino y amantísimo Salvador en tan espantoso trance y agonía.

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA

Sobre el prendimiento, en el huerto, de Cristo N. S.

Preludios.—Mira á Cristo que sale al encuentro de Judas y de los sayones y los derriba en tierra con sola una palabra de su omnipotencia, y luego se deja maniatar y prender como mansísimo cordero, y pídele saber temer su justicia y amar su misericordia.

Punto I

Antes del prendimiento.

Considera, lo primero, las trazas que inventó Satanás por medio del infame Judas para prender á Cristo N. S. Pondera la maldad de este traidor, que de Apóstol se hizo capitán y guía de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les da consejo de lo que han de hacer para salir con su intento, y vende por treinta dineros al Criador del mundo. De todo lo cual has de sacar temor de los juicios de Dios, suplicándole no te desampare, porque no llegue tu maldad á tanto, que por dejarte arrastrar de alguna pasión, como Judas, te conviertas, de bueno, en pésimo, y de amigo de Cristo en verdugo suyo y de su Iglesia.

Pondera después la gran caridad y mansedumbre que mostró en este caso Cristo N. S.

admitiendo el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición y no teniendo asco de que boca tan maldita llegase á su divino rostro. Mostró su mansedumbre en llamarle amigo y hacerse el disimulado al admitir su beso, como si no supiera á qué fin iba enderezado, diciéndole: Amigo, ¿á qué viniste? Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo y siempre te traté como tal, y ahora deseo convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á eso, yo te recibiré y te perdonaré. Dime, ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra El de tanta crueldad!

Además, quiso Cristo N. S., después de esto, corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, y por eso le dijo: ¡Oh Judas, con beso entregas al Hijo del hombre! Como si dijera, con grande admiración: ¡Oh Judas, con señal de amistad usas conmigo de tanta enemistad! ¡Y con beso de paz me haces cruel guerra! Pero la dureza de aquel vendedor de sangre divina fué tan grande, que nada le aprovechó, sino dada la señal del beso, como se había adelantado un poco de los soldados, volvióse de pronto á ellos para cometer su traición.

Luego Cristo N. S. salió al encuentro á los soldados, y preguntóles: ¿Á quién buscáis? Ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Díjoles Jesús: Yo soy; y al punto volvieron hacia atrás y cayeron en tierra.

Considera cómo Cristo N. S. quiso dar muestras de su divinidad, descubriendo el poder de su justicia y manifestando la grandeza de

su misericordia. Pondera su magnanimidad en salir sin temor alguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra, como heridos por un rayo, dar con todos y con Judas en tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si El no les diera licencia para ello. Lo cual hizo para que entendiesen, así Judas como aquella gente, que no le podrían prender si El no quisiese, y que si moría era porque de su voluntad se entregaba á la muerte.

Considera también la fuerza de aquella palabra, *Yo soy,* la cual para los buenos es dulce y de grande consuelo, mas para los malos, es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez; Yo soy el Todopoderoso, que os puedo condenar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo que castigar. Y si esta palabra, dicha por la boca de Cristo cuando estaba en tanta aflicción, es tan poderosa que derriba en tierra á sus enemigos, ¡cuánto más poderosa será la que dirá cuando venga como rey á juzgar y diga á los malos: Apartaos de mí, malditos! Será, sin duda, como un viento impetuosísimo que dará con ellos, no sólo en tierra, sino en lo profundo del infierno.

Dando entonces Cristo N. S. licencia á los soldados para que se levantasen, les preguntó segunda vez: ¿A quién buscáis? Y diciendo ellos: á Jesús Nazareno, les respondió Jesús con gran imperio: «Ya os he dicho que yo soy; si me buscáis á Mí, dejad ir á mis discípulos».

Pondera la ceguedad y dureza de Judas, y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad de Cristo, no se le rindieron, ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perse-

veraron en su obstinación. ¡Abismo espantoso del endurecimiento del corazón humano!

Mira la inmensa caridad de Cristo N. S. para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra dejad ir á estos, fué un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra El, ni hacer daño alguno á los Apóstoles.

Viendo los Apóstoles que los soldados acometían á Cristo N. S., le dijeron: «Señor, ¿acometemos con nuestras espadas?» Y sin aguardar respuesta, Pedro cortó con su cuchillo la oreja derecha de un siervo del pontífice llamado Malco. Entonces Cristo N. S. les dijo: Dejadles hacer lo que quieran. Y dirigiéndose á Pedro, reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.

La primera fué: «Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo, á cuchillo morirá». Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. Descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de darnos lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban.

La segunda fué: «El cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba?» Por las cuales palabras se ve que Cristo N. S. no miraba el cáliz de su pasión como dado por mano de sus enemigos, sino como ordenado por la voluntad de su Eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por su Padre, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos

los trabajos que me sucedieren; y si sintiere tentación interior, ó pensamiento que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentación: Y ¿cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? ¡Oh Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que sea; pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa!

Considera cómo Cristo N. S., tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó, y este es el segundo milagro que hizo en su Pasión, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo y al que tanto mal le quería hacer. Además, por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno por su ocasión recibiese daño. ¡Oh dulcísimo Jesús, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no queréis usar de vuestro poder y usáis de él para hacer bien al que os ofende! comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso y con mis enemigos blando.

Punto II

Prendimiento de Cristo N. S.

Considera cómo este Señor inocentísimo fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle de noche, con armas y linternas. ¡Oh buen Jesús, cuán lejos estáis de ser ladrón, robador de lo ajeno, pues dais por nuestro bien todo lo que tenéis por propio! Si es serlo robar los corazones y sacar las almas

del poder de Satanás, es verdad que sois ladrón, mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prisión, sino hazaña digna de eterna loa. Robad, Señor, mi corazón, y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ajeno, pues también es vuestro, ni será contra la votad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

Pondera luego aquellas sentidísimas palabras: «Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas». Por las cuales Cristo N. S. dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos y á los demonios, cuyos ministros eran para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad; y habida esta licencia, todo aquel escuadrón de soldados arremetió furiosamente á Cristo N. S. para prenderle; y con aquél ímpetu darían con El en tierra y le pisarían boca, rostro y todo el cuerpo sacratísimo, hollándole con rabia increíble. Luego le levantatarían del suelo con grande violencia, dándole recios golpes con los palos que traían; y, como dice el Evangelista, le ataron. Y puédese creer que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y después le echarían una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría.

En este hecho pondera las heroicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndote de los trabajos que padece.

La primera, es extremada humildad, considerando cómo está debajo de los pies de los hombres y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los querubines y serafines. ¡Oh, qué sentimiento tan tierno tendría este Señor, viéndose así pisado de todos!

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la humildad tan profunda que aquí mostraste; grande humildad fué arrojarte á los pies de tus Apóstoles y de Judas, para lavárselos; pero ¿qué tiene que ver con permitir que Judas, con su maldito escuadrón, ponga sobre Ti sus pies? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado y estar debajo de los pies de todos los hombres, pues merecía estar á los pies de Lucifer, hollado de los demonios.

Lo segundo, pondera la invencible paciencia de este cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tener movimiento de ira ó indignación alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacían por haberle prendido. ¡Oh pacientísimo Cordero! ¿qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? ¿Cómo no balas, ni abres tu boca contra ellos, pues con sólo decir: Yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya, Señor, pasó la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

Pero sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador, en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras, con más facilidad que Sansón rompió las suyas, no quiso hacerlo, porque El mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad en castigo de la mala libertad y de-

masiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos. ¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús! ¿quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las ata-ra? ¡Oh manos liberalísimas y poderosísimas, que poco ha repartisteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvisteis atadas para hacer bien á los hombres! ¿por qué os dejáis atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatáis á Dios! No permitas, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos para que no me hagas bien, antes te suplico ates las mias para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

Punto III

Los Apóstoles huyen, dejando solo á su Maestro.

Considera de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando cómo los que poco antes habían recibido de Cristo tantos favores, y oído tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban dispuestos para morir con El, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino también con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los pies, que poco antes habían sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huída tan cobarde. El corazón, que había sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vi-

da. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se obscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. Para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condición es acompañar al amigo en la vida y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo, y en viniendo la guerra y contradicción, huyo; sigo á Cristo al tiempo de partir el pan y cuando me regala, y huyo de El cuando se ha de beber el cáliz de la Pasión y cuando me aflige, y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido.

Pondera, de parte de Cristo N. S., el gran sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecía; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, entonces diría aquello de David: «Mis conocidos se alejaron de mí; tuviéronme por abominación, como hombre aborrecible; fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria».

Coloquio. — ¡Oh Amado mío, quién te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo que unas mismas sogas ataran tus manos y las mías! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura que tenga por abominación al que es todo mi consuelo y santificación. Yo te acompañaré, Señor, con tal que yo no fíe en mí como Pedro, sino sólo en Ti que eres mi fortaleza y mi alegría.

Propósitos. — Tener el valor de la fe y saber dar la cara por Dios y por la Iglesia cuando sea preciso, no abandonando á Cristo en medio de sus enemigos como muchos católicos cobardes.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA

Jesucristo en casa de Anás.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Desde el Huerto á casa de Anás.

Considera que Cristo N. S., para padecer mayores ignominias en su Pasión, quiso ser presentado á cuatro tribunales ó concilios y juntas de las personas más calificadas que había en Jerusalén, dos eclesiásticos y dos seculares. El primero fué de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley. El segundo fué de Caifás, supremo pontífice y supremo sacerdote. El tercero fué de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurría muchedumbre de ministros de justicia. El cuarto fué de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba gran número de cortesanos y un ejército de gente de guarda.

En estos cuatro tribunales y concilios fué Cristo N. S. presentado y despreciado ignominiosamente; de suerte que, á sus desprecios, concurrieron todas las personas de Jerusalén más calificadas en letras, en religión, en justicia y en grandeza, y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sabios. El que era sumo sacerdote y dechado de toda religión, fué despreciado de todos los sacerdotes y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fué escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era

Rey de reyes y Señor de señores, fué despreciado de los reyes y cortesanos y de sus ejércitos. Mira además la otra muchedumbre del pueblo que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte de personas que fuesen.

Medita, en primer lugar, los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció desde el huerto á casa de Anás, y lo que tuvo que sufrir en aquel largo camino. Padeció, pues, Cristo N. S. graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de El por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir á prisa, medio corriendo y tropezando y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados.

Pondera luego la fatiga que sentía el cuerpo tierno de Cristo N. S., por razón del sudor de sangre, que poco antes había tenido, y puédese creer que, con la demasiada furia con que le llevaban, se tornarían á abrir los poros y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga. También al pasar el arroyo de Cedrón tropezaría en aquellas piedras y caería, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazón.

Padeció además Nuestro Señor en este camino grande ignominia; siendo llevado como ladrón con gran vocinglería, y especialmente al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarían el grito aquellos fieros minis-

tros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. ¡Oh Redentor mío, cuán diferente entrada es esta en Jerusalén de la que hiciste el domingo pasado! En aquélla iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en ésta van con espadas y lanzas en señal de la suya; en aquélla levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en ésta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos; en aquélla tendían sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que ibais sentado; en ésta tiran de vuestra ropa y os la rasgan, y os llevan á pie y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de hombres contra Dios! ¡Oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza que me haga tan perversa, y dame paciencia tan admirable superior á cualquier mudanza.

Punto II

En casa de Anás.

Considera, primeramente, los desprecios que Cristo N. S. padeció en aquella entrada en casa de Anás, adonde se habían juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley; y como todos eran soberbios y malvados, en viendo á Cristo comenzaron á escarnecer y mofar de El, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado y vengándose así de su santidad y sus divinas palabras.

Pondera, después, la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo N. S. con ánimo de calumniarle.

Todo lo cual oía Cristo N. S. con grande humildad y mansedumbre, sin embargo de que conocía su dañada intención. De donde sacaré grandes afectos de confusión propia y de compasión de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y El en pie como reo, ellos con insignias de doctores, y El maniatado con insignias de malhechor. ¡Oh doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes! ¡Cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles con admiración de todos; y ahora estás en pie en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos! Pero si fué admirable la sabiduría que mostraste en las respuestas, que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora das, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan.

Preguntóle Anás por su doctrina y discípulos. Respondióle Jesús: «Públicamente he hablado al mundo, siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde concurrían todos los judíos, y nada he dicho en secreto; ¿para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho».

Pondera, lo primero, cómo Cristo N. S., aunque preso y humillado, estaba en este concilio con gran libertad de espíritu, que procedía de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina; porque la conciencia que se funda en santidad y verdad, es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y

grandes del mundo; y así, tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad para decir y defender siempre la verdad de mi fe delante de los grandes y los pequeños.

Lo segundo, admira la gran prudencia de Cristo N. S. en no querer decir en particular de su doctrina, qué tal era, porque sabía cuán mal recibida había de ser la verdadera respuesta, sino remitióse á los que le habían oído, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos, que estaban presentes y la habían oído, hacía testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha.

Lo tercero, pondera la causa porque Cristo N. S. no dijo nada de sus discípulos; porque como habían dado mala cuenta de sí, ni les quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y además de esto, como algunos contemplan, estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás; y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su maestro. Todo lo cual afligía no poco á nuestro Salvador. ¡Oh Maestro amantísimo! no permitas que yo desdiga de la lealtad que te debo como fiel discípulo, para que no te avergüences de confesarme por tuyo delante de tu Padre y de sus ángeles.

Punto III

De la bofetada que recibió en casa de Anás nuestro adorable Salvador.

Considera cómo uno de los ministros dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice?

Esta bofetada fué la primera injuria de las que recibió Cristo N. S. en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que San Juan quiso hacer mención especial de ella. Porque tuvo circunstancias dignísimas de meditación. Lo primero, fué cruel, dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer á todos los circunstantes. Lo segundo, fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales, y á una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía á reverencia á los que le miraban sin pasión. Lo tercero, fué injusta, porque se dió por venganza y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice. Lo cuarto, fué con aprobación y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con El otro tanto.

Mira pues, oh alma mía, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayón, y compadécete de ver abofeteado el so-

berano rostro en quien desean mirarse los ángeles del cielo. ¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia! ¿quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre Eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un infame pecador, y pues El sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que El sufrió por ellos!

Respondióle Jesús: «Si hablé mal, da testimonio de ello; y si bien, ¿por qué me hieres?» Pondera, lo primero, la gran mansedumbre que Cristo N. S. conservó recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, y aunque fuera fácil á Cristo N. S. castigarle con estas y otras penas semejantes, pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar dispuesto á recibir otra bofetada y otras muchas sin cuento.

Pondera lo segundo, cómo Cristo N. S., que sabía callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razón de sí, porque no entendiesen que había pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello, primero que me castigues, pues no eres juez, sino testigo. Y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón y justicia? Y con ser esta razón tan concluyente, no fué admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener pa-

ciencia, cuando no fueren oídas ni admitidas las mías ni se hiciere caso de ellas. ¡Oh amantísimo Jesús!, gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrade, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

Pondera, por último, la resolución que tomó Anás, y todos aquellos letrados, de que fuese llevado Cristo N. S. á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos y otros ancianos para que todos juntamente tratasen de esta causa tan importante. Y dice el Evangelista, que Anás le envió atado, para significar que le tenía por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese ni alguno se le quitase, como habían de pasar por medio de la ciudad.

Coloquio.—¡Oh Cordero mansísimo; aunque de este primer concilio salís más atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas! Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumentéis el amor de padecerlos. Enseñadme á sufrir toda clase de injurias y de afrentas con vuestra paciencia y mansedumbre, para que vuestra Pasión sea siempre mi luz y fortaleza.

Propósitos. — Aprende á sufrir desprecios, y, si Dios lo permite, injurias y afrentas sin venganza ni turbación.

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA

De las tres negaciones de San Pedro.

Preludios. — Represéntate al príncipe de los Apóstoles atraído por su sencillo afecto á Cristo, siguiéndole á lo lejos entre la sombras de la noche; obsérvale después, desconcertado y miedoso, renegar de su Maestro en el corro de soldados y criados, y mírale, por fin, apartándose de aquella plebe encanallada, llorar á solas su pecado. Pide á Cristo N. S. no serle jamás infiel y morir antes mil veces.

Punto I

De los malos pasos que anduvo Pedro hasta llegar al abismo de su caída.

Considera los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo N. S., para que escarmientes en cabeza ajena y huyas de ellos.

El primero, fué tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle, pero el temor humano le entibió de modo que le siguiese de lejos, como antes siempre le seguía de cerca. El segundo, presunción en sus propias fuerzas, hasta desmentir á Cristo, asegurando que no le negaría, á pesar de que el divino Maestro le había dicho que le negaría tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confían mucho de sí olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos. El tercero, fué con título de amar á Cristo, ponerse en la ocasión y peligro de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde había gente ruin y ruines pláticas. Y no carece de misterio decir que hacía entonces frío, para significar la frialdad

del corazón de Pedro, y la obscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presunción y confianza que tenía de sí mismo, la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo N. S., y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos. El primero, de no presumir de mí ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice San Pablo: si estás firme en la fe, no presumas, sino teme; y el que piensa que está en pie, mire bien no caiga. El segundo propósito, es de seguir á Cristo N. S., no desde lejos, sino desde cerca y con fervor, porque quien le sigue de lejos, no pone los pies donde los puso Cristo, ni advierte sus pisadas, ni es amparado de El en sus peligros. El tercer propósito es, de huir las ocasiones de tropezar y las malas compañías, que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sabio: Quien ama el peligro perecerá en él. ¿Qué hace Pedro entre los enemigos de Cristo? ¿Calentarse con ellos? Pues caerá y pronto se hará uno de tantos, como te pasará á ti, si no huyes ciertas ocasiones.

También puedo ponderar, que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era San Juan Evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que San Pedro, no negó á Cristo N. S., ni tuvo ese peligro, principalmente porque era fervoroso y porque no tenía la secreta soberbia y presunción de Pedro. ¡Oh Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer; y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia! Ponme siempre cerca de Ti, y pelee cualquier mano contra mí, porque

si me tienes de tu mano ninguno me derribará ni sacará de ella. Yo á mi vez te prometo, Dios mío, seguirte muy de cerca y no enfriarme nunca en tu amor, y no acercarme jamás á tus enemigos.

Punto II

Caída de San Pedro.

Considera cómo á esta sazón llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual, mirando á Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este, con Jesús andaba. Y volviéndose á Pedro, le dijo: ¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesús Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.

Pondera, en primer lugar, la astucia del demonio en acometer á San Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió á Adán por medio de otra para derribarle; porque las mujeres son muchas veces la piedra de escándalo que suele derribar las rocas y cedros de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas, y por algo permitió Dios esto, para que abran los ojos los que tienen ciertos oficios y huyan de los peligros.

Pondera después en Pedro la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y había tenido revelación de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por El, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega y dice que no le co-

noce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, fundándome en el conocimiento propio y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes está fundado sobre base de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo. ¡Oh Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí, sino de Ti, en cuya virtud resista al golpe de la tentación y conserve los dones que me has dado!

Finalmente, pondera la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo N. S. sintió ver que su querido Pedro se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro. Mira la traición que hace Pedro al amor y á la amistad de Jesús, cómo olvida sus milagros y favores, y ve en Pedro traidor tu imagen y semejanza. ¡Oh Maestro soberano! ya no me espanto de que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra más tu paciencia en el sufrir y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

Mas no paró aquí la deslealtad y traición de Pedro, porque aunque viendo lo que había sucedido, y el peligro en que estaba, salióse del patio hacia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez, pero de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás, calentándose al fuego, y dijéronle: ¿Por ventura, tú no eres de los discípulos de ese hombre? Y uno de ellos

afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro, con juramento, lo negó, diciendo que no conocía tal hombre. De ahí á una hora tornaron por tercera vez á hacerle instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le había visto con Cristo en el huerto; otro que era galileo, como se conocía por el habla; y Pedro tornó á negar, echándose maldiciones sobre que no lo conocía.

Sobre estos sucesos tan tristes, pondera las astucias de Satanás en tentarle, haciendo lo que Cristo nuestro Señor dijo, que había deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos desde la cumbre de la santidad al abismo de todos los pecados.

Mira cuán malo es durar en la ocasión, no escarmentando en la primera caída, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera vez con juramento y maldición; y así. es muy importante atajar á los principios el temor humano y huir del peligro cuando asoma.

Advierte que como Pedro tres veces aquella noche había presumido de sí mismo diciendo que estaba preparado á morir por Cristo, y que no se escandalizaría aunque todos se escandalizasen, y que no le negaría aunque hubiese de morir por El, así en castigo de estas tres presunciones, permitió Dios las tres negaciones en esta misma noche; porque la soberbia luego trae consigo la humillación en la

materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillación.

Punto III

Conversión y arrepentimiento de San Pedro.

Considera cómo luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo, volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le había dicho, salióse fuera y lloró amargamente.

Pondera la infinita misericordia y caridad de Cristo N. S., el cual aunque estaba rodeado de enemigos y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos, se acuerda del discípulo que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que había caído, y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle; y todo con suma presteza, por sacar pronto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la había tragado, y para esto hace que luego cante el gallo. Pero no bastara el segundo canto, como no bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo, para que conociese sus yerros, y ablandándole el corazón para que los llorase.

Pondera después las lágrimas amargas de San Pedro, las cuales no procedían de temor de algún castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y benefi-

cios que de El había recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas, con grande amargura de su corazón, como quien sentía lo que dice Jeremías, ser cosa muy amarga haber dejado á su Dios y negado á su Señor. ¡Ay de mí! diría, ¿cómo vivo, habiendo negado al Autor de la vida? ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? ¡Oh boca abominable! ¿cómo te ábriste para jurar que no conocías al que tanto bien te ha hecho? ¡Oh, quién diese amargura de mar á mi corazón, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de día y de noche la muerte de mi alma y la traición que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia, y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, miraré al que me miró, convertiréme al que se convirtió á mí, y con el corazón me llegaré á El, y postrado á sus pies le diré como el hijo pródigo: ¡Oh Padre y Maestro mío, pecado he contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo, ni tu discípulo; admíteme siquiera como á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí más duro infierno que ser echado de ella! De esta manera lloraba San Pedro y se movía á confianza del perdón, acordándose de lo que Cristo N. S. le dijo: que había rogado por él para que no desfallèciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida cuando oía el canto del gallo; y así se dice de él, que tenía surcados y cavados los lagrimales de los ojos por la muche-

dumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertía.

Finalmente, admira los tres escalones ó gradas por medio de los cuales la gracia de Dios y la divina inspiración ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasión donde estaba, y después que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. Con lo primero, nos mueve á temor, confianza y amor. Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia. Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdón de los pecados, cómo haya propósito de confesarlos á su tiempo.

Admira, también, cómo con el ejemplo de Pedro anima Jesús á todos los pecadores, pues sobre Pedro arrepentido edifica su gloria, dándonos á entender cuánto ama su Corazón á los que de veras, como Pedro, se convierten á El por las lágrimas y el dolor.

Coloquio.—¡Oh amorosísimo Jesús! ¿Cómo no te amaré con todo mi corazón, pues cuando trato de ofenderte pones medios para perdonarme? ¿Y cuando habías de mostrar tu ira en el castigo, muestras tu misericordia en el perdón? Compadécete, Señor, de todos los pecadores; míralos con ojos de misericordia; abre sus oídos para que oigan la voz de la gracia, tocándoles su corazón para que lloren sus pecados, y, cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia. ¡Oh alma mía, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte; y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdón de ellos!

Propósitos.—Huir las ocasiones de negar á Cristo N. S. Para ello no te juntes jamás con sus enemigos, ni le sigas nunca de lejos y con tibieza.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

Del sordo y mudo que sanó Cristo N. S.

Preludios.—Contempla á Cristo N. S. tocando con sus dedos divinos los oídos del sordo, y pídele no serlo nunca á sus divinas inspiraciones, sino más atento y diligente.

PUNTO I

Presentan á Jesús el sordo y mudo.

Considera cómo ciertos hombres trajeron á Jesús un sordo y mudo, suplicándole que pusiese las manos sobre él.

Pondera, en la persona de este hombre miserable la sordera y mudez espiritual, las causas de ella y el remedio que tienen. Porque la sordera espiritual es falta de fe y de obediencia á la voz de Dios. Es la imagen del hombre que no quiere oir ni entender las verdades de la fe, ni las palabras divinas, ni los preceptos de la ley, ni las inspiraciones de la gracia, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es la falta de oración y de la buena confesión, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios y pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que Dios N. S. le ha hecho.

Considera además en este desgraciado, los efectos que hace el pecado en el alma; pues como dice Beda, este endemoniado que sanó Cristo, fué símbolo del pecador, del cual dicen otros Evangelistas que no sólo estaba mudo, sino sordo y ciego y poseído del demonio, que son efectos que hace el pecado en el alma: ensordecerla para que no oiga la palabra de

Dios; cegarla para que no la conozca, ni vea su daño; y enmudecerla para que no confiese su culpa, ni alabe á Dios, y hacerla esclava de Satanás. Estas calamidades te vendrán con el pecado, si le das lugar en tu alma; por tanto cóbrale sumo aborrecimiento y haz un propósito firme delante de Dios de morir mil muertes antes que pecar; y si te remuerde la conciencia de alguna culpa grave, pídele á Cristo que tenga misericordia de ti, como la tuvo de este endemoniado, y que te libre de su tiranía y te dé oídos para oirle, ojos para conocerle, lengua para bendecirle, y gracia para servirle.

Considera, también, que la sordera suele ser causa de que el sordo sea también mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por San Lucas se llama demonio mudo, porque cerrando las puertas de estos dos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio, el cual entra por el oído de la fe y obediencia, y se alcanza orando á Dios y confesando sus pecados á su ministro, el sacerdote. Todo esto me aplicaré á mí mismo, considerándome sordo y mudo, no como David, para no oir ni hablar lo malo, sino al contrario, para todo lo bueno; y la causa es, porque siempre tengo abierto el oído del cuerpo y del alma para oir todas las curiosidades y vanidades del mundo, y para dar crédito á sus mentiras y engaños, y obedecer á sus fueros y leyes perversas; y de aquí me nace tenerle cerrado para oir lo que Dios y sus ministros me dicen y mandan. También proviene de que tengo la lengua muy suelta para hablar y parlar con los hombres de cuanto me da

gusto, y para mis alabanzas y para las murmuraciones y lisonjas; de donde nace que la tengo atada para hablar con Dios y para confesar mis pecados, porque la pereza y la vergüenza me la atan fuertemente. ¡Oh Salvador mío, echa de mi alma al demonio, sordo y mudo, que la tiene poseída, y remédiame por tu infinita misericordia, pues yo no tengo fuerzas para remediar tan gran miseria!

Considera, por último, que así como este sordo y mudo nunca fuera por remedio á Cristo, si otros no le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo, así hay muchos pecadores tan sordos y mudos, y olvidados de su miseria, que nunca se convertirían á Dios, si algunos justos no intercediesen por ellos. Y esto me ha de mover á orar á menudo por la conversión de los pecadores, y procurar del modo que pudiere llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándome de que perdonó los pecados del paralítico viendo la fe de los que se lo pusieron delante. ¡Oh Dios infinito, ten misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo! Echa, Señor, de sus almas al demonio, que los ensordece y enmudece, para que libremente te oigan, alaben y glorifiquen por todos los siglos.

Punto II

Cura Cristo N. S. al sordo-mudo.

Considera cómo tomando Jesús al mudo por la mano, y apartándole de la gente, entró sus dedos en los oídos, y escupiendo, tocó su lengua, y mirando al cielo, gimió y díjole: «*Efeta*, que quiere decir, ábrete».

Pondera, cómo Cristo N. S. hizo todo esto, bastando cualquier parte de ello, para significar la dificultad que hay en sanar las almas sordas y mudas, no de parte de Dios, sino de parte de la ruin disposición que hay en ellas, por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio. Mira lo que hizo con él Cristo N. S. Lo primero, tomándole por la mano, le apartó de la gente, para significar que estas personas, para ser curadas, han de apartarse de los que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfagos de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio. Lo segundo, gimió, para denotar la grande miseria de estas almas y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal es el que hace gemir al mismo Dios! ¡Oh alma, cómo no lloras y gimes tu miseria, por la cual gime y llora tu Señor! Llora también las miserias de tus prójimos, pues tan dignas son de ser lloradas, que llora Cristo por ellas. Lo tercero, gimió y miró al cielo, para significar que estos males se han de curar con oración ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra.

Además de esto, Jesucristo, según refiere San Marcos contando este milagro, entró los dedos en los oídos del sordo, un dedo en un oído y otro en otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como mano y brazo del Padre Eterno, por quien obra todas las cosas. Estos dones, abren nuestros oídos para que perciban y entiendan las verdades de la fe, y los hace dó-

ciles y obedientes á las divinas inspiraciones y á todo lo que es cumplimiento de la divina voluntad. ¡Oh Hijo de Dios unigénito, que con tu Padre produces el Espíritu Santo y con ambos comunicas tus dones á los hombres! éntralos dentro de nuestras almas, para que todos oigamos y obedezcamos tus palabras y se cumpla lo que dijiste: «El pueblo que antes no conocí me sirvió, y con su oído me oyó y obedeció».

Luego escupió y tocó la lengua del mudo; así como en otra ocasión puso saliva en los ojos de otro ciego á quien dió vista, para significar que la sabiduría celestial, es la que suelta nuestra lengua para que sepa hablar con Dios y consigo y con sus prójimos como conviene. Esa divina sabiduría es la que enseña la oración, las alabanzas de Dios, la confesión de nuestros pecados y la debida reprensión de los ajenos para curarlos.

Por último, con gran imperio dijo Jesús: «Abrete», para significar la virtud de su palabra omnipotente, porque dado que los hombres no hablen con los sordo-mudos, porque sería en vano; pero Dios puede hablar con ellos y abrir sus oídos, porque su palabra es viva, eficaz y penetrativa, y poderosa para abrir el oído y entrar dentro del alma, y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que Dios le manda. ¡Oh Dios omnipotente! abre mi oído que yo no te contradiré, porque preparado estoy para creer lo que me enseñares y para obedecer á cuanto me mandares.

De todo esto sacaré lo que tengo de hacer de mi parte para ayudar á las almas, apartándo-

las de las ocasiones de pecar, llorando sus pecados, orando por ellas, llevándolas á los ministros de Cristo para que las apliquen los Santos Sacramentos y las palabras de Dios, con las cuales vengan á sanar en virtud de Cristo, que es el pricipal médico de estas enfermedades. Y finalmente, me compadeceré de los que, como áspides sordas, cierran los oídos al que les quiere quitar la ponzoña, suplicando á este sapientísimo médico use de su omnipotencia para librarlos de ella y á mí no me abandone, para que no resulte sordo á sus divinos llamamientos.

Punto III

Efectos del milagro de Cristo N. S.

Considera cómo luego se abrieron los oídos del sordo, y su lengua se soltó, y empezó á hablar correctamente; y aunque Cristo mandó á los circunstantes que no dijesen nada, mucho más predicaban el milagro, diciendo: «Bien ha hecho todas las cosas: ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos».

Pondera la omnipotencia del Salvador en hacer lo que quiere, y en quitar los impedimentos de nuestra salvación; de modo, que quien antes era sordo y mudo, ya oía muy bien, y hablaba correctamente. De aquí tomaré aviso para hablar bien, sin faltar á Dios ni al prójimo, y buenas cosas y de modo agradable á Dios. ¡Oh buen Jesús, pon guarda á mi boca y toma en tu mano las llaves de mis oídos y lengua, cerrándolos y abriéndolos cuando conviene para que mi callar y hablar, mi oir y no oir, siempre te agraden!

Pondera también el efecto de este milagro en aquella gente devota y agradecida, que decía de Cristo: Bien ha hecho todas las cosas. ¡Oh sabiduría infinita, que por boca de los niños y sencillos predicas tus grandezas; cuán grande verdad es la que hablaste por boca de estos pobres agradecidos! Bien has hecho, Dios mío, todas las cosas que criaste al principio del mundo, porque en habiéndolas criado y visto, dijiste que eran muy buenas! ¡Bien has hecho todas las cosas que con tu providencia ordenas en este mundo, porque todas tus obras son perfectas! ¡Bien has hecho las obras de nuestra redención, porque todas están llenas de suma bondad! ¡Oh cuán bien hiciste tus milagros, tus sermones, tus sacramentos, tus humillaciones y ejercicios virtuosos! ¡Todas las cosas hiciste bien para bien de los hombres, y con todo eso te dieron tan mala paga, que te volvieron innumerables males por innumerables bienes; pero Tú eres tan bueno, que como hiciste bien todos los bienes, así padeciste bien todos los males. Concédeme, Señor, que á imitación tuya haga bien todas las cosas, para que ninguna haya en mí que parezca mal á Ti.

Finalmente, pondera cómo esta gente glorificando á Cristo N. S., aunque no sanó más que á un mudo y sordo, dicen que hizo oir á los sordos y hablar á los mudos, confesando que quien hizo este bien á uno, le podía hacer á muchos, y estaba dispuesto para hacerle con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio y á esto vino al mundo.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús! haz este oficio con todos los infieles, para que te crean, y con todos los

pecadores para que te obedezcan, y con todos los tibios para que te sirvan con fervor, de modo, que todos te glorifiquen y alaben por todos los siglos. Y hazlo, sobre todo conmigo, para que no cierre nunca los oídos del alma á tu voz, ni hable sino para alabarte y servirte. Arranca de mi lengua las mil faltas que la manchan y afean para que sea digna de recibirte y hablar contigo.

Propósitos. -Examinar el uso que hacemos de los oídos y la lengua, proponiendo refrenarla para no caer en tantas faltas ofensivas á Dios y á nuestros prójimos.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Caifás.

Preludios.—Mira al mansísimo Jesús delante de estos jueces perversos, soberbios y corrompidos, adora la humildad y el silencio y las palabras del cordero sin mancilla y pídele algo de su infinita paciencia para sufrir y callar á imitación suya.

Punto I

Jesucristo delante de Caifás.

Considera cómo los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algún falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte; y no hallándolo, hicieron venir muchos testigos falsos, y á pesar de las mil calumnias que contra El decían, Jesús no les respondió palabra.

Medita lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo N. S., ponderando quiénes son los jueces, sus dañados corazones y la soberbia y ambición con que están sentados en el perverso tribunal; quiénes son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas; quién el preso y acusado,

su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad de Jesucristo, admirándote de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pie y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales, más que jueces, eran sus crueles perseguidores.

Pondera luego la infinita inocencia y pureza que resplandeció en Cristo N. S., pues andando sus enemigos á buscar con tantas ansias algo de que acusarle, no hallaron contra El cosa que no fuese santa. Pero sobre todo has de ponderar el maravilloso silencio de Cristo en todas estas calumnias, sin querer volver por sí, ni por su honra. Todo esto hacía nuestro Redentor para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios. Y también es un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir en nuestra respuesta ó indiscreción, y así Caifás, irritado de ver tanto silencio, se levantó y le dijo: ¿No respondes algo á tantas cosas como testifican contra Ti? Pero Jesús callaba, y no respondió nada. ¡Oh Verbo divino, palabra eterna del Padre! ¿por qué no habláis alguna palabra en defensa vuestra? Pero vuestra misericordia quiere con silencio satisfacer por mis parlerías y enfrenar mi lengua, para que no excuse mis culpas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufristeis, y triunfe de mis enemigos como Vos triunfasteis de los vuestros.

Considera cómo viendo Caifás que Cristo callaba, le dijo: «Conjúrote por Dios vivo, que

nos digas si Tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito». Respondióle Jesús: «Tú lo dices, que yo soy: y dígoos de verdad que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo».

Mira la reverencia grande que Cristo N. S. tenía al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto tesón, en medio de toda clase de injurias y calumnias, en oyéndose conjurar por el nombre de Dios, luego obedeció al pontífice, aunque sabía que su respuesta le había de costar la vida.

Pondera lo segundo, la respuesta que dió confesando que era Cristo, y desengañándoles del error que tenían por verle tan oprimido y despreciado. «Yo soy Cristo, les dice, y aunque me desconocéis, por verme tan humillado, día vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de mí». ¡Oh Hijo de Dios vivo é Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pie como reo para ser juzgado de Caifás, y que estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme, y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

Medita cómo oída esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras, diciendo: «Blasfemado ha, ¿para qué deseamos más testigos?

¿No habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?» Y luego todos le condenaron y dijeron: «Digno es de muerte».

Sobre este punto considera la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo N. S. Por una parte, rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien había oído una grande blasfemia contra Dios; y por otra parte, se goza de haber hallado ocasión para condenar á un inocente. Y atropellando el orden del juicio, se hace acusador y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que juzguen y digan su parecer y provocándoles á que le condenen como á blasfemo. Así lo hicieron aquellos hombres apasionados y perversos. Para que yo vea cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios.

Con esto pondera la humillación de Cristo N. S. en este caso, compadeciéndote de verle calumniado y oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándote que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos también para consolarme cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. ¡Oh dulce Jesús! ¡Con cuánta más razón pudieras rasgar tu vestidura cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las tuyas estaban lle-

nas de verdad y gloria del mismo Dios! ¡Oh, si mi corazón se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra Tí! No eres Tú, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permites ser Tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

Punto II

De las injurias y dolores que padeció Cristo N. S. en casa de Caifás.

Considera cómo oída esta sentencia, los que tenían asido á Cristo N. S., tomaron atrevimiento y ocasión para injuriarle y atormentarle, instigándolos Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á varias afrentas ignominiosísimas.

La primera fué escupirle en el rostro, que era un tormento asquerosísimo, y como los soldados eran muchos, quedó el rostro de Cristo afeado y obscurecido grandemente. Pondera, pues, ¡oh alma mía! quién es el escupido y quiénes son los que le escupen, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, es el rostro que enamora á los serafines, á quien no se hartan de ver los ángeles. Este es escupido de abominabilísimos pecadores. Pues ¿cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? ¿A tan excelente Criador por tan viles criaturas? ¡Oh rostro venerable de Jesús, más resplandeciente que el sol, más hermoso que la luna y más gracioso que las estrellas del cielo! ¿Cómo te han

obscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son los que te afrentan, y por lavarles de ellos quieres Tú ser afeado.

La segunda fué vendarle sus divinos ojos, para más á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veía; porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo les impondría respeto para no burlar de El á su gusto. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, sería vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

Pondera aquí cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no los vea, ó imaginar que no los ve para pecar más libremente, al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo N. S. para que no los viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad, y así, más fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco, olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios; pero no lo están sino los míos, porque los de Dios lo ven todo y no hay noche ni tinieblas que se oculten á su vista divina.

La tercera afrenta fué herirle unos con los puños, dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro sacratísimo, y otros le herían dándole de bofetadas, lo cual, entre los hombres, es muy ignominioso. Aquí cumplió nuestro Señor á la letra el consejo que había dado: *Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro;* porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas y á por-

fía, por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que hacían méritos en herirle, y todas las recibía este mansísimo Salvador sin decir ni replicar una palabra.

La última afrenta fué de toda suerte de injurias que le decían cuando le daban bofetadas y puñadas, preguntándole: «Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? Pues dices de Ti que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada»; en lo cual daban á entender que le tenían por Cristo fingido y por profeta falso. Y añade San Lucas, que decían de El muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideración. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores era muchos y muy atrevidos y descomedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movía sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oídas, á fin de provocarle á impaciencia y tomar de él cruel venganza. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, y el mismo Cristo, como dijo Jeremías, quedó también harto y lleno de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el transcurso de esta noche.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tu barba mesada, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado y tus oídos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas, me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas

tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por Ti las penas que Tú padeciste por mí.

Punto III

La Virgen santísima en la noche de la Pasión de su divino Hijo.

Considera cómo alguno de los discípulos, que quizá fué San Juan, llevó la nueva de la prisión de Cristo N. S. á la Virgen sacratísima que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habían comido su cordero pascual, y en oyendo la triste nueva, fué su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte. Como era encendidísimo el amor que le tenía y muy viva la fe y aprensión de las injurias y dolores que había de padecer su divino Hijo, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fué su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasión, de suerte, que podríamos decir de ella lo que dijo Jeremías: *Grande es como el mar tu dolor y contrición, ¿quién podrá darte remedio en ella?*

Pero como esta Virgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oración, y puesta de rodillas delante del Eterno Padre, pegando su rostro con la tierra, diría: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no

se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú. Padre Eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en Mí: yo le beberé, porque El no le beba, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oración velaría grande rato, haciendo actos de confianza y resignación, conformando su querer con el divino: y es de creer que con la congoja oraba más prolijamente, hasta que el Padre Eterno, por algún ángel, ó por sí mismo, interiormente la confortó.

Luego se levantaría de su oración, y á imitación de su Hijo, como buena Madre procuraría confortar á las que estaban en su compañía para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaría en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las había leído en los profetas, haciéndose sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones.

Coloquio.—¡Oh Virgen sacratísima, que como otra Sión llorando, lloráis toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta aflicción; razón tenéis de llorar, porque el espíritu de vuestra vida, Cristo, ha sido preso por nuestros pecados! ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causáis á Cristo y á su Madre! Llorad, ojos míos, toda la noche; llorad, llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas, pues ningún otro consuelo les podéis dar más que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

Propósitos.—Aprende de Cristo N. S. á no contestar á las injurias y desprecios sino con el silencio, la humildad y la mansedumbre.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Pilatos.

Preludios.—Mira á Cristo N. S. delante de Pilatos, ya hablando palabras divinas, ya callando con silencio maravilloso, y pide al Señor saber como El decir y defender la verdad, aun á costa de tu vida, delante de los grandes y poderosos de la tierra.

Punto I

Jesucristo es llevado al tribunal de Pilatos.

Considera cómo, en siendo de día, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo N. S., le preguntaron segunda vez si realmente era Cristo. Respondió el Señor: «Si os dijere quién soy, no me creeréis; y si os preguntare algo, no me responderéis ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aquí, después estará sentado á la diestra de Dios». Replicaron ellos: «¿Luego Tú eres Hijo de Dios?» Respondióles Jesús: «Vosotros lo decís, que Yo soy». Contentos con esta respuesta, dijeron: «No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oído lo que queremos. Reo es de muerte».

Pondera, lo primero, cuán deseada tenían la mañana, así Cristo N. S. como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel día pensaba concluir la redención del mundo, y había treinta y tres años que, con ansias vivísimas, estaba esperando este día. Sus enemigos deseaban què amaneciese para concluir su dañada pretensión de matarle

cuelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar cuán diligentes son los malos para el mal, y para perseguir á Cristo y á su Iglesia, y yo cuán perezoso y descuidado soy para hacer lo bueno y defender la verdad.

Pondera luego la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo N. S., para cogerle de cualquier modo que respondiese. Porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que El se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarían lo que deseaban para condenarle.

Pero mucho más se ha de admirar en la respuesta de Cristo N. S., su prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad para defender la verdad; añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaría sentado á la diestra de Dios, para amenazarles con el castigo de sus horribles pecados, y para que nosotros entendamos que sus humillaciones habían de parar en exaltación; y que lo mismo será de las nuestras, si siguiésemos sus pasos.

Y, finalmente, con otro ánimo diferente del que tenían estos traidores, mirando á Cristo N. S. tan desfigurado, con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré lleno de amor y reverencia: ¿Por ventura, Jesús mío, sois Vos el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el resplandor de la gloria del Eterno Padre, el que es figura de su substancia é imagen invisible de Dios? Pues si lo

sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Cómo tan acardenalado con bofetadas? ¿Quién os ha tratado de esta manera, sin tener respeto á vuestra sacratísima persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales da testimonio de que es Cristo, Hijo dè Dios vivo, que vino al mundo para redimirle; porque otro hombre que no fuera Cristo, no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos los sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos.

Considera cómo, oída esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente, y con furia de demonios, atando de nuevo á Jesús, le llevaron á Poncio Pilatos.

En esta tercera estación que anduvo Cristo N. S., mira lo primero cómo el tribunal eclesiástico de los judios, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia lo relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase más cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podían darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moría por la salvación de todos.

Pondera, lo segundo, la crueldad con que lo llevaron por las calles de Jerusalén, con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente por ser innumerable la que había en la ciudad, á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso

muy apresurado, pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decían con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el día claro todos le podían ver y conocer; y como sabían que esto se hacía por orden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso.

¡Gracias te doy, oh buen Jesús, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás hasta la de Poncio Pilatos, y por las afrentas que en este camino padeciste! Por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí en adelante para que todos sean por servirte.

Punto II

Jesucristo delante de Pilatos.

Considera cómo presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos y preguntóles: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Ellos respondieron: «Si no fuera malhechor, no te lo entregáramos».

Pondera, lo primero, la mala acogida y el mal tratamiento que haría Pilatos á Cristo cuando le vió traer tan atado, y con tanto estruendo y en día tan solemne, y luego la gran soberbia y presunción de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: Si éste no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor.

De esta humildad de Cristo N. S. que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos me tengan por malo, á imitación de mi Salvador.

Y como Pilatos les arguyese que si era malhechor, ellos podian castigarlo, comenzaron á acusarle de tres delitos. El primero, que alborotaba la gente con la mala doctrina. El segundo, que prohibía dar los tributos debidos á César. El tercero, que decía de sí ser Cristo rey, esto es, que era el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos.

Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo N. S., con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que no alborotaba la gente, antes la movía á penitencia y á todo género de virtud. También era llano que no prohibía pagar los tributos á César, el que dijo: «Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios». Además, nunca dijo de sí que era rey temporal, antes queriéndole hacer rey, huyó. Y si decía que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues, ¿adónde más pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? ¿Y qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte que ellos pudieran darle, sino fingir delitos para condenarle á otra más cruel, que era la muerte de cruz?

Considera cómo oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para

examinar á Cristo de los delitos que le oponían; y comenzó por el postrero, que él, como amigo del César, tenía por más grave, diciéndole: «¿Eres Tú, acaso, rey de los judíos?» Cristo N. S., como vió que esta pregunta era hecha con sencillez, respondió: «Mi reino no es de este mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos, y así mi reino no es como los del mundo». Replicó Pilatos: «¿Luego Tú eres Rey?» Respondió Cristo: «Tú lo dices, que soy Rey y así lo confieso, porque nací y vine al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz».

Acerca de este examen que Pilatos hizo de Cristo N. S., se han de ponderar las notables sentencias que Jesús dijo en sus respuestas.

La primera, que su reino no era reino terreno y mundano, como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados ni de gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes de la tierra. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendía, ni jamás lo había pretendido, como sus acusadores decían.

La segunda fué, que verdaderamente era Rey, pero Rey celestial, y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo y el reino espiritual de su Iglesia; y, por consiguiente, tenía vasallos y criados, pero celestiales y espirituales, que son los justos y fieles que le creen; porque cual es el Rey, tales son los vasallos, y cual es el reino, tales son sus ciudadanos. ¡Oh Rey soberano, instituído por el Padre Eterno sobre el santo mon-

te de Sión! muy debido era á vuestra grandeza ser también rey de este mundo y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad y levantar mi corazón á la pretensión del reino celestial, con desprecio del terreno. ¡Hacedme, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo!

La tercera sentencia fué, que había nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad, esto es, para enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas, en lo cual tuvo tres excelencias. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa, para alcanzar el reino cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para El, la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor, he de persuadirme que yo también nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento ni amenguarla en lo más mínimo, aunque me cueste la vida el testificarla.

La cuarta sentencia fué, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda; y por aquí echaré yo

de ver si soy del bando de Cristo, que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo N. S., y la divinidad que en El resplandecía en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de Maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, preparado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad. Pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: «¿Qué es la verdad?» no esperó respuesta, porque no mereció oirla. Como hacen tantos, el día de hoy, que se pasan la vida preguntando, ¿dónde está la verdad? pero sin ánimo ni deseo de saberlo y volviendo la espalda á la Iglesia y á sus ministros, cuando les enseñan la verdad.

¡Oh Maestro del cielo! Respondedme dentro de mi corazón qué es la verdad, y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mío, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh, si mi vida se conformase con esta verdad y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria!

Punto III

Maravilloso silencio de Cristo N. S. delante de Pilatos.

Considera cómo oída esta respuesta de Cristo nuestro Señor, coligió de ella Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio, á vista del pueblo, dijo: «Yo no hallo en este

hombre causa para condenarle». Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas; pero Cristo no respondía. Entonces el juez le dijo: «¿No ves en cuántas cosas te acusan, y cuántos testimonios dicen contra ti? ¿Cómo no respondes algo?» Con todo eso, Jesús no respondía palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente.

En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo N. S., el cual, con razón causó vehemente admiración en Pilatos, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocía su inocencia. Cualquier cosa de éstas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo N. S., rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no sólo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad.

Descubrió, además, gran fortaleza, mostrando por la obra cuán poco temía la deshonra, los tormentos y la muerte, pues ni aun hablar quería para defenderse de ella.

De aquí sacaré también, que un silencio tan

raro como éste no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu Santo, cuando dijo: «Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras, y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua»; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad, figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así, es menester que también se aunen las virtudes para concertarlas; y por esto, quien no ofende á Dios con la lengua, señal es que es perfecto varón.

Coloquio.—¡Oh buen Jesús, con cuánta razón os pusieron por nombre el *Admirable,* pues no sólo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento y admirable vuestro silencio. Admirable fué, por cierto, vuestro callar delante de Caifás; pero más admirable fué delante de Pilatos, porque las acusaciones eran más graves, el peligro mayor y el juez más propicio para oiros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar, sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor, guardia á mi boca y puerta muy justa á mis labios; no permitáis que mi corazón se incline á palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados.

Propósitos.—Guardar mi boca, cuando la calumnia ó la afrenta se levantaren contra mí, enmude-

ciendo, humillándome y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, ¡como Cristo calló lo que pudo servir para la suya.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA

Jesucristo en casa de Herodes.

Preludios.—Mira á nuestro Señor escarnecido como necio y vestido de blanco en señal de locura por el más vil de los hombres, el rey Herodes, y pide al Señor saberle imitar en su humildad y silencio cuando el mundo te injurie y afrente por su amor.

Punto I

Jesucristo delante de Herodes.

Considera lo que dice el sagrado Evangelio, que perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar á Cristo N. S., dijeron á Pilatos que alborotaba al pueblo, enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén. De eso coligió Pilatos, que Cristo era galileo y de la jurisdicción de Herodes, y como éste estaba entonces en Jerusalén, remitióle á Jesús, para que él conociese de su causa.

Pondera cómo Cristo N. S., de quien dice San Pedro que pasó desde Galilea por toda Judea haciendo bien á todos y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destrucción.

Mira luego el trabajo y la ignominia que

Cristo N. S. padeció en esta cuarta estación, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalén, con grande estruendo de gente, porque era ya más entrado el día, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traído por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey crueIísimo é injustísimo, incestuoso y corrompido, que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista porque se lo reprendía. Lo cual trazó su providencia, para que, padeciendo más por nosotros, nos obligase más á su servicio y nos diese más eficaces ejemplos de paciencia.

Considera cómo Herodes, en viendo á Jesús en su palacio, holgóse mucho, porque había gran tiempo que deseaba verle, y esperaba que haría en su presencia algún milagro. Hízole el rey Herodes muchas preguntas, pero á ninguna respondió Jesús.

Sobre este punto pondera el gozo que Herodes tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar verle hacer algún prodigio; pero todo redundó después en mayor afrenta de Cristo N. S., el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar, ni responder palabra, ni hacer milagros en su presencia. Hizo esto Cristo N. S. en detestación de su maldad y sus pecados, tratándole como á indigno de ver sus maravillas, y en detestación de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras, ni hace sus obras maravillosas por satisfacer la curiosidad; y quien con este

vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oración, hallarále mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su moción para cosas grandes.

Además, descubrió el Señor las ganas que tenía de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debía por ser bienaventurado en el alma, no había de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros para que nos libre de los trabajos, por no padecer con ellos.

Punto II

Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.

Considera á Jesucristo delante de Herodes. Estaba allí el Rey de los reyes, delante del sacrílego rey, que no era digno de desatar la correa de su calzado, ni aun de poner la boca en el polvo hollado de sus divinos pies. Herodes, á quien daba elocuencia la curiosidad, le hizo muchas preguntas. Le instaba el rey oportuna é importunamente; le estrechaba para que hablase, le exhortaba, le suplicaba, le halagaba; nada omitía ni de atractivos, ni de amenazas, ni de promesas, á fin de arrancar de su boca alguna palabra.

¿Y Cristo, entre tanto, qué hace á tantas palabras, á tantas preguntas, á tantas súplicas y á tantos ruegos? Oye al Evangelista: «Más él nada le respondía». Grande misterio es que el Verbo del Padre guarde tanto silen-

cio. ¿Cómo no pronuncias siquiera una palabra, tú que tienes palabras de vida eterna? ¿Cómo no dices algo, y abres para ello tu boca, tú que tienes boca y sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos tus adversarios? El que te pregunta es rey, y escrito está «que el corazón del Rey en mano del Señor, adonde quisiere le inclinará». Muévate la dignidad de la persona que te pregunta; muévate la multitud y calidad de los oyentes. Estos son en gran número, de noble sangre, de copiosas riquezas, de excelentes dignidades, de sobresaliente poder, de prudente consejo, grandes, magnates, y los más distinguidos próceres de toda Galilea. Nunca tuviste tan noble concurso para hablar; nunca tan distinguido auditorio. Todos están pendientes de tu boca, todos con atentos oídos, todos tienen puestos en ti sus ojos para verte y sus oídos para escucharte. Como hables, clamarán todos unánimes á una voz: «Nunca ha hablado ningún hombre así como éste».

Pero todo es en vano: Jesucristo nada respondía. Y fué porque «hay tiempo de hablar y tiempo de callar». No era entonces el tiempo, ni el lugar de hablar, ni las personas tales que juzgase Cristo conveniente ó útil hacerlo. Cumplía exactamente el consejo que El mismo en otro tiempo había dado: «No queráis dar lo santo á los perros, ni echéis las margaritas ante los puercos».

Estaba en medio de unos viles pescadores y abriendo su boca los enseñaba la doctrina celestial. Con la mujer samaritana, ¿cuántas cosas no habló? Cuando le rodean los ciegos, los cojos, los mudos, los paralíticos, los hidrópi-

cos, la hez del pueblo, el desprecio de toda Jerusalén, los hijos más abatidos de la tierra, entonces abre su boca y declara los arcanos escondidos desde la constitución del mundo; entonces enseña. En el palacio, delante del rey, en la presencia de tantos próceres, guarda silencio porque en los palacios no se escucha la verdad.

Considera cómo Cristo, no sólo examinado por Herodes acerca de muchas cosas, sino acusado por los judíos de muchas más, revestido de toda su paciencia, no alega argumento alguno para rebatir tantas acriminaciones, no profiere una palabra en su defensa.

También aquí el único argumento á que apela Cristo para defender su causa, es el constante silencio. Este silencio de la eterna sabiduría, admirable é inaudito en todos los siglos, debidamente ponderado con todas sus circunstancias, basta para cerrar la boca á todos los que de un modo ó de otro abusan de su lengua. En primer lugar, los que le acusaban eran unos varones de la mayor autoridad, los escribas y los príncipes de los sacerdotes, cuyas palabras eran oráculos, cuyos hechos la norma de las acciones, cuya vida la censura de los malos. Por lo cual la autoridad de ellos inducía fácilmente á Herodes á creer que todo cuanto decían era verdad. Los sacerdotes, pues, bajo cuya lengua estaba el veneno de los áspides, vomitan contra El toda su ponzoña, Jesús la sufre; ellos hablan, Jesús enmudece; ellos le acusan, Jesús nada contesta á sus acusaciones; le echan en cara crímenes, Jesús los oye; le cargan de baldones, Jesús nada responde.

¡Oh silencio, más fecundo que toda la elocuencia humana! ¡Oh silencio, digno de ser preconizado por las lenguas de todos los hombres! ¡Oh, cuán discretamente acusa este silencio de Cristo la locuacidad de mi lengua! ¡Cuán veloz es ésta para hablar, cuán tarda para el silencio! ¿Está presente un enemigo? Calumnio su fama. ¿Está ausente? Ofendo su honor, menoscabo su estimación. ¿Me habla? Hablo contra él. Si pregunto, es para echarle en cara sus faltas. Si respondo, es casi siempre á costa de la caridad. Y hasta con mi mismo cavilar é imaginar injurias, lo provoco á ira. Cuantas palabras pronuncio son otras tantas heridas que hago, ó á otros obscureciendo la gloria ajena, ó á mí dando la muerte á mi propia alma.

Punto III

Jesucristo es vestido con una túnica blanca, y remitido á Pilatos.

Considera cómo viendo Herodes que Cristo N. S. no le hablaba, despreciole con su ejército, y burlándose de El, vestido con una vestidura blanca, lo remitió á Pilatos.

Pondera primeramente la sentencia de este infame rey contra Cristo, porque lo tuvo por hombre sin juicio, rústico y mal criado, juzgando que por simplicidad ó bobería callaba el que había deseado ser rey; y así, no quiso condenarlo á muerte, sino afrentarlo, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca, como la solían traer los Césares, aunque sería muy rota y vieja para mayor escarnio. Y de este modo lo remitió á Pilatos, como

quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por necedad quería ser rey. Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearlo, escarneció á Cristo N. S. con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, rey de burlas y otros nombres infames; y es de creer que también jugarían con El, instigándolos á ello Satanás. Todo lo cual sufría este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. ¡Oh Verbo divino, sabiduría del Eterno Padre! gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por simple y loco. Menester era tan grande humillación para curar mi grande soberbia y presunción. ¡Oh, quién se viese vestido de esta tu librea y fuese tenido por loco, sin dar causa culpable para ello, porque no hay mayor cordura que gustar de ser despreciado en el mundo por Ti, ni mayor locura que buscar ser honrado sin Ti!

Pondera luego la grande afrenta que Cristo N. S. padeció por aquellas calles de Jerusalén, continuando todos los que iban con El los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. Mira cuán corrido parecería Cristo N. S. delante de Pilatos, con aquel nuevo traje y librea, y cómo allí de nuevo fué también escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesús, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ansias que tengo de ser tenido por

sabio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de menos avisado.

También ponderaré cómo aquella vestidura blanca que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones, porque es gran cosa ser puro y blanco en lo interior, y despreciado en lo exterior; y así, pediré á Nuestro Señor que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante.

Ultimamente, puedes ponderar cómo Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar que los príncipes de la tierra se aúnan y conjuran contra Cristo para perseguirle, como hoy lo hacen muchos reyes y grandes del mundo, que sólo se unen para perseguir á Cristo. También se ve aquí cuán poderoso es cualquier modo de humildad para concordar los corazones desavenidos, pues estando estos dos hombres enemistados por el orgullo, cuando Pilatos se humilló, quedaron amigos. Y todo fué á costa de la humillación de Cristo, el cual, con sus humillaciones, compró la unión de caridad que tienen, ó deben tener, todos los hombres.

Finalmente, pondera el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces infames, que así despreciaron á Cristo N. S., porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias, como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, eterno Verbo por m¡

hecho carne! Dime sólo una palabra á mí, que estoy ciego: dime *¡mira!* y veré tu rostro, en quien desean mirarse los ángeles. Dime sólo una palabra á mí, que estoy sordo: dime *¡oye!* y oiré tus palabras dulcísimas, más que la miel y el panal. Dime sólo una palabra á mí, que estoy mudo: *¡habla!* y hablaré tus grandezas. Dime sólo una palabra á mí, que estoy paralítico: *¡anda!* y correré por el camino de tus mandamientos. Tan sólo dime una palabra á mí, que estoy leproso: *¡purifícate!* y al instante será purificada mi lepra. Tan sólo dime una palabra á mí, que estoy muerto: *¡levántate!* y al punto me levantaré y volveré á vivir yo, que estaba muerto. No dejes de hablarme á mí, ya que tus palabras son palabras de verdad y de vida eterna.

Propósitos.—Llevar con gusto y alegría la librea de Jesucristo, y no avergonzarme nunca de ser discípulo suyo.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA

De cómo los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo.

Preludios.—Represéntate á nuestro Señor esperando con humildad divina la decisión del infame populacho que prefiere á Barrabás, y pide tú ser siempre de Cristo en la vida y en la muerte.

Punto I

Presenta Pilatos á Jesús en competencia con Barrabás.

Considera cómo deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte, viendo que Herodes tampoco le había condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fué por inspiración de Dios.

Había costumbre, que el presidente en aquella pascua presentase dos presos ó más al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los

nombrados y que éste quedase libre. Pilatos, aprovechándose de esta ocasión, nombró con Cristo N. S. un solo preso, y ese el más insigne malhechor que había en la cárcel, llamado Barrabás; hombre revoltoso, ladrón, homicida y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad á tan mal hombre, escogería á Cristo; y así les dijo: «¿A quién queréis que suelte, conforme á vuestra costumbre, á Cristo ó á Barrabás?» En lo cual se ha de ponderar la humillación de Cristo N. S.; el cual con ser tan puro, tan santo, tan sabio y tan bienhechor de todos, entra en votos y en competencia con un hombre infame, ladrón, revoltoso, homicida y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia, ó hacer oposición con un hombre vil y de partes muy desiguales, y Cristo N. S. compite con el más vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. ¡Oh buen Jesús, con cuánta razón podíais quejaros, y decir lo que dijisteis por vuestro profeta: ¿A quién me asemejasteis é igualasteis? ¿A quién me comparasteis é hicisteis semejante? Pero según veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillación ha de ser curada.

En efecto, estando el pueblo dudando á quién escogería, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás. Considera la solicitud de estos malos sacerdotes en sobornar al pueblo; porque es de creer que andarían repartidos por varias partes, hablando ya á unos, ya á otros, dicién-

doles mil males de Cristo, que era más revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvía, no sólo una ciudad, sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si El no moría. Y que merecía la muerte más que Barrabás, porque era muy mayor pecador, blasfemo, encantador y enemigo de la ley de Moisés. Todo esto entendía bien Cristo N. S., y le causaba grande sentimiento, viendo cómo aquellos falsos predicadores engañaban al pueblo simple, como siempre le engañan los tribunos y los políticos.

También ponderaré con gran dolor de corazón, cómo Barrabás tiene tantos patronos y solicitadores, y agentes de su negocio; los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo con ser su causa tan injusta, y no le faltaron amigos y deudos, que juntamente con los sacerdotes, hablaban por él. Pero Cristo N. S. está tan solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á enseñar al pueblo y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado á favorecerle; no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. ¡Oh amparador y abogado de los pobres! ¿cómo no hay quién os ampare y abogue en vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro Eterno Padre y decidle: ¡Oh Padre mío! Tú solo eres amparador de este pobre desamparado y ayudador de este triste huérfano. Envía de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mío, quiere pa-

sar por este desamparo para librarme del que yo por mis pecados había merecido.

Punto II

El pueblo escoge á Barrabás.

Considera cómo apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, díjoles: «¿A quién queréis que suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que se llama Cristo?» Y luego todos con gran clamor dijeron: «No queremos á Cristo, sino á Barrabás».

Pondera, lo primero, la extremada humildad y afrenta de Cristo N. S., pues en competencia de un hombre tan vil y abominable fué reprobado y tenido por más indigno de la libertad y de la vida que Barrabás. ¡Oh dulcísimo Jesús, ahora veo con cuánta verdad dijisteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo, porque todos os desechan posponiéndoos al más vil y desechado del pueblo! ¡Oh soberbia mía, que presumes subir sobre todos los hombres! ¿por qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todos? Confundid, Señor, y hundid mi orgullo; pues no es razón que desde hoy más se atreva á levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

Pondera después cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo. ¡Y cuán poderosa es la pasión de la envidia y odio, para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los

que pocos días ha, con grandes voces, clamaban que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás! De todo lo cual sacarás aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarte por ellos, ora te alaben, ora te vituperen. Y consolarte con este ejemplo de Cristo N. S. cuando te vieres desechado en las pretensiones que tuvieres, aunque sean justas, acordándote que la pretensión de la vida eterna solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasión y engaño.

Considera luego cómo todas las veces que ofendes á Dios, pasa dentro de tu corazón un juicio perverso, semejante á éste de los judíos, porque la tentación que instiga á pecar no es otra cosa sino una pregunta que te hace, diciéndote: ¿A cuál quieres más, á Cristo ó á Barrabás? ¿A Dios, ó á la criatura? ¿Al cielo ó á la tierra? ¿A la honra de Dios, ó á la tuya? Y cuando andes vacilando y dudando sobre lo que escogerás, llegan el demonio y la carne á persuadirte con sugestiones y razones, que dejes á Cristo. Y finalmente, cuando consientes, es como abalanzarte y escoger á Satanás, á la criatura y al delito sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, con gran desprecio de Cristo y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que te ha hecho; por lo cual te tienes que avergonzar, teniéndote por peor que los judíos, pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecias y dejas por otra cosa más vil que Barrabás, porque más vil que Barrabás es el pecado, sobre todo el de la carne.

Punto III

Piden los judíos á Cristo para crucificarle.

Considera cómo atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, les dijo: «Pues ¿qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo?» Respondieron todos á grandes voces: «Crucifícale, crucifícale». Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: «¿Qué mal os ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en El por la cual merezca la muerte; yo le castigaré, y, castigado, le soltaré». Pero el pueblo, levantando más el grito, clamaba: «Crucifícale, crucifícale».

Pondera, lo primero, la pusilanimidad de este juez indigno y cobarde, amigo del César y de su destino antes que de Dios y de su conciencia, que, reconociendo la inocencia de Cristo N. S., no tuvo ánimo para librarle; antes pregunta al pueblo furioso qué quiere que haga de El, haciéndolos jueces del que aborrecían y le habían traído allí por envidia, todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

También has de ponderar, lo segundo, lo mucho que Cristo N. S. sentiría aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas: «Crucifícale, crucifícale», viendo que, no sólo pedían que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte como era la de cruz, y pagándole así sus divinos beneficios. ¡Oh Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces y dicen: Crucifícale, crucifícale; porque siendo Tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados y muertos en la cruz.

Coloquio.—¡Oh Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio y estaban llenos de él y cumplían los deseos de su padre! No permitas que yo haga tal traición como ésta dentro de mi alma, sino que siempre viva como siervo tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas y aprobando lo que apruebas, estimándote á Ti sobre todo lo criado, pues eres infinitamente más amable que todo ello, y que nunca, por nada ni por nadie, te desprecie y te ofenda.

Propósitos.—Acuérdate, cuando el mundo, el demonio ó la carne te inciten á pecar, que oyes voces que te dicen: ¡Crucifica á Cristo! ¡Escoge á Barrabás, y no á Cristo! Y tú jura hoy ser siempre amigo de Jesús, y jamás de sus enemigos.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA

De los azotes de Cristo N. S. en la columna.

Preludios.—Represéntate el horrible espectáculo de ver á nuestro Señor desnudo, amarrado á la columna, inhumanamente azotado, cubierto de sangre y luego caído en tierra, y ante esa escena que haría llorar á los ángeles del cielo, pide al Señor odio al regalo y á la sensualidad, que así han puesto á tu divino Salvador.

Punto I

Condena Pilatos á Jesús á ser azotado.

Considera cómo viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra El la bárbara sentencia de que fuese azotado, entregándole á los soldados para que luego la ejecutasen.

Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia. Quiso el juez débil y cobarde, ver si con esta pena de azotes se ablandaba el pueblo endurecido de modo que quedase satisfecho, y así

pudiese librar á Cristo de la muerte. Deduce de ahí que mandaría á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasión á los que le mirasen, aunque estuviesen tan apasionados como los pérfidos judíos.

La sentencia del juez, como de falso político y contemporizador, fué injustísima, cruelísima y atrocísima, porque conocía bien él que Cristo era inocente, y sin embargo de esto lo condenó á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones y de esclavos. Fué castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores y confirmando con la obra lo que el pueblo había hecho en escoger á Barrabás y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecía ser tratado Barrabás por sus hurtos y latrocinios.

Pero con ser tal la sentencia, Cristo N. S. en su corazón la aceptó sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfacción de nuestras pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, sanase las llagas de nuestra alma y nos provocase á servirle y amarle; pues descubriéndonos sus entrañas rasgadas con azotes, nos obligaba á que le diésemos las nuestras con todos nuestros afectos. Es de creer que entonces Cristo N. S. levantaría los ojos al cielo y diría á su Eterno Padre aquellas palabras de David: «Padre mío, dispuesto estoy para los azotes, porque Tú así lo has ordenado; mi cuerpo había de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocar á mí mal de pena, ni el azote pu-

diese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado, y desde entonces estoy preparado para ello, con deseo de pagar lo que Yo no pequé, por librar de la pena á los que robaron tu honra». Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Redentor! por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Vesme aquí, Señor, dispuesto por tu amor para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame ni cruel, pues es sentencia de padre que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

Punto II

Despojan los soldados de sus vestiduras á Jesús.

Considera cómo oída esta sentencia de Pilatos, tomaron los soldados á Cristo con grande algazara, y entráronle dentro de una sala; y allí le despojaron de sus vestiduras, hasta de la túnica inconsútil.

Pondera la vergüenza grande que padecería aquel hermosísimo mancebo, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harían de El, y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza, con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y como precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez. ¡Oh amantísimo Señor, que me persuades compre de ti oro puro y encendido de caridad, y vestiduras blancas de inocencia, con las cuales

me libre de la eterna confusión que merecía por estar desnudo de toda clase de virtudes! yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazón determinado á desnudarme de todo lo terreno. Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la eterna confusión.

También se puede considerar que, como algunos dicen, los soldados ataron fuertemente á Cristo N. S. á una columna, los brazos levantados en alto para poderle herir más á su placer, lo cual no sería pequeño tormento, porque le ataron por los pies y por las muñecas con grande crueldad; pero aun cuando no le atasen con sogas, estaba El más atado con las cuerdas del amor, y preparado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. ¡Oh Cordero sin mancilla, que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles sayones, no sólo para quitarte tus sagradas vestiduras, sino para martirizar tu delicado cuerpo, sufriendo este dolor sin abrir tu boca! suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales.

Punto III

Los azotes á la columna.

Considera cómo estando ya Cristo N. S. desnudo, comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes, de que usaron distintos verdugos, hiriéndole unos después de otros: varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de

nervios de bueyes, con abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que herían y penetraban cruelísimamente hasta los huesos. Con estos objetos comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia del castigo, primero se acardenalaron, luego se desollaron y después, penetrando los azotes la misma carne, vertieron arroyos de sangre que corrían por el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho, hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías, estaba llagado de pies á cabeza, y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo N. S., desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana.

¡Oh, quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mío, la figura tan desfigurada que tenías en esa columna! ¡Oh, quién tuviera caridad tan encendida que bastara para transfigurarme en esta figura por la fuerza de la compasión! ¡Oh el más hermoso de los hijos de los hombres! ¿Quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenías? ¡Oh resplandor de la gloria del Padre! ¿Quién ha obscurecido el resplandor de tu divino rostro? ¡Oh Padre Eterno! ¿por qué consientes que sea tu Hijo tratado como ladrón, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, más justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé; este Cordero mansísimo ningún mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azo-

tes sobre mis espaldas, para que pague la pena, quien cometió la culpa. ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo por reconciliar consigo al esclavo! ¡Oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre Eterno, por esta tu inmensa caridad, y gracias te doy, Hijo unigénito encarnado por los hombres, por este tu infinito amor.

Para ponderar más la crueldad de este castigo, puedes poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él. La primera, que el cuerpo de Cristo N. S., era tierno y delicado y muy sensible, y por otra parte, estaba muy quebrantado por el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel día; y como las heridas entraban muy adentro, penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor. La segunda, que los sayones eran cruelísimos y el presidente les había mandado que le azotasen para mover á lástima á los endurecidos judíos y por otro lado el demonio los atizaba á ello, y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrían fuego; y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad. La tercera, porque hay quien dice que los azotes fueron más de cinco mil; y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir eso y más todavía. La cuarta causa es que Cristo era azotado por nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos; y así, los azotes con que se pagaban habían de ser como ellos, innumerables y cruelísimos también.

Con estas consideraciones tengo de ponde-

rar la invencible paciencia de Cristo N. S., el cual estaba como mudo sin dar muestras exteriores de queja, ó de turbación, sufriendo como un yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre Eterno en satisfacción de nuestros pecados con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenía deseo y voluntad de recibir muchos más y más crueles, si fuera necesario para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome á los pies de este Señor junto á la columna mirando su soledad; y cómo no hay hombre que de El se duela y compadezca, y cómo por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo, unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Criador, otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre y ponerlos he sobre mi corazón, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa columna, y la saludaré con gran reverencia, diciendo: ¡Oh dichosa columna, en la cual fué atado y azotado el que es columna del mundo y fortaleza de todo lo criado! ¡Oh columna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes columnas en el templo de Dios vivo! ¡Oh, quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho co

lumna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! ¡Oh columnas del cielo! ¿qué hacéis? ¿cómo no tembláis de espanto viendo azotado á vuestro Dios en esa columna? ¡Oh columna firmísima, en quien estriba todo el mundo! compadécete de Ti mismo, vístete de tu fortaleza, ¡oh brazo del Señor, porque te has desangrado y enflaquecido y estás á punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue y me enmiende de ellas.

Ultimamente, ponderaré cómo acabada esta justicia tan injusta y despiadada, los soldados desataron á Cristo N. S., el cual, como quedó tan molido con los golpes y enflaquecido por la mucha sangre que había vertido por las llagas, es de creer que caería en tierra; y como se vió desnudo, y las vestiduras estarían algo apartadas, iría por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba alrededor de la columna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desdén, no le querían ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor.

Coloquio.—¡Oh Rey del cielo que ayudáis á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna! ¿cómo no tenéis quien os ayude en esta necesidad? ¡Oh vestiduras sagradas, que sanasteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dabais salud á cuantos enfermos os tocaban! Sanad las llagas de mi Salvador y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redención. ¡Oh, quien se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarle! Recibid, Dios mío, esta buena voluntad que me ha-

béis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho más de lo que puede.

Propósitos.—Amar mucho la penitencia exterior para satisfacer por tus pecados, ya que por ellos tan fieramente es azotado el Rey de la gloria.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA

De la coronación de espinas.

Preludios.—Represéntate á nuestro Señor primeramente desnudado hasta de su túnica inconsútil, luego revestido por escarnio con clámide de púrpura y al fin taladrada su sagrada cabeza por las espinas de la corona, y pídele que te haga digno de participar de sus afrentas y dolores.

Punto I

Es nuevamente el Salvador burlado de los soldados gentiles.

Considera cómo los soldados que habían azotado á Cristo N. S., instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos; y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendían hacer de Cristo á costa de su honra y descanso.

Sobre lo cual he de ponderar, primeramente, la insaciable gana que Cristo N. S. tenía de padecer por nuestro amor, porque de ésta nació permitir que se inventasen contra El nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenía y la gravedad de nuestros pecados. Como los hombres arrastrado

del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo N. S., llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste. ¡Oh, cuán bien te cuadra el nombre de justo, pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar! Doyte el parabién de estas invenciones de amor, y con el profeta quiero decirte á Ti que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

Pondera, después, la maldad de estos sayones, instigados de Satanás en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillación de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominando de los que solicitan á otros para ofender á Cristo y hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mío, deseo hallarme con el espíritu de este tu espectáculo, no como los soldados para escarnecerte, sino para meditar tus obras y ejercitarme en la consideración de tus invenciones, para compadecerme de tus trabajos y sacar esfuerzo para llevar los míos. Con este espíritu tengo de considerar algunos de los trabajos que nuestro Señor padeció después de los azotes en la misma sala.

La primera injuria de Cristo N. S. fué desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese que, como el fin de esto era, que todo el pueblo después viese llagado su cuerpo, le desnudarían

hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo, con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrían pegado á la carne con la sangre fresca que tenía cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarían con crueldad y sin tiento alguno. La afrenta fué grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados sucios y lujuriosos.

Tras esta injuria sucedió otra, que fué vestirle una vestidura que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solía ser vestidura de los reyes; pero á Cristo N. S. se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte, que lo que tenía el mundo por honra convirtió en deshonra de Cristo para hacer de El una farsa y representación de rey. ¡Oh esposo de las almás escogido entre millares, muy amigo sois del desprecio, pues en casa de Herodes fuisteis vestido de blanco y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia y lo colorado de la caridad! Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra lo que él tiene por afrenta.

También pondera cómo esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo N. S., y le pesaban y afrentaban más que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas: pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intención

mundana y terrena con que se hacen; y así, en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. ¡Oh Dios de mi alma! no permitas que yo te ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí. Si púrpura tengo de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos.

Punto II

La coronación de espinas.

Considera cómo los soldados pusieron sobre sus sienes una corona, no de oro ni de plata, ni de rosas ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubría toda su cabeza, y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado cerebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas.

Pondera, primeramente, la ignominia y el dolor de esta coronación, porque de ambas cosas fué instrumento esta corona. Pusiéronsela, por escarnio, en lugar de las coronas que se ponen á los reyes y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que tenían por dioses, para denotar que en estas tres cosas merecía ser escarnecido, porque era rey de burlas y dios fingido, y su triunfo del domingo pasado había sido vano. Pero inventaron que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompían la cabeza y sacaban la sangre que los azotes habían dejado en aquella más noble parte del cuerpo, y corriendo hilo

á hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado cerebro y la frente con gravísimo dolor. Levántate, pues, ¡oh alma mía! en espíritu, y, como una de las hijas de Sión, sal á contemplar á este verdadero rey Salomón, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrastra la sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este día ha de celebrar en el tálamo de la cruz. ¡Oh Rey eterno, que coronasteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus pies todas las cosas, como Rey y Señor de ellas! ¿cómo estáis coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento? ¡Oh ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! ¡Oh bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! El los corona de gloria, y ellos á El de ignominia; El con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues ¿cómo, alma mía, no punzan tu corazón estas espinas? ¿Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza, y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? ¡Oh verdadero Salomón, que os coronáis de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas; coronad la mía con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas! ¡Oh sagrada corona de Jesús, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de mi Dios! ¡Oh sagradas espinas, quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mías!

Luego ponderaré la gravedad de mis peca-

dos, especialmente los de la soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronación, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor mucho más que las otras. Porque yo me coroné de rosas y flores, buscando mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia, pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillación con grandes afrentas. Toma, pues, alma mía, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazón con espinas de penitencia y aflicciones por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronada de espinas, avergüénzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronado de flores, gastando la vida en deleites y vanidades

Ponderaré, además, el misterio de esta corona de Cristo N. S. fija en su cabeza, la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba que Cristo era Rey eterno, y que su reino era durable, y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Que era también vencedor y triunfador perpetuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habían de alcanzar en esta vida, y después las coronas de la gloria.

Por consiguiente, nos enseña que con corona de espinas se gana la corona del cielo; y que vale más en esta vida abrazar la corona de trabajos, que punzan, que la corona de re-

galos y deleites, que recrean, porque si en esta vida, como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, después seré rodeado y enclavado con las espinas de mis pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpetuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

Punto III

Jesucristo rey de burlas para los soldados de Pilatos.

Considera cómo después pusiéronle también en su mano derecha, en lugar de cetro, una caña por escarnio, significando por esto que su reino era reino hueco y sin substancia, y que El era rey de comedia y movedizo, falto de juicio al llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramas de árbol que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalén pocos días hacía.

Ponderaré la injuria grave de Cristo N. S., y la estima que hace, hoy como entonces, el mundo de su reino y de su doctrina, y de la perfección que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No se resistió á tomar la caña, antes la tomó con su benditísima mano y la apretó muy bien, como á insignia de su desprecio; porque amaba los des-

precios, enseñándome á mí que también los acepte y abrace con amor.

Deduce también de aquí cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales, para sí, toman cetro de oro macizo en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable y que pronto pasa; y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el Profeta Malaquías, servir á Dios y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

Luego añadían otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo N. S., adorándole por escarnio y diciéndole: «Dios te salve, Rey de los judíos». Y aunque la salutación era honorífica, como se decía, por escarnio, atormentaba los oídos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de ángeles y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. ¡Oh Rey soberano, cuán diferentemente eres adorado de los ángeles en el cielo y de los hombres en la tierra! Los ángeles te adoran como á su Dios y Rey verdadero; pero los hombres, con adoración fingida, te escarnecen como á Dios falso y á Rey fingido. Yo, Señor, te adoro y te saludo con las veras que puedo de todo mi corazón, diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles. Dios te salve, Rey de los ángeles y de los hombres. Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de Ti.

También puedo ponderar, cómo dos veces fué Cristo N. S. saludado en su Pasión, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando

le dijo Judas: Dios te salve, Maêstro. Otra con fingimiento público, por vía de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores, que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman, ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos. Y también tuvo misterio decir el Evangelista que le adoraban, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar que los mundanos no se dan todo á Dios, sino parte dan á Dios y parte al mundo; y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoración aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazón partido, sino entero.

Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña y con ella herían la cabeza de este Señor, atormentándola y enclavando más las espinas con ella. Otros le daban bofetadas en el rostro y otros le escupían en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer, que otros le darían golpes y puñadas por el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos lo que había padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro porque le trataban como á Rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majes-

tad, que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto.

Coloquio.—¡Oh Salvador del mundo, cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padecéis, alcancen todos el fruto de vuestra Pasión, haciéndome á mí también participante de ella.

Propósitos.—Despreciar todas las coronas del mundo: la de oro, símbolo de poder y grandeza; la de laurel, símbolo de las glorias efímeras de la tierra; las de flores, símbolo de las vanidades y hermosuras, y no desear más corona que la eterna en el cielo, y en la tierra la de Cristo N. S.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

(Sobre el evangelio de este día.)

De la multiplicación de los panes y los peces.

Preludios.—Contempla el maravilloso banquete que la bondad de Jesús da á la infinita muchedumbre, que come hasta saciarse sentada en el humilde césped, y pide al Señor fe y confianza en su infinito amor y providencia.

Punto I

Las circunstancias del milagro.

Considera la devoción y confianza de esta muchedumbre de gente, que sigue á Jesucristo tres días de camino en el desierto, sin pensar ni en lo que puede suceder, ni de qué se ha de alimentar, ni adónde ha de hospedarse. Se abandona totalmente á la providencia de Jesús, más bien pronta á morir en su segui-

miento que á dejarle. No se queja de las fatigas del viaje; no murmura, como hicieron los judíos conducidos por Moisés en el desierto; se siente como enajenada escuchando las palabras de vida eterna de Jesús y encontrándose en su compañía. Le sigue como un rebaño de ovejas á su pastor. ¡Mira qué pocos son los que hoy siguen á Jesús en el desierto! ¡Qué pocos los que de El se fían y se abandonan á su providencia! Se oyen sólo lamentos por lo pasado, murmuraciones por lo presente é inquietudes por lo por venir. Se sigue al mundo, sus pompas y placeres; se sigue á cualquiera que prometa oro y dichas humanas; pero no á Jesús, que sólo ofrece cruz y abnegación; mas, á pesar de todo, el divino Maestro sigue diciendo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame».

Considera cómo Jesús tiene compasión de aquella pobre gente, que estaba en ayunas y que le seguia hacía ya tres días. «Si los mando, decía El, ayunos á sus casas, desfallecerán en el camino». ¡Qué tierno, manso y dulce es el Corazón de Jesús! No puede ver un miserable sin tener compasión de su miseria. Cuenta los días, y aun los momentos, de nuestros sufrimientos, y no deja de socorrernos cuando nos conviene. Cuando todo parece desesperado, entonces más bien debemos esperar de El, porque en tales ocasiones es cuando Jesús suele obrar hasta milagros en favor nuestro. Era necesario que aquel pueblo se hubiese internado tres días de camino en el desierto para que resplandeciese su providencia, como fué necesario que se consumiese la harina de

Egipto antes de que el Señor hiciera llover el maná del cielo. Si no tienes consuelo alguno de Dios, es, sin duda, porque buscas demasiado los consuelos de la tierra. Si Jesús no hace por ti ningún milagro, es señal de que no esperas en él. «Tengo compasión, dice, de esta pobre gente, porque hace tres días que esperan de mí alguna cosa». Es decir, que se ponen en manos de mi providencia y descansan sobre mi vigilancia. Descansa tú en la providencia de Dios, y ésta jamás te faltará.

Quien confía y descansa en Dios, defiende su providencia; prueba que cree en un Dios bueno, sabio y poderoso, que vela sobre nuestras necesidades corporales y espirituales. ¡Qué pocos son los cristianos que tienen fe viva y práctica en la providencia de Dios! Muchos, ó no creen en ella, ó viven como si no existiera. Toda la confianza la ponen en sus bienes, en su talento, en su prudencia y en su industria; pero jamás en la bondad de Dios. Cuentan con el favor de los amigos, de su crédito y de sus facultades; pero no con el de Jesucristo, como si no conociera sus miserias, y no pudiera, ó no quisiera, librarnos de ellas. ¿Eres, pues, pobre? ¿Por qué no sigues á Jesucristo en el desierto? ¿Por qué no te abandonas á la providencia divina? ¿Por qué desconfías de su sabiduría, de su poder y de su bondad?

Punto II

El milagro de Jesús.

Considera cómo movido Jesús á compasión por la fe y el hambre de aquella infinita muchedumbre de gentes, preguntó á sus discípu-

los cuántos panes tenían. Quiere que conozcamos nuestra miseria antes de librarnos de ella. Bendice luego aquellos panes, los multiplica con su poder infinito, como multiplica la simiente que se arroja á la tierra, y los da á sus discípulos para que los distribuyan entre aquellas gentes. Tenían los Apóstoles la misma necesidad que los otros; sin embargo, hacen lo que se les manda y reparten todo el pan, si reservarse nada. Dios distribuye los bienes temporales á los pobres por mano de los ricos, que no son más que ministros de su providencia. Les permite que reserven para si lo necesario; mas quiere que lo superfluo lo distribuyan á los pobres, y ¡ay de ellos si gastan en el lujo, en el derroche y el escándalo lo que por ley de Dios corresponde á los pobres! Los Apóstoles sólo tenían siete panes de cebada para su provisión; si hubieran querido conservarlos para sí, ¿qué hubiera hecho el Hijo de Dios? Hubiera puesto á aquel pueblo una mesa en la que los Apóstoles no hubieran comido. Dad, ¡oh ricos! de lo que Dios os ha dado; no disipéis las riquezas que su providencia os ha concedido; daréis de ellas cuenta muy estrecha, y, si negáis á los pobres lo superfluo, Dios os privará de lo necesario.

Considera, después, cómo Jesús no multiplica los panes sino en el desierto. Este milagro es figura del que todos los días hace en su Iglesia multiplicando el pan eucarístico, que es su sagrado cuerpo. Para sustentarme y vivir de él, es necesario retirarme del mundo y sus placeres; es necesario entrar tres días de camino en el desierto, es decir, darse á Dios y á la vida de oración; vivir con Jesús y

abstenerse de todas las consolaciones humanas. Dios se deja ver en la soledad; allí hace que el alma sienta y guste la dulzura del maná divino: allí sacia á los que le siguen y descansan en su providencia. El ambicioso se muere de hambre; el avaro del deseo insaciable de riquezas; el impúdico arde en un fuego abrasador que le consume, come con las bestias, y no queda satisfecho. Felices son sólo los pobres de espíritu, porque comen el pan de los ángeles, y quedan saciados. Después de la comunión ya no tienen hambre, porque están satisfehos: ya no desean cosa alguna del mundo. Si después de tus devociones no estás contento, ten por cierto que has buscacado alguna cosa fuera de Dios: que eres como los judíos en el desierto que les causaba bascas el maná, y suspiraban por las cebollas de Egipto.

Después de saciada el hambre de la muchedumbre se recogieron siete canastos del pan que había sobrado. Así multiplica Dios los bienes de las personas caritativas. Dando de tus bienes generosamente á los pobres, recogerás siempre más de lo que dieres. La limosna es semilla, que arrojada en tierra, fructifica el ciento por uno. Poco después que los Apóstoles habían subido á su barca, se acordaron que no habían hecho provisión de pan y se inquietaron de esto. ¿Y qué, les dijo el Señor, no os acordáis del milagro que acabo de hacer y del que hice poco antes? ¡Oh extraña ceguedad de los hombres! ¡Qué pronto se olvidan de los beneficios de Dios y recaen en su ordinaria desconfianza! ¿No lo haces tú así? ¿No incurres también en este defecto?

¿No desconfías, como Judas, de la providencia divina, y no te reservas alguna parte de lo que debías de dar á Dios ó á los pobres?

Ultimamente, pondera la alegría y admiración de aquella gente viendo tan gran milagro. Fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por Rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y liberal Señor; pero como nuestro Redentor conociese estos pensamientos, huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras, ni dignidades temporales, enseñándome con su ejemplo, que no busque por mis buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezca dignidades, antes cuanto es de mi parte las huya, y huya las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborreciste el reinado temporal, porque tu reino no era de este miserable mundo! dame gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas.

Punto III

Sobre la esperanza y confianza en Dios, que debemos sacar de la consideración de este milagro.

Considera que si Dios no dejó morir de hambre á aquella muchedumbre, porque le seguía, también te socorrerá á ti, si le sigues con la misma fe y confianza. Jesús es nuestro Padre, es nuestro Pastor, es nuestro Rey, y no nos puede dejar perecer ni de hambre ni de necesidad. Además es, como Dios, la suma bondad y el sumo amor. Puede probarnos más ó menos tiempo para acrisolar nuestra fe

y hacer que en la tribulación encontremos minas de méritos para el cielo; pero jamás abandonará á los que le siguen, sobre todo hasta el desierto y hasta la cruz. La confianza en El es la gran riqueza del cristiano. Pídele siempre como El quiere que le pidas, y hará milagros, si te convienen, en tu favor.

Considera además que á Dios N. S. le es muy grato que confiemos en El, porque eso enaltece mucho su bondad y su poder. Por eso jamás debemos esperar más que cuando todo parece que nos lleva á la desconfianza. Ni debemos temer menos que cuando todo parece nos inspira temor; entonces conviene abandonarnos más en Dios, cuando parece que Dios nos ha abandonado. Dios nos da su fortaleza, si nos despojamos de la nuestra. Nos comunica su poder, si reconocemos nuestra propia flaqueza; y nos da sus tesoros, si confesamos nuestra pobreza.

Además, el pobre, como lo eres tú, gustosamente se une al rico, el débil al fuerte, el enfermo busca con ansia al médico, y á la nodriza el hijo pequeñito. Si no te apoyas en las criaturas, Dios te sostendrá; si no tienes esperanza alguna humana, tendrás la divina; renuncia tus propias luces, y te gobernará la sabiduría divina; despójate de todas tus fuerzas, y el poder de Dios te asistirá; váciate de ti mismo, y Dios te llenará de sus gracias y bendiciones.

Conocer á Dios sin conocer la propia miseria, es presunción. Conocer la propia miseria sin conocer á Dios, es ir á la desesperación. Conocer el abismo de la propia miseria y el abismo de la misericordia de Dios, forma la

esperanza y la alegría de los santos. Jesús no es solamente Dios, mas Dios mediador y Dios salvador. Jesús no es Jesus, si le quitas su misericordia. Jesús no es Salvador, si no tiene la ternura para con los pecadores.

Coloquio.—¡Oh Dios omnipotente! ¿Quién soy yo, y quién sois Vos? Vos sois el Sér por esencia, y yo soy la nada; Vos sois la misma fortaleza, y yo la debilidad; Vos sois la verdad misma, y yo la mentira; Vos la luz, y yo todo tinieblas. Vos, finalmente, sois la misma santidad, y yo la malicia. Dios mio, esperanza mía, yo me abandono enteramente en vuestras manos, y en Vos sólo confío.

Propósitos.—Alabar y bendecir constantemente la providencia de Dios, que multiplica con su poder el trigo para alimentar, como en el desierto, á sus criaturas, y antes y después de comer darle gracias por el beneficio recibido.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA

Del «Ecce-Homo», y del último examen que hizo Pilatos de Cristo N. S.

Preludios.—Contempla á Jesús vestido con la púrpura andrajosa, la caña en la mano y coronado de espinas, mostrado desde un lugar alto por Pilatos al pueblo judío para que se apiade de Él y le perdone, y á éste clamando con voces infernales por la sangre del Justo. Pide dolor íntimo de tus pecados, y no querer ni tener nunca más rey de tu alma que á Cristo Jesús.

Punto I

«Ecce-Homo.»

Considera cómo entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo N. S., y viéndole tan horriblemente desfigurado, parecióle que con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor. Mandó, pues, á los soldados que le llevasen á

un lugar alto desde donde podía ser visto de todos, y, adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: «¿Veis? Aquí os lo saco á fuera, para que entendáis que no hallo en El culpa merecedora de muerte». Y á esta sazón salió el Señor siguiendo al presidente que se lo mandaba, desnudo de sus vestidos, cruelmente azotado, desollado el cuerpo y llagado en muchas partes; y donde no, señalado de los látigos y cardenales, sin tener otra cosa sobre sus carnes, más que aquel andrajo viejo que le habían puesto los soldados. Llevaba también la corona de espinas; y á lo que se cree (aunque no lo dice el Evangelista), sacó las manos atadas como reo, y el cetro de caña en ellas, que también como la corona, servía para su afrenta y para burlarse de El, como de rey fingido. Llevaría los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de la sangre que destilaba de la cabeza; las mejillas amarillas, sin color, llenas de sangre, y afeadas con las salivas que le habían escupido en su faz; las piernas temblando, no menos del frío que de la flaqueza, y todo el cuerpo humillado y encorvado con el peso de la afrenta y el dolor.

Pondera la vergüenza que padecería el Señor, viéndose delante de tanta gente en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. ¡Oh Redentor mío, cuán diferente figura es esta de la del monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquélla descubristeis no más que á tres de vuestros discípulos en un monte alto, pero ésta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias y crezcan

con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo N. S. á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: «Veis aquí al hombre». Como si dijera el juez pérfido y cruel: «Mirad á este hombre que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado que apenas parece hombre; mas pues es hombre como vosotros, compadeceos de él y contentaos con los castigos que ha recibido». Pero tú, alma mía, mira á este hombre, según todo lo exterior que se puede ver en El, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: «Gusano soy, y no hombre; oprobio de los hombres y desecho del pueblo». El, el más hermoso que todos los hijos de los hombres. ¡Oh Hijo de Dios vivo, harta humillación fué descender á tomar forma de hombre! Pues, ¿por qué te humillas tanto en esa forma, que vienes á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser más que hombre, igualándome con Dios, es causa de que Tú, Dios mío, te hayas humillado á parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedía medicina de tan admirable humildad.

Pondera, después, estas palabras como si te las dijera el Espíritu Santo: «Mira á este hom-

bre, que es Hijo de Dios vivo, el Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, Redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa sólo por amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecían por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias y le confiesen por Hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos».

Miremos, pues, todos á este Hombre-Dios, al cual desearon ver tantos reyes, tantos patriarcas y profetas. Miremos á este Hombre para oir sus palabras, porque El es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos á este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino El. Miremos á este Hombre para compadecernos de El, pues estaba tal que bastara á mover á compasión á los que le querían mal. Miremos á este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros, con nuestros pecados, le paramos tal como está. Miremos á este Hombre, porque no puede escapar de la muerte eterna quien así no le mirare; porque El es la serpiente de metal levantada en el desierto para que, los que le miraren, no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siempre en El y arreglando nuestra vida por El, para que en El, como en un espejo, veamos nuestras faltas, y, conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre que por su hermoso rostro va corriendo, y limpiemos con dolor nuestras

manchas, y quedaremos limpios y hermosos en su divino acatamiento.

Pondera, también, estas palabras, como dichas por el Padre Eterno: «Mirad este hombre que Yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores: su humildad en tantos desprecios, su pobreza de espíritu en tanta desnudez, su mansedumbre en tan graves injurias, su paciencia en tan terribles dolores, su modestia entre tantos blasfemadores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas». ¡Oh Padre Eterno! ¿es por ventura este hombre aquel de quien dijisteis en su bautismo y transfiguración: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me he agradado; á El oid?» Si éste es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? ¿Dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo lo veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; éstas predican su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandáis que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza para que pueda conformarme con la imagen de este hombre celestial, borrando de mí la imagen del hombre terreno.

Punto II

«Crucifícale, crucifícale.»

Considera cómo á la vista de Jesús y á las palabras de Pilatos, respondieron con grandes voces el pueblo, los pontífices y los ministros: «Crucifícale, crucifícale».

Admira la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no sólo no se compadecieron de este Señor tan llagado y afligido, cuya sola vista enternecería á las fieras y á los corazones de pedernal, sino que con increíble odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de sangre que tenían, y empezaron á gritar con voces infernales: Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio ha sido azotarle; acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixión. ¡Oh, qué sentimiento tan grande causarían estos clamores en los oídos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues éstos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! ¡Acordábase de los bienes que había hecho á esta nación, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecían! ¡Oh alma mía, cómo no revientas de dolor viendo tan aborrecido al que merecía ser sumamente amado! ¿Cómo tu rostro no se baña en lágrimas viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre y á sus enemigos sedientos por derramarla toda? Ama. con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del

odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser más ferviente en amarle que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Medita, después, cómo irritado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, les dijo: «Tomad vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en El causa bastante para esto». Respondieron ellos: «Nosotros ley tenemos, y según nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios».

En estas palabras acusaron á Cristo N. S. de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopción sino por naturaleza; y así, que según la ley, debía ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenía por blasfemia á la misma verdad de Dios, probada por la Escritura, que decía que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta, que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y, por consiguiente, dignísimos del castigo de la ley. ¡Oh Rey soberano, verdad es que según la ley habéis de morir, no porque os habéis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios os habéis hecho hombre, y con vuestra muerte habéis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios! Por ella os suplico me hagáis hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí por vivir para Vos.

Punto III

Del último examen que hizo Pilatos de Cristo.

Considera cómo oyendo Pilatos que Jesús era Hijo de Dios, temió mucho; y entrando en el pretorio, le dijo: «¿De dónde eres?» Mas Jesús no le respondió palabra alguna. Díjole Pilatos: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para soltarte?» Respondióle Jesus: «No tuvieras potestad alguna contra Mí, si no te fuera dada de arriba».

Considera la causa del temor de Pilatos, cuando oyó que Cristo N. S. se hacía Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecían en El, hacían muy creíble que era así como El decía, y temía mucho condenarle é incurrir en la divina indignación. ¡Qué admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil, siendo tan malo, tuviese por creíble que un hombre tan afligido y maltratado podía ser Hijo de Dios vivo!

Considera, además, la prudencia admirable de Cristo nuestro Redentor en callar y en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era más que para su defensa, pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios y corregir al soberbio que presumía de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad, como si no estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: «No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permisión nada pudieras contra mí». En lo cual res-

plandece grandemente la bondad del Eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro.

Medita cómo por esta respuesta de Cristo N. S. deseó más Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: «Si sueltas á Este no eres amigo del César»; cómo quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo y al que se hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, sacó segunda vez á Cristo N. S. á fuera, y díjoles: «Mirad á vuestro Rey». Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y como dichas por el Espíritu divino que le movió á decirlas.

Pilatos dijo estas palabras por vía de escarnio, como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decís que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representación, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de El, y no creáis que éste puede contradecir á César en hacerse rey. ¡Oh Rey del cielo, cuán abatido estáis entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillación la soberbia y ambición con que ellos desean reinar!

Pero puedes considerar que estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenían presente y tanto habían deseado: «Ved aquí al Rey que habéis estado esperando tantos años; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad,

cuyo reino ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para librarnos de la servidumbre del demonio; aquí os le presento: mirad si le conocéis y le queréis recibir por vuestro rey».

Con el mismo espíritu tengo de imaginar que estas palabras se me dicen á mí y á todos los fieles: «Ved aquí á vuestro Rey santo y sabio, manso y humilde, tan liberal y amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Ved aquí al Rey constituído por el Eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante, Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin». Mira, ¡oh alma mía! si le quieres recibir por Rey y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte su librea y andar siempre en su compañía, pues para ti vino este Rey. De muy buena gana, Rey mío, os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey.

Medita cómo los pontífices respondieron á gritos: «Quítale, quítale de ahí; crucifícale». Dijo Pilatos: «¿A vuestro Rey tengo de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro Rey sino á César».

Considera, lo primero, la rabia increíble de esta gente que ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: quítale de ahí; que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez acabe.

Considera, además, la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que

Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba las haciendas y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben en odio de Cristo y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Cristo N. S. que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese.

Todo esto me he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey más que á César, ó sea al mundo, al demonio, á la carne ó á cualquier ídolo ó señor de la tierra. Con lo cual hago grande injuria á Dios N. S., á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo.

Coloquio.—¡Oh Rey soberano, oh mi único Rey, oh Rey de mi alma, de mi vida y de todo cuanto soy, de todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decía con los mundanos: no tengo á otro rey que á César; pero de hoy mas, Señor, digo cuanto es de mi parte que no quiero otro Rey sino á Cristo. Vos á pesar de vuestras humillaciones y vuestra cruz sois mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazón. Y si obedeciere á los reyes de la tierra será porque así lo queréis, y en las cosas solas que mandáis; porque en lo demás que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos.

Propósitos.—Probar con las obras que tu Rey y soberano Señor á quien sólo amas y obedeces es Cristo, no el mundo, el demonio y el pecado, enemigos de Cristo.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA

De la condenación á muerte de Cristo N. S., y del camino del Calvario.

Preludios.—Mira á Pilatos lavándose hipócritamente las manos, y oye al pueblo que grita: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos„ y pide al divino Redentor que caiga su sangre sobre ti para purificarte y lavarte.

Punto I

Entrega Pilatos á Jesús para ser crucificado.

Considera cómo sentado Pilatos en su tribunal, pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este Justo, vosotros mirad lo que hacéis». Ellos respondieron: «Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

Pondera cómo los Evangelistas, muy á menudo, nos traen á la memoria la inocencia de Cristo N. S. y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos, que padece por nuestros pecados, convidándonos con esto á compadecernos más de este Señor y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas.

Pondera luego la maldad furiosa de este pueblo deicida y furioso, que á trueque de quitar la vida á Cristo y derramar su sangre, ofrecieron la suya y la de sus hijos, cargándose con los castigos que merecía la muerte de su Dios; y así les sucedió, porque la sangre de Cristo, que era poderosa para dar la vida á sus mismos derramadores, fué para ellos ocasión de muerte, durando en su rebeldía. Pero yo, con otro espíritu, diré al Padre Eterno:

Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí y sobre todas mis obras para limpiarlas y santificarlas con ella. Yo, Señor, os ofrezco la mía con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. ¡Oh sangre preciosísima de mi Salvador, no vengas sobre mí, como sobre esos rebeldes sayones, para confundirme; sino ven con misericordia para lavarme y justificarme! ¡Oh Redentor mio, no permitas que, á imitación de Pilatos, lave yo hipócritamente las manos con agua y deje mi corazon manchado con la culpa; y que haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar y lavar en la apariencia, ni te entregue yo jamás á la muerte por miedo al César, ni á las iras de las pasiones amotinadas.

Considera cómo al oir aquellos gritos furiosos de la muchedumbre, Pilatos, como juez traidor á la justicia y á su conciencia, juzgó que se debía cumplir la petición del pueblo, y entrególe á su voluntad para que hiciesen de Jesús lo que querían.

Esta fué la sentencia que dió el mal juez contra Cristo N. S. condenándole á muerte de cruz, en la cual se ha de considerar, lo primero, su injusticia y crueldad. El mismo juez conocía que era inocente, y lo testificaba, no solamente con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos; y con todo eso, pronunció sentencia de muerte movido de temor humano, porque el pueblo no le acusase delante del César, atropellando, por eso, la justicia. También fué cruel la sentencia, porque sabiendo que los pontífices, por envidia, acusaban á Cristo N. S., y por odio

deseaban que muriese, le entregó á su voluntad, siguiendo, no la razón ni leyes de justicia, ni de misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso que no se contentaba con menos que con la muerte de cruz.

Escucha la infernal gritería que la plebe levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabién que se darían unos á otros de haber salido con su pretensión, siendo tan cruel y bárbara. Pero, sobre todo, pondera con más devoción cómo notificaron esta sentencia á Cristo N. S., el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, mirando cómo venía por orden del Eterno Padre para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana; no apeló, ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacían, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció á la ejecución de ella, por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de El lo que Pilatos había sentenciado.

Gracias, te doy, dulcísimo Redentor, por esta voluntad con que aceptaste sentencia tan injusta y tan cruel por librarme de la justa sentencia de condenación eterna que contra mí estaba dada. ¿Con qué te pagaré yo esta voluntad? Ves, aquí te entrego la mía para cumplir en todo la tuya. Dispuesto estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos que por tu ordenación ó permisión contra mí se diere; y ayúdame con tu gracia para que nunca, por temor ni cobardía, me aparte de cumplir lo que me mandas, ni falte en el oficio que me encargas.

Después de esto, píamente se puede contemplar que alguno de los discípulos que allí se halló encubiertamente, iría á dar la nueva á la Virgen nuestra Señora, y la diría la figura lastimosa en que había visto á su Hijo, y cómo quedaba ya condenado á muerte de cruz; con la cual nueva su corazón quedó traspasado, espinado y atormentado más de lo que se puede sentir y decir; pero, con grande resignación en la divina voluntad, pasaría por la sentencia, entendiendo que su Hijo pasaba por ella por conformarse con la voluntad del Padre. ¡Oh Virgen soberana! esforzad vuestro corazón, porque habéis de hallaros presente al sacrificio para ofrecer al Padre Eterno lo que recibisteis de su mano; si os da mucha pena la triste nueva que oís con vuestros oídos, mayor os la dará el triste espectáculo que veréis con vuestros ojos.

Punto II

Los preparativos para el Calvario.

Considera cómo oída y aceptada la sentencia por Jesús, los soldados hicieron tres cosas notables por orden del juez. La primera, fué desnudar á Jesús de la vil púrpura y vestirle sus propias vestiduras para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas, antes se la dejaron puesta por no darle aquel alivio. ¡Oh dulce Jesús, Rey eterno y verdadero, cuya cabeza ciñe esa corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino! Tiempo es ya de que por mis pecados os presentéis ante el mundo con las insignias de los condenados á muerte. En lugar de

la caña hueca que os quitan de las manos, habéis de abrazar con ellas el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldréis á morir en ella.

También se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirían, como á hombre condenado por facineroso; y la crueldad con que le llevaron á la sala donde le habían azotado para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo N. S. para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras ajenas que le habían puesto en casa de Herodes y Pilatos y se vistió las suyas propias, así yo, para llevar mi cruz é imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

La segunda cosa, fué traer allí el madero de la cruz. Pondera lo que Cristo N. S. sentiría y diría dentro de su Corazón cuando lo vió, cómo interiormente se regalaría con ella y diría mucho mejor que después dijo San Andrés: «Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años ha sido por mí deseada con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con grande continuación, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo; ven, y te abrazaré con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos: ven, y daréte beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en ti mi cabeza y dormir en paz el último sueño de la muerte». ¡Oh con qué ternura abrazaría nuestro Salva-

dor su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos y la pondría sobre sus afligidos hombros! ¡Oh dulce Jesús, dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz y no descansando hasta morir en ella!

La tercera cosa fué, sacar de la cárcel otros dos ladrones para que fuesen con El por el camino, lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, para que fuese tenido por ladrón y malhechor. ¡Oh, con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa y aborrecieron la pena, pero nuestro amado Jesús amó la pena y aborreció la culpa. Estos huían de la pena que merecía su culpa propia, pero Cristo aceptó la pena que merecía la culpa ajena. ¡Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella! trueca mi corazón á semejanza del tuyo, porque ya que como los ladrones cometí las culpas, acepte de buena gana como Tú las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad á llevar también las ajenas, padeciendo por la salud de mis prójimos algo de lo mucho que padeciste por ellos.

Punto III

Camino del Calvario.

Considera cómo cargándose Jesús con la cruz, salió caminando hacia el monte Calvario.

Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar la grande afrenta de Cristo N. S. en aquella primera salida de casa de Pilatos, cargado de su cruz y en medio de ladrones, con voz de pregoneros que publicaban sus delitos y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. ¡Oh ángeles que estáis mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa! ¿cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella, para volver por su honra? ¡Oh Padre Eterno! ¿qué hacéis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís, por ventura, como otro Abraham con su hijo Isaac, llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes tanto en el corazón del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrasadme, Señor, con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Heridme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que os desagrada. Pero, ¿qué será la causa, Dios mío, porque no salís con vuestro Hijo, como Abraham, de noche y con sólo dos criados, sino á mediodía, con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodía! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

Considera la grande aflicción y dolor que sentiría el cuerpo debilitado y flaco de Cristo N. S. con carga tan pesada. ¿Qué de veces tropezaría y se arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? ¿Cómo sudaría de congoja, oprimido con la carga de aquel madero? ¿Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ella? ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres! ¡Oh ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y ¿cómo no ayudáis á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga? ¡Oh dulce Jesús, quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algún alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla: sobre ellos ha de cargar tu principado, que comienza por la cruz y la llave de la casa de David, para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

Pondera cuánto más sentía Cristo N. S. la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, ¿cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir, la cual cargó toda sobre este Señor, de quien dice Isaías: «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre El la maldad de todos nosotros?»

Coloquio.— Mis pecados, ¡oh dulce Jesús! son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que

erré, y Tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla como Tú llevaste la tuya.

Propósitos.—Aceptar como Jesucristo la cruz que el Señor te envíe y seguir en pos de El hasta la cumbre del Calvario.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA

De lo que ocurrió á Cristo N. S. en el camino del Calvario.

Preludios.—Mira con la imaginación á Simón Cireneo ayudando á Cristo á llevar la cruz, y pídele á Jesús te ayude El siempre con su gracia á seguirle hasta el Calvario.

Punto I

Simón Cireneo.

Considera cómo caminando Jesús con la cruz á cuestas sintió tan gran cansancio y fatiga que los judíos, no por compasión, sino para que no muriera, se vieron obligados á alquilar á un hombre, llamado Simón Cirenense, para que llevase la cruz detrás de Jesús.

Contempla la gran fatiga de Cristo N. S. en este camino, de lo cual tomarían sus enemigos ocasión para baldonarle, por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte que era Hijo de Dios, y que en tres días podía levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufría el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz,

no por aliviarle, sino por la gana que tenían de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo N. S., que proveerá quien me ayude á llevarla, y si no El mismo será nuestro Cirineo.

Pondera también cómo Cristo N. S. aunque pudiera llevar su cruz sólo hasta el Calvario, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que le ayudase á llevarla, para significar que la cruz se había de comunicar con sus fieles, que á imitación suya habían de llevarla, cumpliendo lo que había dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». ¡Oh buen Jesús! Si Vos vais delante y lleváis primero la cruz tan pesada que os hace vacilar y caer, ¿qué mucho os siga yo, llevando la mía con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mía; vuestra, porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra orden viene y por vuestra causa se lleva; pero es mía, porque está cortada á la medida de mis fuerzas y es para mi provecho; porque nunca me dierais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

Mira cómo no se halló ninguno que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo, porque los judíos tenían por maldito á quien moría en ella y los soldados gentiles teníanlo por afrenta; y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenía acobardados; y así, hubieron de forzar á un pasajero y extraño á

que la llevase. En lo cual se representan varias suertes de personas que huyen de la cruz de Cristo; unos, porque no creen la virtud, que Dios ha puesto en ella, como los infieles; otros, porque la tienen por afrenta y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos; otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo de tu cruz, porque no sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios á la carne, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado; su cruz será mi regalo y mi gloria, y siendo amigo de la cruz, lo seré también del que murió en ella.

De todo esto sacarás cómo todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve sino es en alguna manera forzado, como Simón Cireneo, pero en diferente manera, porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como el Cireneo; pero á otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiración y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinación de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz, y como San Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar.

Anímate á tomar la cruz acordándote cómo el trabajo del Cireneo duró poco, y hasta hoy dura su gloria. Así los que llevan la cruz de Cristo N. S., aunque comienzan su camino por fuerza, prosiguiéndolo con paciencia y de grado, el trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo

N. S., reinará con El para siempre en su gloria.

Punto II

Lamentan las piadosas mujeres al divino Salvador.

Considera cómo en este camino seguía á Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentándose. Volviéndose á ellas Jesús, les dijo: «Hijas de Jerusalén; no queráis llorar sobre Mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos». Considera los diversos fines de los que seguían á Cristo N. S., porque unos le seguían para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de El y regocijarse con verle morir, como los sacerdotes y escribas; otros, por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo, y otros, por algún conocimiento y amistad que tenían con Cristo, llorando de compasión natural los trabajos que padecía; pero ninguno de éstos le seguía para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con El, al modo que había dicho: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame». ¡Oh buen Jesús! dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como Tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

Medita luego cómo Cristo N. S., en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad, y, volviéndose á las mujeres que le seguían y lloraban, les enseñó el modo cómo habían de llorar con más perfección, diciéndolas: «No queráis llorar sobre Mí, sino llorad sobre vosotras». En las cuales palabras no prohibe llorar su Pasión,

pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados. Por eso les viene á decir: No lloréis tanto por Mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi Pasión. ¡Oh Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio! Enséñame á llorar sobre Ti, y sobre mí, y sobre mis prójimos; sobre Ti, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra Ti; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que Tú muchas veces lloraste por ellos.

Pondera, además, la infinita caridad de este Señor, que, como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su Pasión y muerte para alcanzar perdón de sus pecados. Y para eso nos dice aquella terrible sentencia: «Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?» Que fué decir: Si á Mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia, por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo, inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y aheleado, ¿qué será de los culpados? ¿Qué azotes, qué espinas, qué bofetadas, qué desprecios, qué hiel y tormentos vendrán sobre ellos cuando sean juzgados? ¡Oh alma mía! ¿Cómo

no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueve á llorar tus pecados ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que El padeció. Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre, derramada con tanto dolor. ¡Oh Padre Eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno, mas por sus merecimientos os suplico me ingiráis en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna.

Punto III

La Virgen santísima en la calle de la Amargura.

Considera cómo, según piamente se cree, la Virgen santísima, oída la nueva triste de la condenación de su Hijo á muerte, salió con San Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre. Y al tiempo que Cristo N. S. volvió el rostro á las hijas de Jerusalén, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh, qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Virgen, cuando vió á su amado

Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la sinagoga le había puesto! Y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan encorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalén así lloraban y sentían las penas de Cristo N. S. no teniéndole más que por santo, ¿cómo las lloraría y sentiría la que le tenía por Hijo y por su Dios?

Alzó luego María los ojos de su alma al Eterno Padre, y vióle en espíritu, que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazón diría: «¡Oh fuego del amor divino, que nunca dices basta; di esta vez basta, pues harto ha padecido mi Hijo para que el mundo quede remediado! ¡Oh cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado por paga de las injurias que te han hecho! ¡Oh Padre Eterno! Cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mío, pues basta y sobra lo que ha pagado para que quede satisfecha, ó convertid también el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con El por los pecadores, porque vivir sin El, es para mí muerte, y morir con El, será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra».

¡Oh Padre de misericordias! Pues por vuestra ordenación Abraham fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac sin que su madre lo supiese, ¿por qué queréis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre y asistiendo Ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del

Hijo y de la Madre; pues ¿por qué queréis que crezcan los tormentos del uno con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amáis, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en más vuestra voluntad que la suya, y ofreciéndose á morir por dar vida á los que le aman.

Coloquio.—¡Oh Virgen sacratísima! Pues tanto amáis á los pecadores, que os ofrecéis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me tenéis en darme á sentir los dolores que sentisteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con El á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor.

Propósitos. — Ofrécete á Jesús para ayudarle como el Cireneo á llevar la cruz, lo cual harás abrazándote con la abnegación y mortificación interior y exterior, y ofrécete á la santísima Virgen para acompañarla, como buen hijo, en los dolores acerbísimos que sufre en la Pasión de Cristo N. S.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA

Sobre la crucifixión de Cristo N. S.

Preludios.—Considera á nuestro divino Salvador extendido sobre la cruz, en el acto en que sus manos y pies eran taladrados por los clavos; oye los golpes de aquel martillo cruel; renueva en tu corazón y en tu memoria aquella escena, la más extraordinaria que han visto los siglos, y pide al divino crucificado que su sangre sirva para tu salvación eterna.

Punto I

Las circunstancias de la crucifixión de Cristo N. S.

Considera primeramente que Cristo N. S. quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía y en tiempo de grandísima solemnidad, para que su crucifixión fuese para El más

penosa y para nosotros más provechosa. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicas y pudiesen ser vistas de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores para pagar sus penas y librarnos de las culpas. Quiso ser crucificado al mediodía, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de amor. Por esta misma causa escogió morir en día solemne de Pascua, cuando concurría á Jerusalén innumerable gente, porque llegando su Pasión á noticia de muchos, fuese más afrentosa, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias cuales nunca en el mundo fueron vistas.

Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y más desechado de la tierra; para entrar en el mundo escogiste un vil establo, y para salir de él un infame Calvario; para nacer escogiste un lugar inmundo, morada de animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste concurrió mucha gente á Belén, para que te fuese ocasión de no hallar posada, y cuando mueres concurre mucha gente á Jerusalén, para que te sea ocasión de

mayor infamia. Naciste á media noche y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso, y padeces á mediodía, en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Concédeme, Salvador mío, que á imitación tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte.

Considera después cómo llegando al monte Calvario, diéronle vino mirrado mezclado con hiel. Mira la grande crueldad de estos sayones, porque estando Cristo N. S. afligidísimo y apretado de sed, al tiempo que le hubieron de dar el vino, se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentar la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes ni las espinas. Pero Cristo N. S., aunque sabía el vino que le daban, gustólo, pero no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivio de los hombres, sino aumento de ellos; y también ejemplo de sufrimiento, cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel.

Considera los muchos hombres que dan á beber á Cristo N. S. vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables. Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con

venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias y todas las obras de hipocresía. ¡Oh Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre, mezclado con miel de consolaciones suavísimas; y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy más, vino de buenas obras, tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo, beberlo y admitirlo en tu corazón, juntándome con El con unión de perfecto amor.

La tercera cosa que se ha de considerar es cómo para crucificar á Cristo N. S., primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta de la túnica interior, con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron á Cristo N. S. en su Pasión, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. La primera, cuando le azotaron. La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. La tercera, cuando después le desnudaron la púrpura y le tornaron á poner sus vestiduras. La cuarta fué para crucificarle, y ésta fué la más dolorosa y afrentosa, porque es de creer que la túnica estaría pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de El los que le miraban. Todo lo cual sufría este pacientísimo Cordero con incomprensible pa-

ciencia y humildad, ofreciéndolo al Eterno Padre por la confusión que nuestros pecados merecían; y dándonos ejemplo de sufrimiento, cuando nos faltare lo necesario para el cuerpo, y exhortándonos á la desnudez y pobreza evangélica que había predicado, y siempre, desde que nació, había ejercido.

¡Oh Salvador mío, desnudo nacisteis en el mundo cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales, y al tiempo de salir del mundo estuvisteis también desnudo de las vestiduras que Ella os había dado, sin que le fuese permitido cubriros con otras. ¡Oh segundo Adán celestial, cuán cara os ha costado la desnudez del primer Adán terreno, nacida de su desobediencia, pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fué menester que Vos estuviereis desnudo con tanta ignominia! Desnudo salí yo también, Salvador mío, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él; vuestra desnudez será mi vestidura, vuestra deshonra mi librea, vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusión mi gloria y vuestra muerte será mi vida.

Punto II

La crucifixión de Cristo N. S.

Considera cómo después que Cristo N. S. estuvo desnudo, habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese sobre ella, y El al punto se tendió, extendiendo sus brazos y pies para que fuesen enclavados. Pondera la obediencia excelentísima del Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos

crueles sayones en cosa tan áspera y terrible, como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obediencia perfectísima.

Luego pondera lo que haría Cristo N. S. cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama. Sin duda levantaría los ojos al cielo y daría gracias al Eterno Padre, porque á tal tiempo le había traído, y con grande voluntad se ofrecería á ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada, así nuestro dulce Jesús estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo.

Tendido Cristo N. S. en la cruz tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y otro pie con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

Considera, primeramente, el terrible dolor que sintió Cristo N. S. con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiría este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios y rasgándole sus delicadas carnes? ¡Oh manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios! ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz y esmaltado con

las cabezas de sus clavos? ¡Oh pies sacratísimos, de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido! ¿quién os ha cosido con ese duro madero? ¡Oh dulce Jesús! ¿qué llagas son esas que tenéis en medio de vuestras manos y de vuestros pies? Mis pecados, sin duda, son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos por mis malas obras, y con los pies por mis malos pasos, llagando ellos á mi alma, y afligiéndoos más con estas llagas que con las que recibís en vuestro cuerpo. ¡Oh Padre Eterno! mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mías. Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenasteis las llagas del Hijo inocente, para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

Considera después otro terrible dolor que padeció Cristo N. S. en esta crucifixión, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro; y para que llegase, estiráronle tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos. Este dolor fué de los más terribles que padeció Cristo N. S. en su Pasión, porque aquella extensión y descoyuntamiento fué dolorosísimo y terrible.

No dejes de pensar en el dolor grande que sentiría la Virgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pie del Hijo, y traspasaba también con agudo dolor el corazón de la Madre. ¡Oh Virgen soberana! si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Va-

rón de dolores, á Vos también os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores. ¡Oh, si estas martilladas traspasasen también mi corazón como el vuestro! ¡Oh, si los oídos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiración, quebrantando con dolor mi duro corazón por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

Punto III

Es levantada la cruz en alto.

Considera cómo después de clavado Cristo N. S., levantaron los soldados la cruz en alto. Es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo, que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.

Levántate, ¡oh alma mía! en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazón para enclavarlos con El en la cruz. Mira lo primero el dolor, la vergüenza y aflicción que sintió tu dulce Jesús cuando se vió en alto á la vergüenza, á vista de tanta gente, desnudo, afrentado y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo; mira cómo la cabeza no tiene donde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo que tira de ellas; las heridas de los pies se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazón de dolor por haberlos cometido.

Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas, como cuatro ríos, que salen del paraíso, para regar y fertilizar la tierra del corazón humano; llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre, derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. ¡Oh sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame, con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor!

También abre tu oído para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido y sin esperanza alguna de vivir. Oye también los clamores y llantos dolorosísimos que levantarían las hijas de Jerusalén cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh, cuán atormentados estaban vuestros oídos, dulcísimo Jesús, con los alaridos de vuestros enemigos y con los llantos de vuestros amigos! Llora, pues, ¡oh alma mía! los dolores de tu Señor; rasga tu corazón de pena; cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados, y aunque la lengua no sepa, ó no pueda hablar, tu corazón medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, haciendo tu morada á los pies de la cruz.

Hincada ya la cruz en un profundo hoyo, y evantada en alto, imagínate que te dice desde

el cielo el Eterno Padre, como antiguamente á Moisés: «Mira y haz según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte». No dice sólo: ve á saber la exterior forma corporal, pues aquí nada verás que no sea humano; sino «mira» los íntimos secretos, los ocultos senos del alma; aquí nada hallarás que no sea divino. Mira el cuerpo, y verás que, «desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza, no hay en él parte sana». Mira el pecho, y hallarás que en todo su corazón no hay sino caridad. Mira su cabeza, y no hallarás sino espinas penetrantes y heridas inhumanas; y dirás: verdaderamente «el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». Vuelve á mirarla, y exclamarás: «Su cabeza oro preciosísimo». Mira su rostro, y le verás cárdeno, desfigurado, y dirás: «No le ha quedado figura ni belleza, y está como escondido su rostro». Vuelve á mirarlo, y verás que allí se oculta «el candor de la luz eterna, el resplandor de la gloria y la figura de su substancia». Y dirás lo que Ester de Asuero: «Te vi, señor, como un ángel de Dios». Muy «admirable eres, Señor, y tu rostro está lleno de gracias». Finalmente mira á Cristo, y le verás «como un leproso, despreciado, y el último de los hombres», y dirás: «Gusano es, y no hombre». Míralo mejor, y exclamarás con Tomás: «Señor mío y Dios mío».

Finalmente, considerá el dolor que la Virgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza; la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del

Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Ponte, pues, ¡oh alma mía! entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que tú también estés crucificada con ellos por verdadera imitación.

Coloquio.—¡Oh Señor mío Jesucristo, colgado con duros clavos en un madero por mi amor! cuantas veces fije en Ti mis ojos y con atención y reflexión te mire, todos mis huesos dirán: «¿Señor, ¿quién es semejante á Ti?» ¿Quién semejante á Ti en el dolor del cuerpo, quién semejante á Ti en el amor del corazón? Señor, ¿quién semejante á Ti en el abatimiento, quién semejante en la majestad? ¿Quién semejante en la flaqueza, quién semejante en el poder? ¿Quién semejante en la pobreza, quién semejante en la riqueza? ¿Quién semejante en la ignominia, quién semejante en la gloria? «Iré, pues, al monte de la mirra, y veré esta visión grande». Repararé en tu rostro, oh mi Jesús, le miraré bien, y haré según el ejemplar que se me ha mostrado en el monte, para que, padeciendo contigo, y muriendo en el monte Calvario, suba contigo en el monte Olivete á los cielos y allí finalmente, mirándote y reparándote, mirando tu humanidad, reparando en tu divinidad, clamará mi alma por toda la eternidad, y todos mis huesos dirán: «Señor, ¿quién es semejante á Ti?»

Propósitos.—En todos los dolores del cuerpo y aflicciones del espíritu, acudir por consuelo y por aliento á la cruz, en la que por nuestro amor está Jesucristo crucificado.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA

De lo que ocurrió después de la crucifixión de Cristo N. S.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Del título de la cruz de Cristo N. S.

Considera cómo pusieron sobre la cruz un título que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos»; y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Medita las cuatro palabras de ese título misterioso, en las cuales se contenía la causa de la muerte de Cristo; esto es, por qué le habían puesto en la cruz, pero no solamente la causa que tuvo Pilatos para ello, sino principalmente la que tuvo el Padre Eterno para decretarlo y permitirlo.

En efecto, la primera palabra del título es *Jesús*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo y á librarle de los pecados y de las penas que por ellos merecía. Esta fué la primera causa de ser crucificado, para que con el derramamiento de su sangre acabase la obra de nuestra redención. Este nombre divino se le puso en la circuncisión, mas ahora se le pone encima de la cruz como título de su Pasión, porque acaba y perfecciona este divino oficio con el derramamiento de toda su sangre, pues como dice San Pablo, sin derramamiento de sangre no hay redención de pecados ni salvación. ¡Oh dulcísimo Jesús, cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de toda vuestra san-

gre! ¡Oh nombre suavísimo de Jesús, cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado, pues derramando la sangre hacéis de ella óleo que cure nuestras llagas y sane las dolencias de nuestras culpas! ¡Oh liberalísimo Jesús! sed para mí Jesús, ejercitad conmigo el oficio de Salvador; sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redención.

La segunda palabra es *Nazareno*, que quiere decir lo mismo que Santo. Con ella se denota que este Señor que está en la cruz es el Santo de los santos, y que muere, no por culpas suyas, sino por las ajenas, para librar á los hombres de ellas y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito: «Que en la cruz justificaría á muchos, quitando de ellos sus maldades y pagando las penas que debían por ellas».

La tercera palabra del título es *Rey*. Por ella se significa la causa porque Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado, es á saber: porque los judíos le acusaban de que era su rey, y es así que Jesús era su Rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz; porque escrito está que Dios reinaría desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol por la desobediencia del primer Adán, así el reino de Dios comenzó en otro árbol por la obediencia de Cristo, que murió en él. De donde sacaré que si quiero reinar con Cristo ha de comenzar mi reinado también desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los

reinos de la tierra gózanse viviendo, pero el de Cristo se gana muriendo.

La última palabra del título es *Rey de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado, pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el Eterno Padre para que reinase en ellos y en todos los hombres. Y á esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey y le adoren, y toda lengua, como dice San Pablo, confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

¡Oh Hijo de Dios vivo, Rey eternal de todos los siglos y naciones; yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título de Rey, porque Tú solo, y no otro, eres Jesús Nazareno, Rey de los judíos! ¡Oh si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvación! ¡Oh Padre Eterno, reconoce este título que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él, para que reine contigo por todos los siglos!

Puedes considerar que tres suertes de personas leyeron este título de la cruz. Los pontífices, fariseos y otros mal intencionados y enemigos de Cristo N. S., los cuales tuvieron el título por falso, y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de

Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, y éstos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo N. S. y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas. Otros hubo en el monte Calvario, como fué la Virgen sacratísima y el evangelista San Juan, los cuales leyeron el título con devoción, y le entendieron y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazón, y éstos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devoción y espíritu para su propio provecho. A los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Virgen santísima y al glorioso San Juan me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador; pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

Punto II

De la partición de las vestiduras de Cristo N. S.

Considera cómo después que los soldados crucificaron á Jesús, cogieron sus vestiduras y partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya. Sobre esta partición se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella. De parte de los cuatro

soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fué la codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre la túnica para saber á quién tocaría. La segunda causa misteriosa fué de parte de Cristo N. S., el cual, para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con morir desnudo en la cruz, sino quiso también enajenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenía; de modo que ni le quedase el uso ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos.

La tercera causa fué para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenía á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda. Además quiso significar que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á El podrían tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras, que estaban teñidas en sangre, así los pecadores, que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas.

Pero dice el sagrado evangelio que como la túnica interior de Jesús era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo, dijeron los soldados: «No la dividamos, sino echemos suertes sobre ella». Considera las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que

fuese profetizado. De parte de los verdugos, la causa fué que si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida, según se dice, por la Virgen sacratísima nuestra Señora, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica bañada con la sangre de su Hijo en las manos de tan vil gente. La segunda causa de este hecho, fué porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo N. S., que desde el cielo se tejió sin obra de varón en las entrañas de la Virgen por obra del Espíritu Santo. También esta túnica de Cristo representa la Iglesia, esposa suya amadísima, en la cual quiere que no haya división, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y caridad; y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza. Mira que quien por la herejía ó el cisma pretende romper esa unidad de la Iglesia nuestra madre una y santa, es más cruel que los que crucificaron á Jesús, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. ¡Oh Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia ni discordia en tu religión y división alguna en los pueblos cristianos! Consérvalos á todos en unión de caridad para que sean una cosa en Ti y Tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria.

Punto III

De los escarnios que Cristo N. S. padeció en la cruz.

Considera cómo los enemigos de Cristo N. S., después que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasión de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y gestos, diciéndole grandes injurias y blasfemias por instigación del demonio. Pero todas estas injurias sufría este inocentísimo Cordero con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras de algún sentimiento ó queja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heroico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren.

Discurre por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas. Primero, los que pasaban por allí blasfemando de El y meneando sus cabezas y diciéndole por mofa: «¿Tú eres el que destruyes el templo de Dios, y en tres días le reedificas? Sálvate á Ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz». Es de creer que harían muchos gestos y muecas y le silbarían por irrisión. Pero así como no hizo caso del demonio cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo: «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo», así también no hace caso de estos blasfemos, que le dicen: Si eres Hijo de Dios, desciende de la

cruz»; antes porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella; para que yo entienda que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo y al pecado, perseverando en la mortificación hasta el fin. ¡Oh Hijo de Dios vivo, no permitas que la serpiente astuta me engañe, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor! dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo de Dios.

Segundo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos burlaban de El, diciendo unos á otros, de modo que lo oyese: «A otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es rey de Israel, baje de la cruz, y creeremos en El. Confía en Dios, líbrele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios». En las cuales palabras por escarnio le zaherían en las cuatro cosas más principales de que Cristo N. S. se preciaba. *a)* Lo primero, en su poder, diciendo: Que quien podía librar á otros, no tenía poder para librarse á sí. *b)* Lo segundo, en su reino, diciendo: Que si era rey de Israel, bajase de la cruz, y creerían en El; como si dijeran: Tan falso es ser Rey, cuan imposible bajar de la cruz. *c)* Lo tercero, en la confianza que tenía en Dios, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida á Dios que le libre; como quien dice: No le librará, porque no le ama. *d)* Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios, teniéndola por fingida. Mas nuestro buen Jesús sufría con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra, ni hacer caso de sus dichos. ¡Oh mansísimo cordero! ¿qué te daré

por la paciencia con que sufrías tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que á gloria tuya deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos á otros muchos y que puedes salvarte, pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso también que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en Ti. También confieso, que tienes confianza en Dios, Padre tuyo, que te ama como á propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme Señor, esta confianza, resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

Tercero, los soldados que allí estaban también burlaban de Cristo, leyendo el título de la cruz y diciendo: «Si Tú eres Rey de los judíos, sálvate á Ti mismo». Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á Ti de la cruz en que estás. De la misma manera, dice San Marcos que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con El, como luego veremos. En todos estos puntos podemos considerar la pena grande que recibiría la Virgen sacratísima, oyendo aquellas blasfemias que se decían contra su Hijo, y que ella sufría con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo le daba. ¡Oh Virgen sacratísima, qué de cuchillos traspasaron vues-

tro afligido corazón! Las lenguas de estos blasfemos, cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos, los cuales de un golpe hieren á vuestro Hijo y á Vos, que sois su Madre. ¿Por qué, ¡oh Madre piadosísima! no habláis alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conocéis su inocencia y santidad? Mas ya veo que no es tiempo este de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesáis de hablar con Dios.

Finalmente, pondera lo que dice San Lucas, que el pueblo estaba allí mirando á Cristo, y esperando en qué había de parar su crucifixión; y este mirar no era con devoción, sino con irrisión, y así Cristo N. S. le cuenta entre sus injurias en el salmo 21, diciendo: «Consideráronme y miráronme». ¡Oh, si estos miserables le miraran como habían de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas, ¿cuánto más bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de su pecados?

Coloquio.—¡Oh Jesús que por mi amor, siendo el Rey de la gloria, mueres con la mayor infamia en la más noble ciudad de todo el orbe de la tierra: en el día más célebre de todo el año: en el lugar más excelso; en medio del día: en presencia de la más numerosa muchedumbre; en un patíbulo y entre dos ladrones! Verdaderamente puedes decir aquí, ¡oh Jesús!: «Humillado estoy excesivamente». Mas por cuanto te humillaste, ¡oh Jesús! hasta aquel ignominioso leño de la cruz, Dios te exaltó sobre

todo lo que es grande. Porque con tanto oprobio estuviste pendiente entre el cielo y la tierra, se te ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Porque has sido crucificado en medio de dos ladrones, dominas en medio de los ángeles. Porque tan injustamente has sido juzgado y condenado á muerte por un inicuo juez, eres constituído juez de vivos y muertos. Tú que por mi causa estás ahora pendiente entre dos ladrones, cuando estés en tu solio de juez entre los réprobos y los santos, que oiga yo de tus divinos labios: «Ven, bendito de mi Padre, á poseer el reino que te está preparado».

Propósitos.—Si te glorías del título de cristiano, examina si tus obras corresponden á tal título, y corresponderán si Jesús es rey de tus pensamientos, de tus afectos y de tus obras.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA

De la primera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Represéntate al divino Jesús, que con paciencia infinita, rodeado de enemigos, escarnecido, desangrado y doloridísimo, dirige al cielo su dulce mirada para pedir el perdón de los que le han crucificado, y ruégale te dé entrañas de amor y de caridad para con tus enemigos.

Punto I

De la ocasión en que Cristo N. S. da su primera lección en el santo árbol de la cruz.

Considera cómo estando Cristo N. S. en su cruz, como en una altísima y divina cátedra, sufriendo los desprecios que has meditado, habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre ¡oh alma mía! tus oídos pa-

ra oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo os oye; y pues sois palabra del Eterno Padre, abreviada por el misterio de vuestra encarnación y Pasión, leedme alguna breve lección, la cual pueda retener en mi memoria y rumiar con mi entendimiento, y abrazar con todo mi corazón y voluntad.

La primera lección que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos del modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasión en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y los afectos que de esta oración maravillosa se deducen.

Cuanto á lo primero, considera á Cristo N. S. lleno de dolores cruelísimos, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Míralo, además de esto, rodeado de sus enemigos, que se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. Pues á este tiempo levanta Cristo N. S. sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías, sino para rogar á su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho: *Amad*

á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen; y lo que de El estaba profetizado, que rogaría por los transgresores. esto es, por aquellos que quebrantaron contra El todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo. ¡Oh amantísimo Jesús, cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad! pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones, y los ríos impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego, antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. ¡Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo también ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos también son míos! Perdonad á todos, ¡oh Padre de las misericordias! para que todos gocen de ellas.

Punto II

«*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*»

Considera cada palabra de las que tiene esta divina oración, bastante por sí sola por las virtudes infinitas que encierra, para probar que quien así ora y muere, tenía que ser más que hombre.

La primera es *Padre,* al cual endereza su petición; porque aunque á El mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarlos, quiso más, como hombre, pedir esto á su Padre; porque, pidiéndole que los perdonase, claramente daba

á entender que El de su parte los perdonaba y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignorancias del pueblo, y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios mío, perdónalos, sino *Padre*, para que se entendiese que no había perdido la confianza que en él tenía, y para obligarle con este título tan amoroso á que le oyese y perdonase á sus enemigos. ¡Oh Padre soberano y misericordioso, cuya caridad fué tan grande que quisiste que el sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores! Mira á este divino Sol, que está en la cruz, cerca del occidente para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oración, y por ella envía desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan y le conozcan é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

La otra palabra es, «*perdónalos*». No dice, perdónales esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente, perdónalos; porque su deseo era que fuesen perdonados todos sus pecados, sin dejarles ninguno, y porque se entendiese que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas; y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos; porque no quiere poner en su oración palabra que les acuse ó irrite la ira del Padre; y porque pedía perdón, no sólo para los que le crucificaban

con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixión, los cuales tenía presentes en su memoria, y por los unos y por los otros, dijo: «Perdona á estos». ¡Oh caridad liberalísima y anchurosísima de Jesús, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdón! Penetra sus corazones para que todos se dispongan á recibir el perdón que les ofreces y participen el fruto de la oración que por ellos haces.

La otra palabra es, «*porque no saben lo que se hacen*»; en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos, porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy culpable, pero la caridad de este piadosísimo Redentor con cualquier cosa de que pudo echar mano, quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta excusa también se extiende á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algún modo de ignorancia en no conocer como deben, quien es Dios, á quien ofenden y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden y cuán terribles males se acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderían. Y así, también les cuadra lo que dice San Pablo: «Nunca crucificaran en sí mismos al Señor de la gloria, si perfectamente, como es razón, le conocieran».

Esta excusa añadió Cristo N. S., no sólo para mostrar su infinita caridad y la gana que tenía de que su Padre perdonase á los pecadores, sino también para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia, y el otro, para darnos ejemplo de cómo hemos de excusar las faltas de nuestros

prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia ó celo, ó á otra intención menos mala. De suerte, que no sólo no los acusemos, ni exageremos el agravio que nos hacen, ni de él hagamos título para que Dios los castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, haciendo de la excusa, título para que Dios les perdone.

¡Oh Salvador dulcísimo, cuán bien habéis subido hoy al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando en este monte Calvario mirra de mortificación muy amarga, é incienso de oración muy encendida! Confortad, Señor, mi corazón con esta mirra, para que la abrace, y con este incienso para que os lo ofrezca, buscando siempre vuestra gloria.

Punto III

De los efectos que produjo la oración de Cristo N. S.

Considera, últimamente, los efectos de esta oración de Cristo N. S., ponderando, lo primero, cómo el Padre Eterno la oyó; porque si la oración de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura, ¿cuánto más le agradaría la oración del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice San Pablo, cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oído por su reverencia, esto es, por el respeto que se debía á la infinita dignidad de su Persona, y por la reverencia con que se humilló y honró á su Padre; así pues, por esta oración alcanzaron perdón muchos de los judíos que allí estaban, á los cuales convirtió San Pedro el día de Pentecostés, no tanto por su predica-

ción, cuanto por la virtud de esta oración de Cristo, por el cual también se da el perdón á todos los pecadores que le piden y reciben. También á esta oración de Cristo se puede atribuir la conversión del buen ladrón y del centurión, y otros efectos admirables muy propios de la oración de un Dios que muere pidiendo á su Padre, que nada puede negar á tal Hijo, y en tales circunstancias.

Pondera también el efecto que obró esta oración en la Virgen santísima y en San Juan y otras personas devotas que allí estaban, cuán admiradas quedarían de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo N. S., y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Virgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaría luego la misma caridad y amor de sus enemigos, y repitiendo la oración que había oído, diría: «Padre, perdonad á éstos, porque no saben lo que hacen». ¡Oh, cuán agradable fué al Padre Eterno la oración de esta Virgen humilde y mansa, más que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fué en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaría á recabar el perdón que deseaba!

Coloquio.—¡Oh Padre Eterno, oid la oración de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido! Perdonadme, Padre de las misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí; y aunque yo no merezco ser oído, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido. ¡Oh Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice! La pasión, la curiosidad, la ocasión de tal modo me cegaron, que me olvidé de todo y ofendí mil veces á

vuestro divino Hijo. Mas, pues él ora por mí, que lo crucifiqué en mi corazón, confío en la misericordia del Padre, que por su divino Hijo me perdonará mis pecados.

Propósitos.—Cuando alguien te ofenda ó te hiera, levanta tu corazón á la cruz y perdónalo, no conservando el menor rencor contra nadie, pues eres hijo y te profesas discípulo del que murió perdonando á los que le crucificaban.

DOMINGO DE PASIÓN

De la segunda palabra que dijo Cristo N. S. en la cruz.

Preludios.—Represéntate á Jesucristo crucificado entre dos ladrones, el bueno á la derecha, imagen de los escogidos, el malo á la izquierda, imagen de los réprobos, y pide al Señor, en la cruz, y en el día del juicio, ser de los que estarán á la diestra del juez de vivos y muertos.

Punto I

De los dos ladrones que fueron crucificados con Cristo Nuestro Señor.

Considera cómo el mal ladrón, que estaba al lado izquierdo de Cristo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de N. S., zahiriéndole de haberse hecho Cristo y Mesías. Pondera cómo esto fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus maldades, le escarnecía, pareciéndole que aún él tenía derecho para blasfemarle. Por donde se ve cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos y agravar los ajenos, teniéndose á sí por inocentes en su comparación, como sucedió á este mal ladrón, el cual, con este pecado, llenó la medida de su condenación y dió oca-

sión al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al vil injuriador que tenía junto á la divina cruz.

Al contrario, mira el otro ladrón que estaba á la mano derecha, cómo tocado con la inspiración del Espíritu Santo y ayudado de la gracia del Señor que tenía junto á sí, volvió por Jesús, trazándolo así la divina providencia, para que pues Cristo N. S. sufría su injuria callando, no faltase quién respondiese por El. Considera cómo el buen ladrón, en la respuesta, ejercitó algunos actos heroicos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué corregir al blasfemo, diciéndole: «¿Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como Este?» Como quien dice: Que no teman á Dios los que están en la felicidad, menos malo es; pero que tú no le temas estando próximo á morir, no es tolerable.

El segundo fué confesar públicamente sus culpas, y que justamente merecía la pena que padecía en aquella cruz. El tercero fué confesar públicamente la inocencia de Cristo N. S. diciendo: «Este ningún mal ha hecho». De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacían mal en blasfemar de El, porque aquel varón justísimo ningún mal ni pecado había hecho. ¡Oh varón admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo cuando todo el mundo le condenaba! Huyen los Apóstoles, encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y sólo este ladrón,

desde lo alto de la cruz, predica á voces que Cristo es inocente.

De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz, pero con diferente modo, uno con culpa y con impaciencia, otro con culpa y con paciencia, otro sin culpa alguna y con admirable paciencia, así también suele suceder en esta vida á los hombres: unos, por sus pecados, son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y éstos serán condenados como el mal ladrón, bajando de la cruz al infierno; otros son castigados por sus pecados, pero llevan la pena con humildad y paciencia, y éstos, como el buen ladrón, alcanzarán perdón de sus pecados, y de la cruz irán al paraíso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y eterna corona, y llevan su aflicción con grande paciencia, á imitación de Cristo N. S. Estos son dichosísimos, porque lo más precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa; pero yo, miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha, procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladrón.

Punto II

«Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.»

Considera la maravillosa oración y petición de este santo ladrón y penitente, llenas de fe y confianza en Cristo N. S. Lo primero, confiésale por Dios, pues le llama Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era

vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Lo segundo, confiesa que es Rey y que tiene verdadero reino, al modo que El mismo lo había dicho, no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino. No te pido ¡oh Señor y Rey mío! que me salves aquí, librándome de la cruz, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz, dándome la salud y salvación eterna. Tampoco te pido que me llevés contigo á tu reino, y me des trono y asiento en él, porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, y esto me basta, porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. ¡Oh ladrón prudentísimo y humildísimo, cuán bien has acertado á pedir y robar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! No te sucederá lo que á José con el copero de Faraón, á quien pidió que cuando saliese de la prisión y se viese en su prosperidad, se acordase de él; pero luego se olvidó. No es esta la condición del Señor, con quien estás crucificado; porque, pasado el tormento de la cruz, porque has padecido al lado de la de Jesús, Este tendrá memoria de ti, dándote parte en su gloria y reino celestial.

Pondera luego las causas de donde procedieron la conversión de este ladrón y su confesión maravillosa, y los medios que la diestra de Dios tomó para alumbrarle. Estos, ciertamente, no fueron milagros, porque quizá no

había visto ninguno. Tampoco fueron sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído; pero en lugar de milagros, le movió la heroica paciencia y mansedumbre de Jesús. El buen ladrón, con ojos alumbrados por Dios, contemplando aquel espectáculo divino de sufrimiento y paciencia, dedujo la divinidad de quien tan inocentemente y tanto padecía, y conservaba maravillosa paz en la cruz y en medio de tantas injurias, y en lugar de sermones se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De todo ello sacó, con la ilustración del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues El decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, deducía con firmísima fe que así sería sin duda. De aquí sacaré yo cuánto importa ser paciente, manso y caritativo, y dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros y de sermones para convertir á los pecadores más duros que peñascos. ¡Oh dulce Jesús, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladrón, ayúdame para que á imitación tuya haga yo semejantes ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor perfección á los buenos!

Finalmente, á imitación del buen ladrón, puesto á los pies de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma dulcísima oración: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». ¡Oh Rey eterno! confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones; no te olvides de mí ni

permitas que me pierda. Ten memoria de este miserable pecador, mirándome con ojos de misericordia.

Punto III

«*Hoy serás conmigo en el paraíso.*»

Considera en esta segunda palabra que Cristo N. S. dijo en la cruz, las inestimables riquezas y tesoros de la liberalidad y misericordia, y de la bondad y caridad de este Rey, que hace trono de clemencia y asiento de misericordia de un patíbulo afrentoso.

Descubre aquí la eficacia de la divina oración, en que Jesús rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador. Dicen algunos, que al principio el buen ladrón blasfemaba de Cristo juntamente con su compañero, por escribir San Mateo y San Marcos, que los ladrones escarnecían de El; y si esto fué así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de San Esteban.

Mira cómo resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladrón, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso sin dilación, y asegurándole de ella.

Considera, además, la liberalidad de esta promesa. No pide el ladrón á Cristo sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le asegura que en aquel mismo día estará con El en el paraíso. ¡Oh Rey sobera-

no! bien bastara prometerle que de allí á algunos años entraría en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos, y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece, y le dice: «*Hoy serás conmigo en el paraíso*». Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos, pasarás al paraíso de deleites, y allí estarás conmigo; porque Yo he dicho, «*que quien me siguiere, estará donde Yo estoy*»; y pues tú me has seguido en la cruz, también me seguirás en la gloria, entrando hoy á estar conmigo en ella. ¡Oh Rey de la gloria! si con tanta liberalidad premiáis al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del día, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfección todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostráis al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros?

Ultimamente, considera las dos suertes de hombres que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fué reprobado y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo N. S., que en el día del juicio, «*de dos que estarán en el campo, uno será tomado y otro dejado*»; que fué decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas, que hicieron con su libre albedrío.

Pondera también, cómo la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, solamente obró en el uno, pa-

ra darnos motivos juntamente de temor contra la presunción, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte, que los grandes pecadores, cuando se vean cercanos á la muerte no desesperen, viendo que un ladrón en aquella hora hizo penitencia y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladrón, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia, castigado con el rigor de la divina justicia. Y harto motivo de temor es ver que entre tantos malos, como estaban en el monte Calvario, á un solo ladrón le dijo Jesús: «*Hoy serás conmigo en el paraíso*».

Coloquio.—¡Oh Salvador del mundo, en cuyas manos, clavadas en la cruz, está la llave de David, con la cual abrís y ninguno cierra, cerráis y ninguno abre! abridme las puertas del cielo que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno que ellos abrieron, para que en el día de mi muerte pueda, como el buen ladrón, entrar con Vos en el paraíso. Oiga yo de tu divina boca, Jesús mío, palabras de perdón y de misericordia, y ya que en mis pecados he imitado al ladrón perdonado por Ti, que lo imite también en el dolor de ellos, en confesarte Rey y Dios mío delante de todo el mundo y en escuchar de tus labios que un día estaré contigo en el cielo.

Propósitos.—Llevar todas las penas y tribulaciones que el Señor te envíe, como pena de tus culpas y con la paciencia del buen ladrón, no con la desesperación del malo, aspirando á sufrirlas con la perfecta alegría de Cristo N. S.

LUNES DE PASIÓN

De la tercera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Represéntate á nuestro Señor crucificado, rodeado amorosamente, cuando la crueldad de sus verdugos no lo impidió, de su afligida Madre, de San Juan Evangelista, de María Magdalena y María Cleofé, y pide al Señor fortaleza para vivir y morir al pie de la cruz.

Punto I

La Virgen santísima al pie de la cruz.

Considera que no hay mayor señal de amar á Cristo que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, junto á la cruz de Cristo, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro santas personas que estuvieron en el Calvario. Entre las cuales, la capitana y guía fué la Virgen sacratísima, por cuyo respeto fueron las demás hasta el Calvario, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí. La Virgen santísima, como más firme en la fe y más encendida en el amor, atropellando por todas las dificultades é ignominias, que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente á la Pasión de su Hijo, y se puso en pie cerca de la cruz, con maravillosa constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido á la cruz de su Hijo santísimo. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se unió con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con El, por la

grandeza del amor y del dolor. De suerte que tres clavos la tenían allí crucificada. El primero, la viva aprensión de lo que su Hijo padecía. El segundo, el entrañable amor que le tenía, no sólo como á su Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. El tercero, la compasión de que su Hijo y su Dios padeciese tanto por pecados ajenos. De todo ello resultaba en su ánima un dolor tan grande, tan agudo y tan cruel, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podían contar, y los suyos todos se estremecían de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente en el corazón, pero por modo terrible.

¡Oh Virgen de las vírgenes, con cuánta razón podemos hoy llamaros Mártir de los mártires! Pues como á todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedéis en el fruto y el rigor del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecía, y mártir también por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis, bastantes para daros la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh, quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, ¡oh Reina de los mártires! que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíri-

tu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazón á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos.

Punto II

«*Mujer, ve ahí á tu Hijo.*»

Pondera primeramente la caridad de Cristo N. S. juntamente con la fortaleza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio de Salvador y Maestro, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo Sacerdote; ya promete el paraíso, como Redentor; ya mira por su Madre, como Hijo, y por su discípulo como Maestro; enseñándonos con este ejemplo que no hemos de faltar á nuestras obligaciones por vernos rodeados de trabajos y de tribulaciones.

Pondera, luego, las palabras que dijo Jesús á la Virgen: «*Mujer, ve ahí á tu Hijo*». No me olvido de ti, ¡oh Madre mía dulcísima y amadísima! ni de la obligación que te tengo como hijo; mas pues yo me parto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que yo había de hacer con tal Madre. Considera que no la quiso llamar madre, sino mujer: lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna, y lo otro principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial. Esta palabra causó grandísimo sentimiento en el corazón de la

Virgen, así porque entendió que su Hijo se despedía de ella para morir, como porque consideró el cambio tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo por el hijo de un pobre pescador, y el Maestro del cielo por el discípulo de la tierra.

Pero más adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y más ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenía y tendría hasta el fin del mundo, por todos los cuales dijo: «Mujer, ve ahí á tu hijo», toma por hijo á mi discípulo, que aquí representa á todos los hombres, y en especial á todos los que fueren discípulos míos, porque mi voluntad es que tú seas su madre y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud.

Acordaos, pues, Señora, que sois nuestra Madre por encomienda que os hizo vuestro Hijo en las postreras horas de su vida, cuando os dijo: «Mujer, ve ahí á tu hijo». Nosotros estamos muy gozosos de teneros á Vos por Madre, por concesión del que era vuestro Hijo único y natural; y entre las riquezas que nos ganó en la cruz, no tenemos ésta por la menor, que haciéndonos hermanos suyos y miembros suyos, nos hizo, no sólo hijos de su Padre, sino también hijos vuestros. Y porque el teneros por Madre habia de ser único refugio de los pecadores en vida y muerte, quiso el Señor descubrirnos este tesoro en el mayor fervor de su caridad, estando para expirar desde lo alto de la cruz, cuando en persona del Evangelista nos dijo á todos, lo que cada uno debe

tomar como si se lo hubiera dicho á sí: «*Ecce Mater tua*». Advierte bien y abre los ojos, porque esta es tu Madre.

¡Oh Madre verdadera, por cuyo medio en las entrañas de tu caridad recibimos la vida verdadera de aquel Hijo tuyo y Redentor nuestro, que nos la mereció con su sangre en la cruz! Eva no se puede decir madre, sino madrastra, que mató á sus hijos antes que los pariese, y mirando con antojo y golosina el fruto de la muerte, que estaba colgado del árbol vedado, se hizo madre de los pecadores. Pero Tú, mirando con dolor y angustia el fruto de la vida, que estaba colgado del árbol de la cruz, mereciste ser madre de todos los vivientes. Y porque en el parto de estos hijos pasabas tan agudo y entrañable dolor, aquél que pariste con tanto gozo y alegría te mostraba desde la cruz cuáles eran los hijos que á El y á Ti os costaban tanto. Por lo cual, señalando á los demás hombres, te decía: »*Mulier, ecce filius tuus*»; como si dijera: Mujer, estos son los hijos de tu dolor; y á nosotros nos manda mirar tu agonía cuando dice: «*Ecce Mater tua*» para obligarnos al amor y agradecimiento que debemos á tal Madre, y á pensar que siempre hemos de hallar amparo en Ella los pecadores, pues no se puede olvidar lo que le ha costado ser Madre de ellos.

Punto III

«*Ve ahí á tu Madre.*»

Considera, primeramente, que como las palabras de Cristo N. S. son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que El quiere hacer-

lo, con esta palabra imprimió á la Virgen espíritu de madre para con San Juan y con todos los hombres; y en San Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo San Juan, sino en él á todos los discípulos de Cristo, he de imaginar que Cristo N. S. me dice: «Ve ahí á tu Madre, ámala y venérala como á Madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te di á mi Padre por tuyo, así te doy á mi Madre por tuya; vive, pues, como hijo de tal Madre». ¡Oh dulcísimo Jesús! ¿de dónde á mí tanto bien, que me deis á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. ¡Oh Madre benditísima! cierto estoy, que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de madre mía: «Muestra ser mi Madre, reciba por Ti los ruegos, el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo».

Pondera, luego, las causas por las cuales hizo Cristo N. S. este favor á San Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. La primera, porque fué virgen, y convenía que el Hijo virgen no encomendase su Madre virgen, sino á discípulo virgen; con lo cual declaró la estima que tenía de la virginidad de cuerpo y alma. La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos; y pues se señaló

más que ellos, digno era de ser favorecido más que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Virgen y al glorioso San Juan, en la pureza y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Virgen me tome por hijo y yo pueda tenerla por madre.

Quedó el Evangelista muy contento y bien pagado de su amor y lealtad con aquella prenda que había alcanzado al pie de la cruz, y desde aquel punto tomó posesión de aquel cargo que su Maestro le había encomendado, y empezó á ejercitar con la bendita y afligida Virgen todos los oficios de un buen hijo para con su madre, y la miraba como á cosa suya, y como la mayor y mejor parte de sus bienes: «*Accepit eam discipulus in sua*». ¿Qué bienes eran estos suyos que tenía el Evangelista, entre los cuales contaba á la Virgen, pues es cierto que no tenía nada suyo, quien lo había dejado todo por seguir á su Maestro? Mas porque el Señor en pago de lo que habían dejado los Apóstoles les había prometido cien veces más en esta vida en bienes espirituales, como supremo don é infinito regalo les dió, estando colgado en la cruz, á su dulcísima Madre y en él nos la dió á todos los hombres.

Coloquio.—¡Oh glorioso Evangelista, en cuya persona nos miró y tomó la Virgen como á hijos y todos la miramos como á Madre, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este día! suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servisteis Vos. ¡Oh Salvador mío! pues tan liberal os mostrasteis en la cruz, que dais vuestro paraíso al ladrón que se convierte y vuestra Madre al discípulo que os ama, usad conmigo de esta liberalidad, dándome en esta vida devoción cordial con

vuestra Madre, por cuyo medio espero veros y gozaros en el paraíso.

Propósitos.—Mirarnos siempre como hijos de María, estudiando las obligaciones que nos impone este título y procurando corresponder á ellas.

MARTES DE PASIÓN

De la cuarta palabra que N. S. habló en la cruz.

Preludios.—Considera el horror y estremecimiento de la naturaleza, que se cubre de negras tinieblas, y que por cerca de tres horas clama, llora y gime por la muerte de su Hacedor, y llora tú también con lágrimas de amargura tus pecados, que son los que dan la muerte al Criador de cuanto existe.

Punto I

De las causas por qué nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas.

Considera por qué Cristo N. S. ordenó desde la cruz estas tinieblas misteriosas. En primer lugar, mira que el Sol de justicia, que ilumina á todo hombre, estaba en su ocaso, y era muy justo que el otro sol negase sus rayos á los aborrecedores de la luz. Así, al ponerse sobre el mundo el eterno Sol, todo el cielo se anubla, para manifestar la ira que tenía el Eterno Padre contra aquel pueblo ingrato por el delito atroz que cometía contra El; pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. También con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente, y los eternos horrores en que habían de caer por su obstinación.

Pretendió luego el Eterno Padre manifestar la inocencia y majestad de Cristo N. S. con este milagro, haciendo que el sol se obscure-

ciera y cubriera á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor; y del modo que puede, muéstrase el cielo compasivo de sus dolores é ignominias, escondiendo su luz y quitando la ocasión á sus perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar y temblar con aquella obscuridad.

Ordenó además Cristo N. S. estas tinieblas, para que, cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas, y con quietud, gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros. A la manera que, cuando predicaba, gastaba los días en su oficio conversando con los hombres, y en viniendo la noche se recogía á los montes á orar; haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo, así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después que hubo cumplido los oficios de piedad con su Madre y sus hijos, quiso, en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oración por todos los fieles, que tenía presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oración.

También puedo ponderar cómo la Virgen santísima gastaría este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplación muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, á imitación de su Hijo.

Considera por último, el misterio de estas tinieblas. Nace Cristo á media noche, y la ilumina: muere á mediodía, y se obscurece el sol. De noche nació Cristo, y con toda la cla-

ridad de Dios cercó de luz á los pastores; al mediodía padeció, y hubo tinieblas sobre toda la tierra. Así sucede siempre: cuando Cristo nace en el corazón de alguno, nace con divina luz; cuando muere, las tinieblas brotan en el alma. Así, cuando muere Aquel que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, dice el Evangelista: «Se obscureció el sol». Pide á Jesús moribundo que su luz nunca se ponga en tu mente y en tu corazón.

Punto II

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

Esta fué la cuarta palabra que Cristo N. S. habló en la cruz poco antes de expirar, y díjola con tan gran clamor, para que se entendiese que estaba lleno de una vida que era suya y El solo podía dejar, y para declarar el afecto con que la decía, afligidísimo por el interior desamparo que sentía. Este desamparo estuvo en dos cosas: la primera, en que el Padre Eterno le dejaba padecer, sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba, lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo N. S. fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podía reposar sobre el lecho de la cruz sin nueva pena; las manos no podían sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los pies no podían con la carga sin aumentar sus heridas, y así Jesús, viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»*

La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fué en que la divinidad abandonó á la humanidad cuánto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió. Y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las penas de los demás procedía de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*» Mas para que entendiésemos que esta queja no nacía de desesperación, sino de amor por la razón dicha, no dijo solamente: *Dios* ¿por qué me desamparaste? Sino, Dios mío, Dios mío; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el sér que tienen; pero mucho más eres Dios mío, porque me comunicas tu divino sér y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues, ¿por qué, oh Dios mío, me desamparas en esta tribulación?

¡Oh buen Jesús, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo, como en el huerto, para confortaros en vuestra aflicción, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin; pero yo, Señor, os las diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad. Porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad por cumplir la mía, queréis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia. Lo queréis además para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro.

También puedo considerar, cómo Cristo N. S. se queja de otro desamparo, que sentía mucho más que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habían desamparado, y el pueblo hebreo le había dejado, y millares de hombres habían de desampararle, dejando su fe, atropellando sus sacramentos y desechando y pisoteando los frutos de su Pasión. ¡Oh dulce Jesús, no me espanto que os quejéis de este desamparo, pues siendo vuestra redención tan copiosa y tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella! ¡Oh Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones no quieren recibir vuestra fe, otras la dejan, y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos cristianos desamparan á otros, desamparándoos á Vos en cada uno de vuestros pequeñuelos. ¡Oh Padre Eterno, no desamparéis así á vuestro Hijo; y pues tantísimo ha merecido y ha trabajado en su Pasión, haced que sea de todos conocido y adorado por su rey y Salvador!

Punto III

De otros motivos del abandono de Cristo N. S. en la cruz.

Considera que la palabra de Cristo fué tan triste que no se ha oído igual desde que hay hombres, ni se oirá jamás. Fué una voz llena de maravillas, difícil de entenderse, y terrible de explicarse. Fué una voz proferida por el Verbo del Padre, que llenó de asombro al cielo y á la tierra, á los hombres y á los ángeles; y á todas las cosas inanimadas hubiera

dejado atónitas, si hubiesen tenido entendimiento y razón. Necesario es aquí todo el vigor y toda la fuerza de la fe, para penetrar en los misterios encerrados en las palabras de Jesús.

Ya iba casi á morir el divino Redentor, en medio del horror del sol obscurecido, y de las tinieblas que cubrían toda la tierra, pendiente del patíbulo de la ignominiosa cruz, cuando he aquí que con la grandeza y muchedumbre de los dolores, que por todas partes le oprimen, casi reducido á la nada, para mostrar al mundo cuánto sufría en su alma y en su cuerpo, cerca de la hora de nona exclamó con grande voz: «*Eli, Eli, lamma sabacthani; esto es: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?*»

Quejarse un hombre de otro es común, quejarse alguno de sí mismo es frecuente. Quejarse Dios de Dios, el Hijo del Padre, y tal Hijo de tal Padre, y cuando muere y de tal suerte muere, hecho obediente á su Padre hasta la muerte y muerte de cruz, es un misterio. Mira si lo es, en efecto, que abandone á su Hijo en la cruz aquel Dios que había de hacer que los mártires hallasen alegría en los tormentos, y que había de quitar su fuerza á los martirios para que no dañasen á sus elegidos. El hecho es que Cristo volvía hacia todas partes sus moribundos ojos para ver si había quien le consolase, y no lo encuentra. Vuélvese á su Madre, pero estaba su alma triste hasta la muerte. A los Apóstoles, y habían huído; á los judíos, y le blasfemaban; á los sacerdotes, y le escarnecían; á los verdugos, y acrecentaban su pena; á los ángeles de

paz, y éstos lloraban amargamente. No encontraba consuelo, ni en amigos, ni en enemigos, ni en hombres, ni en el cielo ni en la tierra. Cerrada la puerta á todo consuelo, destituído ya de todo alivio humano, pensó el Hijo divino, pródigo en amor, no viendo ya esperanza de consuelo, y dijo para su entristecido corazón: «Me levantaré é iré á mi Padre». El me oirá por la reverencia debida, porque soy su Hijo amado, en quien siempre se ha complacido. «*Dios mío, Dios mío*». Parece que el cielo es para él de bronce; no siente ningún consuelo. «*Dios mío, Dios mío*». Clama, y no se le oye; llama, y no se le abre; busca, y no encuentra. «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*»

¿Por qué le desampara el Padre Eterno? ¿Pues no atestigua David que no vió al justo desamparado? Este fué ardid del divino amor. Eres desamparado, ¡oh Jesús! para que Tú no nos desampares; eres desamparado del Padre, para que Tú no desampares á los hijos tus escogidos. Ahora que te veo á Ti, desamparado de tu Padre, entiendo que es verdad y lo será siempre lo que dijo David: «No vi al justo desamparado», porque el Padre te abandona, para no abandonarnos á nosotros.

Además Tú, oh Jesús, sufres el castigo nuestro que tantas veces abandonamos á Dios. Sabes que por boca de Jeremías se queja de todos nosotros: «Todos me abandonasteis». Así todos ingratos dejamos á Cristo, después que Cristo lo dejó todo por nosotros. ¿Qué no ha dejado Cristo por nosotros los hombres? Dejó el cielo, pues por nosotros los hombres descendió de allí. Dejó al Padre: «Salí del Padre y

vine al mundo». Dejó á su Madre, entregándosela á Juan, diciendo: «Ve ahí á tu Madre». Dejó sus riquezas: «Por nosotros se hizo necesitado, siendo rico». Dejó su hermosura: «No tiene forma ni hermosura». Nos dejó su cuerpo, sangre, vestiduras, alma, todo; y después de haberlo dejado todo por nosotros, se ve obligado á quejarse: «Todos me dejasteis». También llegará un día en que el pecador se vea de todo desamparado. Sí; que todas esas cosas que con tanto sudor, con tanta solicitud, con tantos trabajos, con tantos peligros y perdición de tu alma buscas, y por las cuales dejas á Dios, al fin, al fin, al dejar el mundo, te dejarán á ti, con tanto mayor dolor y llanto, cuanto las buscaste con mayor ansia y anhelo. Entonces te dejarán las riquezas, te dejará la gloria, te dejarán tus amigos, tus conocidos, tus allegados, te dejarán tus padres: todo te dejará. Finalmente, en aquella hora se cumplirá la amenaza que Dios hace por Ezequiel al alma que le deja: «Te desnudarán de tus vestiduras, te quitarán los adornos de tu belleza y te dejarán desnuda y llena de ignominia». Entonces dirán los ángeles al alma, desamparada de todo, las palabras de Jeremías: «Curamos á Babilonia, y no ha sanado: abandonémosla». Te dejará Dios mismo, como lo amenaza por boca de Moisés. «Se encenderá mi furor contra él en aquel día, y le dejaré, y esconderé mi rostro de él».

Pues para que no sean para tu condenación esos desamparos, Jesucristo es desamparado de su Eterno Padre en la cruz. El Justo es desamparado en sus penas, para que fuesen amparados los pecadores en las suyas: aque-

llo fué sumo rigor de la divina justicia, y esto sumo regalo de la divina misericordia. Además, como Dios N. S., desampara muchas veces á los suyos del consuelo y protección sensible y les deja sentir la flaqueza propia de nuestra frágil naturaleza, quiso Jesús ponerse en este estado para enseñarnos á nosotros cómo nos debíamos haber en él y para que jamás tuviésemos motivo para creer que El no había experimentado todos nuestros trabajos y dolores.

Coloquio.—¡Oh Jesús mío, que durante tu Pasión no te quejas, ni del discípulo que te vendió, ni del Apóstol que te negó, ni de los pontífices que te acusaron, ni de los testigos que te calumniaron, ni de los soldados que te escarnecieron, ni del presidente que te sentenció, ni de los verdugos que ejecutaron la sentencia; que no mostraste queja de los hombres que intervinieron en tu Pasión, habiendo experimentado en los tuyos mucha flaqueza y poca lealtad, y en tus contrarios mucho aborrecimiento y crueldad! ¿Y quéjaste á tu Eterno Padre, en quien reconocías infinito amor, suma justicia y bondad? Enséñame á acudir á Dios en todas mis penas con amorosas quejas de amor y confianza de hijo, y clavado en la cruz esperar del cielo todo mi alivio y mi descanso.

Propósitos.—Aprende de Jesús á padecer y á orar en medio de tinieblas y sin consuelos sensibles en el alma.

MIÉRCOLES DE PASIÓN

De la quinta palabra que habló en la cruz Cristo N. S.

Preludios.—Represéntate á Jesús crucificado, que, envuelto en aquellas milagrosas tinieblas, desgarradas sus manos por el peso del cuerpo, y éste estribando sobre sus pies sin otro apoyo, saborea la amargura del vinagre que para su sed le ofrecen sus verdugos, y pide al Señor con

tus lágrimas y con tu sangre saciar la sed que el divino Jesús tiene de tu salvación y la de todos los hombres.

Punto I

«Sitio.—Tengo sed.»

Considera primeramente la ardentísima sed que Cristo N. S. padecía, porque desde la terrible noche anterior no había bebido ni una gota de agua.

Era esta sed, sin duda, corporal, la que en aquel punto le afligía y le aquejaba. Porque la congoja y sudor del huerto, la mala noche pasada, los caminos que aquel día había hecho á unas partes y á otras, los dolores gravísimos de estar colgado en la cruz, y el haber derramado tanta sangre en ella, todas estas eran causas de tener secas las entrañas y consumida la virtud, y la lengua pegada al paladar, como de El estaba escrito en el Salmo 21: *«Aruit tanquam testa virtus mea, et lingua mea adhaesit faucibus meis»*. Y siendo tan estrecha su necesidad, y el remedio tan fácil, como era el que le diesen un vaso de agua, no le pidió ni hizo instancia por él, sino contentóse con declarar sencillamente lo que padecía, diciendo: «Sed tengo». Como si estuviera entre amigos que le quisieran bien, que en sabiendo su sed, hubieran de darle luego refrigerio.

¡Oh Virgen santísima! ¿Qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra, cuando visteis el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuisteis poderosa para dar un vaso de agua al Hijo que tan modestamente la pedía muriendo?

Pero ¿qué es esto, Salvador mío? ¿Vos, la fuente de aguas vivas, Vos que dais de beber

al alma sedienta, Vos manantial perenne de aguas cristalinas y purísimas, os quejáis de la sed? ¡Qué, os da más pena la sed que no la cruz, pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed! ¿Qué sed puede ser ésta que os fatiga tanto, sino el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio? Como si claramente nos dijerais: Más me duelen vuestros males que los míos, y más siento vuestras culpas que los tormentos de mi cruz. ¡Ah! Si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversión y penitencia la apagarían; y yo, más cruel que vuestros mismos enemigos, no acabo de daros en vuestra sed siquiera este alivio y refrigerio.

Mas Vos, Señor, así como teníais sed de mi remedio, así la tuvisteis de padecer mucho por mí, y por eso no os quejasteis de la cruz, porque vuestro amor vencía y sobrepujaba á vuestros tormentos. Y después de haber bebido aquel cáliz amargo, á que os ofrecisteis en el huerto con tanta resignación, os quedaba sed para beber otros muchos, si vuestro Padre lo ordenara; la cual sed quisisteis declarar cuando dijisteis: «Sed tengo». Bendita sea, Señor, vuestra caridad, que no la pudieron apagar las muchas aguas de tantas y tan amargas tribulaciones. Mas vuestro amor, Señor, fué tan encendido, que, como estaba escrito de Vos, os entrasteis en alta mar y la tempestad os anegó, y entraron todas las aguas hasta lo interior de vuestra alma; y con todo eso decís que tenéis sed, y estando en medio de la mar os parece el agua poca para satisfacerla y apagarla. Vuestra sed, Señor, no era solamente corporal; era de padecer, y así era sed

de la bebida que os dieron vuestros enemigos, porque con ella habían de acrecentar vuestro tormento. Estoy cierto que, si esperarais algún alivio de ellos, no os quejarais de la sed. Pero sabíais Vos bien lo que estaba escrito, que en vuestra sed os habían de dar vinagre, y para dar lugar á que se cumpliese esta Escritura, y no dejar de probar este tormento, dijisteis con voz alta desde la cruz: «Sed tengo».

Con ser la sed que sufría el Salvador tan grande, la sufrió y disimuló Jesús hasta que estaba para expirar, y entonces la declaró para que supiésemos lo que padecía en castigo de nuestras glotonerías, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. ¡Oh Piedra viva y pedernal de fuego amoroso! Pues estáis herido con la vara de la cruz, brotad, como la piedra que hirió Moisés, alguna fuente de agua con que refresquéis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, porque su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que se apague en mí la sed de todo lo terreno y sólo pretenda beber de los dulces manantiales que brotan de vuestras llagas sacratísimas.

Punto II

De otra sed espiritual que padeció en la cruz Cristo Nuestro Señor.

Considera que además de esta sed corporal tuvo Cristo N. S. sed insaciable de tres cosas.

Esto lo podemos sacar de la causa que da el Evangelista, por la cual dijo esta palabra: «*Sed tengo*»; porque dice que viendo cómo estaban ya cumplidos todos los trabajos que de Él habían profetizado los Profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed, para que éste se cumpliese dijo: «*Sed tengo*», provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenían.

En esto se descubren tres excelentísimas virtudes del Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligían. La primera fué insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar cosa alguna, por penosa que fuese; y como sabía que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla; y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua cuanto de gustar aquel vinagre, por obedecerle. ¡Oh amantísimo Jesús, cuyo manjar y bebida fué cumplir la voluntad de tu Padre! Dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa que en cumplirla.

La segunda sed fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que había padecido, deseaba padecer mucho más, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió que, viendo cómo le faltaba algo por padecer, dijo: «*Sed tengo*». Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. ¡Oh Redentor mío, confuso estoy de mí mismo, porque la sed que yo tengo no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos! Quitad de mí tan perniciosa sed, y trocadla en otra sed

como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer más y más por vuestro amor.

La última sed que tuvo Jesús fué de la salvación de las almas que con su Pasión redimía, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comía las entrañas, y de aquí procedía esta sed, que con mayores ansias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenía de mi salvación, y de que yo le sirviese con perfección, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber para refrigerar su sed. ¡Oh alma mía! mira que tu Señor está diciendo que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa; dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tu conversión con tus lágrimas de dolor como las de Magdalena, tu sangre y tu amor son sólo capaces de extinguir su sed divina. Tomad, Salvador mío, el vaso de mi corazón, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseáis, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca salga de ellas. Y Vos también, Jesús mío, dadme á beber de aquella agua que prometiste á la Samaritana, para que no vuelva á tener sed de las aguas cenagosas del pecado.

De aquí sacaré, que si quiero perfectamente imitar á Cristo N. S., tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas, esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios y de que muchos sirvan á Dios, porque tras éstas se seguirá la sed de ver á Dios en la gloria. Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo N. S.: *Bien-*

aventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

Punto III

Dan á beber vinagre en la cruz á Cristo N. S.

Considera cómo habiendo allí una vasija llena de vinagre, corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.

En este paso se ha de considerar la terrible crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre. No pudo Dios tener mayor liberalidad, que derramar toda la sangre de sus venas, sin dejar una gota, para bien del hombre; ni pudo ser mayor la cortedad y villanía, que en este mismo tiempo no dar el hombre algún alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto he de considerar, lo primero, el desamparo de Cristo N. S. en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de El y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun ese mezclado con la hierba del hisopo, mortal y desabrida. Sufría este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse, ni decir palabra de indignación, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, adonde los condenados piden, como el rico avariento, una sola gota de agua y no se les da.

Pondera luego la aflicción de Cristo N. S. en la sed espiritual que allí padecía, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la

caña, consideró la bebida que le habían de dar muchos pecadores, dándole sus corazones vacíos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y miseria de su carne.

Pero, ¿qué es esto, Señor? ¿Tan mal te has portado con los hombres que sólo mereces que te demos en tu sed vinagre, á Ti, que eres el refrigerio de todos los que sufren y tienen sed? ¿Luego la fuente misma tiene sed, y para apagarla te damos hiel á Ti, que nos has dado tu sangre preciosísima? Tú convidas á otros sedientos que vengan á Ti, diciendo: «Todos los sedientos venid á las aguas». Y «si alguno está sediento, venga á mí y beba». Tú eres la fuente de la sabiduría, el torrente de delicias, el abismo de dulzura, el pozo de aguas vivas: ¿y podrá faltar el agua al pozo, al abismo, al río, á la fuente? Recurre, pues, á Ti mismo para extinguir la sed. O, á lo menos, ese vinagre que te ofrecen los judíos conviértele en vino; pues eres fuente de aguas vivas. Mas verdaderamente, así como el Padre le había desamparado, así El se desamparó á sí mismo, y no quería gozar del más ligero alivio.

¡Oh Virgen, que estás junto á la cruz, y oyes clamar á tu Hijo: «¡Sed tengo!» y ves que en su sed le llevan vinagre! ¿Dónde están ahora aquellos pechos con que tantas veces alimentaste á Jesús niño, sediento? Tú en las bodas de Caná de Galilea, donde no faltaba que beber á los convidados, donde ninguno clamaba: sed tengo, movida á compasión de los convidados, dijiste á tu Hijo: «No tienen vino». Ahora tu mismo Hijo, que convirtió el agua

en vino, perece en la cruz de sed, y delante de Ti clama: «Sed tengo». ¿Cómo no te postras en tierra y clamas á su Padre: «No tiene vino?»

¿Qué extraño que no le tenga? Aquellos ebrios é insaciables bebedores de vino, «que habitan entre el vino y se ocupan en apurar las copas», aquellos ebrios, á quienes el vaso de elección llama «vasos de ira, aptos para la perdición, y vasos de contumelia», habían agotado todos los vasos del vino del placer. De aquí es que al Hijo de Dios se le ofrece sólo un vaso lleno de todas las amarguras del dolor.

¡Oh! Si en aquellos convites de que trata Isaías, cuando dice: «La cítara y la lira, y el tímpano, y la flauta y el vino en vuestros convites»; si en aquellas mesas en que se entregan á toda disolución aquellos relajados, y ebrios, resonase esta voz de Cristo, lamentable: «Sed tengo», ¿quién habría que no le ofreciese un vaso, á lo menos, de agua fría? ¡Pero cuán resfriada está ya en todos la caridad! Hasta esto le niegan los hombres. ¡Oh María! Ya puedes decir de tu Hijo, no que no tiene vino, sino que no tiene agua; porque no tiene sino hiel y vinagre. Mas aquellos bebedores del vino de todos los placeres que sólo tienen para Cristo hiel de pecados y de ingratitud, oirán algún día en aquel célebre teatro, delante de los ángeles y de los hombres, de boca del mismo que ahora muere de sed: «Estuve sediento, y no me disteis de beber». Ellos son los que, como aquel epulón del Evangelio, condenados á la sed eterna, clamarán: «Padre, envía á Jesús para que entre la extremidad

de un dedo suyo en el agua, y refrigere mi lengua, porque me abraso en estas llamas».

Para que Dios aparte de nosotros tal calamidad, refrigeremos ahora la lengua de Cristo sediento. Sed tiene de nuestras lágrimas. Clame, pues, cada uno con Jeremías: «¿Quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos» para refrigerar la lengua de mi Salvador? No tengo, ¡oh fuente de agua viva! sino estas dos fuentes de mis ojos que producen lágrimas amargas, porque habito en una tierra de amargura: estas lágrimas te ofrezco por bebida. De mis ojos correrán lágrimas de amor por tus beneficios, y de dolor por mis maldades. Con este llanto apagaré tu sed, para que en el último día oiga yo de tus labios «ven á mí porque tuve sed y me diste de beber».

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, cuán de buena gana fuerais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! ¡Y cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasión! Negociad, Madre mía, que mi vida sea tal, que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre.

Propósitos.—Apaga la sed de tu divino Salvador moribundo con las lágrimas de tu contrición y con el celo ardentísimo de la salvación de muchas almas.

JUEVES DE PASIÓN

Sexta palabra que habló nuestro Señor en la cruz.

Preludios.—Oye la voz divina de Cristo que dice: "Todo está consumado„ y pide que en la hora de tu muerte puedas decir á Dios: Señor, he concluído todo lo que me encomendasteis.

Punto I

La cruz y pasión de Cristo N. S., consumación de su oficio de Salvador y de Maestro.

Considera que Cristo N. S. trajo dos oficios al mundo, conviene á saber: de Maestro y de Redentor; y dos cosas le encomendó su Eterno Padre que hiciese, esto es, que nos enseñase y nos redimiese: la una y la otra obra llevó á cabo, y las terminó con divina perfección. De la primera dijo á su Eterno Padre, después de haber predicado el último sermón á sus discípulos en la Cena: «Cumplido he perfectamente y llevado á cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado y manifestado tu nombre á los hombres». De la segunda, dijo el mismo Señor cuando subía á padecer: «Ved aquí, que subimos á Jerusalén, y se acabarán de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre». Esta palabra, «*consummabuntur omnia*», se cumplirán todas las cosas, que dijo aquí el Señor de futuro, estando para expirar en la cruz, dió testimonio que estaban ya acabadas de cumplir; y por esto repitió de pretérito la misma palabra, cuando dijo: *Consummatum est.* «Todo está cumplido». Y así como se

cumplieron á la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor, así también llevó El hasta el cabo, y dió la perfección y consumación á sus divinos y soberanos intentos acerca de la gloria de Dios y remedio de los hombres. Todo esto se comprende en esta palabra: *Consummatum est.*

Maravillosa cifra y geroglífico de toda la sabiduría y de la justicia y bondad de Dios: el Hijo verdadero de Dios y de la Virgen colgado de una cruz, con una letra que diga: *Consummatum est.* Porque este enigma de la cruz, tan obscuro para la sabiduría humana, que fué escándalo para los judíos y locura para los gentiles, con solas estas palabras se declaró, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma cruz la virtud y sabiduría divina, y la perfección y consumación de todas las cosas. Ya está todo acabado; ya he bebido yo el cáliz de mi Pasión, hasta agotarlo, sin dejar nada en él; ya se han cumplido todas las profecías, y se ha dado luz á las sombras, y declarádose la verdad de las antiguas figuras; ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya está acabada la pelea contra el pecado y contra el infierno, y se ha conseguido ilustre victoria; ya se ha dado fin al curso de la peregrinación y de la vida mortal, y se da principio al imperio y triunfo de la gloria: *Consummatum est.* Palabra sin duda preñada de inefables secretos, que encierra en sí todo el misterio de nuestra redención, y que sólo pudiera decirla el que sólo pudo obrarla y sól

pudiera darnos tan alegres nuevas desde la cruz, el que quiso y pudo hacernos tan largas mercedes por medio de ella.

Por esto dijo el Señor, habiendo derramado su sangre: «Ya está pagado; ya la paga está consumada y perfecta». ¡Oh palabra llena de consuelo y de confianza! El hombre pobre queda enriquecido con esta gran misericordia; el que antes temblaba, como deudor, del nombre de justicia y se escondía porque no podía pagar su deuda, ahora pretende de Dios, como de justo Juez, corona de justicia, y parece seguro ante el tribunal divino, llevando delante esta palabra del Señor, que dijo: «Ya está pagado. Ya está el hombre redimido. *Consummatum est.*»

Punto II

La cruz de Cristo, consumación de su oficio de mediador.

Considera que, habiendo el Señor, dado al hombre de gracia lo que á El le costó su sangre y su vida, á saber, la remisión de sus culpas y la virtud para merecer el premio de la gloria, se asentaron con esto y se concluyeron las paces firmes entre Dios y los hombres. Porque los hombres con sus pecados tenían ofendida la divina Majestad y provocada su ira, y por seguir sus antojos habían negado la obediencia á su legítimo Señor, y no guardaban sus mandamientos. El cual era un estado muy miserable; porque ¿dónde podía huir ó cómo podía el hombre esconderse de Dios? ¿Y cuál de las criaturas le podía hacer amistad, teniendo por enemigo al común Señor de to-

das? ¿Y cómo podía tener paz consigo no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dificultoso, por no haber mediador que se pusiese á componer las partes y alcanzase de Dios perdón de lo pasado y del hombre la enmienda de lo venidero; puesto que mal se pueden hacer paces que sean firmes y verdaderas, si no es satisfaciendo los agravios hechos y cesando de hacer otros de nuevo. Mas el hombre por sí mismo era tan pobre y tan flaco, que ni tenía caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver á caer de nuevo en otras culpas. Esta, pues, era la causa por qué las paces con Dios no se hacian, y la guerra con enemigo tan poderoso había de ser á tanta costa del hombre flaco, que viniese á sentir la ira y saña de Dios con pena eterna.

¡Oh entrañas de la divina Misericordia! que en caso tan apretado proveyó al hombre de abundantísimo remedio, dándonos un mediador como convenía entre los hombres y Dios, Cristo Jesús, que era verdadero Hombre y verdadero Dios, en el cual tuvo por bien, como dijo el Apóstol, que morase la plenitud de la divinidad, comunicándose sin tasa y sin medida. Por El quiso admitir los hombres á su amistad y reconciliar consigo todas las cosas, haciendo las paces entre los cielos y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz. Y en esa cruz divina quedó para siempre clavada la sentencia de nuestra condenación, y firmadas eternas paces entre Dios y los hombres.

Estaba, pues, el Príncipe y mediador de la paz clavado en la cruz y levantado en el aire

entre el cielo y la tierra, asentando las capitulaciones que convenía para que las paces fuesen firmes y perpetuas. Y no trataba con Dios con sola fe, como los otros hombres, sino que le veía claramente, y cara á cara hablaba con El en presencia de los espíritus soberanos y de toda la corte celestial. Allí le estaba ofreciendo por parte de los hombres su sangre y su vida, para pago de sus deudas y satisfacción de sus injurias, y le suplicaba con gran clamor y eficacia y con lágrimas que los perdonase y se reconciliase con ellos: y fué oído de su Eterno Padre en su oración, así por la paga tan sobrada que ofrecía, como por la reverencia con que lo pedía y por lo que se debía á su persona. Por respeto de ella y de este sacrificio se reconcilió Dios con los hombres, y se ofreció á mantener de su parte la paz y amistad con ellos siempre: y concluído así este negocio, dijo el Señor desde la cruz: «Ya está pagado, ya está concluído todo y pacificado: *Consummatum est*».

Punto III

La cruz y pasión de Cristo, consumación de nuestra fe y esperanza.

Considera que por medio de la cruz se consumaron todas las cosas, y se pusieron en su punto y perfección: y muriendo en ella el Señor se hizo, como dijo el Apóstol, autor y consumador de nuestra fe. Por causa de que en la cruz obró las principales cosas que creemos, é hizo firmes las que esperamos, nos quitó el amor de las que en esta vida poseemos y nos allanó el camino para alcanzar las que en la

gloria deseamos. En esta cruz se halló el ser y el efecto de todas las promesas de Dios, el cumplimiento de las profecías, el cuerpo de aquellas antiguas sombras y la verdad de todas las figuras. Allí en la cruz está el compendio y motivo de nuestra fe y el firmísimo estribo de nuestra esperanza. Por eso dijo Cristo N. S. desde ella: Todo está acabado, todo está cumplido, todo está perfecto y consumado; ya está ejecutado todo lo que había trazado la eterna sabiduría, está pagado lo que pedía su rigurosa justicia, y está hecho en favor del hombre todo lo que convenía á su infinita piedad y misericordia. Ya está cumplido todo lo que se había prometido á los patriarcas, se había predicado por los profetas, y estaba significado y encerrado en las antiguas ceremonias y figuras. Ya está todo hecho: lo que era menester para enseñar nuestra ignorancia, y para esforzar nuestra flaqueza, y para corregir nuestra malicia: consumado está ya el remedio de todos nuestros males. Ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar á los tibios y alentar á los fervorosos, para curar los enfermos y preservar á los sanos, para el consuelo y aumento de los justos, y para el perdón y reconciliación de los pecadores. Ya está acabado todo lo que convenía para vencer al mundo, y para sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia y entereza á las afrentas y á los dolores, y estuvo por más de

t es horas colgado en la cruz, sin querer bajar de ella por mucho que sus enemigos se lo pedían, blasfemando de El porque no lo hacía, y ofreciéndose á creer en El si lo hacía: «si es Hijo de Dios, bájese de la cruz y creeremos en El». No veía la gente incrédula y ciega que no era de Hijo de Dios dejar empezado y por acabar el negocio de la Redención que había tomado á su cargo, sino llevarle hasta el fin, aunque fuese necesario juntamente con él acabar la vida; acabó la vida y acabó su empresa, y por lo uno y lo otro, dijo: *Consummatum est.*

Dióños ejemplo en esto para no desistir ni volver atrás de lo que una vez hubiéremos emprendido para mayor gloria y servicio de Dios, por muchas dificultades que se ofrezcan y contradicciones que se levanten. Perseveremos, pues, con firmeza en la cruz, y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la fe, trayendo siempre delante de los ojos al autor de ella, Jesucristo N. S., el cual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la cruz para nuestro remedio y ejemplo, no haciendo caso de la confusión y menosprecio que se le seguía de ella, y ahora está sentado á la diestra de Dios. Por esta causa muchas veces, como nos aconseja el Apóstol, con mucha consideración debemos revolver en nuestro pensamiento el ejemplo de aquel Señor que sufrió de los pecadores tan grande contradicción contra sí mismo, para que no nos acongojemos ni nos falte el ánimo en las dificultades y trabajos, pues aún no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra el pecado.

Conviénenos, pues, pelear y agonizar por la justicia hasta derramar la sangre y ser fieles hasta la muerte, si queremos alcanzar la corona de la vida y no huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como perseveró nuestro Salvador hasta que pudo decir: *Consummatum est.* No pueden ser largos los trabajos que tienen fin; breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo. Las tribulaciones de los suyos quiso Dios que pasasen pronto y aprisa; lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, á vuelta de cabeza ya es acabado. Y porque no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre El tan grande tempestad de pasiones y estando para morir, antes que expirase dijo: «Ya esto es acabado: *Consummatum est*».

Considera cómo al oir esta palabra levantaría sus honestísimos ojos la Virgen, á ver si con ella se acababa la vida del Hijo. Y ¿qué sentiría su piadoso corazón cuando, mirándole á la cara, en la amarillez y mudanza conociese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiría cuando viese perderse el color del rostro, secarse los labios, obscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho?

¡Oh nuevo género de martirio! ¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos de este día! ¡Veía la Virgen á su Hijo deshacerse en dolores, y no le podía ayudar; veía su cuerpo lleno de llagas, y no las podía curar; veía sus carnes sagradas teñidas de la sangre, y no se las podía lavar; veía su sangre de infinito valor

derramada por la tierra, y no la podía coger; veía sus ojos sangrientos y mortales que estaban llorando, y no los podía enjugar; veíale morir de sed, y no tenía qué darle á beber; veía la sagrada cabeza pendiente y caída, y no se la podía sustentar; oía mil blasfemias que le decían, y no podía volver por El; veíale desamparado de su Padre, y no le podía amparar; veíale que se le iba, y no le podía abrazar; veíale morir, y no podía morir con El! Así estaba el corazón de la Madre, que parece que quería desamparar su propio cuerpo con el deseo y ansia de su Hijo; y su espíritu, como enajenado de sí mismo, estaba todo unido con El en la cruz.

Coloquio.—¡Gracias te doy, Maestro y Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios y acabado la obra de nuestra redención! Todo nos lo dejas enseñado con la palabra y con el ejemplo. Bien puedes como divino triunfador exclamar desde el trono de la cruz: «Todo está consumado». Vencido está el error, el pecado y el infierno; redimido el hombre, predicada toda la verdad, satisfecha toda la justicia. Suplícote que acabes también en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en tus ojos acabado y consumado en toda virtud y pueda decir como Tú y á tu imitación: *Consummatum est.*

Propósitos.—Procura vivir de modo que tu conciencia te dé testimonio de que en la hora de la muerte podrás decir: Señor, he cumplido fielmente cuanto me habéis encomendado; he correspondido á mi vocación y he observado vuestra santa ley y las obligaciones todas de mi estado; he sido fiel á vuestras inspiraciones, y á mis reglas y santos votos. Todo está acabado...

VIERNES DE PASIÓN

De los dolores de María Santísima.

Preludios.—Mira á la Virgen santísima al pie de la cruz como la imagen del dolor más sublime que ha sentido pecho de madre en este valle de dolores. Pálido, pero divinamente transfigurado por infinita angustia el rostro virginal, llorosos los ojos, adonde irán á buscar consuelo los ojos todos que lloren, cubierta de negro manto salpicado con gotas de sangre de su Hijo, cruzadas sobre el pecho las divinas manos; mira así á la Virgen y aprende de ella, y pídele el saber sufrir con constancia y merecimiento.

Punto I

La Virgen Santísima sufre en el corazón los más terribles dolores de mujer y de madre.

Considera que el misterio de un Dios crucificado es, y ha sido siempre, motivo de escándalo para los judíos y los incrédulos, y de desprecio para los gentiles y los mundanos; pero para el cristiano fervoroso es, y será siempre, la obra maestra de la sabiduría y omnipotencia de Dios. Y no puede ser de otra manera, porque mientras los hombres sufrían los mayores males de pena y de culpa, las más tristes consecuencias del pecado, la divinidad realizaba las mayores maravillas de su amor y su poder en favor de los hombres. Pero el supremo esfuerzo de su amor lo realiza Dios desde la cruz, desde la cual muéstrase hombre que sufre y Dios que salva al mundo; allí dispone de su reino, da á María por madre á todos los hombres, y en la agonía manifiesta un poder que sólo es de Dios.

Pero entre todos los prodigios de tan gran misterio, hay uno que llama poderosamente

la atención y es el valor de las mujeres que figuran en la Pasión de Cristo, como una prueba clara de que el Hijo de Dios había venido al mundo á reformarlo todo. Los Apóstoles huyen cuando ven preso á su divino Maestro; Pedro le niega, Judas le vende, y, mientras los hombres tiemblan, un puñado de mujeres da público testimonio de su adhesión á Jesucristo sin que las detenga, ni la ignominia de la cruz, ni los denuestos é injurias de los sayones. Entre aquellas mujeres, y más cerca que ninguna de la cruz, está María. Considérala en medio de la conmoción y de las tinieblas de aquella hora suprema, superior á la debilidad propia de su sexo, fuerte, cuando todo tiembla, como el islote inconmovible ante los furiosos embates de las olas del mar. No pienses, sin embargo, que esa firmeza tiene su origen en la insensibilidad; todo lo contrario. La constancia de María no disminuye su pena, como no disminuye el furor del torrente el dique que se opone á su paso; y en María esa pena es tanto mayor cuanto que padece, como mujer y como madre, cuantos dolores pueden afligir á la naturaleza.

Considera además, que si toda mujer es un sér misterioso, nacido para sufrir y para amar, ninguna es tan capaz de la ternura y del sufrimiento como María, que es la mujer perfectísima por excelencia. Del mismo modo que la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, el corazón de María fué hecho para el dolor en un grado extremo, como cumplía á su título de corredentora del género humano. ¿Quién será, pues, capaz de calcular la ternura de su corazón? María, pues, al pie de la

cruz, sufre como mujer lo que jamás mujer alguna pudo sufrir.

Pero además de mujer es madre, y en la naturaleza no se encuentra un amor más tierno y más enérgico. Cuantas más inquietudes siente una madre por sus hijos, más los ama; cuantos más dolores sufre por ellos, más cariño les tiene; cuanto son más ingratos, más los compadece, y mientras más repugnantes son las enfermedades que padecen, con más amor los cuida. Todo otro amor cede y se rinde, y de ninguno se ha dicho, como del amor materno, que es fuerte como la muerte.

Mas á mayor amor corresponde mayor dolor, y por eso nadie sufre más que una madre los dolores de su hijo. ¿Qué madre no ha llorado con la viuda de Naín? ¿Qué madre no ha visto su imagen en la de Tobías? ¿Y quién no aplaude la idea de San Agustín, al llamar siete veces mártir á la madre de los Macabeos, porque presenció la muerte de sus siete hijos?

Aplica á María esta sola circunstancia, y verás cómo ninguna madre ha sufrido lo que ella. Es madre, y de un solo hijo, y ese hijo vale más que todos los hijos de todas las madres, porque es la suma perfección. El amor, pues, de María á ese hijo ha de ser, y es, por lo tanto, superior á todo amor maternal, y su dolor, por la misma causa, al verle padecer, es incomparablemente mayor al de cualquiera otra madre.

María, al perder á su único hijo, todo lo pierde, y aunque parece que después de dicho esto nada queda para ponderar su dolor, todavía hay otro motivo de pena para tan amoro-

sa Madre, y es que no sólo sufre por su divino Hijo, sino por todos los hombres, hijos de sus dolores y concebidos por ella al pie de la cruz. Allí fueron dados á luz á la vida de la gracia, y menester era que así fuese, porque así como en orden de la naturaleza tenemos, además de un padre, una madre, en orden de la gracia necesitábamos una madre que nos la transmitiera, y esa madre fué María. Mira si debes mostrarte digno hijo de una madre á quien tantos y tan acerbos dolores costaste.

De la medida de esos dolores, en lo que la mente humana es capaz de concebír, puedes juzgar sin más que fijarte en que todo lo que Cristo N. S. sufrió en el cuerpo, lo reprodujo el amor en el alma de su santísima Madre. Todas las heridas, todos los golpes, en una palabra, cuantos dolores padeció el Salvador del mundo, resonaron, hiriéndole, en el corazón de María, así como en un espejo se reproducen las imágenes de todos los objetos que están á su alcance.

No hay dolor, ¡oh Madre mía! semejante á tu dolor, de mujer y de madre, ni en este mundo de abandonos y desamparos, soledad semejante á tu soledad. La mar amarga tiene sus playas; las tristes y solitarias palmeras de los desiertos se ven refrescadas por el rocío de la aurora; tus angustias no tienen ni límites ni riberas; la noche de tu tristeza no tiene más aurora que tu esperanza; al mar de tu quebranto no puede hallarse fondo, y las olas de tu dolor acrecen sin más medida que tu dignidad, que es sin medida, y en tu corazón de Virgen-Madre se impelen unas á otras las olas de la amargura por un continuo flujo y reflujo

que te anegarían si no te hiciese falta la vida para sufrir más y más.

¡Dichosos, mil veces dichosos los mártires que se consuelan abrazándose en medio de las llamas y los potros con tu divino Hijo, muerto en la cruz! Tú al pie de la cruz y luego en ese abrazo de Madre encuentras tu martirio, superior á todo martirio, y en el cadáver de tu Hijo, el instrumento de tu dolor, que tal martirio y tal instrumento de dolor convenía á la Reina incomparable del amor y del dolor.

¡Oh! Al ver en tu seno de madre á tu vida muerta, al espejo de tu alma empañado, al rostro en que tú te mirabas, afeado, á la lumbre de tus ojos obscurecida; al tocar tú, ¡oh Madre mía! aquellas espinas que no punzan ya más que tu alma, aquellas llagas que abrió el amor más bien que los clavos y la lanza, quien te oyera exclamar: «¡Hijo mío, antes mi consuelo y ahora causa de mi pena! ¿qué hiciste tú, el más bueno y hermoso de los hijos de madre, para que así te parara la crueldad de tus enemigos? Hijo mío, si tú eres mi vida, ¿cómo vivo sin ti? Y si yo era tu vida, ¿cómo estás muerto mientras vivo yo? ¿Cómo tendré ojos para ver, si tú eras mi luz, ni oídos para oir, si no oigo tus palabras, ni pecho para respirar, si tú eras mi corazón, ni corazón para amar, si está muerto mi amor? Murió para mí la alegría, y hoy huérfana sin padre, viuda sin esposo, madre sin hijo, empieza mi soledad».

Incomparable dolor que sólo podía experimentar aquella en cuyo corazón el amor de un Dios, y el amor de un hijo que ha muerto, se compenetran para formar en el alma de una Madre Virgen el más sublime de todos los

amores. Como los rayos del sol cuando no convergen en ningún foco, no consumen lo que hieren, mas si se unen en un espejo, abrasan; así esos amores unidos y martirizados en María, destrozan en su soledad su corazón de Madre, bien así como muchos arroyos unidos en un torrente, destrozan los campos que fertilizarían, si corrieran separados.

Punto II

La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores de corredentora del mundo.

Considera que la muerte de un hijo único, según dice el Sabio, es golpe tan violento que hace perder el valor al varón más fuerte. En tan tristes momentos una nube de tristeza se levanta en el corazón, la razón se nubla y sólo el dolor es dueño del alma.

María tuvo un hijo, pero ¡oh pobre Madre! el amor que le tenía luchaba con otro amor no menos violento que se oponía á lo que aquél quería y ambas pasiones luchan y destrozan su corazón, como luchaban los dos gemelos en el vientre de Rebeca. Lo que un amor quiere, al otro perjudica, y no puede vivir un hijo sin que otro muera. Esta es la lucha que se entabla en el corazón de María. Querer la muerte del hijo y la salvación del mundo es muy doloroso; querer la salvación del hijo y la pérdida del mundo es muy cruel. ¡Qué lucha! ¡Qué combate! ¡Consentir la madre en la muerte del hijo y de tal hijo! ¿Quién puede medir la inmensidad de tan doloroso sacrificio? Colocada entre el dolor y la aceptación de la muerte de Jesús, entre el amor y la com-

pasión, permanece inmóvil. *Stabat mater dolorosa*. Por dolor mayor, más sublime, más divino, no ha pasado corazón nacido, ni puede pasar.

Pero ese es el dolor natural de la madre, otros hay que aún están por encima de tan acerbo dolor y son los que podemos llamar dolores de la gracia.

Para mejor comprender la intensidad de estos dolores has de considerar que basta tener corazón para experimentar los de la naturaleza y tener razón para comprender que á veces van más allá de la muerte. Mas para saber que la gracia tiene sus dolores, es preciso ser alma espiritual, y hace falta serlo en grado sumo, para comprender que esos dolores son más vivos que los de la naturaleza.

La razón de que así sea es, que la gracia como la naturaleza, tiene sus pasiones; pero como la gracia está muy por encima de la naturaleza, también lo están sus dolores que son más elevados, más vehementes y más fuertes que los dolores naturales. Sentado esto, has de considerar que la pasión más fuerte de la naturaleza es el amor profano, así como la más fuerte de las pasiones de la gracia es el amor divino; todo dulzura, cuando se piensa en él, porque es la fuente y la medida de los eternos consuelos. Pero hay una diferencia entre el amor que goza y el amor que sufre; es el mismo, pero tan diferente en sus operaciones, que mientras en el cielo es la paz y la ventura, en la tierra es el más cruel perseguidor de las almas virtuosas. Porque el amor divino se funda en el sacrificio y priva á las almas de todo consuelo según la naturaleza,

alimentándolas de cruces. El es el que conduce á los mártires á los potros y hogueras; él, el que hace mártires voluntarios á la Virgen, al anacoreta, al que se castiga á sí propio, como San Pablo, y á medida que ese amor divino es más intenso, es más cruel para sí mismo.

¿Y quién puede jactarse de haber experimentado esos dolores de la gracia, como los experimentó María al pie de la cruz? Allí mereció la Madre de la divina gracia el título de corredentora, con su divino Hijo, del linaje humano; allí el de Reina de los mártires, porque su martirio ha sido el más perfecto de todos los martirios: el martirio del amor.

¡Y qué amor! En primer lugar el amor de Dios que María poseía en grado sumo por su mayor conocimiento de la divinidad y la abundancia de gracias de que fué dotada desde el primer instante de su sér. Y ese amor, más perfecto que el de ninguna criatura humana, tenía que producir y produjo en Ella mayor dolor al ver padecer á aquel Dios á quien amaba, como nadie le ha amado, hasta el punto de hacer suya la muerte de su Dios.

Después el amor de su Hijo, mayor que el de madre alguna, porque fué más madre de Jesucristo que ninguna otra de sus hijos; pues habiendo concebido á Jesucristo por virtud pura del Espíritu Santo; la humanidad de Cristo era sólo de María, y el dolor que sintió al verle padecer y morir fué inmensamente mayor que el que otra madre pueda sentir al ver padecer y morir á su hijo.

Por último, el amor del hombre; porque María por la gracia, era madre de todos los

hombres representados por Juan, y los dolores que no sufrió en Belén, los sufrió con creces al pie de la cruz al ofrecer á Dios el sacrificio de su divino Hijo, por el amor de los hombres, de quienes era madre, abogada y corredentora.

Deduce de todo esto la obligación en que te hallas para con la Santísima Virgen que por tu amor sufrió dolor tan acerbo, y duélete á tu vez de haber sido la causa por tus pecados de tan crueles padecimientos.

¡Oh Madre amorosísima y afligida, que por mi amor sufristeis tan terribles dolores! Lleno de confusión me postro á vuestras plantas por haber sido causa de ellos, y firmemente propongo enmendar mi vida y morir antes de que con mis ofensas á vuestro divino Hijo renueve las heridas que por los pecados de los hombres sufrió vuestro amantísimo y purísimo corazón.

Punto III

La Virgen Santísima sufre en su corazón los dolores propios de la maternidad divina.

Considera que si los dolores de naturaleza y gracia que sufrió María pudieron ser y son, en general, comunes á la Virgen Santísima con las demás madres, hay otros que le son tan propios con su divino Hijo, que ni el Salvador del mundo los hubiera padecido, si María no le hubiese dado capacidad para ello. Estos dolores son los que pueden llamarse divinos, porque son los dolores sublimes propios de la maternidad divina, ya que en la humana no los tuvo.

Para comprender, en cuanto es posible al flaco entendimiento humano, la naturaleza y extensión de estos sublimes dolores, has de tener en cuenta que la unión de Dios con María es tan estrecha, que ni el mismo Dios pudo hacer otra más íntima ni que con ella pudiera compararse. Es hija, es madre, es esposa de Dios; ¡pero cuán diferentes y extraños son los caminos de Dios y de los hombres!

Cuando una persona se enlaza con un rey de la tierra, se cree no sólo que la miseria no puede alcanzarla, sino que la felicidad vendrá á ella como por derecho propio; pero en la unión de Dios con María sucede todo lo contrario, pues esa alianza, lejos de llevarla en la tierra á la cima de la prosperidad, la constituye el centro de todos los infortunios, haciéndola sufrir en la naturaleza y en la gracia como á la más perfecta de los santos, y por añadidura recargándola con el peso de los dolores divinos.

Jamás la inteligencia humana podrá sondear los infinitos abismos de esos divinos dolores; pero para formarte alguna idea de ellos, considera que en el orden de la nataraleza el padre y la madre se reparten la posesión del hijo, y que si éste muere, el dolor parece como que se reparte entre ambos. Pero María era á la vez padre y madre de Jesucristo, según la humanidad; luego tuvo que sufrir con la muerte de su divino Hijo más que ninguna madre nacida. Verdad es que el Padre Eterno es Padre y puede decir como María: «Mi Hijo ha muerto», pero es un Padre que es Dios, y la tristeza y el dolor no llegan jamás á su trono, y ese dolor y esa tristeza que como á Pa-

dre le correspondían, hubo de sufrirlos María además de sus dolores como madre.

Pero aún hay más. Jesucristo es el que en realidad sufre en la cruz dolores divinos. ¿Pero de dónde le viene el poder de sufrirlos? No de su Eterno Padre, que sólo le da la divinidad; luego ese poder proviene de María santísima que le da la humanidad, y como ésta subsiste en una persona divina, los dolores son divinos: y como por otra parte los dolores de Cristo son los de María, los dolores que María sufre son, por consiguiente, divinos, y consecuencia de su divina maternidad.

Además de esta razón hay otra más particular, que nace de la naturaleza, de la simpatía entre dos corazones, hasta el punto de que lo que uno sufre el otro lo sufre también, y como jamás hubo ni habrá una unión de corazones tan íntima como la que existe entre los de Jesús y María, porque no está fundada solamente en la naturaleza sino en la gracia, y no sólo sobre la gracia sino sobre la misma divinidad, puesto que el uno era hijo y María Madre de Dios.

Piensa, para concluir, que el Espíritu Santo es en la divinidad el lazo que une al Padre con el Hijo, y en la humanidad al hijo con la madre. Pero como en la divinidad hace que el amor y la paz sean comunes, hace, por el contrario, en la humanidad que los dolores lo sean también.

Además, la unión del cuerpo y del alma hace que los dolores sean comunes, como si fueran una misma cosa, ¿y qué comparación cabe entre la unión natural y la sobrenatural, entre la Madre de Dios y el Hijo de Dios? Son

como el alma y el cuerpo, y como el alma sólo es sensible porque se reviste del cuerpo, así el Verbo Eterno se hizo sensible porque María le revistió de la humanidad. Mas como el Espíritu Santo es quien ha causado esta unión, El es el que ha dado á Jesús el poder sufrir dolores divinos, y dando la maternidad á María, El es también quien le ha dado el poder de acompañar en el sacrificio á su hijo Jesús, sufriendo dolores que no pertenecen al orden de los dolores conocidos de los hombres.

Coloquio. — ¡Oh Madre santísima, Madre del amor y del dolor! grande es como el mar tu amargura y fuerte más que las rocas tu constancia en el padecer. ¿Cuál fué, Señora, tu sentimiento cuando estando al pie de la cruz viste á tu amado Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo, y no le pudiste cubrir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar á beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste volver por El; viste escupido su rostro, y no le podías limpiar; finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer aliento que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada con El. Aquellos entenderán algo de lo que tú, oh madre mía sufriste, que hubieren experimentado alguna vez las fuerzas de la caridad. Este amor quisiste tú, Señora, que fuese el sayón y el verdugo que atormentase tu alma y que hiciese en tu corazón tantas heridas como tu divino Hijo tenía en su cuerpo. Concédeme que sea yo hijo de tus dolores, y por ellos te pido que no permitas desperdicie yo la sangre del Hijo y los divinos dolores de la Madre.

Propósitos.—Acompañar al pie de la cruz á María y esto lo harás si sabes sufrir con ella, por ella y como ella.

SÁBADO DE PASIÓN

De la séptima palabra que habló N. S. en la cruz.

Preludios.—Oye á Cristo pronunciar en alta voz su última palabra; mírale inclinar dulcemente la cabeza y morir al que es vida de todo. Pídele, postrado en tierra, una muerte semejante á la suya en la paz de tu alma y en el ósculo de su santo amor.

PUNTO I

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Considera que poner una cosa en manos de otro es remitirla á su voluntad y disposición para que haga de ella como quisiere. Y si la cosa es muy amada y estimada, ponerla en manos de otro es tanto como encomendarla á su verdad y fidelidad, haciendo confianza de él, que por dejarla en sus manos y á su voluntad, se tendrá por obligado á conservarla y mirar por ella con más cuidado y solicitud. De esta manera solemos hacer cargo á otros hombres cuando les decimos: En vuestras manos pongo mi vida, ó mi honra, ó mi hacienda; obligándolos á ser tanto más cuidadosos de nuestro provecho, cuanto nosotros por su respeto y en su confianza quedamos descuidados, y sacamos de nuestro poder y disposición nuestras cosas más queridas por remitirlas y ponerlas en la suya.

Y si á los hombres, que se beben como agua la mentira y la maldad, honramos algunas veces de esta manera y hacemos de ellos esta confianza, ¿cuánto mayor razón es que honremos á Dios, fiándonos de El y poniéndonos en sus manos á nosotros mismos y á todas nuestras cosas, pues como dice el Profeta, es san-

to en todas sus obras, y verdadero y fiel en todas sus palabras? ¿Quién jamás se quiso valer de El que le faltase? ¿Quién se arrimó á El que no le recibiese? ¿Quién por fiarse de El cayó en vergüenza? ¿O quién esperó en El que le saliese vana su esperanza, principalmente cuando todo lo que tenemos es suyo, y ninguna cosa ponemos en sus manos que primero no la hayamos recibido de ellas? Así nos corre mayor obligación de humillarnos debajo de la mano poderosa de Dios, teniendo por bueno todo lo que hiciere con nosotros, y sujetándonos á su disposición y providencia.

Esta confianza que hacemos de Dios, entonces es de más estima cuando estamos en tribulación, y quitándonos algunos de los bienes que amamos, ponemos en sus manos los que nos quedan, para que haga también de ellos á su voluntad, por motivo de que con esto confesamos que es justo y santo en todo lo que hace con nosotros, y que cuando nos aflige, entonces nos ama, y que es fiel y verdadero en procurar nuestro bien, y que nunca debemos huir de sus manos, aun cuando las descarga pesadamente sobre nosotros. Y si pasare tan adelante la tribulación que llegare hasta la misma muerte, aun entonces debemos esperar en El, y no escondernos de su mano, aunque la veamos que nos amenaza con la espada desnuda, teniendo por cierto qne si nos mata por su mano, la muerte vendrá á ser causa de la vida.

Pues aquel gran Maestro de los hombres y honrador de su Eterno Padre, no dejó de enseñarnos esta doctrina desde la cruz, ni dudó de poner también en sus manos el espíritu que

quería apartarse del cuerpo, y al que llamó Padre en el huerto cuando le encomendaba su honra y su vida, después le llama también Padre cuando le encomienda su espíritu, diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y sabiendo de cierto que había de resucitar al tercero día, y que esta gloria era debida á sus merecimientos, no quiso con todo eso tomarla El por su mano, sino esperarla de mano de su Padre; por eso puso su espíritu en sus manos como en manos de fiel depositario, que al plazo señalado le había de volver á su cuerpo con grandes ventajas de gloria y de inmortalidad, y así le dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

De esta manera tomó Jesús posesión en nombre de todos los justos de las manos de Dios, que era el lugar más seguro que podían tener para que no les dañase la muerte. Y con habernos asegurado el Salvador las manos de Dios en que depositar nuestras almas, dió descanso al mayor de nuestros cuidados, cuando no sabemos qué ha de ser de ellas después de esta vida. Porque ¿qué hombre hay con un poquito de lumbre de fe, que no le ponga en congoja pensar lo que ha de ser de él para siempre? Esto debe de ser lo que más apriete á los que están en el artículo de la muerte, cuando le dan priesa al alma para que salga y no sabe adónde ha de ir, y sabe que á la parte donde cayere, allí ha de permanecer por toda la eternidad; y si estando en esta duda, quiere alguno asegurarse estribando en sí mismo, se anega en el piélago de los secretos de Dios. ¿Pues qué otra cosa puede hacer entonces mejor sino arrojarse en la

misericordia de Dios y poner todo el negocio en sus manos y decirle las mismas palabras que le dijo el Salvador cuando expiraba: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?»

Punto II

De la gran voz que dió Nuestro Señor antes de expirar.

Considera que notan los Evangelistas que dijo el Señor estas palabras con grande voz y clamor. Medita la causa por qué dió el Señor esta tan grande voz: con ella mostró la confianza y seguridad con que moría, y el triunfo que alcanzaba de sus enemigos, porque aquella grande voz fué voz de vencedor de la muerte. Mostró bien que era Señor de la vida y de la muerte, y que no moría por flaqueza y necesidad, sino por sola su voluntad; y que como tenía fuerza para dar aquella grande voz, la tuviera también para sustentar y detener la vida por todo el tiempo que quisiera. Mostró, finalmente, con esta voz milagrosa y sobre las fuerzas humanas, lo que con las demás señales que entonces sucedieron, conviene á saber: que era verdadero Dios, lo cual probó el suceso, porque como dice San Marcos, viéndole el Centurión, que estaba allí delante, que había muerto dando tan gran voz, dijo: «Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios».

Considera también mucho el profundo silencio que tuvo nuestro Salvador en el discurso de su Pasión, entre tantas acusaciones y calumnias, sin defenderse ni volver por sí, ni tachar los testigos y acusadores; de manera,

que el presidente gentil ante quien pasaba su causa, se maravilló de ello vehementemente. Y con mejor espíritu se habían maravillado antes de lo mismo los santos Profetas, porque uno de ellos dijo: «Este es mi siervo escogido, mi amado, en quien se agrada mi alma; no clamará ni se defenderá, ni oirá nadie su voz en las plazas». Siendo esto así, y que estuvo como mudo delante de los hombres y sin hablar apenas una palabra en ocasiones muy forzosas, con todo eso, en tres horas que estuvo en la cruz habló siete veces para provecho y enseñanza nuestra. De éstas, las tres veces habló con Dios, y las dos de ellas en voz muy elevada. De las cuatro veces que habló con los hombres, la primera fué con un gran pecador, para darle perdón é indulgencia; la segunda con dos grandes justos, que fueron su santísima Madre y el evangelista San Juan, para darles consuelo; y de las otras dos, la una fué con los circunstantes, significando la sed que tenía, que fué tanto como hablar con la sinagoga y mostrarle la sed de su remedio con que salía de este mundo, y hacer la última experiencia del vinagre que aquella viña le había dado siempre á beber; la otra palabra fué con la Iglesia nueva y pueblo escogido, dándole la buena nueva de que ya estaba acabado y concluído el negocio de su rescate y salud. Las tres veces que habló con Dios, las dispuso de manera que la una fué la primera, y la otra la postrera, y la otra la de en medio; enseñándonos con esto el recurso que hemos de tener á Dios en todas ocasiones, y que este ha de ser el principio, el medio y el fin de todos los negocios, aun en aquellos que

tratamos con los hombres. Y el haber hablado dos veces á su Padre con gran clamor, fué para declarar el fervoroso afecto y deseo encendido de donde nacían sus oraciones; porque grande clamor en los oídos de Dios es el deseo fervoroso del alma, aunque la lengua no se menee. Pues para mostrar el Señor el abrasado afecto de su corazón, quiso orar esta vez con grande clamor desde la cruz.

Diónos también con esto prendas seguras y esperanza cierta de que sus oraciones habían sido oídas, porque lo que se dice á voces es oído de todos. Pues estando el Padre Eterno tan cerca de su Hijo, y teniendo los oídos tan atentos á sus ruegos, ¿cómo no había de oir los que se hacían con tales y tan grandes voces? Bien sabía el Salvador que sus oraciones, aunque se hiciesen callando, eran clamores en los oídos de su Padre, y que su Padre siempre le oía: mas porque nosotros lo entendiésemos y advirtiésemos en ello, quiso hacer á voces esta postrera oración. De ella y de las demás dijo San Pablo, que nuestro gran Sacerdote en los días de su vida mortal ofrecía ruegos y oraciones, con grande clamor y con lágrimas, á aquel Señor que era poderoso para librarle de la muerte, y que fué oído, así por la reverencia con que oraba, como por la que se debía á su persona. Pedía este Señor á su Padre, ó no gustar la muerte si era posible, como se lo pidió en el huerto, ó que si su voluntad era que la muerte le tragase, le sacase presto de su garganta, sin que su alma se detuviese en el infierno, ni su cuerpo llegase á corrupción; de la manera que Jonás, aunque lo tragó la bestia, salió al tercero día libre y

salvo de ella, y fué oído el Señor en esta oración que hizo con muchas lágrimas y grande clamor, como dijo el Apóstol. Así, estando en la cruz entre los dientes de la muerte y á punto de ser tragado de ella, depositando su alma en manos de su Padre para que al tercero día la volviese al cuerpo, dijo con grande clamor: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Punto III

Inclina la cabeza Cristo N. S. y expira en la cruz.

Considera cómo dichas estas palabras, aquel Señor que es nuestra gloria, y por quien todos levantamos la cabeza, inclinó la suya y dió su espíritu. Los trabajos que el Salvador había padecido desde la noche antes eran tales, que mucho antes le hubieran acabado la vida si El, con su divina virtud, no la sustentara. El mismo había dicho: «Poder tengo para dejar mi alma muriendo, y para tomarla resucitando; ninguno me la puede quitar por fuerza; mas yo la dejaré de mi voluntad». Ninguno, por cierto, pudo quitarle la vida por fuerza, pues tanta fuerza como hicieron sus enemigos que buscaban su vida no bastó para quitársela, sino que la sustentó el tiempo que quiso, hasta que se cumpliesen en El las escrituras y toda la voluntad de su Padre. Hecho esto, dijo: «Ya está acabado todo lo que tengo de hacer y padecer»; y como á quien le quedaba el brazo sano y el poder entero, dió aquella voz tan sonora, encomendando el alma en manos de su Padre.

Concluído esto dió licencia á la muerte, y El mismo se compuso para morir con aquel deco-

ro y majestad que á su persona convenía; porque murió en pie como esforzado, y para que la muerte no le derribase la cabeza, El mismo la inclinó blandamente sobre el pecho; luego se le puso el color mortal, los labios cárdenos y la nariz afilada, y todo el cuerpo se estremeció en la cruz, y El dió su espíritu en manos de su Padre, y su vida y sangre preciosa por el remedio general de todos los hombres.

El cuerpo muerto se quedó colgado en la cruz apartado del alma, pero unido siempre con la persona del Hijo de Dios. La crúz sustentaba en lo alto aquel cuerpo sagrado que se había ofrecido por nosotros, y representaba á los ojos de Dios el precio de nuestra salud y el mediador de nuestra reconciliación, y á los ojos de los hombres el consuelo de nuestros trabajos, el dechado de nuestras costumbres, la imagen ejemplar de los predestinados, el capitán de nuestras peleas, la guía de nuestra peregrinación, el estribo de nuestra esperanza, y el incentivo y despertador de nuestro amor; el terror y espanto de los demonios, el vencedor de la muerte y del pecado, y espectáculo de toda caridad, el cual, desde su misma cruz como desde una cátedra, nos está siempre enseñando, reprendiendo y exhortando á toda virtud y perfección.

Coloquio.—¡Oh buen Pastor, cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! ¡Oh sumo Sacerdote, cuán buen sacrificio habéis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! ¡Oh sapientísimo Maestro, cuán alta lección de justicia y santidad habéis leído en esa cátedra! ¡Oh Redentor liberalísimo, cuán copioso precio habéis dado por la redención de vuestros cauti-

vos! ¡Oh Sol de justicia, que salisteis como gigante del Oriente, cuán bien habéis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el ocaso del Calvario! ¡Gracias os doy por los trabajos que habéis tomado por mi amor! Tiempo era ya que descansaseis, dando fin á vuestras penas y trabajos. Pues ¡oh dulce Jesús! como Vos encomendáis vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mío en las vuestras, las cuales tenéis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas! Ahí tenéis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mías no está seguro mi espíritu, porque son muy flacas, yo le entrego en las vuestras, que son muy fuertes, para que en ellas duerma yo y descanse por toda la eternidad.

Propósitos. — Ponernos á nosotros y á todas nuestras cosas siempre y en todas ocasiones en manos de Dios.

DOMINGO DE RAMOS

De la entrada solemne de Cristo N. S. con palmas y ramos.

Preludios.—Represéntate al humildísimo Jesús mansamente montado en el asnillo, no como un Rey del mundo, sino como Rey manso y humilde y sabedor de que los agasajos con que iba á ser recibido, eran figura de los que se hacían al cordero pascual antes de ser inmolado, y pídele hondo desprecio de todas las pompas y vanidades humanas.

Punto I

De las amorosas causas porque ordenó el Salvador su entrada en Jerusalén.

Considera cómo Cristo N. S., cinco días antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalén, donde había de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría y con grande

pompa exterior, así como solían los hebreos recoger en su casa al cordero pascual cinco días antes de sacrificarle. Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.

La primera, para manifestar las ganas que tenía de padecer, y la alegría con que recibía los trabajos que le esperaban en Jerusalén, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á fiestas, porque el celo de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su Eterno Padre por la salvación de los hombres, le ponía gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenía tan presentes, como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació que los mártires iban á las cárceles como á fiestas, y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores. ¡Oh dulce Jesús, corrido estoy en tu presencia por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor! Ayúdame, Jesús mío, á que me goce en padecer algo por Ti, como Tú te gozabas en padecer por mí.

La segunda causa fué para que entendiésemos que, cuando en el huerto de Getsemaní, y en el transcurso de su Pasión, había de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á cuya natural inclinación contradecían los dolores del cuerpo; mas también los tomaba de su voluntad y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecía en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del es-

píritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores.

La tercera causa fué para manifestar que todas las injurias, calumnias y persecuciones que había recibido en Jerusalén las veces que había estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que le tenía, y el deseo y gusto que recibía en visitarla y enseñarla, y hacerle todo el bien que pudiese; y con esto también le aseguraba que las afrentas y dolores que en ella había de padecer esta vez, tampoco le entibiarían su caridad, ni serían parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. ¡Oh inmensa caridad de Jesús! ¡Oh fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas, ni los ríos de las tribulaciones pueden apagar! Hasta el día de hoy dura en El este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia; sin embargo de esto, vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas y á querer visitarme y darme de nuevo su gracia; y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. ¡Oh, bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los ángeles por ella! Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mío, á esta ingrata Jerusalén de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca más echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy muy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

La cuarta causa fué para que entendamos, que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad, y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa á los ojos de Dios y de los ángeles y de los justos; y así, se ha de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice San Pedro, de padecer como homicida ó maldiciente ó ladrón, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano por razón de la justicia, honra mía es, como lo fué de mi Señor.

Pero más adelante pasó la caridad de Jesús y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalén con tanta honra y acompañamiento, para que después sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caía de una grande honra. De suerte que nuestro buen Jesús siempre huyó la honra exterior de los hombres; y si esta vez la procuró ó aceptó, fué para que con ella fuese después muy mayor su deshonra, ordenando la honra á padecer más ignominia. ¡Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la hambre insaciable de padecer ignomias que tuviste, por la cual te suplico humildemente me des tales ganas de padecer por Ti afrentas, que no se menoscaben aunque reciba honras!

Punto II

De las alabanzas con que el Señor fué recibido.

Considera el modo con que Cristo N. S. hizo esta entrada. Envió dos de sus discípulos, di-

ciéndoles: «Id á un lugar que está enfrente de vosotros; allí hallaréis una jumenta atada con su pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán». Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesús.

Aquí se ha de ponderar, cómo el Rey del cielo, queriendo dar muestras de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pie por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pie, ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, adornado con las pobres capas de sus discípulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre; por la cual había de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: «Decid á la hija de Sión: Alégrate, hija de Sión, porque tu Rey vendrá para ti, justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento». Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razón es que lo sean también de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de prepararme para salir á recibirle, pues á mí también se dice: Tu rey viene para ti. ¡Oh, si entendiese quién es este rey mío, y cómo viene para mí! Tú, salvador mío, eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de ángeles, de cielos y tierra: Rey por tu naturaleza, Hijo del Eterno Padre y Monarca de todo lo criado; y Tú vie-

nes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y protección. ¡Oh Rey amado mío, tú para mí, y yo para ti! Veisme aquí dedicado para ti, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mío: y pues Tú vienes pobre, manso y humilde, yo también quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

Pondera luego el misterio que está encerrado en las circunstancias de este hecho. Envía dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar á los pecadores, que viven vida bestial y están atados con las sogas de sus pecados, y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija, como rige al jumento el que va sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimentos cesarán con el nombre del Señor, que les envía por ellos, porque tiene de ellos necesidad para su gloria. ¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! ¡Oh Rey de gloria! ¿qué necesidad tenéis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos,

que no Vos de mí; yo por mis pecados soy como bestia atada con las cadenas de mis pasiones. Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, y á Vos, Dios mío, por mi gobernador en ella: no permitáis que el demonio, mundo y carne estorben esta soltura; decidles con vuestra palabra que tenéis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

Punto III

¡Gloria sea al hijo de David!

Considera cómo caminando Cristo N. S. sentado en su jumento, á deshora, por inspiración del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas; otros cortaban ramos de los árboles y olivos, que estaban en aquel valle; otros venían desde Jerusalén á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan á Dios, diciendo á voces: «Gloria sea al Hijo de David; salva, Señor, al Hijo de David, y por El nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo y gloria sea á Dios en las alturas».

Sobre este hecho tan maravilloso, que todo procedió de inspiración del Espiritu Santo, pondera cuán de verdad honra el Padre Eterno á su Hijo, con honras y alabanzas verdaderas; porque así como cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal

de Belén, envió ejércitos de ángeles que solemnizasen su entrada y dijesen: «Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad», así cuando entró esta vez en Jerusalén, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de niños inocentes y puros, para que solemnicen su entrada y digan con el mismo espíritu: «Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor». Los ángeles piden paz, en la tierra, de los hombres para con Dios, y estos hebreos piden paz, en el cielo, de Dios para con los hombres. ¡Oh Padre Eterno! gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando va por cumplir tu voluntad á ser menospreciado. ¡Oh Espíritu santísimo! gracias te doy porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome, Redentor mío, de que todos te alaben y bendigan; y yo con el mismo espíritu te alabo y bendigo, diciendo: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del Prefacio, en memoria de la venida que Cristo N. S. hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Bendito sea el que viene del cielo á este Sacramento para salvarnos; venga con El la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

Pondera además la devoción de la gente que se quitaba las capas, y las tendía en el suelo para que las pisase Cristo N. S. en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de ello. Y con este espíritu arrojaré todo lo mío á los

pies de Cristo, para que El haga de ello lo que quisiere. Saldré á recibir á este Rey de la gloria, que viene á mi alma en el Sacramento de su amor, y cada vez que venga le prepararé en ella una entrada triunfal y haré que todas mis potencias y sentidos, entre palmas de victorias, clamen con júbilo: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

Coloquio.—¡Oh Redentor mío! Ved aquí cómo arrojo á vuestros pies, no sólo mi hacienda, sino mi honra y mi contento, mi corazón, y á mí mismo todo: pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéredes; triunfad de mí, que he sido enemigo vuestro; yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo, porque rendirme á Vos, es victoria vuestra y ganancia mía, y es victoria mía en virtud vuestra. Entrad en mi alma, y nunca más la abandonéis, que yo tampoco quiero dejaros.

Propósitos.—Aprender á despreciar los triunfos humanos y las glorias efímeras de la tierra. Hoy reciben con ramos y palmas al Señor, y dentro de cinco días, del mismo árbol de que hoy cortan las ramas hacen la cruz para crucificarle, y al ¡Hosanna! sucede el *¡Crucifícalo!* Así son de pasajeros los triunfos de la tierra.

LUNES SANTO

De las lágrimas que derramó Cristo N. S. sobre Jerusalén y de los misterios de este día.

Preludios—Contempla á Cristo N. S. llorando sobre Jerusalén y pide no darle nunca motivo para que llore sobre ti, sino servirle siempre de consuelo y de descanso en sus penas y trabajos.

Punto I

Llora Jesucristo sobre Jerusalén.

Considera cómo prosiguiendo Cristo Nuestro Señor su camino, con el acompañamiento y

aplauso de toda la muchedumbre, en llegando á ver la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella.

Pondera el motivo de estas lágrimas divinas de Cristo, el cual tiene más particular misterio que las otras veces que lloró. De cuatro nos habla el Evangelio. Lloró en el pesebre cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento. Además, lloró cuando resucitó á Lázaro, y ni esto fué mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. También lloró en la cruz, y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es, que llore esta vez cuando se ve en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanzas.

¿Por qué, pues, llora Jesucristo? Primeramente, para que conociésemos cuán poco caso hacía de la gloria mundana, y cuán poco se le pegaba al corazón, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, El derramaba lágrimas. ¡Oh, cuán lejos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las regaba con lágrimas y suspiros!

La segunda causa más principal, fué su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalén á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos, y juntamente el llanto que ahora tiene por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice San Lucas solamente que lloró, sino que lloró sobre la ciudad de Jerusalén, para que se entendiese

que no lloraba sobre sí mismo por los trabajos que había de padecer, sino que olvidado de éstos, lloraba sobre la desdichada Jerusalén por los pecados que había de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habían de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. ¡Oh dulce Jesús, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh, cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! ¡Oh alma mía, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasión!

Lo tercero, podré ponderar, cómo es creíble, que así como Cristo N. S., mirando á esta ciudad de Jerusalén, en la cual había algunos buenos pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destrucción que por su causa vendría sobre ella, así también entonces se le representaría la ciudad de este mundo y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores con justos, y mirando los pecados de los malos y los castigos que por ellos habían de venir, también lloraría sobre ellos; y, por consiguiente, lloraría también por mis pecados, pues los tenía presentes. ¡Oh Redentor mío, cuánto me pena de la causa que os he dado y doy para que así lloréis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, por que yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado,

Punto II

Profetiza Cristo N. S. terribles males á Jerusalén

Considera las palabras de Cristo N. S. cuando lloraba sobre la ciudad deicida. Lo primero, dijo: «Si conocieses tú en este día las cosas que son para tu paz y ahora te están escondidas».

Que es decir: ¡Oh Jerusalén, si conocieses tú lo que yo conozco en ti y de ti, sin duda llorarías como yo lloro; y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda también me alabarías y aceptarías el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este día tuyo, y este buen día que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirías y no dejarías pasar parte de él. Pero todo esto te está escondido por tus pecados; y por eso, ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites.

De estas palabras de Cristo N. S. sacaré, que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas, es á saber: mis miserias y el remediador de ellas, que es Cristo N. S., con los medios que El me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia ó en la religión. Y al contrario, el principio de mi perdición es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tenerlo entre las manos. ¡Oh buen Jesús, ahora veo con cuánta razón lloráis nuestra ceguedad, pues en tan

poco estimamos el bien que nos ofrecéis, siendo digno de tan infinita estima! Quitad de mí y de todos los hombres este velo de ignorancia para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve, no llora; y si viese, luego lloraría.

Luego profetizó los castigos que habían de venir sobre esta ciudad, diciendo: «Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita». Esto es, porque no conociste este día en que Dios te visita y viene á salvarte. De donde inferiré que si la Jerusalén presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvación y perfección, también serán castigadas con terribles castigos; y por consiguiente, pues apenas hay día en que Dios no me visite en la oración ó fuera de ella, con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, también seré castigado. Por tanto, alma mía, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo; mira bien las veces que Dios te visita cada día, pues viene para tu provecho, y si le dejas será para tu daño.

Finalmente, pondera que si Cristo N. S. tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad por el amor que la tenía, ¿cuánto más lloraría el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia, en el día de la cuenta? ¡Oh piadosísimo Jesus, con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de

esta perversa Jerusalén, mirando como habían de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados no sólo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbación y desorden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusión! Allí llorarán con llanto perpetuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorasteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habéis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ello con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

Punto III

De lo que hizo en este día Cristo N. S.

Considera cómo entrando Cristo N. S. en Jerusalén, luego se fué al templo á dar gracias á su Padre Eterno como lo tenía de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitación de los demás, renovaron el cántico: «*Hosanna, filio David*». Y los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo que dicen éstos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura? De la boca de los infantes y de los niños de pecho sacaste perfecta alabanza».

Pondera, por una parte, la bondad y liberalidad de Cristo N. S. en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiración en mover las

lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte, la maldad de los fariseos en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecía la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar. ¡Oh Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazón, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho! Y hazme niño en la sinceridad y pureza para que mí boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos.

Pondera cómo habiendo estado Cristo N. S. todo aquel día trabajando en predicar y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus Apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres con Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan pronto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo, cuya pena profetizó Cristo el día siguiente por la mañana, maldiciendo á la higuera que no tenía fruto de que comiese, y al punto se secó.

Coloquio.—¡Oh Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldición á los malos el día del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino no te quisieron hospedar! ¡Oh alma mía! no dejes por temor humano de convidar

y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador, como los Apóstoles en la entrada de Jerusalén tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole con honra y con deshonra, para que El te reciba en su eterna compañía.

Propósitos.— Mira si por la esterilidad de tus obras y lo torcido de tus intenciones y el poco fruto que sacas de la frecuencia de sacramentos, eres árbol estéril y seco, expuesto á las maldiciones del benignísimo Jesús. Procura no contentarte sólo con el follaje exuberante de obras exteriores que se ven por de fuera, sino atiende más al fruto sólido de las buenas obras, el que se conocerá si adelantas en las virtudes interiores y en la mortificación de tus pasiones.

MARTES SANTO

De la cena de Cristo N. S. en Betania [1].

Preludios.—Contempla á la Magdalena á los pies de Cristo, y pide saber amar y llorar como esta santa pecadora.

Punto I

La Magdalena á los pies de Cristo.

Considera cómo habiendo sido convidado Jesús en Betania, estando en la mesa, llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, en que cabía una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los pies de Jesús, y los limpió con sus cabellos; y quebrando el ala-

1 Aunque esta cena se hizo seis días antes de la Pascua del cordero, y un día antes de la entrada en Jerusalén con ramos, como refiere San Juan; mas San Mateo y San Marcos la cuentan después, por la ocasión que de allí tomó Judas para vender á Cristo N. S., y por la misma causa seguimos aquí ese orden.

bastro, derramó lo que tenía sobre la cabeza de Jesús, quedando la casa llena del buen olor.

Considera, además, cómo la Magdalena dos veces ungió á Cristo N. S. La primera, en su conversión, para alcanzar perdón de sus pecados. La segunda en esta cena, en agradecimiento de la resurrección de su hermano Lázaro, de lo cual quiso dar público testimonio arrojándose á los pies de Cristo y lavándolos con lágrimas de amor como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenía, que eran sus hermosos cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. ¡Oh, qué atento y qué contento estaba el Salvador mirando la obra de esta su sierva, y mucho más ponderando la devoción y afecto interior con que la hacía, deseando hubiese muchos en su Iglesia que en esto la imitasen. Y así para imitar el espíritu de la santa penitente, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios N. S. las dos deudas que le debo: una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y ésta con más fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y más precioso que tuviere.

Pondera que, como toda la casa se llenó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia se edifica y conforta con los ejemplos y virtudes de los buenos y fervorosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos para ser, como dice San Pablo, buen olor de Cristo, y provocar

con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

Punto II

Murmuran de Magdalena los discípulos.

Considera cómo viendo Judas Iscariote lo que había hecho María, dijo: «¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros y se dió á los pobres? Y esto lo decía, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladrón y tenía la bolsa común, y hurtaba de lo que daban, y también los discípulos llevaban esto pesadamente y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.

Pondera, primeramente, cómo nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intención, como Judas, otros por ignorancia ó buen celo; aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreación de ser ungido, y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres, y también tácitamente esta murmuración redundaba contra el Maestro que lo permitía. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabían ponderar el espíritu que movía á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movía á Cristo para aceptarla, y por su poca devoción, ó por su aprensión superficial la condenan y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie

con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios, que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo N. S. nos dijo: «No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados». Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones, como Judas encubrió las ganas de hurtar del dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á los pobres.

Pondera también, cómo es muy creíble que esta murmuración comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás á que también murmurasen, para que se vea cuánto daña el mal ejemplo y cómo un malo lleva tras sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchió del buen olor que procedió de la obra buena que hizo María, así también se llenó del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuración.

Punto III

Defiendé Jesús á Magdalena.

Considera cómo Cristo N. S., viendo todo esto, dijo á sus discípulos: «¿Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la

que ha obrado en Mí; porque siempre tendréis con vosotros pobres; pero á Mí no me tendréis siempre y ésta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Dígoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que ésta hizo en mi memoria».

Pondera las heroicas virtudes que Cristo N. S. descubrió en estas palabras. La primera, fué grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella como lo había hecho otras veces, porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual es gran cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá Dios excusarme y volver por mi honra que yo. Así como Cristo N. S. defendió á la Magdalena mucho mejor que ella supiera defenderse, porque si ella quisiera excusarse, quizá nó acertara ni saliera con su intento.

La segunda virtud fué grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas, porque aunque vió turbada su escuela, ni se turbó ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenían y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que había sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podría ungir después de muerto. Lo cual fué así, porque cuando fué á ungirle ya era resucitado. ¡Oh Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandu-

ra, para que cure los males con la mansedumbre y no los empeore con mi indignación!

La tercera virtud fué grande caridad y liberalidad, con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman, en su mayor provecho; porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada, ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados, si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió que en todo el mundo sería esta obra publicada y predicada como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos que esta obra fué santa y por inspiración divina, y alabamos á la que la hizo.

Coloquio.—¡Oh Redentor mío! En cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devoción de esta vuestra sierva y le doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho más alabo la liberalidad que tenéis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis que de esta obra murmuraron, queréis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, alma mía, servir á otro Señor sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran y en premiar á los que le sirven. Ayudadme, Jesús mío, para que, como la Magdalena, todo lo sacrifique por Vos, sin miedo á críticas ni murmuraciones, y que con mis buenos ejemplos atraiga á muchos á que os conozcan y alaben como á su Rey y único dueño por toda la eternidad.

Propósitos.—Procura interpretar bien y echar á buena parte las acciones de los demás, y no ser como Judas, que aun las obras más santas le dieron ocasión para la maledicencia y la calumnia.

MIÉRCOLES SANTO

De cómo Judas vendió por treinta dineros á Cristo N. S., y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle.

Preludios.—Mira al traidor Judas concertando con los Escribas y Fariseos la venta de Cristo N. S., y pide no ser tú jamás discípulo infiel de tu divino Maestro.

Punto I

De la gravísima injuria hecha á Cristo N. S. por el traidor discípulo Judas.

Considera cómo el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre, y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habían vendido por el pecado. Este Señor tan soberano y bienhechor de todos, es vendido á traición y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa por dos causas: para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa, y para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dinero.

Considera después cómo la injuria de Cristo

N. S. creció; porque quien le vende, no es algún enemigo descubierto, sino un discípulo suyo, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros. Mira adónde van á parar los que en el servicio de Dios son tibios, como los grandes escandalosos y los grandes heresiarcas, caudillos de los que entregan á Cristo, los cuales se parecen siempre á Judas; y no te escandalices de que hoy haya malos sacerdotes que capitaneen, como siempre, á las turbas que crucifican á la Iglesia, cuando hubo un Apóstol ingrato que vendió á su divino Maestro.

El motivo principal que tuvo Judas para esto, fué la avaricia; por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre, porque Judas, inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasión en cosas pequeñas, vino á caer en otras espantosas. De suerte, que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento de la justicia, la murmuración, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traición á sus mismos enemigos; por donde se ve el extremo de maldad adonde llega un hombre desamparado de Dios y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado más alto que había en la Iglesia, cayó en el abismo más profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo N. S., cuando dijo á sus Apóstoles: «¿Por ventura no os escogí yo á todos y el uno se ha hecho diablo?» Que fué decir: Con ser yo propio el que os escogí para el Apostolado por mi gracia, uno de vosotros

se ha convertido en hijo del demonio y grande adversario mío por su culpa.

De esta consideración sacaré un grande temor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glorioso San Bernardo: «En ningún lugar hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer; ni en el Paraíso, pues de allí fué echado Adán, y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador». Lo cual no se dice porque no se haya de escoger el lugar más seguro, sino para que después de escogido, ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. Así que aunque ahora estés en pie, teme y mira que no caigas; porque si cayó el que era Apóstol de Cristo y conversaba con El familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos y gozando de sus milagros, ¿cómo no temerás tú caer, pues nada de esto tienes? ¡Oh Maestro piadoso! tened de vuestra mano este pobre discípulo para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

Punto II

De otras circunstancias afrentosas de la venta de Cristo N. S.

Sea la primera considerar las personas á quien Cristo N. S. es vendido y el fin para que le compran. Es vendido Jesús á los príncipes de los sacerdotes con los demás escribas y fariseos y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo por la ira y rabia que tenían contra El. De suerte que el traidor no le vende á quien le compra-

ra para libertarle y tomarle por Señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh crueldad endemoniada del vendedor! ¡Oh furia infernal de los compradores! ¡Oh mansísimo cordero ¿qué injuria es esta que padeces, siendo vendido para ser sacrificado por mano de tan crueles verdugos? ¡Oh Salvador del mundo! vendido eres hoy como el patriarca José lo fué de sus hermanos, aunque con diferente fin, porque aquel fué vendido para librarle de la muerte, y Tú lo fuiste para que te diesen cruel muerte; aquel con su vida salvó á Egipto, y Tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia; y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

Pondera luego la grande afrenta que resultó á Cristo N. S. de esta venta en la opinión de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando la estaba mirando, aunque estaba lejos. Porque es de creer, que Judas para encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diría de El mucho mal á los del concilio, diciendo que se salía de su escuela porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese pies y cabeza con un ungüento que valía trescientos dineros, etc. Y todo esto oían con grande gusto aquellos sacerdotes sin haber quien volviese por Cristo. ¡Oh dulce Maestro, cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quien vuelva por

vuestra inocencia, como Vos volvisteis por la Magdalena! Grande, Señor, fué vuestra injuria; pero mayor fué vuestra paciencia, porque más sentís la culpa del injuriador que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos y sus súbditos ó vasallos.

Mira, por último, el precio porque es vendido Cristo N. S., por treinta dineros de aquel tiempo; precio vilísimo en el cual comúnmente los judíos apreciaban á un esclavo, cuando alguno se les había muerto. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues aquí se ve la baja estima que tenían de El, así el que le vende como los que le compran.

Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: «¿Qué me daréis y yo os lo entregaré?» Como quien dice: Dadme lo que quisiereis, y yo le pondré en vuestras manos. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y odio que tenían de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela cruelmente. ¡Oh Salvador del mundo, cuán diferente estima tenéis de los pecadores de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros y Vos los compráis con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su pasión y odio el precio de esta venta, y Vos ponéis en voluntad del Padre el precio de

esta compra. ¡Oh Padre Eterno, formador de todo lo criado! mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo. ¡Oh Hijo de Dios vivo! gracias os doy por esta primera injuria que recibisteis en vuestra Pasión, y en agradecimiento de ello me ofrezco por vuestro perpetuo esclavo, con deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

Saca de aquí gran confusión y vergüenza, acordándote de las veces que has vendido á Cristo N. S. por precio más vil que treinta dineros, esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interés de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de tu corazón lo crucifiquen. Y así puedes imaginar que Cristo N. S. te dice lo que refiere el Profeta Zacarías: «Si os parece bien, dadme algún galardón por los bienes que os he hecho; y si no, dejadlo, porque no os quiero obligar». Y á esta petición tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tan vil precio, que me diga: «¡Oh miserable precio en que me apreciáis!» ¡Oh alma mía, cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor! ¡Oh Redentor mío, cuán justo fuera que me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á que te aprecie como mereces.

Punto III

Lo que sucedió después de la venta de Cristo N. S.

Considera cómo Judas, concertado el precio, prometió de cumplir lo que había ofrecido, y

con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega por cobrar el precio; y así, se volvió al colegio de los Apóstoles y á la compañía de Cristo disimulando su maldad, porque, como había perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabría. Pero Cristo N. S. le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que había hecho, ejercitando en esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traición. Quizá le diría: «Amigo, seas bien venido; ¿dónde has estado? ¿qué has hecho?» Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulación. ¡Oh mansísimo Pastor y dulcísimo Padre¡ ¿qué sentisteis en vuestro corazón cuando visteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja para hacer presa en su propio Pastor? El disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conocéis, hacéis el disimulado; él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor como si en ello os fuera la vida. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

Pondera después cómo los príncipes de los sacerdotes quedaron también contentos, y mudaron luego de parecer; porque habiéndose resuelto no matar á Cristo en el día de la fiesta, para que no se levantase ningún alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasión y resolvieron matarle cada y cuando Judas le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver, por una parte, la rabia de estos crueles enemigos y las ansias que tenían de hundir á Cristo N. S.; y por

otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios en salir con su idea, que Cristo muriese en el día de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios cuando lo era el figurativo.

De lo dicho saca dos causas principales por las cuales Cristo N. S. permitió tanto tiempo á Judas en su escuela esperándole á penitencia. La primera, para que entendamos que en todas partes ha de haber algunos malos, como los hubo en esta grey escogida por Cristo. Por lo cual dijo San Agustín: «En cualquier profesión de vida que escogieres, prepárate á sufrir algunos escándalos; porque si no crees esto y te preparas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas y vendrás á faltar en tu vocación, ó á turbarte en ella».

La segunda causa fué para que le diese ocasión de ejercitar, para nuestro ejemplo, los heroicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad y otras virtudes que no pueden ejercitarse sino es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los superiores, de tolerar á los malos súbditos y ayudarlos, aunque les den muchas ocasiones de padecer; pues, como dice San Bernardo, los malos súbditos, como aumentan la carga del gobierno, así aumentan el merecimiento: «Cuanto más cargado, tanto más ganancioso».

Coloquio.—¡Oh Cordero inocentísimo Jesús, con cuánta razón os podemos llamar cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte y ser sacrificado por darnos la vida; y si vuestros enemigos se dan prisa á querer mataros, aunque sea en fiesta solemne, mucha más prisa tenéis Vos en querer morir por ellos! Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico

encendáis mi corazón con tanto fervor que tenga por fiesta y pascua, padecer algo por vuestro amor. Bendita sea vuestra paciencia infinita que así sufrís la deslealtad é ingratitud de los hombres y os dejáis vender para comprarme con vuestra sangre. Que no sea yo jamás ¡oh Jesús mío! traidor á vuestro amor ni infiel á vuestros favores y beneficios.

Propósitos.—Combatir cualquier pasión desordenada, pues si no lo hago, cualquiera de ellas me puede llevar al abismo de la perdición como á Judas.

JUEVES SANTO[1]

(Primera meditación.)

El lavatorio de los pies

Preludios.—Mira á Jesús lavando con profundísima humildad los pies de sus discípulos, instituyendo el sacramento de su cuerpo y sangre ó predicando á sus discípulos el sermón divino de la cena, y pídele luz y fe viva para penetrar en los misterios de un día tan santo como hoy.

Punto I

Humildad divina de Cristo N. S.

Considera la infinita humildad de Jesús, ponderando que este Señor que aquí se humilla es infinitamente sabio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo traidor que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es también infinitamente poderoso, porque el Padre Eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generación, y en

1 Ponemos tres meditaciones para este santo día, y otras tantas para el viernes, para poder comprender los misterios sacratísimos que en esta semana conmemora la Iglesia.

cuanto hombre por la unión hipostática del Verbo. Pues mira á este Señor á los pies de unos viles pecadores, para lavárselos con aquellas manos divinas y purísimas que han criado los cielos y la tierra. ¡Oh infinita humildad, que así resplandeces en persona de tan infinita dignidad para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesús, infinitamente sabio y poderoso así se humilló, ¿cómo yo, sumamente ignorante y flaco así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios se bajó á tomar forma de siervo, ¿cómo yo, hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme y querer ser servido como señor? ¡Oh humilde Jesús, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razón tengo para ser humilde!

Pondera además, cómo la humildad de este Señor tan alto fué amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro, en señal de amor. El mismo se desnuda y ciñe; El echa el agua en la bacía y la lleva adonde están sus discípulos, y se postra en tierra y les lava, no las manos, sino los pies polvorientos y lodosos, y El mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona; enseñándome á ejercitar las obras de humildad y caridad por mí mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde sin mezcla de cosa jactanciosa.

Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa, la cual ejercitó con to-

dos nosotros, pues por nuestra causa, siendo Hijo de Dios, se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, y en el Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras y derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los Sacramentos que ordenó para lavarnos de nuestras culpas; y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que la sacratísima humanidad con que se ciñó, quedase en la apariencia sucia y manchada. ¡Oh Dios eterno! ¿con qué te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor, cargándome con las penas de que te cargaste por mis culpas.

Punto II

Jesús á los pies de los Apóstoles.

Considera cómo pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: «Señor, ¿Tú á mí me lavas los pies?» En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenía de la grandeza de Cristo N. S. y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humillaba. Y de la interior consideración y ponderación de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiración y pasmo: «Señor, ¿Tú á mí lavas los pies?» ¿Tú, Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y serafines, á mí, criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista á los ciegos, salud á los enfer-

mos y vida á los muertos, quieres lavar, no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y miserables pies? Yo, Señor, te había de servir á Ti y lavar tus pies, y aun de esto no me tengo por digno, ¿y Tú quieres lavármelos á mí?

A este dicho de San Pedro, que procedía de gran fervor, respondió Cristo N. S: «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, después lo entenderás». Como quien dice: Esto que hago tiene un misterio que no alcanzas; yo te le descubriré después. Respondió Pedro: «No me lavarás jamás los pies». Replicóle Cristo: «Pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo». En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo N. S. cualquier desobediencia, y cualquier asomo de pertinacia en el propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio sólo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: «No tendrás parte conmigo»; que fué decir: no serás más mi discípulo, ni te tendré más en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningún título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso, y á la primera corrección de amor, antes que venga la segunda corrección con amenaza y temor.

Sacaré de ahi la necesidad que tengo de que Cristo N. S. me lave y limpie de mis culpas; pues si El no me lava, no tendré parte con El.

Considera el efecto que obró en San Pedro esta amenaza de Cristo, porque en seguida respondió: «Señor, no solamente los pies, sino las manos y la cabeza». En lo cual descubrió Pedro el grande amor que tenía á Cristo Nues-

tro Señor y la grande estima que tenía de estar siempre con El y lo mucho que sentiría apartarse de su compañía; y así, dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los pies, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor filial y muy justo, porque es rendirse á Dios por no carecer de Dios.

A este dicho de Pedro, respondió Cristo N. S., diciendo: «El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los pies, porque todo está limpio; vosotros estáis limpios, aunque no todos»; porque sabía quién era el que le había de entregar. En las cuales palabras pretendió enseñarnos que quien está lavado por el bautismo y penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios; pero tiene todavía necesidad de lavarse los pies de los afectos terrenos y de las culpas ligeras, que se le pegan tratando en las cosas de la tierra; y esto también es necesario para tener parte con Cristo, pues que no entraremos en el cielo hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales también nos ha de lavar el mismo Cristo. Saca de ahí cuán grave mal es un pecado venial, y cuánto debe ser aborrecido, por dos títulos; porque no se perdona, si no es á costa de la sangre de Jesucristo, y porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida, ó en la otra, con el fuego del purgatorio.

Finalmente, pondera la causa porque dijo el Señor: «Vosotros estáis limpios, aunque no todos»; queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba sucio y que tenía necesidad de ser lavado, sopena de que nunca tendría parte con El; y de camino avisarte que mires con diligencia si estás limpio de culpas graves, porque entre muchos limpios hay algunos que no lo están, y quizá serás tú uno de ellos. Pero sobre todo, admírate al contemplar á Cristo á los pies de Judas. Porque prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con el traidor y llegando adonde estaba, puesto á sus pies, se los lavó y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaría al corazón diciéndole: ¡Oh Judas, discípulo y Apóstol mío! ¿qué te he hecho, porque así me aborreces, y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus pies, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas ni te pierdas. Quien te lava los pies del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma; no rehuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo. Puédese creer que Jesús derramaría lágrimas de sus ojos por la dureza y miseria de aquella alma, y las mezclaría con el agua que llevaba, lavándole también con ellas; pero nada aprovechó, porque tenía el corazón obstinado y poseído de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere para reducirlos á la verdadera amistad con Dios y conmigo por amor de Dios.

Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza ajena, acordándome de lo que dice el Sabio: «Que el pecador, cuando viene al profundo de los males, todo lo desprecia; y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado, porque él quiso despreciar á Dios». ¡Oh alma mía! Contempla con atención los dos retratos que tienes delante de ti, uno de la mayor caridad y otro de la mayor dureza que jamás hubo en el mundo. ¿Adónde pudo subir más la caridad, que á bajarse el mismo Dios á lavar los pies del traidor, que trataba de venderle? ¿Y adónde pudo llegar más la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus pies? ¡Oh Dios de mi alma, trueca mi corazón de piedra en corazón de carne para que sienta tus divinos toques y abrace tus amorosos ejemplos!

Punto III

Del razonamiento que hizo Cristo N. S. después del Lavatorio.

Considera cómo acabado el lavatorio, Cristo N. S. se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados ajenos que habían de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos, y, tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus Apóstles: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Señor y Maestro os he lavado los pies, cuánto más vosotros debéis lavar los pies unos á otros? Por-

que Yo os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que Yo he hecho. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciereis. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido».

Pondera aquella pregunta de Cristo N. S.: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?» Esto es: ¿el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos da á entender que no todos los que ven sus obras entienden el secreto y el espíritu de ellas. ¡Oh Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe crea, entienda y penetre las cosas que habéis hecho con nosotros para que de todas me aproveche para gloria vuestra!

Pondera la fuerza de aquella razón que dice Cristo: «Si yo siendo vuestro Señor y Maestro os he lavado los pies, ¿cuánta mayor razón es que os lavéis los pies unos á otros, esto es, que ejercitéis unos con otros obras de humildad y caridad, pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitación mía os ejercitéis en ellas?

Ultimamente, pondera aquella postrera palabra: «Si esto sabéis, seréis bienaventurados si lo hiciereis». En que claramente enseña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, si no los ponemos por obra; y que no es bienaventurado, ni escogido para el cielo el que los sabe, por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas que estaba allí presente, los sabía, y no los imitaba, y por esto era de los reprobados.

Coloquio.— ¡Oh Jesús mío, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por

bien que ejecute todo lo que me mandaste! Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos, como el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple. Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que sea del número de tus escogidos y llegue á ser bienaventurado gozando de Ti para siempre. Aprenda yo, Señor, de Ti la humildad y caridad; póngame como Tú y con gozo y voluntad á los pies de todos; quede por la caridad mi alma limpia de toda mancha, para que así pueda yo tener parte contigo.

Propósitos.—Á la vista de un Dios que se humilla y postra ante Judas, cobra odio irreconciliable á la vanidad y á la soberbia.

JUEVES SANTO

(Segunda meditación.)

De la institución del santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

Punto I.

De lo que hizo Cristo N. S. antes de instituir el sacramento de su amor.

Considera cómo acabado el lavatorio de los pies de los Apóstoles, y concluído el razonamiento que Cristo N. S. tuvo con ellos, para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso darles otras mayores muestras del amor que les tenía, y otras más regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no sólo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo; y para esto quiso instituir un excelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo,

haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo y á beber su propia sangre, con un modo maravilloso y muy regalado.

Considera lo primero, las causas por qué precedió el lavatorio de los pies á la institución de este soberano sacramento.

Primeramente, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pecados graves, sino, en cuanto pudieren, de los ligeros, lavando sus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque siendo Cristo la mismà limpieza, razón es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la confesión y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que El nos lave y purifique para dignamente recibirle.

La segunda causa fué, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los pies en señal de humildad y caridad, y por esto se quejó Cristo de Simón, que cuando entró en su casa á comer no le dió agua para sus pies; y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo N. S. que los que han de asistir á este convite, á imitación suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios y á todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad.

Medita después las causas por qué precedió

la cena del cordero pascual á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podían conformar.

La primera, para que entendiésemos que así como aquel cordero se sacrificaba, en agradecimiento de la merced que Dios hacía á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraón, y con su sangre señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se conformaban los que habían de hacer aquella jornada para comenzarla y proseguirla con esfuerzo; así también este Cordero de Dios, cuya carne y sangre está en este santísimo Sagramento, se sacrifica en la misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio por medio de su Pasión y muerte, y con su sangre y en virtud suya somos preservados de la muerte de la culpa y de la muerte eterna, y con su carne preciosa somos sustentados y confortados para salir de esta servidumbre de Egipto y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna.

La segunda causa fué para enseñarnos en la comida del cordero legal las disposiciones con que habíamos de comer este divino Cordero, figurado por él. Porque, primeramente, se ha de comer ceñidos los cuerpos con la castidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es Cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal. Lo segun-

do, calzados los pies, con la guarda del corazón y de todos nuestros afectos, para que no se enloden ni lastimen con las cosas de la tierra. Lo tercero, teniendo báculo en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo N. S., y en su protección y gobierno, haciendo obras agradables á sus ojos. Lo cuarto, comiéndole á prisa con fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este Cordero, no con tedio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle. Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas, esto es, con pureza de alma, sin corrupción de culpa, y con ejercicio de mortificación amarga á la carne. Finalmente, comiéndole, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego; porque no tengo de comerle sin consideración de lo que es este manjar, ni con sola consideración fría y helada, sino con tal meditación, que encienda el fuego del amor en el corazón.

¡Oh Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para cortar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, preparándome para este convite, como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de Ti por todos los siglos! Que por la pureza, la caridad y mortificación me haga yo cada día menos indigno de recibir á Aquel á quien no son dignos de comer los ángeles del cielo.

Punto II

Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo N. S. para instituir este santísimo Sacramento.

Consideraré por qué Cristo N. S. instituyó este Sacramento la noche de su pasión y vís-

pera de su muerte. Quiso, en primer lugar, descubrir la grandeza del amor que nos tenía; pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, El estaba instituyendo un convite celestial para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habían de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte. Además quiso Jesús con esto descubrir el entrañable deseo que tenía de estar siempre con nosotros, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; y así, cuando se había de apartar de nosotros, según la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, también ordinaria y perpetua hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. La tercera causa de esta maravillosa invención del amor divino fué, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasión sacratísima, y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasión cesaba ya el memorial del cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio para que fuese memorial y representación de su pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella. ¡Oh Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasión y muerte, con gran memoria me acordaré de Ti hasta que la vida se me acabe! y si me olvidare de Ti, olvidada sea mi mano derecha; y mi lengua se pegue al paladar, si de Ti no me acordare.

Considera también el lugar que Cristo N. S. escogió .para instituir este Sacramento, y el

misterio que en él está encerrado. Escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad por un hombre, cuyo nombre no se declara; y Cristo N. S. le aceptó y apropió para sus obras misteriosas. En este cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la pasión; allí se les apareció Cristo después de su resurrección; allí se recogieron en oración á esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica, en la cual sola, y no fuera de ella, se puede comer este cordero, y recibir las gracias y dones que de él proceden, también lo es del alma donde Cristo N. S. entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual ha de ser grande y muy capaz, por los dones celestiales; ancha, por la latitud de la caridad, y amor de Dios y del prójimo; larga, por la longanimidad de la esperanza, y adornada con todo género de virtudes, que son las joyas de la casa en que Dios mora; porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. ¡Oh Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno! Engrandécela con tus dones, ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados, y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya.

Considera, por último, la compañía que escogió Cristo para instituir este santo Sacra-

mento, y darles parte de él, que fueron sus Apóstoles. Entre ellos estuvo Judas: pondera cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor; porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atención y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo N. S. hacía, y recibiendo aquella comida con grandísima devoción; pero Judas estaba allí presente con sólo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así, ni atendía ni entendía lo que Cristo estaba haciendo; y recibió aquel Pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo San Pablo, que quien comulga indignamente, es reo del cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así, por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los Apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atención, reverencia y devoción, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que yo voy á hacer cuando le recibo.

Punto III

Amor infinito que nos mostró Jesús en la institución de la Eucaristía.

Considera que el Apóstol San Juan para indicar el exceso de amor que mostró Jesús al dar á sus discípulos, en la última cena, su

cuerpo y sangre divinísimos, dice que «sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin». De esta misteriosa palabra deduce las propiedades del amor que nos mostró Cristo N. S. en la institución de este sacramento.

La primera, es que nos amó como á cosa suya propia, y, por consiguiente, como á sí mismo; y en cierto modo más que á sí mismo, pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarnos de este modo inefable, dándonos á comer su propio cuerpo y á beber su sangre. La segunda, es que nos amó con amor perseverante hasta el fin: amónos mientras vivió en esta vida y hasta que llegó el fin de ella, y amónos mientras vivieron hasta que llegó para ellos su fin, y amará á todos los suyos hasta el fin del mundo, y por eso quiso perpetuamente quedarse con nosotros en este sacramento del amor.

La tercera propiedad fué, que nos amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin adonde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por nosotros lo sumo que podía y convenía hacer y padecer, y deseando mucho más sin fin, si fuera necesario para nuestro remedio, y se queda en la Eucaristía expuesto á mil ultrajes, sacrilegios y afrentas como de perpetuo Calvario, sólo por nuestro amor.

La cuarta fué, que amó á los suyos para el fin; esto es, para el fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal y gozar de El en la vida eterna. No los amó

para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos por sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con unión de amor, en quien descansasen como en su último fin, y como prenda y medio de conseguir ese fin, nos da como alimento de vida á sí mismo que es pan y vida del cielo. ¡Oh Amado mío, si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me des bienes temporales, sino ámote porque me amas y para que me des los bienes espirituales con que crezca en tu amor y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin y suprema bienaventuranza.

Contempla, luego, en espíritu á nuestro Señor presente sobre nuestros altares, y después de haberlo adorado con un profundo respeto, pregúntale por qué está encerrrado y como cautivo en nuestros tabernáculos hace más de dieciocho siglos. ¿Es para rescatar al mundo? Pero si la redención se cumplió sobre el Calvario. ¿Es únicamente para conferirnos la gracia? Mas desde lo alto del cielo puede Jesucristo santificarnos, sin necesidad de su presencia en la tierra. ¿Por qué, pues, se queda en medio de nosotros? Porque nos ama hasta los límites del amor, y porque sus delicias son estar con los hijos de los hombres.

¿Y cómo quiere habitar entre nosotros? Quiere habitar bajo los velos del Sacramento, por miedo de que su gloria no nos aleje de su persona por temor ó por respeto. Quiere habitar, no en una sola ciudad, no en un solo santuario, sino en todos los templos de la Igle-

sia, á fin de que no haya ninguno de sus hijos que no pueda gozar de su conversación. En fin, quiere habitar en nuestros templos, no en ciertos días y sólo en ciertas solemnidades, sino todos los días, á todas horas y en todos los momentos, á fin de que no haya nadie en su familia que no pueda venir en todo tiempo á pedirle y recibir luces, fuerzas y consuelos.

¡Qué felicidad para nosotros vivir así en la compañía de Jesucristo! No tenemos, pues, nada que envidiar á los Apóstoles, á los discípulos, á los habitantes de la Judea, á todos los que poseyeron al Salvador en los días de su vida mortal. Entre ellos y nosotros no hay más que una diferencia, y es, en cierto modo, ventajosa para nosotros; poseían á Jesucristo, pero en el estado de abatimiento, y nosotros le poseemos en el estado de su gloria. No lo poseían sino por intervalos, porque Jesucristo se retiraba á menudo á la soledad para huir la conversación de los hombres, nosotros le poseemos constantemente, podemos gozar de su presencia á toda hora, tan á menudo y tan largo tiempo como deseemos. Nuestra felicidad es tan grande, que puede compararse á la de los elegidos en el cielo, porque este Jesús cuya posesión hace la bienaventuranza de los Santos, es el mismo que poseemos en la tierra, y no reside en él cielo más realmente que en nuestros santuarios en este divinísimo Sacramento.

Coloquio.—¡Oh Sacramento admirable! ¡Oh beneficio inestimable! ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh pan de los ángeles y manjar del cielo, dispuesto para el sustento y esfuerzo de los hombres que van peregrinando por el mundo, con aquel excelentísimo fuego de caridad que descubriste, Señor, en tu

Pasión, con tanta fuerza y eficacia que hace de los hombres ángeles y de los terrenos celestiales, transformándolos en amor de quien los tuvo tanto amor! ¡Oh palabras dignas de ser recibidas con toda fe, agradecimiento y reverencia! Que Tú, Señor, que no sabes ni puedes engañar, digas por tu boca: Tomad y comed, que este es mi cuerpo; bebed todos de este cáliz, que esta es mi sangre. ¡Oh grandeza de liberalidad! ¡Oh dádiva digna de Dios! ¿Qué podré yo, Señor, daros por este beneficio sino decir con todo el afecto de mi corazón: Ved aquí, Señor, este es mi cuerpo, el cual ofrezco por Vos á dolores, enfermedades, cansancios, fatigas y penitencias; y esta es mi sangre, la cual desde luego os ofrezco para derramarla, si Vos fuereis servido, por vuestra gloria; y esta es mi alma, criatura vuestra, sujeta y rendida á toda vuestra voluntad.

Propósitos.—Procura vivir con tal pureza de corazón y tal odio á las culpas más pequeñas, que merezcas comulgar con frecuencia.

JUEVES SANTO

(Tercera meditación.)

Del sermón que Cristo N. S. hizo después de la cena.

Preludios.—(Los mismos de la meditación anterior.)

PUNTO I

Jesucristo, como divino Maestro, exhorta á sus discípulos á actos heroicos de virtud.

Considera cómo acabada la cena, hizo Cristo N. S. á sus Apóstoles un excelentísimo sermón, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heroicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo, y como abogado, rogó por ellos á su Eterno Padre.

Empieza Jesús recomendando el amor de Dios con dulcísimas razones y palabras: «Como el Padre me amó, así os he amado; permaneced en mi amor». Esto es: el amor que os he tenido, no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado. Permaneced, pues, en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando también amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado.

Pero este amor se debe descubrir en la obediencia y guarda de sus mandamientos. «Si me amáis, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo; si alguno me ama, guardará mis palabras y mi Padre le amará, y ambos vendremos á El y haremos morada en El». En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso, ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. Ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor, que el Padre y el Hijo, y, por consiguiente, el Espíritu Santo, moren en su alma, y que Cristo se les manifieste así en esta vida por la luz de la fe, muy esclarecida con la gracia de la contemplación, como en la otra, por la visión beatífica, con que se ve á Dios claramente.

Después del amor de Dios encarece Jesús á

sus discípulos el amor del prójimo, al cual exhortó tres veces en este sermón con palabras muy encarecidas. La primera vez les dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como Yo os amé, y en esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéredes amor unos con otros». Llama á este mandamiento nuevo, porque él lo renovó, y lo perfeccionó y lo puso como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adán nuevo; y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopción de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. La segunda vez les dijo: «Este es mi precepto: que os améis unos á otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos». En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo, porque aunque los demás sean también suyos, pero éste lo es por excelencia. Es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en más que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos. Finalmente, es precepto suyo porque El mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfección consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quien ama, como El la dió por nosotros.

Por último, les dijo: «Esto os mando: que os améis unos á otros». En las cuales palabras da á entender, que todos los mandamientos están cifrados en este del amor, y por esto dijo, os

mando, que os améis; porque si os amáis, con esto cumpliréis todos los demás, porque el cumplimiento de la ley, es el amor. Tres veces repite este precepto, para que esté más firme en el corazón, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo, cuando les encargó que le amasen; como quien dice: Para que me améis no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho, están diciendo que me améis; mas para que améis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuidéis en este amor.

Después de encargar Jesús en su divino sermón el amor á Dios y al prójimo, otras tres veces exhortó al ejercicio de la oración, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habían de acompañarla. Lo primero les dijo: «Cualquier cosa que pidiereis en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, también la haré». En las cuales palabras nos enseña, que la oración con la fe viva, y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que El hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

Después añadió: «Si permaneciereis en Mí,

y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiereis pediréis, y dárseos ha». En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia de la oración, con la unión á Cristo por amor, y por obediencia á sus palabras. En manos de la voluntad, unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo N. S. se obliga á conceder lo que pidiere; lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina unión, y según ella, la cual nunca quiere más de lo que Dios quiere, ni pide, sino lo que da gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia sino la de Dios toma por suya; y por esta razón dice santo Tomás, que siempre se cumple la oración de los que de esta manera oran. ¡Oh Dios de mi alma! concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén en mi corazón, amándolos y cumpliéndolos perfectamente; porque cierto estoy que si te amo y obedezco, y concierto mi querer conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás, porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya.

Por último, les dijo: «De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, El os la dará; hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno». En las cuales palabras, con grande aseveración, les hace una solemne promesa de que se les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella para que, por la experiencia, prueben su verdad y se gocen

enteramente cuando la vieren cumplida. ¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras; suplícote me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido y gozándome con tus dones, y mucho más contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno si no es teniéndote á Ti, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos.

Punto II

Cristo, divino consolador, da á los Apóstoles consuelos para sus trabajos.

Considera cómo gran parte del sermón gastó Cristo N. S. en animar á sus Apóstoles y consolarlos en los trabajos presentes y en otros que después habían de padecer en el mundo, exponiéndoles muchas razones para consolarlos y alentarlos á sufrir con paciencia las persecuciones que sufrieran. La primera razón fué el ejemplo que el mismo Cristo padeció: «Acordaos, dice, de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor ó más privilegiado que el Señor; si á Mí persiguieron, también perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quienquiera que os matare piense hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa». ¡Oh dichosos trabajos, cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor mío, privilegio de exención de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es

grande honra mía pasar por la ley que pasó mi Señor.

Además, que ser perseguidos por Cristo es señal y prenda de que no son del bando abominable del mundo, y, por consiguiente, que son del bando de Cristo y de sus escogidos. «Si el mundo, dice, os aborrece, sabed que primero me aborreció á Mí. Si fuereis del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo».

También les hace esperar que estos trabajos y «tristezas se convertirán pronto en gozo». «Tenéis grandes trabajos haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasión de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada por el fruto que de ella cogisteis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpetuo, «porque ninguno os lo podrá quitar».

Y que en medio de los trabajos de esta vida vendrá Cristo N. S. á visitarnos y ayudarnos, y así dice: «No os dejaré huérfanos, Yo volveré á vosotros; no se turbe vuestro corazón, ni tema, pues os he dicho que voy y vengo á vosotros; un poco no me veréis, y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os podrá quitar el gozo que Yo os diere».

Otra razón es que, aunque sean atribulados, son amados del Padre Eterno. «Cuando Yo, dice, no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creisteis que salí de Dios». Como quien dice: No os turbéis ni temáis, ni perdáis la confianza y el áni-

mo en medio de los trabajos que padeciereis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama por el amor que mostráis en padecer por mí; y si el Padre os ama, El os amparará y consolará, pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de sus hijos.

La última razón de consuelo es por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos persiguen. «En el mundo, dice, tendréis apretura, pero confiad, que Yo vencí al mundo». Yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podéis seguramente confiar que venceréis, pues yo vencí para vosotros y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy, Padre Eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo, y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla. ¡Oh Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar!

Punto III

De la oración que Cristo N. S. hizo á su Padre al fin del sermón de la cena.

Considera en esta oración de Cristo N. S. un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oración fervorosa y excelente, cuanto á las personas por

quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar, y el orden que en esto ha de haber. Tuvo esta divina oración tres partes; porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas, luego oró por sus Apóstoles, que tenía presentes y estaban á su cargo, y después por todos los escogidos y por todos los fieles que había de haber hasta el fin del mundo.

Estando, pues, Cristo N. S. en pie en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: «Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á Ti». Pondera la reverencia interior y exterior con que Cristo N. S. oraba; lo que pidió en esta oración, es á saber: que fuese clarificado para que se descubriese que aunque padecía cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Pide además, ser clarificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedía esto por su propia honra, añade: «Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á Ti, esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado; y para que yo, después de glorificado por Ti, de nuevo te clarifique y publique tu gloria á mis discípulos y por ellos á todo el mundo».

De esta oración de Cristo N. S. tengo de usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre Eterno glorifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre

más glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que Tú seas en El y por El clarificado en todo el mundo.

Luego se ha de considerar la oración que Cristo N. S. hizo por sus Apóstoles, en la cual primero declaró por quién rogaba, diciendo á su Padre: «No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque son tuyos». Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley, los cuales, por su culpa, se hacen indignos de que Cristo N. S. ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oración, la cual no tiene en ellos efecto.

Después de esto pidió Cristo N. S. para sus Apóstoles tres cosas excelentísimas. La primera fué diciendo: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda éstos que me diste para que sean una cosa como yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre Eterno que mire por ellos y los conserve, dándoles unión de caridad perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta unión con Dios, quedarán también unidos entre sí.

La segunda cosa que pide, es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina unión, diciendo: «No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal». Que es decir: en el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos; no te pido, Padre mío, que

los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo, esto es, del pecado, de la desunión y discordia, del demonio y de todo mal eterno; de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

La tercera cosa que pide es les dé la plenitud de todas las virtudes, diciendo: «Santifícalos en verdad; pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad». Que es decir: no solamente los libra del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa por hacerlos santos.

Ultimamente, considera la oración que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna. «No ruego solamente por éstos, sino por todos los que por su predicación han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí, y yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste». De donde consta que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia, y, por consiguiente, que oró por mí mismo; porque á todos y á cada uno, y á mí también, nos tenía tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta unión de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenía discípulos tan unidos en caridad.

Lo segundo que pidió, fué: «Padre, quiero para los que me diste, que adonde Yo estoy allí estén ellos conmigo para que vean la claridad que me diste». Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la unión de caridad y perfección en esta vida, sino que después de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista.

Coloquio.—¡Oh Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decías, pues hablando con tu Padre interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con El, diciendo: «Padre, quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos!» ¿Quién podrá ir contra ese querer tuyo, pues lo que Tú quieres eficazmente, todo se cumplirá? ¡Oh, quién estuviera donde Tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo, gozando de tu dulce compañía. Concédeme que siempre esté yo donde estás Tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y después con clara vista en tu gloria.

Propósitos. — Ora siempre con la humildad, la confianza y la constancia con que hace Cristo N. S. esta soberana y divina oración.

VIERNES SANTO

(Primera meditación.)

De los misterios que se encierran en Cristo crucificado.

Preludios.—Represéntate el Calvario y en él á Jesucristo enclavado en la cruz, y pídele una viva contrición de tus pecados y un tierno amor de Jesucristo que muere por nosotros.

PUNTO I

Mira á Jesús crucificado como tu Salvador y Redentor.

Considera, puesto á los pies de la cruz y levantando los ojos del alma al que está puesto

en ella: lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fué su sola bondad y misericordia, y de la nuestra, que fué el remedio de nuestra miseria. Levanta, pues, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo, y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado, cómo es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y como dice Isaías, sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

Y después que hubiéres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está sustentado con tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse mover de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparación de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza, y cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto: Santo, Santo, Santo eres,

Señor Dios de los ejércitos: tres veces eres santo por los tres dedos con que sustentas el mundo, y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho más por otros tres con que Tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu Eterno Padre, y otro de celo por su gloria, y de nuestro bien, los cuales te tienen asido más fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame más que á mí, y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mía, y cele tu honra y mi salvación eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava Señor, mis carnes con los clavos de tu santo temor, haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenación, de modo que me libres de ella.

Punto II

Mira á Jesús crucificado como sumo Sacerdote y víctima por los pecados del mundo.

Lo segundo, tengo de considerar cómo este Señor que está en la cruz, es aquel gran Sacerdote según el orden de Melquisedec, supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con más excelencia que Aarón, príncipe de los pastores y obispo vigilantísimo de nuestras almas, el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el más excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas, fija en su cabeza, porque es cabeza perpetua de la Iglesia y Sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. Los anillos son los clavos de las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores, es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer sacrificio, no de animales sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio común que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remisión de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. ¡Oh sumo Sacerdote, cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad, y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplaçado. ¿Qué te daré, oh supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento y ofrecerte un sacrificio de mi corazón contrito y humillado: contrito, por los pecados que cometí contra Ti, y humillado por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y además de esto, te ofreceré otro sacrificio de ala-

banza, por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante á Ti en lo mucho que padeces por mí.

Punto III

Mira á Jesús crucificado como á tu doctor y Maestro.

Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y Maestro, enviado por el Eterno Padre al mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfección; el cual, habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfección. Porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heroicos de virtud en que se funda la perfección evangélica, así ahora sube al monte Calvario y puesto en la cruz predica estas mismas virtudes con la mayor excelencia que jamás las ejercitó. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios N. S. me dice aquellas palabras que dijo á Moisés: «Mira y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte»; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra según ellas, aprendiendo la lección que te ha leído. Estudia en ese ejemplar divino de todos los Santos el amor á la pobreza, á la

obediencia, á la abnegación, á los desprecios, á toda perfección en su grado infinito, y acuérdate que para ser de los predestinados, es preciso parecerse á Jesucristo, y este crucificado. Ponte, pues, oh alma mía, á los pies de la cruz, y oye con atención la lección que te está leyendo Cristo crucificado; y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla; imprímela en tu corazón, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol: «No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y éste crucificado».

Coloquio.—¡Oh Maestro soberano, que dijiste: «Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á Mí»; trae mi memoria para que piense siempre lo que ahí me enseñas, y mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que ame, y todo mi espíritu para que lo imite! ¡Oh Virgen sacratísima, y discípulo amado del Señor, que estando al pie de la cruz, oisteis esta soberana lección y os aprovechasteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro la estampe en mi corazón, como la estampó en el vuestro!

Propósitos.—Ya que en todas partes ves y tienes el crucifijo, en todas partes míralo como tu modelo, adóralo y ámalo como á tu Salvador y témelo como á tu Juez.

VIERNES SANTO

(Segunda meditación.)

De la lanzada en el costado de Cristo N. S.

Preludios.—Mira cómo un soldado abre con una lanza el sacratísimo costado y corazón de Cristo, y pide que esa llaga sacratísima sea tu dulce morada en el tiempo y en la eternidad.

Punto I

Del amor de Cristo en permitir fuese abierto su corazón.

Considera cómo fué tan infinito el amor que nos tuvo Cristo N. S., que no se contentó con

que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y pies con clavos, sino también quiso que su costado fuese abierto con la lanza, con tal abertura que penetrase hasta su corazón; ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho más con el corazón, de donde, como el mismo Señor dijo, salen las cosas que manchan al hombre y le condenan.

También por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesús la infinita caridad y amor que nos tenía, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros había sido por puro amor y con amor. ¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazón con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mío, licencia para que entre por la abertura de tu costado, para que, en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazón, sea yo todo abrasado con tu amor.

También quiso este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos, y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditación de estas llagas, entrando con

el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los pecadores espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los que le han injuriado. Son también como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir y alejarse adonde hallen algún descanso; y, finalmente, son como nido en donde moran, con paz y seguridad, los que de corazón desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales convida y llama, diciendo: «Levántate, date prisa, amiga mía y esposa mía; ven, y mora en los agujeros de la piedra y en la hendidura de la pared». ¡Oh amado de mi alma! Pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidáis á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario.

Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos pies, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por dónde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecisteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras y los tormentos que sufristeis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero, y más ancho, será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que me amasteis y os ofrecisteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de día y de noche; aquí quiero dormir, comer, leer, nego-

ciar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideración de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mío, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo también y suspirando por verme siempre unido con Vos con unión de perfecto amor. ¡Oh Pastor soberano! Pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado, para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma.

Punto II

De la sangre y agua que salió del sagrado costado de Cristo.

Considera que el misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo N. S., fué uno de los principales fines porque quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos toda su sangre, sin reservar gota de ella, porque esa poca que había quedado en el corazón, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. ¡Oh Salvador mío! ¿qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor, mi corazón y cuanto está dentro de él; toma toda su sangre y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen

en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

La segunda causa fué para declararnos la eficacia de su pasión y muerte, para lavar nuestros pecados y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias y hartar la sed de nuestros deseos. ¡Oh dulcísimo Salvador! ahora confieso que Tú eres la fuente de David, de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas. Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego, la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas, para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. ¡Oh fuentes del Salvador, abiertas en sus pies, manos y costado!; con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud que me lave y limpie, sane y salve. Ea, Salvador dulcísimo, pues tenéis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre que lleguen hasta lo íntimo de mi corazón; él sea el vaso donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo.

De aquí procede la tercera causa, para significar que del costado de Cristo, muerto en la cruz con tanto amor, saldrían los Sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitencia, que es bebida de lágrimas, figurado por el agua, y el santísimo Sacramento del altar, figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino, y así cuan-

do yo voy á recibir estos sacramentos, y sobre todos este divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo N. S. á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador.

Punto III

Cómo brotó la Iglesia del costado divino del Salvador.

Considera que la causa por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado fué para significar que como de la costilla de Adán, estando dormido, fué formada Eva, así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldría la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes, la cual fuese hermosa, sin tener mancha ni arruga, ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaría y alcanzaría esta hermosura.

De esta manera fué formada la Iglesia del costado del Señor que estaba recostado en la cruz, en figura de lo cual fué formada la primera mujer del lado del varón cuando estaba durmiendo. Y aunque estaba Adán oprimido con profundo sueño, salió Eva viva y despierta, y fué llamada madre de todos los vivientes. Este fué ciertamente un gran misterio en el que estaba representada la unión de la Iglesia con Jesucristo, el cual estaba echado en la cruz, y la cabeza inclinada con figura y disposición de quien dormía, y de su costado abierto salió la sangre y el agua con que fué formada y hermoseada su Esposa. Estando el Señor muerto salió la Iglesia viva, y madre de

todos los que viven por virtud de la muerte de Cristo S. N. ¡Oh muerte con que resucitan los muertos! ¡Oh herida con que sanan las heridas! ¡Oh sangre con que se lavan los que no están limpios! Este es el consuelo de los tristes, el esfuerzo de los tentados, el refugio de los afligidos. Por esta puerta entran y salen las abejas santas á fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús. Este es el agujero de la piedra, donde tienen refugio los erizos, y adonde vuelan los que tienen las alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su guarida. Esta es la puerta que mandó Dios á Noé que hiciese en el lado de su arca, para que entrasen por ella los animales privilegiados que no habían de perecer en el diluvio. Esta es la puerta abierta de la ciudad de refugio, donde se guarecen los delincuentes de la ira de Dios. Esta es la puerta dorada y hermosa del verdadero templo de Dios, donde los mendigos y enfermos alcanzan siempre salud y misericordia. Esta es la puerta del paraíso, que se cerró por el pecado del primer Adán y se abrió por los merecimientos del segundo, el cual había dicho de sí: «Yo soy la puerta; por Mí, si alguno entrare, será salvo». Esta es la puerta de que tienen la llave dorada los amigos regalados y favorecidos de Dios. ¡Oh, cuán de veras desprecian las puertas de los reyes, y los favores y privanzas de los príncipes, los que tienen licencia de entrar por esta puerta á la bodega de los vinos preciosos y á la recámara secreta de Dios! *Haec porta Domini; justi intrabunt per eam.* Esta es la fragua donde hay fuego perpetuo y muy encendido con que se abrasan nuestros corazones, y se van

labrando conforme á la imagen de Dios. Este es el testimonio del amor fervoroso y excelente caridad de nuestro Salvador, tener no solamente los brazos abiertos para recibirnos en ellos, sino también abierto el Corazón para recibirnos en él.

Y si el Apóstol decía que su corazón estaba dilatado, y que todos los fieles cabían sin estrechura en él, ¿cuán ancho y cuán espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos á todos en su incomprensible caridad dentro de él? ¡Para morada tan ancha y tan gloriosa era menester que correspondiese en su costado una puerta tal que nos convidase á entrar por ella! Este es el racional del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, que en solo una piedra tenía, no sólo escritos doce nombres, sino en la verdad á todos los hombres. Y aunque recibió esta herida después de muerto, para que nunca se cerrase, la conservó después de vivo para ornamento de su cuerpo glorioso y resucitado, y para fuente de luz y de amor. Por eso, tocando el Apóstol Santo Tomás en esta llaga, y poniendo sus dedos dentro de ella, se le encendió súbitamente una resplandeciente antorcha de fe en su entendimiento, y un abrasado fuego de amor en su voluntad.

¡Oh, qué suavemente regala, y qué regaladamente atrae, y con cuánta fuerza embriaga el Señor á sus escogidos con el licor soberano que mana de esta divina fuente! ¡Qué altamente favorece á sus amigos, dándoles puerta por su costado para entrar á lo íntimo de su Corazón, y abrazarlos en él con brazos de estrecha amistad y de familiar comunicación!

¡Estos sí que son amores y favores, no los que dan los hombres! Por esto el Señor, para recoger y acariciar á sus Apóstoles que andaban medrosos y descarriados, cuando después de resucitado se les aparecía, les mostraba luego las manos y el costado, porque en él veían las señales y prendas de amor con que los amaba á ellos y á toda la Iglesia. Que si antiguamente decía: Heriste mi Corazón, hermana mía, heriste mi Corazón: ahora no le tenía solamente herido, sino del todo abierto, para que constantemente podamos entrar por él.

Coloquio.—¡Oh Salvador amabilísimo, que merecisteis con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo del manantial de tu Corazón! No me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece, porque de hoy más propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tedio, sino con muy grande gozo; no con tibieza, sino con grande fervor; no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes, para gloria tuya. Dame un lugar de refugio y un lecho de descanso en la llaga de tu Corazón. Que sea ella el puerto de mi salud, el santuario de mi oración, el imán de mis amores y mi consuelo, aliento y esperanza, en la vida y en la muerte.

Propósitos.—En todas tus penas y trabajos, en tus peligros y tentaciones, en tus dudas y esperanzas, busca refugio seguro en la llaga del costado de Cristo N. S.

VIERNES SANTO

Tercera meditación.)

De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo N. S.

Preludios.—Contempla densas tinieblas, el sol eclipsado, la tierra sacudida desde sus cimientos, las tumbas que se abren, los muertos que se levantan, el velo del templo que se rasga y toda la naturaleza que llora la

muerte de su Criador, y pide no ser tú más duro que las piedras que se hienden sino llorar con lágrimas de contrición á Jesús, muerto por tus pecados.

Punto I

Rásgase el velo del templo en la muerte del Salvador.

Considera cómo después que Cristo N. S. murió, demás de las tinieblas que habían precedido, sucedieron otros milagros para tres fines: para declarar la gloria del que moría, la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirían de su muerte. El primer milagro fué que el velo del templo se rasgó en dos partes. Las causas de esta división fueron principalmente dos: La primera, porque así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo que era Hijo de Dios, juzgando que era blasfemia, rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena, así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo injuriando y crucificando á su Hijo. ¡Oh alma mía, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazón de pena, por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello! ¡Oh Dios de mi corazón, rasgadlo Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo!

La segunda causa fué, para significar que por la muerte de Cristo N. S. se abría camino para conocer los secretos y misterios de Dios, que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figuras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados, que hacían

división entre nosotros y Dios. ¡Oh Salvador mío, romped en mí este velo que me impide el conoceros! Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene para serviros con perfección.

Punto II

La tierra tiembla, las piedras se parten y los sepulcros se abren en la muerte del Salvador.

Considera también otras dos causas de estos milagros: La primera, para que las criaturas sensibles á su modo diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestación de la dureza y obstinación de aquel pueblo rebelde que le crucificó y juntamente fuesen confusión de los que no se compadecen de la pasión de Cristo N. S. ¡Oh alma mía! ¿cómo no tiemblas y te estremeces, como la tierra, viendo estremecer á Jesús en la cruz? ¿Cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva, Cristo, se parte por medio, apartando su alma de su afligido cuerpo? ¿Cómo no te abres de pena, como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes? ¡Oh Salvador del mundo, no permitas que sea más insensible que la tierra y más duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos, pues siendo yo el que pequé, tengo más razón de sentir lo que Tú padeces por mi pecado!

La segunda causa fué, para significar que en virtud de la Pasión de Cristo N. S., temblarían los corazones terrenos con el temor santo

de Dios, que es principio de la justificación, y por más duros que fuesen, se quebrantarían con la contrición y dolor de sus pecados, y se abrirían para descubrir en la confesión sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oración los tres efectos dichos. Pide fervorosamente á Cristo N. S. poder y saber penetrar en los misterios que se representan por estos milagros, y que tu corazón se parta de dolor á la vista de lo que Jesús sufre por ti.

Punto III

Reconoce el centurión y sus soldados la divinidad de Cristo N. S.

Considera cómo el centurión que guardaba á Cristo, viendo estos milagros, dijo: «Verdaderamente este hombre era justo é Hijo de Dios». Y los soldados que con él estaban temieron mucho, y dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios». Y la turba del pueblo, que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvió á la ciudad.

Considera cómo los milagros dichos obraron los efectos que significaban en virtud de la Pasión de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que más era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y de dolor por las injurias que le habían hecho. Y aunque el centurión y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo he-

breo había estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad y de la inocencia y santidad del que murió por ellos; y también en virtud de la oración que Jesús hizo en la cruz, rogando por los que le perseguían, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. También todos los que por costumbre habían venido al espectáculo del suplicio, herían su pecho en señal de arrepentimiento, como lo testifica el Evangelista: «Y toda la multitud de aquellos que estaban allí juntos á este espectáculo, viendo lo que sucedía, se volvían hiriendo su pecho». No es de admirar que hiriesen su pecho después de haber cometido tantos delitos, y de ver tantos prodigios en el cielo y en la tierra; más me admiro de que yo, con tantos inauditos portentos de la naturaleza, no me conmueva, creyendo con fe ciertísima que todas estas cosas han sucedido por mis pecados. ¡Oh cielo! ¡Oh tierra! ¡Oh criaturas todas! Si buscáis el autor de este trastorno de la naturaleza, aquí está, yo soy el delincuente; volved contra mí vuestros tiros y vuestro enojo. Aquí tenéis mi corazón, todo os le entrego y os le cedo enteramente para que os apoderéis de él. Rompedle, divididle y rasgadle, porque aquel á quien yo di muerte «era verdaderamente Hijo de Dios».

Pero Dios es caridad, y en El, ó bien oigas sus palabras, ó bien mires sus pensamientos, ó bien atiendas sus obras, todo y cada cosa de por sí no respira sino caridad; de modo que verdaderamente llamó San Pablo «caridad excesiva á aquella con que nos amó». Para la salvación de todo el mundo bastaba un solo

suspiro, y quiso sujetarse al último suplicio en una cruz. Bastaba derramar de sus divinos ojos una sola lágrima, y quiso derramar abundantemente, como agua, cuanta sangre corría por sus venas. Bastaba para nuestra redención un solo paso, y quiso correr ciudades, aldeas, castillos, regiones, los altos montes, los abatidos valles, los espaciosos campos. Bastaba, para dar vida á todos, haber dicho una sola palabra ante el Padre, y quiso, no sólo hablar muchas cosas por nosotros, sino padecer mucho más. Con caridad excesiva nos amó. «Y verdaderamente era éste Hijo de Dios.»

Dios amó al hombre con caridad excesiva, y el hombre le quitó la vida con excesiva crueldad. Debería, por la magnitud del dolor de tan detestable crimen, estremecerse todo el cuerpo, como la tierra; abrirse el pecho, como los monumentos; romperse el corazón, como las piedras, y aun rasgarse por medio, como el velo del templo.

Mas el que nos amó con excesiva caridad, reputa esto por excesivo; nada exige de nosotros por tantas heridas recibidas, por tanta sangre derramada, por sus miembros despedazados; finalmente, por la muerte que le dimos, ninguna otra cosa quiere sino que, á ejemplo del publicano en el templo, ó del centurión en el monte, confesando tus pecados, hieras con dolor tu pecho; con esto sólo serás absuelto de tu crimen.

Coloquio.—Confieso, ¡oh Jesús! que yo soy el pecador que cometió el delito por el cual tú has sido herido por tu Padre, pues tu Padre testifica: «Por el delito de mi pueblo le he herido». En mi durísimo pecho es donde se oculta el corazón depravado de donde salieron los pecados que han puesto en esa

cruz á mi Señor y Redentor. Heriré, pues, mi pecho con el mayor dolor que pueda, para qué merezca algún día en aquella tu gran cena con tu amado discípulo, después de haber herido mi pecho muchas veces, reclinarme sobre tu corazón sacratísimo.

Propósitos.—Procura pasar el día de hoy, el más triste de todos los siglos por la muerte del Salvador del mundo, completamente embargado con la meditación del misterio de la muerte de un Dios, en cruz, por tu amor y tus pecados.

SÁBADO SANTO

Del descendimiento de la cruz y sepultura de N. S, y de la soledad de la Virgen Santísima.

Preludios.—Represéntate á la santísima Virgen con su divino Hijo muerto en los brazos, en tal soledad y desamparo, que la privación de su Hijo, tan inicuamente sacrificado, convertía su alma en insondable abismo de dolor, y pídele acompañarla y consolarla en este día de tanta aflicción.

Punto I

Del descendimiento de la cruz y sepultura de Cristo N. S.

Considera cómo estaba el cuerpo de Cristo N. S. colgado en la cruz con grande infamia de sus conocidos, y cómo algunas devotas mujeres estaban apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca, pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber cómo podían bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso tesoro merecía. Pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, proveyendo de quién le bajase de la cruz con grande reverencia y honra.

Luego considera cómo N. S. inspiró á un

varón, llamado José, que se encargase de este oficio. Era hombre rico y noble; pero, lo que más importa, era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, y con haber sido discípulo oculto de Cristo N. S. y estar amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la Pasión de Cristo y la eficacia de la divina inspiración, que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temía, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huía.

Considera después el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimatea compañero que le ayudase igual á él. Fué éste Nicodemus, también varón noble y justo y discípulo de Jesús, aunque oculto, porque sabe nuestro Señor cuánto importa juntarse dos buenos para las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y éste con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra. Mira cómo éstos dos varones justos desclavaron los sagrados pies y manos, besándoselas con gran ternura; quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia; y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Virgen en sus brazos y abrazóle con ellos, y mucho más con los de su alma, toda traspasada de dolor. Contemplaba los huesos desencajados, besan-

do los agujeros de las manos y enderezando los dedos encogidos. Miraba uno por uno los miembros destrozados y luego miraba las llagas del costado y de los pies, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas y embriagado con tantas amarguras.

Después que la Virgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, con increíble dolor y devoción, dióle á José y á Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose Ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas.

Tomaron el santo cuerpo estos varones y ungiéronle con mirra, gastando en esto cien libras; de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella. Hecha esta unción, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre. Amortajado el cuerpo del Señor es de creer que le pondrían en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único, hasta llegar al sepulcro nuevo, cavado en la peña, en donde depositaron á Jesús.

Punto II

Apártase la afligidísima Señora del santo sepulcro, y se vuelve á Jerusalén á llorar su soledad.

Considera cómo, acabado todo el oficio de la sepultura, la Virgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor por verse del todo sola y pri-

vada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su morada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres, y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoración. ¡Oh, qué palabras tan tiernas y devotas le diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaría á decir: «Dios te salve ¡oh cruz preciosa! en cuyos brazos murió el que yo traje, siendo niño, en los míos; mayor ventura fué la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en Ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en Ti para dar vida al mundo. Dios te salve ¡oh árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna! yo te adoro como á imagen del que es imagen invisible de Dios, y tendió sus brazos y pies en Ti para renovar la imagen que Adán borró por su pecado». Con estas ú otras tales palabras adoraría la Virgen la santa cruz, y los demás que iban con ella, á su imitación, harían lo mismo.

Por el camino iría esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creía que era sangre de Dios, unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban. En llegando á su habitación, con grande humildad agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habían hecho con su Hijo, y se despidió

de ellos con palabras de mucha ternura y gratitud.

Considera luego cómo entrándose la Virgen en su morada, comenzó á llorar su soledad y desamparo. ¡La soledad de la Virgen! La palabra más triste y más angustiosa y que sólo comprende el corazón de María, la que en un sér, como su Hijo, lo perdió todo á la vez. ¡Y cómo parece que el mundo para María ya no tiene nada alegre, ni el sol tiene ya luz, ni flores la tierra, ni estrellas el cielo! ¿Habéis ido alguna vez á la playa á dar el último adiós al hijo, al hermano, al padre que se despide para lejanas tierras? ¿Y qué vacío no se iba haciendo en vuestra alma al mismo tiempo que veíais alejarse la nave; y al perderla de vista, si la persona era muy amada, no es cierto que os parecía que hasta os faltaba el aire para respirar y que el corazón se os iba del pecho?

Y si es una verdad que á cada uno le atestigua su propio corazón que la soledad es mayor, cuanto más grata la compañía de la persona amada, ¿qué compañía más dulce que la de Jesús para María, y qué soledad tan sola como su soledad? ¿Quién puede sustituir á su hijo, hablarle como su hijo, penetrar en su pena y hallar palabras de consuelo para María? Como la soledad de Cristo en la cruz fué el sumo desamparo, sumo desamparo fué el de María, que siguió paso á paso las huellas de su Hijo.

Noche de luto debió ser aquella para el alma delicada de María, en que desfilaban ante su memoria los tristes recuerdos, que como los arroyos á la mar, así ellos á su corazón con-

fluían para aumentar el Océano inmenso de sus amarguras.

Doquier que volvía la vista encontraba tinieblas y tristeza, y sobre todo, soledad y angustia. Y si de los recuerdos tristes de ayer pasaba á los de días más felices, entonces aun las pasadas alegrías se convertían en amarguísimas penas. ¡Oh noche de Belén tan dulce y tan clara, y cuán distinta de ésta tan obscura y tan triste! ¡Oh días de Nazaret y de Jerusalén tan serenos y apacibles, en que haciendo cielo de una pobre casita, me contaba mi hijo escenas de la gloria, y yo, contenta en su compañía, me creía transportada al paraíso! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora, y quién me había de decir que la más grata compañía del cielo y de la tierra, había de parar en la soledad y en la noche más triste que ha pasado y pasará ninguna madre sobre el mundo!

Deduce de todo esto que lo más sublime de la santidad es la tranquilidad serena de la inocencia perseguida, y la constancia de la virtud en medio de la persecución y de la muerte. Pues Dios en sus designios nos quiso presentar ese hermosísimo ideal en su Madre, para que su vista nos fuese aliento en las penas y bálsamo en las heridas del alma. Y al pie de la cruz y en su amarguísima soledad, hace á su Madre, por la virtud infinita de su palabra, madre de todos los que lloran, revelándonos en ella y por ella la divina fecundidad del dolor. El hierro del sufrimiento sacó de sus entrañas hijos infinitos, y la lanza que ya no podía dañar al hijo muerto, abrió su corazón para dar entrada en él al amor de todos los desgraciados y huérfanos que son sus hijos.

Y nosotros llevamos al pie de sus altares todas nuestras penas, aun aquellas que sin María no hubieran tenido ni modelo ni consuelo, seguros al contemplarla, ceñida por Dios, con la corona de espinas, única corona que corresponde á la madre del que muere en la cruz, que el título que más la agrada es oirse llamar por sus hijos «esperanza de los que lloran».

¡Oh Virgen soberana! ¡Querría yo llorar con Vos, como el profeta Jeremías, y deciros: «¿Cómo estáis sentada en soledad, la que soliais ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis, cómo viuda desamparada, la que, por derecho, sois señora de las gentes? Llorando lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huído y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos ¡oh Princesa soberana! Cesen vuestros gemidos y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres días saldrá vivo con su fruto muy copioso para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

Punto III

El día del sábado en el Cenáculo de Sión.

Considera cómo pasada la noche del viernes, pensó la Virgen santísima en recoger los hijos que con la fuerza de la tempestad andaban turbados, y con la conciencia de su culpa tristes y desanimados. ¿Dónde estarían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Qué pensamientos re-

volverían? ¿Qué lágrimas llorarían? Y como la sangre de Jesucristo empezaba á obrar espíritu de penitencia en ellos, estarían confusos de su flaqueza, arrepentidos de su culpa, animados á la enmienda, deseosos de hallar favor con su Maestro para volver á su gracia. ¿Y qué mayor favor, qué mayor consuelo y confianza podían tener que hallar á la madre propicia para volver á la gracia del Hijo? Si por ventura envió la Virgen al Evangelista que los buscase, y en su nombre los acariciase y esforzase, ¿en dónde los halló? ¿Quién les dió señas de ellos? O si por ventura todos ó la mayor parte de ellos, desde que huyeron en el huerto, se recogieron al Cenáculo, y allí estuvieron escondidos hasta que volvió la Virgen, dejando á su Hijo muerto en el sepulcro, ¿con qué lágrimas la recibirían? ¡Cómo se arrojarían todos á sus pies, reconociendo su excelencia, engrandeciendo su fe, alabando y ensalzando su fortaleza, gozándose en su amparo, y deseando y pidiendo su favor!

¡Oh Virgen benignísima, recibid á los pecadores que quieren valerse de Vos! Estos hombres que aquí veis; cobardes y flacos, son los capitanes que vuestro Hijo tiene nombrados para la conquista del mundo: estos son los príncipes de su reino, estos los pastores de su rebaño, y los huesos firmes en que se ha de sustentar su cuerpo místico. No tengáis, Señora, en poco, que en esta ausencia tan amarga de vuestro Hijo os haya dejado esta prenda tan dulce y tan querida: tanto nos amó, que habiéndose El entregado á manos de sus enemigos, expresamente les mandó que no hiciesen mal á ellos; y habiéndose dejado sacrificar

el inocente Cordero con tanto rigor, tuvo cuidado que no tocasen á sus huesos. Esta es, Señora, la familia que queda á vuestro cargo; esta es la Iglesia, que como niña aún, está tierna y se está formando y fortaleciendo en el abrigo de vuestras maternales entrañas, á fin de que siendo vivificada á su tiempo con la plenitud del Espíritu divino, salga á la luz con dichoso parto, para gloria del que la redimió y hermoseó con su sangre y para bien de todas las gentes.

De esta manera se pasó todo el día del sábado en aquella santa casa y Cenáculo de Sión. El Evangelista contaría muy por menudo á los demás sus condiscípulos el discurso de la Pasión á que se había hallado presente. Esta plática los alentaría en tan grande tribulación, y sobre todo la presencia y palabras de la Virgen, la cual como olvidada de su pena, acudía á la necesidad y flaqueza de ellos, dándoles ciertas esperanzas de la resurrección de su Hijo, y cumplimiento de todas sus palabras y promesas. Este, pues, era el estado de las cosas en aquel día. Los príncipes de los sacerdotes perseveraban en su envidia y furor, y deseaban haber á las manos á los discípulos para hacer de ellos lo que habían hecho del Maestro, y no descansar hasta borrar del mundo su memoria. El pueblo estaba escandalizado y partido en opiniones: todos hablaban del caso, unos de una manera y otros de otra. Unos aprobaban la persona del Salvador y otros la condenaban, siguiendo el parecer de sus letrados y mayores; todos estaban espantados cuando cotejaban el discurso de su vida, su predicación y milagros, con el suceso de muer-

te tan infeliz y afrentosa; de lo cual se hablaba en todos lugares y por todas personas largamente. El cuerpo difunto del Señor estaba en el sepulcro envuelto en sus lienzos y sudarios, preparado con mirra y áloe en grande abundancia, como era de costumbre.

El mismo sepulcro estaba bien sellado y guardado, previniendo todas las calumnias que podía alegar la infidelidad de los judíos, y disponiendo los corazones á la fe de la resurrección. Porque el sepulcro era nuevo, en el cual ningún otro difunto se había puesto, á fin de que no se pudiese decir que era otro el que había resucitado. Estaba cavado en piedra viva para guardar fielmente su depósito, y que ninguno pudiese sacar por otra parte el cuerpo sino por la puerta. Esta quedaba bien cerrada y sellada, y para quitar todo temor, con número bastante de soldados que defendiesen, si por ventura alguno venía á hurtar el muerto, y fuesen testigos como El por sí mismo había salido vivo. El alma, finalmente, estaba en el limbo de los Santos Padres, haciendo desde allí demostración de su poder y majestad en los reinos del infierno, cercada de reyes, patriarcas y profetas, y de todo cuanto bueno había tenido el mundo hasta aquel día; y como retirada por aquel espacio breve en lo secreto de la tierra, daba orden en su triunfo, y disponía la solemne entrada que con tanta y tan ilustre compañía había de hacer al tercero día en el mundo, y después de los cuarenta días en el cielo, llevando tras sí los cautivos que había rescatado, según estaba escrito en el Salmo 67, 19: *Ascendens in altum captivam duxit captivitatem.* Y como dijo el Após-

tol, el haber subido y el decir que subió, ¿por qué es sino porque bajó primero hasta lo más profundo de la tierra? El que bajó debajo de la tierra, ese mismo es el que subió sobre los cielos, para llenarlo todo con su presencia de gloria y majestad.

Coloquio.—¡Oh Virgen soberana, que tenéis en vuestro seno el cuerpo muerto de vuestro divino Hijo! ¡Qué diferente abrazo es este de los que dabais en el portal de Belén, y cuando caminabais á Egipto! Ahora podéis decir aquella lamentación de Jeremías: «Llenóme de amarguras y embriagóme con ajenjos muy amargos». ¡Oh Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten! gracias te doy por esta humildad que aquí muestras llena de tanta caridad. ¡Oh caridad fuerte como la muerte! ¿Cómo has vencido al invencible, rindiéndole á que sea puesto en un sepulcro? Vénceme también á mí, para que muera con mi Señor; porque morir con Él es ganancia, y ser vencido por Ti es alcanzar victoria.

Propósitos.—Acompaña á la Virgen santísima en su soledad, y vive de modo que puedas ser su gloria y su consuelo.

MEDITACIONES

PARA ALGUNAS FIESTAS

DE LOS MESES DE MARZO Y ABRIL

1.º DE MARZO [1]

Los santos ángeles de la guarda.

Preludios.—Representémonos una multitud de ángeles en la tierra apresurándose á servir á los hombres; fíjate en el que Dios te ha señalado á ti para tu guarda y cuidado, y pide la gracia de comprender los beneficios que recibes por ministerio de los ángeles y la de cumplir fielmente todos los deberes que esos beneficios nos imponen.

PUNTO I

Bondad de Dios designando á sus ángeles para guardarnos.

Considera cuán grande es el hombre por la divina misericordia y por sus gloriosos destinos, y cuán pequeño es por sus flaquezas y miserias. San Jerónimo exclama á este propósito: «¡Qué grande es la dignidad de las almas, pues cada una de ellas recibe al entrar en la vida un ángel, encargado por el mismo Dios de su guarda!»

1 Ponemos aquí las meditaciones siguientes que, ó por ser de fiestas movibles ó por coincidir con la cuaresma, no han podido ponerse en su propio lugar.

Imaginémonos á un rey poderoso que, viendo á un niño de la hez del pueblo, abandonado de todo el mundo y desprovisto de todo recurso, ordena á un príncipe de su corte que le tome bajo su protección, que le eduque con el mayor cuidado y que no le pierda de vista ni de día ni de noche. He aquí, diríamos, un monarca que tiene corazón de padre para ese niño; la bondad extraordinaria con que le trata demuestra plenamente que le destina á uno de los primeros puestos del reino. Pues esta es la imagen de lo que Dios hace por nosotros, valiéndose del ministerio de los ángeles. ¿Qué somos nosotros por nosotros mismos? ¿Qué podemos? ¿En qué estado nos encontrábamos al entrar en el mundo? Pero ¡oh caridad incomprensible! Dios no se contenta con enviarnos a su Hijo y á su Espíritu Santo, sino que á fin de que todo lo que está en el cielo concurra á nuestra dicha, ha enviado también á sus ángeles para servirnos, iluminarnos y defendernos, pues tales son los oficios que hacen cerca de nosotros.

Medita bien acerca de estos incomparables beneficios. El ángel te lo envía Dios; ese sér soberanamente independiente, que se basta á sí mismo; envía á sus ángeles, espíritus tan puros, tan santos, infinitamente superiores á todos los príncipes y reyes de la tierra. ¿Y para qué los envía? No solamente para velar por la salud de los imperios, sino para velar sobre nosotros individualmente. Para protegernos, ¡á nosotros, polvo y nada, pecadores ingratos y desagradecidos! Y ¿á qué deben extenderse sus cuidados? A todas las situaciones, á todas las circunstancias de nuestra vida y de nues-

tra muerte; han de ser nuestros amigos y nuestros consejeros, hasta más allá de la tumba.

Da gracias á nuestro Señor por tan grande beneficio y propón saber corresponder á él, siendo obediente y dócil á los consejos de tu ángel, al que has de mirar y considerar siempre como tu mejor amigo y tu compañero mejor, más leal y desinteresado.

Punto II

Cómo los ángeles cumplen durante nuestra vida el encargo que Dios les ha dado.

Considera que aun dejando á un lado los servicios que nos prestan en el orden temporal y los mil peligros de que nos libran, extienden su activa solicitud, sus cariñosos desvelos y cuidados principalmente á hacernos obtener la herencia de la salvación. Nos muestran el *camino* que á ella conduce, apartan los *obstáculos* y nos procuran los *medios*.

La providencia ha determinado para cada uno de nosotros la carrera que ha de recorrer, el lugar en el reino eterno que debemos conquistar. «He aquí, dice el Señor, que yo envío á mi ángel, que caminará delante de vosotros, os protegerá é introducirá en el lugar que os tengo preparado». Del mismo modo que los espíritus bienaventurados, de las órdenes superiores, transmiten á los de las órdenes inferiores la luz y el amor, así los ángeles de nuestra guarda nos hacen conocer la verdad, la luz, la virtud, el sólido y verdadero bien y á él nos conducen. Así por ejemplo: cuando sentimos santas inspiraciones ó alguna inclina-

ción á desligarnos de las criaturas para entregarnos á Dios, recibimos indudablemente un buen consejo de nuestro caritativo guía. Nada más ingenioso que su celo por nuestra santificación. Unas veces nos propone el ángel custodio el ejemplo de Jesucristo, ó de los santos cuyo carácter tiene más relación con el nuestro; otras nos pinta la brevedad de la vida, el momento de la muerte, la eternidad... Otras ofrece á nuestra vista las bellezas de la virtud, los encantos de la paz, fruto de la buena conciencia, las coronas prometidas á la constante fidelidad. San Bernardo nos representa á los ángeles disfrazados de servidores, siguiendo á nuestras almas paso á paso para advertirnos y exhortarnos sin cesar. Fray Luis de Granada ve en ellos padres llenos de ternura que se dedican al bienestar de sus hijos, ricos que sirven á pobres, doctores que enseñan á ignorantes.

El ángel de la guarda aparta los obstáculos que se atraviesan en el camino de nuestra salvación. ¿Se trata de una ocasión peligrosa? Nos insta para salir de ella y nos hace, como á Loth, una especie de violencia. ¿Nos abate una languidez espiritual ó el desaliento se apodera de nosotros? El ángel de la guarda nos consuela, nos fortifica y esparce en nuestra alma la unción secreta que la cura. Pero el obstáculo mayor y el más temible que á nuestra salvación se opone es la guerra encarnizada que nos hacen los espíritus de las tinieblas. Su envidia no puede perdonarnos el amor que Dios nos tiene, ni la gloria á que nos destina. Tranquilicémonos, sin embargo; nuestro celestial custodio pone en defendernos más

solicitud que aquellos despliegan para perdernos, y hace por nosotros lo que Rafael hizo por Tobías: encadena á los demonios y los arroja lejos de nosotros. Concurren además y muy directamente á nuestra salvación, por los medios de santificación que nos procuran, principalmente, rogando por nosotros y ofreciendo á Dios nuestras oraciones. Los otros ángeles y los santos no interceden por nosotros más que por efecto de una caridad común que une entre sí á todos los hijos de Dios; los ángeles de nuestra guarda tienen además, para interesarse por nosotros, el motivo de una obligación inherente á su ministerio y el celo ardiente de que el Señor les ha llenado cuando nos ha confiado á sus cuidados. Están al mismo tiempo cerca de Dios, á quien contemplan, gustando cuanta dulzura hay en poseerle, y cerca de nosotros, viendo nuestras miserias y peligros. De aquí la actividad compasiva con que piden continuamente para nosotros nuevas bendiciones. Sólo en la eternidad sabremos cuántos favores, en todos los órdenes de la vida, debemos al ángel de nuestra guarda, á ese ángel de quien muchos cristianos no se acuerdan jamás, ni para respetar su presencia, ni para dejar de ofender á Dios, delante de quien están siempre los ángeles. No seas tú del número de aquéllos, y vive, como en realidad es, de un modo digno de quien siempre lleva á su lado á un purísimo espíritu y á un príncipe de la milicia celestial.

Punto III

Qué auxilio nos prestan los ángeles á la hora y después de nuestra muerte.

Considera que cuando la muerte llega, en esos últimos combates en que va á decidirse nuestra suerte eterna, redoblan los ángeles de nuestra guarda su vigilancia y solicitud para reprimir el furor de nuestros enemigos, para infiltrar en nuestro corazón abatido el espíritu de compunción, de penitencia y de fervor, y para hacer que muramos en el ósculo santo del Señor. Su misión continúa más allá de la tumba. Presentan ante el trono de Dios nuestras buenas obras, la caridad que tuvimos con los pobres, aquella limosna secreta, tal injuria perdonada, este ayuno, aquella mortificación. Y hasta recogen nuestros buenos deseos y pensamientos para hacerlos valer delante de Dios. Si somos condenados á expiar nuestras negligencias y flaquezas en las llamas del purgatorio, nos visitan, nos consuelan, solicitan sufragios en nuestro favor, inspiran á las almas fervorosas el pensamiento de asistirnos eficazmente, y negocian cerca de Dios el gran asunto de nuestra libertad. ¿Qué hemos hecho, hasta la hora presente, para agradecer esta bondad del Señor, este celo tan puro, tan tierno y tan constante del ángel que nos ha dado por custodio? Lloremos nuestra ingratitud y comencemos desde hoy mismo á repararla.

Coloquio.—Amadísimo y santo ángel de mi guarda, maestro sapientísimo que me enseñas, guía que me encaminas, ayo que me guardas, amigo que me acompañas, consejero que me aconsejas, guar-

da que me defiendes, abogado que haces mis causas en el tribunal de Dios, intercesor que me alcanzas gracias y mercedes de su mano, compañero inseparable que estás conmigo y me acompañas en los campos y en los poblados, en los caminos, en las calles y en todas partes sin apartarte de mí; te doy infinitas gracias por tantas y tan grandes mercedes como continuamente recibo de tu mano, y prometo en adelante no olvidar jamás á tan insigne bienhechor; procuraré servirte de día y de noche en todo cuanto pudiere; te pido perdón de las faltas que he hecho en tu servicio, y propongo en adelante la enmienda, procurando esmerarme en tu culto y devoción.

Propósitos.—Acuérdate con frecuencia del respeto que debes al santo ángel de tu guarda, que siempre te asiste de día y de noche, y en todo lugar, dentro y fuera de tu casa y como testigo de tus acciones: mira que no debes hacer en su presencia lo que no hicieras en la de un hombre mortal.

19 DE MARZO

Festividad de San José.

Preludios.—Mira al bendito Patriarca ó trabajando en la casa de Nazaret, ó teniendo al Niño Jesús en sus brazos, ó coronado en el cielo de una gloria superior á la de los demás Santos, y pídele sea tu especial protector en tus penas y sobre todo en la hora de tu muerte.

Punto I

Privilegios de San José como esposo de María.

Considera que este es el primer título con que el bendito Patriarca se ofrece á nuestra profunda veneración y á nuestra devoción más ardiente, pues todo el esplendor que brilla en la santísima Virgen, refleja esencialmente sobre aquel que Dios mismo la dió por esposo. Jamás existió un matrimonio más proporcionado. Porque ¿quién duda que el feliz

mortal escogido entre los demás para participar de los destinos de María debía estar dotado de virtudes semejantes á las de María? Esta elección elevó á San José á una dignidad casi tan incomprensible para él, como lo era para María la dignidad de Madre de Dios. Como ella, tiene que perderse humildemente en el pensamiento de su propia grandeza. ¡Oh! ¡Cuánto honor y cuánta felicidad encerraban para el santo Patriarca estas tres palabras: «Esposo de María!» María, criatura de un orden todo divino, distinguida de las demás por tantos privilegios; una concepción inmaculada, un parto virginal, una muerte de amor, una resurrección anticipada, una triunfante asunción. María, conjunto de todas las virtudes y de todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia, recibe de manos de Dios un esposo digno de ella y este esposo es José. ¿No basta esto para que podamos decir que ningún hombre le ha sido semejante en gloria y en felicidad?

Concíbese fácilmente que no echara de menos el trono de David, ni la corona de Judá; la calidad de esposo de María valía para él más que todos los tronos del mundo. ¡Qué dote, cuántos tesoros de gracia le aportó aquella admirable esposa, madre de la divina gracia! La mayor riqueza de María era su amor á Dios, y penetrada de los sentimientos de su Hijo, ¡cuánto ardor celestial podía infundir en los corazones! Pero ¡con qué llamas de ese santo amor no inflamaría el corazón de su esposo, tan bien dispuesto á recibir los divinos favores!

Como esposo de María, José fué su insigne

bienhechor; salvó su honor y su vida. Tuvo sobre ella verdadero derecho de esposo, fué amado de la Virgen más que todos los hombres juntos, conversó con ella con familiaridad de esposo, la amó con incomparable afecto; adquirió múltiples derechos á su gratitud por todo lo que sufrió por su Hijo y por Ella. ¡Con cuánta confianza podemos acudir en nuestras necesidades y tribulaciones á quien tan grandes títulos tiene al agradecimiento de la Madre del Verbo! Como esposo de María escogido expresamente por Dios, José es el ángel que defiende la entrada del paraíso del seno virginal de María, es el guardián del templo de Dios, del Sagrario del Espíritu Santo, de la recámara de la augusta Trinidad. El matrimonio exige cierta igualdad y este matrimonio fué hecho por el Espíritu Santo que no temió fiar su esposa purísima al purísimo José. El mundo une riquezas con riquezas ó títulos con riquezas. Dios no; Dios une virtud con virtud; castidad con castidad... y por la virtud y la castidad, un pobre carpintero es elevado por Dios á la excelsa dignidad de esposo de la Emperatriz de los Angeles. ¡Oh, qué bello enlace del lirio de José con la azucena de María! ¿Qué extraño es que de esta unión purísima y misteriosa de lirios y de azucenas brotase la flor de pureza Jesús, si el divino amador se recrea tanto con los lirios, que vive y se apacienta entre los lirios? ¡Qué grandeza hay superior, qué grandeza hay igual á esta grandeza! José llama esposa á la que los Angeles llaman reina; llama suya á aquella de quien es escabel la luna y corona las estrellas; llama esposa á la que el Espíritu Santo llama

también esposa; llama esposa á la que Dios llama madre. Por eso el Espíritu Santo no tributó á José más que un elogio, que fué decir que José era esposo de María, porque después de esto, cuanto se diga no merece decirse. Sin embargo, considera un privilegio exclusivo también de José, y que le vino como todo lo demás de haber sido esposo de María. San José ha sido el hombre más feliz de la tierra, ó mejor dicho, el único hombre que nunca vivió en la tierra, sino siempre en el cielo; porque el cielo es estar con Jesús y con María, y estando con Jesús y con María se encuentra el cielo en el trabajo, en el destierro y en las penas; por eso José lo halló en todas partes y fué tan feliz antes de morir como después, como lo es ahora y así se lo dice la Iglesia. Porque si fueron felices algunos Santos porque lograron un momento estrechar contra su corazón al Niño Jesús ó porque conversaron con María breves instantes ó porque á la hora de su muerte se les apareció la Reina de los cielos, compara esta dicha con la de José que vivió siempre con Jesús y María, que murió en los brazos de María cerrando sus ojos Jesús, que si lloró la muerte de Lázaro, lloraría más la muerte del que para él era Padre y consuelo. Y si José en la vida fué el más feliz de los hombres, en el cielo es ahora el más feliz y poderoso de los Santos, y ocupa un trono sobre el cual no hay más que el de María y el de Dios; que justo es que más cerca esté de Dios en el cielo quien llevó á Dios en sus brazos en la tierra.

Punto II

Privilegios de San José como padre de Jesús.

Considera que este título es la consecuencia del primero. Si es esposo de María, dice San Jerónimo, es padre de Dios. Aquí se confunde el espíritu contemplando la grandeza de este santo incomparable. Mírale, por decirlo así, asociado á la gloria de la divina paternidad; pues es el padre de un hijo, que es el Hijo unigénito del mismo Dios. Y padre, no por una sencilla denominación, dicen los santos doctores, sino más aún, por delegación del Padre Eterno, que le da sobre el Verbo encarnado, los derechos de un padre sobre su hijo, y que dice á José por boca del ángel: «*Accipe puerum et matrem ejus*». Hazte cargo de mi Hijo y de su Madre, que Yo te los entrego. Ni Dios puede elevar más á un hombre, ni hacerle un don más precioso, ni el hombre puede corresponder mejor que San José á la confianza que en él deposita el Padre Eterno, de quien fué en la tierra sombra y delegado el santo Patriarca. Sombra del Hijo, á quien defendió; sombra del Espíritu Santo, esposo principal de María, por cuya honra y virginidad veló; sombra del Padre, que se ocultaba detrás de José, y sombra, por último, del misterio todo de la Encarnación. Padre de Jesús por la virtud del Espíritu Santo, que creó en él el corazón paternal en toda su perfección, dándole, respecto de Jesús, todos los sentimientos, todas las emociones, toda la ternura de padre. De tal suerte, que lo que no era por la naturaleza llegó á serlo por el afecto.

Admirable paternidad, que eleva á San José á un orden superior al de todos los santos; no al orden sólo de la gracia, sino al de la unión hipostática, por lo que, entre los nacidos de mujer, ninguno como el santo Patriarca San José. ¡Qué derechos á nuestro amor no le da todo esto á San José! ¿Pero fué padre de Dios sin llegar á serlo también de sus hijos de adopción? ¿El padre de Jesús puede no mirar como á sus hijos á los que Jesús mira como á hermanos? Imposible. San José tiene un corazón de padre para el Verbo hecho carne y entrañas paternales para todos aquellos que por él y en él han sido hechos hijos de Dios. Tengamos á nuestra vez para el santo Patriarca los sentimientos de Jesús, su filial ternura, su respeto, su abandono lleno de confianza.

Consideremos, además, las inapreciables prerrogativas que resultaron para San José de su gloriosa paternidad. Como padre de Jesús tuvo el encargo de alimentarle, pues Aquel que da de comer á todo el que tiene hambre, quiso recibir su alimento cotidiano de un pobre artesano que no tenía otros recursos que los que adquiría con su trabajo. José ganaba la vida de Jesús con el sudor de su frente; ¡pero qué alivio para sus fatigas encontraba en el cuidado de aquella vida que había de ser la salvación del mundo!

Como padre de Jesús, José estaba encargado de guiarle, y exteriormente dirigía á Aquel que todo lo ordena en el Universo, con una infinita sabiduría, y mandaba á Aquel que tiene potestad sobre todas las criaturas. Y «les estaba sometido». ¡Cosa verdaderamente asombrosa que el sol de justicia obedeciese á

la voz de un hombre y José mandara en aquella casa, en donde está el cielo de la Trinidad creada, Jesús, José y María! Los historiadores del Salvador, no nos dicen más que esas pocas palabras acerca de los dieciocho años de una vida que fué un tejido de prodigios; sin duda quisieron llamar toda nuestra atención hacia la inmensa maravilla de un Dios tan largo tiempo y tan perfectamente sometido al hombre y que se perpetúa entre nosotros en el sacramento del Altar.

Como padre de Jesús, José tuvo el encargo de protegerle, de defenderle y en caso de necesidad, de salvarle. Y le salvó, en efecto, cuando le sustrajo al poder de Herodes. Y, en fin, como padre de Jesús, recibió José los testimonios de cariñosa ternura que tanto contribuyeron al consuelo y á la felicidad de los padres. Para formarnos una idea de aquella extraordinaria ternura, sería preciso penetrar respetuosamente con los ojos del alma, en la casa de la santa familia y contemplar á José teniendo en sus brazos al niño Jesús que le llama su padre y le prodiga las más tiernas caricias provocando las suyas. ¡Qué delicias inundarían el corazón del venturoso padre!

Punto III

Eminente santidad de San José.

Deduce de aquí la eminente santidad de San José. Dios proporciona los dones de la gracia á la dignidad á que según su beneplácito eleva á sus criaturas, y no habiendo fuera de la maternidad divina dignidad superior á la de Padre de Jesús, tampoco hay santidad igual

á la suya. Además, San José, á quien el Espíritu Santo da el título de *Justo,* cooperó fidelísimamente á la abundancia de las gracias que recibió, y de este modo llegó á reunir inmensos tesoros de méritos y santidad. Además que el grado de elevación de los santos en la gloria es proporcionado al grado de sus méritos. De todo esto concluye con mucha razón que, después de la Madre de Dios, San José es el que está más próximo al trono del Eterno y que su intercesión es en cierto modo omnipotente. ¿Cómo es posible que Jesús pueda rehusar cosa alguna á la oración de aquel, cuya voluntad hacía en la tierra y á quien debió más que á todas las criaturas después de su Madre, durante su peregrinación por el mundo?

Considera, además, que el amor de la Virgen, el trato con Jesús, la comunicación constante con estos dos divinos modelos de toda virtud, es fuente inagotable de santidad. Porque es doctrina de Santo Tomás, que cuanto más una cosa se aproxima á su origen, tanto más participa de las propiedades de éste. Así la claridad de un objeto es tanto mayor, cuanto más se acerca al sol; el agua es tanto más pura cuanto más se acerca al manantial, y como nada ni nadie se acerca tanto á Jesús y María, nadie ni atendió, ni amó, ni copió, mejor que José á Jesús y María, divinos modelos de toda perfección. Y si Jesús y María son tan agradecidos, qué gracias reservarían para quien les alimentó con sus sudores, para el hombre más amado y más amante de Jesús y de María que ha podido existir en el mundo, pues sería injuria para la esposa y el hijo el

suponer que á alguien amaban más que al esposo y al Padre. Recorre si no las virtudes del santo bendito y te encontrarás con la copia más acabada de toda perfección que el divino Jesús ha tenido en la tierra. Pureza de ángel, digna de María y que no turba á María que se turbó del ángel, obediencia la más semejante á la de Cristo su Hijo, pobreza como la de la cruz, silencio tal que ni una palabra suya nos refiere el Evangelio y así todas las demás virtudes.

Coloquio.—¡Oh castísimo José, esposo de María! Me gozo de veros elevado á tan sublime dignidad y adornado de tan heroicas virtudes; por los dulcísimos ósculos y estrechísimos abrazos que disteis al divino Jesús, os suplico me admitáis en el número de vuestros siervos. Proteged á las vírgenes, y alcanzadnos á todos la gracia de conservar la pureza de cuerpo y alma. Amparad á los pobres y á los afligidos, por la pobreza y amargas angustias que padecisteis en compañía de Jesús y de María en Belén, Egipto y Nazaret, y haced que, llevando con paciencia nuestros trabajos, merezcamos el eterno descanso. Sed protector de los padres y esposos, para que vivan en paz y eduquen en el temor de Dios á sus hijos. Dad á los sacerdotes las virtudes que corresponden á su estado, para tratar dignamente el cuerpo de Jesús sacramentado. A los que viven en comunidad, inspiradles el amor á la observancia religiosa. A los moribundos, asistidles en aquel trance supremo, pues tuvisteis la dicha de morir en los brazos de Jesús y de María. Tended vuestra mano protectora á toda la Iglesia, pues habéis sido declarado por el Vicario de Cristo Patrono de la Iglesia universal. Y pues librasteis al Hijo de Dios del furor de Herodes, librad á la Iglesia, Esposa suya, del furor de los impíos y alcanzad que se abrevien los días malos y venga la serenidad y la paz.

Propósitos.—Propagar cuanto puedas la devoción á San José.

25 DE MARZO

Sobre la Anunciación de la Santísima Virgen.

Preludios. — Represéntate al Arcángel San Gabriel anunciando á la Virgen el misterio de la Encarnación; oye aquel divino y soberano diálogo entre el ángel y María, y pide al Señor el amor á la humildad y á la pureza que resplandecen en la respuesta de la Santísima Virgen.

Punto I

La embajada del ángel á María.

Considera cómo llegado el tiempo señalado por Dios para hacerse hombre y redimirnos, envió la Santísima Trinidad al arcángel San Gabriel á una doncella pobre, olvidada del mundo, desposada con un pobre oficial, pero santísima y purísima, y por esto tan estimada de Dios, que fué preferida á las hijas de los reyes y emperadores del mundo. El fin de esta embajada fué pedir consentimiento á esta Virgen para ser Madre de Dios, porque este Señor es de tan noble condición que, con ser Señor absoluto, no quiere servirse de sus criaturas sin el consentimiento de ellas. Y aunque el ser Madre de Dios era cosa muy excelente, había de tener anejos grandes trabajos, y era bien que la Virgen de su voluntad aceptase la dignidad con la carga, para que mereciese más y se le hiciese más suave y llevadera; así como tampoco quiere el Señor entrar á morar por gracia en los hombres, ni levantarlos á la dignidad de hijos de Dios sin su libre consentimiento.

Considera cómo el ángel tomó figura humana hermosísima, y de esta manera entró don-

de estaba la Virgen, con rara modestia, reverencia y gravedad. En entrando saludó á la Virgen, no con salutaciones vanas, sino con palabras divinas que Dios le puso en la boca, diciéndole: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres». Esta salutación, como dicen los santos, fué nueva y nunca oída en el mundo, inventada por la Santísima Trinidad para honrar á la Virgen y declarar su rara santidad y nueva dignidad, como era nuevo el misterio á que se ordenaba. Con este espíritu y estima se ha de decir y meditar esta nueva salutación, ponderando en cada palabra la grandeza que significa, con afectos de gozo y agradecimiento, gozándome de que la Virgen tenga tal grandeza, y dando gracias á Dios porque se la dió, pidiéndole alguna parte de ella, y proponiendo de imitar lo que es imitable.

Punto II

La salutación del ángel.

Considera cómo el ángel para manifestar su gozo, y la alegre nueva que traía, entra diciendo: *Ave*, que quiere decir, Dios te salve, la paz sea contigo, alégrate y asegúrate, porque la nueva que traigo es de paz y prosperidad. ¡Oh Virgen soberana! con todo el afecto de mi corazón te saludo, y digo: Ave, Dios te salve, pues por Ti comenzó nuestra salud, concibiendo al que es autor de ella. Tú has trocado el nombre de Eva, deshaciendo sus miserias y llenándonos de misericordias. La otra Eva fué principio de la culpa; Tú eres principio de la gracia. Por la otra entró en el mundo la muer-

te; por Ti entró la vida. La otra nos sujetó á la serpiente; Tú le has quebrantado la cabeza.

Pondera la causa porque el ángel en esta primera salutación no nombró á la Virgen con su nombre propio, diciendo: «Dios te salve, María» sino: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres». Esto hizo para que entendiésemos que le ponía Dios nuevos nombres gloriosísimos, como puso al Mesías, los cuales por excelencia se le habían de atribuir en la Iglesia; y como el nombre de Mesías es *Emmanuel*, que quiere decir *Dios con nosotros*, así el nombre de la Virgen sea por excelencia *el Señor es contigo*.

Gratia plena.—Pondera qué plenitud es ésta y cómo la Virgen estaba llena de gracia, con todos los modos que hay de plenitud. Estaba llena de gracia que justifica, llena de caridad, fe y esperanza, de humildad, obediencia y paciencia, con las demás virtudes. Llena, ademas, de sabiduría, de ciencia, de piedad y temor del Señor, con los demás dones del Espíritu Santo. Su memoria estaba llena de santos pensamientos; su entendimiento, de grandes ilustraciones de Dios; su voluntad, de fervientes actos y afectos de amor y celo, con entrañables deseos de la gloria de Dios, de la venida del Mesías y de la redención del mundo. Y esta plenitud tenía actualmente cuando entró el ángel á saludarla, porque estaba ocupada en la contemplación de estos misterios, que era su ocupación casi continua. Demás de esto, estaba llena de gracia en sus obras, porque todas ellas eran obras llenas, con la plenitud que podían tener de pura intención, fervor y amor.

—Pondera, luego, la grandeza de esta plenitud, porque muchos vasos están llenos de licor precioso, pero el mayor tiene mucha más cantidad. Así, muchos santos estuvieron llenos de gracia, pero la Virgen, como dice Santo Tomás, sobre todos, porque era vaso mucho mayor y su plenitud era conforme á la dignidad de Madre de Dios, que excede grandemente á las dignidades y oficios de los otros santos, y Ella cada día, con el buen uso de las gracias, se hacía capaz de otras mayores. ¡Oh Virgen santísima! ¿quién podrá decir la plenitud de gracia que tenéis sobre todos los santos, que estuvieron llenos de ella? Ellos fueron como ríos, pero Vos, conforme á vuestro nombre, estáis llena como mar, sin límites ni riberas, porque no tiene límites vuestra dignidad de Madre de Dios.

Dominus tecum.—Con esta tercera palabra da aún más valor el ángel á la salutación. *El Señor es contigo,* esto es, está en Ti por excelencia, con todos los modos que puede estar en sus pobres criaturas. Está contigo, no sólo por esencia, presencia y potencia, como está con todos los hombres, ni solamente por gracia, como está con todos los justos, sino con eminencia de gracia asistiendo dentro de Ti con especial gracia y amistad, y con estrecha familiaridad. Está contigo en todas tus potencias, uniéndolas consigo; está en tu memoria, arrebatándola para que siempre de El te acuerdes; en tu entendimiento, ilustrándole, para que siempre le conozcas, y en tu voluntad encendiéndola, para que siempre le ames. Está contigo también, asistiendo á todas tus cosas con especial providencia y protección, gober-

nándote con sus inspiraciones y dirigiéndote en cuanto haces. Está en Ti como en su cielo, en su templo, en su tálamo, en su casa de recreación, y de aquí á poco estará en tu vientre como Hijo tuyo; y así por excelencia y á boca llena, dice el ángel de Ti: *Dominus tecum.*

Benedicta tu in mulieribus.—Bendita entre las mujeres, porque unirás la virginidad purísima con la maternidad más gloriosa y fecunda. Serás bendita entre las mujeres; porque como una mujer dió principio á todas las maldiciones que comprendieron á los hombres, así Tú darás principio á todas las bendiciones celestiales que vendrán sobre ellos, por el fruto bendito de tu vientre, por quien has de quebrantar la cabeza de la serpiente, y librarlos de las maldiciones que su maldita sugestión les acarrea. Por lo cual, Tú serás bendita y alabada entre todas las mujeres, y te darán mil bendiciones los ángeles del cielo, y los hombres de la tierra, así los justos como los pecadores, porque á todos cabrá parte de tu copiosa bendición. Y yo también, ¡oh Madre mía! indigno siervo tuyo, te alabo, bendigo y glorifico, y me gozo que todos te alaben, bendigan y glorifiquen; y te suplico me hagas participante de las bendiciones que tu Hijo dulcísimo, nuestra cabeza, por Ti, como por su cuello, comunica á su Iglesia. Líbrame, Señora, de las maldiciones de la culpa y pena á que vivo sujeto, para que pueda bendecir á tu Hijo y servirle por los siglos de los siglos.

Punto III

De la respuesta de la santísima Virgen á la salutación del ángel.

Considera el modo cómo recibió la Virgen esta salutación; porque «en oyéndola se turbó, y pensaba dentro de sí qué salutación era aquélla». Se turbó porque era purísima, porque propio es de la doncella recatada turbarse de cualquier vista y palabra del varón. Se turbó porque era humildísima, cuando oyó una salutación tan nueva y tan gloriosa, pero turbóse, no tanto por la vista del Angel, cuanto porque no hallaba en sí fundamento de tales alabanzas y grandezas como le decía. Se turbó porque pensó qué salutación era aquélla, y á qué fin se podía ordenar; y así, no quiso abalanzarse á responder precipitadamente, hasta que el ángel se fuese declarando más. Conociendo el ángel la santa turbación y temor de la Virgen, le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios»; que fué como decirle: No tienes que temer demonio, ni infierno, ni enemigos visibles ó invisibles; ni hay por qué te receles de las grandezas que te he dicho en esta salutación, ni de otras mayores que luego te diré; porque te hago saber que has caído en gracia á Dios, y esto basta para que estés segura, y llena de gracia, y que el Señor sea contigo, y que seas bendita entre todas las mujeres; porque quien halla gracia delante de Dios, ¿qué bienes no recibirá de su larga mano? ¡Oh dichosa, y mil veces dichosa, el alma que halla gracia delante de Dios! Si se tiene entre los hombres por suma felicidad

caer en gracia al rey terreno, ¿cuánto mayor será caer en gracia al rey celestial?

Habiendo la Virgen oído todo lo que el ángel le decía, respondióle: «Ves aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Considera el deseo con que estaría el ángel esperando la respuesta de la Virgen, y no sólo el ángel, sino el mismo Dios y los cielos y la tierra, puesto que de esa palabra dependía la esperanza y salvación del mundo. Mas por ser muchos los misterios que se encierran en las palabras de la Virgen, es bien meditar cada una por sí, ponderando el espíritu que tiene para nuestro provecho.

Ecce.—De esta palabra *Ecce* usa la Escritura para señalar ó significar alguna cosa grande, digna de mucha ponderación, y usó de ella el ángel en el principio de su embajada, diciendo: *Ecce concipies:* «Mira que concebirás un hijo». Y así, quiso también la santísima Virgen usar de ella en su respuesta, diciendo: *Ecce Ancilla Domini:* «Mira la esclava del Señor»; porque como el ángel tenía grandes deseos de que la Virgen nuestra Señora ponderase las grandezas que le prometía de parte de Dios, así la Virgen los tenía de que el ángel ponderase la bajeza de esclava que Ella tenía de sí, y los que tenía de obedecer á lo que Dios mandaba. Porque los humildes, cuando se publican los dones que tienen de Dios, desean con grandes ansias que se sepan las miserias que tienen de sí mismos, para que no se atribuyan los dones á sus merecimientos, sino á la bondad del que se los dió, á quien desean ser muy agradecidos, y, por esto, muy obedientes.

Ancilla Domini.—En esta palabra «esclava del Señor» declaró la Virgen el concepto que tenía de sí muy de atrás, desde que tuvo uso de razón. Y aunque el nombre de siervo y esclavo, por la parte que significa servir á Dios con espíritu de temor y medio por fuerza, es vituperado en la divina Escritura; pero cuando se junta esclavo con amor, es nombre gloriosísimo, porque el esclavo no es suyo, sino de su señor; no le sirve por salario ni jornal, sino porque está obligado á ello; no trabaja para sí, sino para su señor.

Esto sentía en sí la Virgen nuestra Señora cuando se llamaba esclava del Señor; no se tenía por dueña de sí, sino por cosa propia de Dios N. S. y hacienda suya. Y así como el fiel esclavo nunca huye de su señor, ni se aparta de él en ningún tiempo, ni quiere servir á otro amo, ni sirve por esperanza de galardón, ni jamás trabaja para sí, sino para su señor, así la santísima Virgen todo lo quería y lo hizo sólo por servir y complacer purísimamente á Dios.

Fiat mihi.—No sin misterio la Virgen no dijo al ángel, haré lo que dices, sino esta palabra: «*fiat*», hágase; de la cual usó Dios N. S. cuando crió este mundo, diciendo: «Hágase la luz». Porque entendía la Virgen que la Encarnación era la obra de la omnipotencia de Dios, como la creación del mundo, y que con un *fiat* de su omnipotencia se había de hacer, sin que de su parte hubiese merecimiento alguno de cosa tan gloriosa, aunque juntamente lo aceptaba diciendo *fiat*; como quien dice: Aunque no era menester mi consentimiento, pues soy esclava de Dios, y El puede hacer de su esclava lo

que quisiere; y aunque por ser esclava yo no merecía que tal cosa se hiciere conmigo, con todo eso, pues Dios así lo quiere, *fiat*, hágase así, que yo gustaré de todo lo que El quisiere. Por donde se ve la soberana obediencia y resignación de la Virgen, fundada en el conocimiento de su nada, ofreciéndose á no resistir al *fiat* de Dios, como no resisten las criaturas insensibles ni resiste lo que es nada cuando Dios dice: «Hágase».

Mas para que se entienda la alteza de este consentimiento, he de ponderar que no solamente puso los ojos en las grandezas que el Angel le dijo, sino también en los terribles trabajos que había de padecer aquel Hijo que le ofrecían, los cuales sabía bien por las Escrituras sagradas, y de ellos había de caber muy gran parte á su Madre. Y sin embargo de esto, aceptó la dignidad de Madre, con la carga pesadísima del oficio; y por esto se llamó esclava, como quien la aceptaba, no para ser servida como señora, sino para servir y padecer como esclava.

Secundum verbum tuum. — También tiene gran misterio no haber dicho la Virgen al ángel: «Hágase en mí lo que Dios manda ó quiere», sino «Hágase en mí según tu palabra»; porque con esto declaraba la perfección de su fe y obediencia. Porque la perfecta fe cree lo que Dios revela por sí mismo ó por medio de otros; y la perfecta obediencia obedece á Dios en lo que manda por sí solo ó por medio de sus ministros; pues quien á ellos oye, á Cristo oye. Aunque también puedo contemplar, que la Virgen en este punto se levantó sobre sí misma, y sobre todos los Angeles, y sobre todo lo

criado, enderezando su respuesta no tanto al embajador, cuanto á Dios que enviaba la embajada, diciendo al Padre Eterno: «Ves aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»; no solamente según lo que mandas, por esta palabra que habla el ángel, sino según el deseo del Verbo y palabra que Tú hablas dentro de ti mismo en tu eternidad, que es tu Hijo, el cual desea serlo mío; y pues El así lo quiere, hágase como lo manda.

Coloquio.—Gracias os doy, ¡oh Virgen Santísima! por este generoso ofrecimiento que hacéis con tanta magnanimidad de corazón. Alaben os los ángeles del cielo, y los justos de la tierra, y los que estaban esperando en el limbo. Y pues á todos ha cabido parte de vuestro consentimiento, suplicad á vuestro Hijo me conceda tal resignación, que no resista á cosa que me mandare ni á trabajo que me enviare, sino que á todo diga *fiat*. «Dios es mi Señor; lo que fuere bueno en sus ojos, eso haga en mí su siervo».

Propósitos.—A imitación de la Virgen di tú también muchas veces á Dios, con el sentimiento que ella tuvo: Ve aquí el esclavo del Señor; hágase en mí según tu palabra, porque preparado estoy á poner por obra todo lo que me ordenares con tu divino mandamiento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

Meditaciones para el tiempo de la Santa Cuaresma.

(Triduo de carnaval.)

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.—*El espíritu cristiano y los escándalos del mundo en los días de carnaval* 5

I. Horrible contradicción entre el espíritu cristiano y el espíritu del mundo en los días de carnaval.—II. Jesucristo N. S. gravísimamente ultrajado por los escándalos del carnaval.—III. Conducta del buen católico en los días de carnaval.

LUNES DE CARNAVAL.—*De los placeres del mundo en oposición con los goces de la virtud*. 14

I. De la falsedad y peligros de los placeres mundanos.—II. De los peligros de los placeres mundanos.—III. De los goces de la virtud.

MARTES DE CARNAVAL.—*De los escándalos del mundo, sobre todo en los días de carnaval* 22

I. ¡Ay del mundo por sus escándalos!—II. De la obligación del buen ejemplo.—III. Debemos preservarnos del escándalo propio, y evitar darlo nosotros.

MIÉRCOLES DE CENIZA.—*De la memoria de la muerte, y del polvo en que nos hemos de convertir*. . . 28

I. "Memento homo„.—Acuérdate, hombre.—II. "Pulvis es„.—Polvo eres.—III. "In pulverem reverteris„.—Y en polvo te has de convertir.

JUEVES DESPUÉS DE CENIZA.—*De los engaños y males gravísimos que trae el olvido de la muerte*. . 34

I. De tres grandes engaños que trae el olvido de la

muerte.—II. De los graves males que padecen en la muerte los que han tenido esos tres engaños.—III. De la terrible pregunta que hizo Dios nuestro Señor al rico del Evangelio.

VIERNES DESPUÉS DE CENIZA.—*Sobre la huída y abominación del mundo.* 40

I. Es necesario, para salvarse, el separarse del mundo, á lo menos con el corazón y con el espíritu.—II. Motivos de aborrecimiento del mundo.—III. Sobre la condenación del mundo por Jesucristo.

SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA.—*Sobre no dilatar nuestra conversión* 47

I. Temeridad del pecador que difiere su conversión pensando que tendrá tiempo de hacer penitencia.—II. Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con la gracia.—III. Temeridad del pecador que difiere su conversión contando con su voluntad.

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.—(Sobre el evangelio del día.)—*Las tentaciones de Cristo N. S. en el desierto.* 53

I. Tentaciones y victorias de Cristo.—II. Sobre la causa de las tentaciones.—III. Remedios contra las tentaciones.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.—*Sobre las disposiciones con que el alma ha de meditar en la Pasión de Cristo N. S.* 60

I. El deseo de participar de los dolores y de la cruz, primera disposición para meditar con fruto la Pasión de Cristo.—II. La fe vivísima en los misterios de la cruz, segunda disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo N. S.—III. La profunda humildad de corazón, tercera disposición para meditar con fruto los misterios de la Pasión de Cristo.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.—*De los afectos que*

debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión de Cristo N. S. 69

I. Primer afecto: amor tiernísimo á quien tanto sufre por mí.—II. Segundo afecto: admiración por tan altísimos misterios.—III. El tercer afecto que debe excitar en nosotros la meditación de la Pasión, debe ser tierna compasión por lo que sufre por nosotros.

Miércoles de la primera semana.—*Del fruto que hemos de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo N. S.*. 76

I. El primer fruto, la contrición de nuestros pecados.—II. El segundo fruto de la meditación de la Pasión, debe ser suma confianza en la sangre de Cristo N. S.—III. El tercer fruto debe ser la imitación de Cristo Nuestro Señor.

Jueves de la primera semana —*Primera meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.* . . . 84

I. De la persona que padece.—II. De la muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo N. S. padeció en su Pasión.—III. De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo N. S. en su Pasión.

Viernes de la primera semana.—*Segunda meditación general sobre la Pasión de Cristo N. S.* . . . 91

I. De las personas por cuyo bien padece Cristo N. S., y de las causas por qué padece.—II. Del amor y afecto con que Cristo N. S. padecía.—III. De las heroicas virtudes que Cristo N. S. ejercitó en su Pasión.

Sábado de la primera semana.—*La Pasión de Cristo manifestación suprema de los atributos de Dios.* 99

I. La Pasión de Cristo manifestación suprema de la omnipotencia de Dios.—II. La Pasión de Cristo manifestación suprema de la sabiduría de Dios.—III. La Pasión de Cristo manifestación suprema del amor de Dios.

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Domingo segundo de cuaresma.—(Sobre el evangelio del día).—*De la Transfiguración del Señor.* 107

I. Motivos de este soberano misterio.—II. Cómo se transfiguró el Señor en el Tabor.—III. Lo que ocurrió en el monte Tabor después de la transfiguración de Cristo S. N.

Lunes de la segunda semana.—*Sobre la oración del huerto.*—(Primera parte). 113

I. Agonía de Jesús en Getsemaní.—II. Oración divina de Cristo en Getsemaní.—III. Los Apóstoles en Getsemaní.

Martes de la segunda semana.—*Sobre la oración del huerto.*—(Segunda parte). 122

I. Un ángel se aparece á Cristo N. S., y le conforta en su agonía. — II. Sudor de sangre en Getsemaní. — III. Frutos de la oración de Cristo N. S. en el huerto.

Miércoles de la segunda semana.—*Aplicación de los sentidos interiores del alma cerca de la oración del huerto, y sangre que Cristo N. S. derramó en él.* 129

Jueves de la segunda semana.—*Sobre el prendimiento en el huerto de Cristo N. S.* 133

I. Antes del prendimiento.—II Prendimiento de Cristo N. S.—III. Los Apóstoles huyen, dejando solo á su Maestro.

Viernes de la segunda semana.—*Jesucristo en casa de Anás.* 142

I. Desde el huerto á casa de Anás.—II. En casa de Anás. —III. De la bofetada que recibió en casa de Anás nuestro adorable Salvador.

Sábado de la segunda semana.—*De las tres negaciones de San Pedro.* 150

I.—De los malos pasos que anduvo Pedro hasta llegar al

abismo de su caída.—II. Caída de San Pedro.—III. Conversión y arrepentimiento de San Pedro.

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Domingo tercero de cuaresma.—(Sobre el evangelio del día).—*Del sordo y mudo que sanó Cristo Nuestro Señor.* 158

I. Presentan á Jesús el sordo-mudo.—II. Cura Cristo N. S. al sordo-mudo.—III. Efectos del milagro de Cristo N. S.

Lunes de la tercera semana.—*Jesucristo en casa de Caifás.* 165

I. Jesucristo delante de Caifás.—II. De las injurias y dolores que padeció Cristo N. S. en casa de Caifás.—III. La Virgen santísima en la noche de la Pasión de su divino Hijo.

Martes de la tercera semana.—*Jesucristo en casa de Pilatos.* 174

I. Jesucristo es llevado al tribunal de Pilatos.—II. Jesucristo delante de Pilatos.—III. Maravilloso silencio de Cristo N. S. delante de Pilatos.

Miércoles de la tercera semana.—*Jesucristo en casa de Herodes.* 184

I. Jesucristo delante de Herodes.—II. Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.—II. Jesucristo es vestido con una túnica blanca y remitido á Pilatos.

Jueves de la tercera semana.—*De cómo los judíos escogieron á Barrabás y condenaron á Cristo.* 192

I. Presenta Pilatos á Jesús en competencia con Barrabás.—El pueblo escoge á Barrabás.—III. Piden los judíos á Cristo para crucificarle.

Viernes de la tercera semana.—*De los azotes de Cristo N. S. en la columna.* 198

I. Condena Pilatos á Jesús á ser azotado.—II. Despojan

los soldados de sus vestiduras á Jesús.—III. Los azotes á la columna.

SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA.—*De la coronación de espinas.* 206

I. Es nuevamente el Salvador burlado de los soldados gentiles.—II. La coronación de espinas.—III. Jesucristo rey de burlas para los soldados de Pilatos.

CUARTA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.—(Sobre el evangelio del día).—*De la multiplicación de los panes y los peces.* 215

I. Las circunstancias del milagro.—II. El milagro de Jesús.—III. Sobre la esperanza y confianza en Dios, que debemos sacar de la consideración de este milagro.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA.—*Del "Ecce-Homo„ y del último examen que hizo Pilatos de Cristo N. S.* . 222

I. "Ecce-Homo„.—II. "Crucifícale, crucifícale„.—III. Del último examen que hizo Pilatos de Cristo.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA.—*De la condenación á muerte de Cristo N. S. y del camino del Calvario.* 233

I. Entrega Pilatos á Jesús para ser crucificado.—II. Los preparativos para el Calvario.—III. Camino del Calvario.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA.—*De lo que ocurrió á Cristo N. S. en el camino del Calvario.* . . 241

I. Simón Cireneo.—II. Lamentan las piadosas mujeres al divino Salvador.—III. La Virgen santísima en la calle de la Amargura.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA.—*Sobre la crucifixión de Cristo N. S.* 248

I. Las circunstancias de la crucifixión de Cristo N. S.—II. La crucifixión de Cristo N. S.—III. Es levantada la cruz en alto.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA.—*De lo que ocurrió después de la crucifixión de Cristo N. S.* . . 259

I. Del título de la cruz de Cristo N. S.—II. De la partición de las vestiduras de Cristo N. S.—III. De los escarnios que Cristo N. S. padeció en la cruz.

SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA.—*De la primera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz.* 269

I. De la ocasión en que Cristo N. S. da su primera lección en el santo árbol de la cruz.—II. "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen„.— III. De los efectos que produjo la oración de Cristo N. S.

SEMANA DE PASIÓN

DOMINGO DE PASIÓN.—*De la segunda palabra que dijo Cristo N. S. en la cruz.* 276

I. De los dos ladrones que fueron crucificados con Cristo to N. S.—II. "Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino„.—III. "Hoy serás conmigo en el paraíso„.

LUNES DE PASIÓN.—*De la tercera palabra que Cristo N. S. habló en la cruz* 284

I. La Virgen santísima al pie de la cruz.—II. "Mujer, ve ahí á tu Hijo„.—III. "Ve ahí á tu Madre„.

MARTES DE PASIÓN.—*De la cuarta palabra que N. S. habló en la cruz.* 291

I. De las causas por qué N. S. ordenó estas tinieblas milagrosas.—II. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?„—III. De otros motivos del abandono de Cristo N. S. en la cruz.

MIÉRCOLES DE PASIÓN.—*De la quinta palabra que habló en la cruz Cristo N. S.* 299

I. "Sitio.—Tengo sed„.—II. De otra sed espiritual que padeció en la cruz Cristo N. S.—III. Dan á beber vinagre en la cruz á Cristo N. S.

JUEVES DE PASIÓN.—*Sexta palabra que habló nuestro Señor en la cruz.* 309

I. La cruz y Pasión de Cristo N. S., consumación de su oficio de Salvador y de Maestro.—II. La cruz y Pasión de Cristo, consumación de su oficio de mediador.—III. La cruz y Pasión de Cristo, consumación de nuestra fe y esperanza.

VIERNES DE PASIÓN Y DE DOLORES.—*De los dolores de María Santísima.* 318

I. La Virgen santísima sufre en el corazón los más terribles dolores de mujer y de madre.—II. La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores de corredentora del mundo.—III. La Virgen santísima sufre en su corazón los dolores propios de la maternidad divina

SÁBADO DE PASIÓN.—*De la séptima palabra que habló nuestro Señor en la cruz.* 330

I. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu„.—II. De la gran voz que dió nuestro Señor antes de expirar.—III. Inclina la cabeza Cristo N. S. y expira en la cruz.

SEMANA SANTA

DOMINGO DE RAMOS.—*De la entrada solemne de Cristo N. S. con palmas y ramos.* 338

I. De las amorosas causas por que ordenó el Salvador su entrada en Jerusalén.—II. De las alabanzas con que el Señor fué recibido.—III. ¡Gloria sea al hijo de David!

LUNES SANTO.—*De las lágrimas que derramó Cristo nuestro Señor sobre Jerusalén y de los misterios de este día.* 346

I. Llora Jesucristo sobre Jerusalén.—II. Profetiza Cristo nuestro Señor terribles males á Jerusalén.—III. De lo que hizo en este día Cristo N. S.

MARTES SANTO.—*De la cena de Cristo N. S. en Betania.* 353

I. La Magdalena á los pies de Cristo.—II. Murmuran de Magdalena los discípulos.— III. Defiende Jesús á Magdalena.

Miércoles santo.—*De cómo Judas vendió por treinta dineros á Cristo N. S., y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle* 359

I. De la gravísima injuria hecha á Cristo N. S. por el traidor discípulo Judas.—II. De otras circunstancias afrentosas de la venta de Cristo N. S.—III. Lo que sucedió después de la venta de Cristo N. S.

Jueves santo.—*El Lavatorio de los pies.* 367

I. Humildad divina de Cristo N. S.—II. Jesús á los pies de los Apóstoles.—III. Del razonamiento que hizo Cristo N. S. después del Lavatorio.

Jueves santo.—*De la institución del santísimo Sacramento de la Eucaristía.* 375

I. De lo que hizo Cristo N. S. antes de instituir el sacramento de su amor.—II. Del tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo N S. para instituir este santísimo Sacramento.—III. Amor infinito que nos mostró Jesús en la institución de la Eucaristía.

Jueves santo.—*Del sermón que Cristo N. S. hizo después de la cena.* 385

I. Jesucristo, como divino Maestro, exhorta á sus discípulos á actos heroicos de virtud.—II. Cristo, divino consolador, da á los Apóstoles consuelos para sus trabajos.—III. De la oración que Cristo N. S. hizo á su Padre al fin del sermón de la cena.

Viernes santo.—*De los misterios que se encierran en Cristo crucificado.* 396

I. Mira á Jesús crucificado como tu Salvador y Redentor.—II. Mira á Jesús crucificado como sumo Sacerdote y víctima por los pecados del mundo.—III. Mira á Jesús crucificado como á tu doctor y Maestro.

Viernes santo.—*De la lanzada en el costado de Cristo N. S.* 401

I. Del amor de Cristo en permitir fuese abierto su corazón.—II. De la sangre y agua que salió del sagrado costado de Cristo.—III. Cómo brotó la Iglesia del costado divino del Salvador.

VIERNES SANTO.—*De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo N. S.* 409

I. Rásgase el velo del templo en la muerte del Salvador.— II. La tierra tiembla, las piedras se parten y los sepulcros se abren en la muerte del Salvador.— III. Reconoce el centurión y sus soldados la divinidad de Cristo N. S.

SÁBADO SANTO.—*Del descendimiento de la cruz y sepultura de nuestro Señor, y de la soledad de la Virgen Santísima.* 415

I. Del descendimiento de la cruz y sepultura de Cristo N. S.—II. Apártase la afligidísima Señora del santo sepulcro, y se vuelve á Jerusalén á llorar su soledad.—III. El día del sábado en el Cenáculo de Sión.

Meditaciones para algunas fiestas de los meses de Marzo y Abril.

MARZO

1 *Los Santos Angeles de la Guarda.* 427

I. Bondad de Dios designando á sus ángeles para guardarnos.—II. Cómo los ángeles cumplen durante nuestra vida el encargo que Dios les ha dado.—III. Qué auxilios nos prestan los ángeles á la hora y después de nuestra muerte.

19 *Festividad de San José.* 433

I. Privilegios de San José como esposo de María.— II. Privilegios de San José como padre de Jesús.— III. Eminente santidad de San José.

25 *Sobre la Anunciación de la Santísima Virgen.* . 442

I. La embajada del ángel á María.— II. La salutación del ángel.— III. De la respuesta de la Santísima Virgen á la salutación del ángel.

A. M. D. G.

246.71
G199
44971
GARZÓN, S. J., FRANCISCO DE P.
AUTHOR
Meditaciones Espirituales.
TITLE
Segunda Edición. Tomo II.
DATE DUE
BORROWER'S NAME
STORAGE - CBPL
44971
PRINTED IN U. S. A